

Tesis doctoral

**El concepto de trauma. Del campo psicoanalítico a la
semántica histórica**



VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

TESIS DOCTORAL

Realizada por: Ana Meléndez Vivó

Dirigida por: Prof. Dr. Faustino Oncina Coves y Prof. Dr. Nicolás Sánchez Durá

Programa de Doctorado: Pensamiento Filosófico Contemporáneo (3146)

Departamento de Filosofía

Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación

Valencia, 2019

El concepto de trauma. Del campo psicoanalítico a la semántica histórica

Realizada por: Ana Meléndez Vivó

Dirigida por: Prof. Dr. Faustino Oncina Coves y Prof. Dr. Nicolás Sánchez Durá

Programa de Doctorado: Pensamiento Filosófico Contemporáneo (3146)

Departamento de Filosofía

Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación

Valencia, 2019

A Rafa

Agradecimientos

Quiero agradecer a mis directores, Nicolás Sánchez Durá y Faustino Oncina Coves, por el apoyo y la dedicación que me han brindado durante estos años. Gracias por haberme dado la oportunidad de embarcarme en este proyecto.

Me gustaría también dar las gracias a todo el profesorado de la Maestría en Historia Conceptual de la Universidad Nacional de San Martín, principalmente a Francesco Callegaro y Claudio Ingerflom, por lo mucho que aprendí de todos ellos durante mi estancia de investigación en Buenos Aires.

Asimismo, agradezco enormemente a Enzo Traverso la oportunidad que me dio de realizar bajo su tutela una estancia en la Universidad de Cornell, donde tuve el gran honor de asistir a sus seminarios.

Por otro lado, quisiera expresar mi gratitud a todos los miembros del Centro Psicoanalítico Valenciano, especialmente a Pepa Llinares, por contribuir notoriamente a mi aprendizaje e investigación en teoría psicoanalítica.

A Salvador Feliu y a Héctor Vizcaíno, por orientarme y cuidarme.

A Iris e Irene, de lo más importante que me ha dado la filosofía.

A mis hermanas, María y Blanca; a mis sobrinos, Jorge y David; a mis padres y a mi abuela, por su apoyo y reconocimiento incondicional. Y a Rafa, por su infinita paciencia.

Finalmente, esta tesis es el resultado de un proyecto de investigación en virtud del cual me fue concedida una beca de carácter pre-doctoral en el programa de Formación al Profesorado Universitario (FPU2014) del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Asimismo, la presente tesis se inscribe en el marco teórico y metodológico de los proyectos de investigación «Hacia una Historia Conceptual comprehensiva: giros filosóficos y culturales» (FFI2011-24473) del Ministerio de Economía y Competitividad, e «Historia conceptual y crítica de la modernidad» (FFI2017-82195-P) del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades, ambos pertenecientes al Grupo de Investigación

«Historia conceptual y crítica de la modernidad» de la Universitat de València
(GIUV2013-037).

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN GENERAL	13
1. Justificación y objetivos de la investigación.....	13
2. Articulación y metodología de la investigación.....	15
GENERAL INTRODUCTION	18
1. Rationale and objectives of the research project.....	18
2. Articulation and methodology of the investigation	20
Primera parte: La cuestión del trauma en Sigmund Freud	23
INTRODUCCIÓN A LA PRIMERA PARTE	27
CAPÍTULO I. LOS INICIOS DEL PSICOANÁLISIS. UNA TEORÍA DEL TRAUMA PSÍQUICO ...	31
I.1. Introducción.....	31
I.2. Irrupción del psicoanálisis en la nosografía psiquiátrica de la época.....	32
2.1. MODERNIDAD Y TRAUMA PSÍQUICO.....	32
2.2. SIGMUND FREUD: LA HISTERIA, UNA NEUROPSICOSIS DE DEFENSA.....	39
I.3. De la teoría traumática a la teoría sexual infantil	45
3.1. EL TRAUMA COMO REMINISCENCIA.....	45
3.2. «NO CREO MÁS EN MI NEURÓTICA»: DEL TRAUMA A LAS FANTASÍAS.....	51
I.4. El trauma y la génesis de la subjetividad.....	55
4.1. LA EFICACIA RETROACTIVA DE LA FANTASÍA	55
4.2. UNA TOPOLOGÍA DEL MATERIAL MNÉMICO	61
I.5. Conclusión.....	64
CAPÍTULO II. EL GRAN TRAUMA EUROPEO (1914-1919)	67
II.1. Introducción	67
II. 2. El hundimiento de un mundo: traumas de guerra	71
2.1. EL DEBATE EN LOS ALBORES DE LA GRAN GUERRA: ¿CONMOCIÓN O EMOCIÓN?.....	71
2.2. EL CONGRESO DE BUDAPEST	79
II.3. La exigencia de reforma teórica	84
3.1. PRIMERAS TEORIZACIONES DEL NARCISISMO: 1910-1914.....	84
3.2. NARCISISMO, DUELO Y MELANCOLÍA.....	88
II.4. El sujeto del psicoanálisis: una heterocronía fundamental.....	94
4.1. LA REFORMULACIÓN DE LA PROBLEMÁTICA TÓPICA: <i>EL YO Y EL ELLO</i> (1923)	94
II.5 Conclusión: el desafío teórico y clínico de la destructividad.....	100
CAPÍTULO III. TRAUMA CULTURAL Y LAZO SOCIAL	103
III.1. Introducción: una nueva Europa	103

III.2. <i>Más allá del principio de placer: la perspectiva económica del trauma</i>	106
2.1. LA DESTRUCTIVIDAD COMO UNA DIMENSIÓN ESENCIAL DEL PSIQUISMO: PULSIÓN DE MUERTE.....	106
2.2. TIEMPO, SUJETO Y ESTRUCTURA: REPRESIÓN, NEGACIÓN O RENEGACIÓN.....	114
III.3. Aplicación sociológica del edificio teórico: del yo al nosotros.	119
3.1. VIOLENCIA, CIVILIZACIÓN Y MASA	119
3.2. PSICOLOGÍA DE LAS MASAS Y ANÁLISIS DEL YO.....	121
III.4. La dinámica del trauma en relación a la identidad colectiva	127
4.1. TRAUMA, MEMORIA Y VERDAD HISTÓRICA: «MOISÉS CREÓ A LOS JUDÍOS»	127
4.2. EL MOISÉS Y LA TRANSMISIÓN INCONSCIENTE DEL TRAUMA COLECTIVO	130
III. 5. Conclusión	137
CONCLUSIÓN A LA PRIMERA PARTE	139
Segunda parte: Trauma, ¿concepto histórico fundamental del siglo XX?	145
INTRODUCCIÓN A LA SEGUNDA PARTE	149
CAPÍTULO IV. EL CONCEPTO DE <i>CONCEPTO HISTÓRICO FUNDAMENTAL</i> EN LA PROPUESTA HISTORIOGRÁFICA DE REINHART KOSELLECK	155
IV.1 Introducción: de la historia de los conceptos a la historia conceptual.....	155
IV.2. La historia de los conceptos: Heidelberg y los inicios académicos de Reinhart Koselleck.....	156
IV.3. La historia conceptual: una disciplina autónoma.....	163
3.1 LA EXIGENCIA DE DIACRONÍA EN SU USO COMBINADO CON LA SINCRONÍA: MÁS ALLÁ DE LA HISTORIA SOCIAL.....	164
3.2 CONCEPTO E HISTORIA: MÁS ALLÁ DE LA HERMENÉUTICA FILOSÓFICA.....	168
3.3 LA ARTICULACIÓN DEL TIEMPO Y LA HISTORIA EN EL CONCEPTO	171
IV.4. Las características de los conceptos históricos fundamentales.....	177
CAPÍTULO V. CRISIS DEL RÉGIMEN MODERNO DE HISTORICIDAD	181
V.1. Introducción. Del descubrimiento del futuro a la privatización de la utopía....	181
V.2. Los conceptos de la Sattelzeit: una teoría de la Modernidad.....	182
V.3 La historia de los conceptos como una teoría de los tiempos históricos: la Historik	193
3.1. UNA METACRÍTICA DE LA MODERNIDAD.....	193
3.2. UNA ANTROPOLOGÍA TRASCENDENTAL DE LAS HISTORIAS	196
V.4. La omnipresencia del presente.....	201
CAPÍTULO VI. HISTORIA Y MEMORIA	211
VI.1. Introducción. Un presente cargado de memorias	211

VI.2. El problema de la memoria y su relación con la historia.....	213
2.1. DEL VÍNCULO TRADICIONAL AL ANTAGONISMO MODERNO.....	213
2.2. LA HISTORIA EN LA NUEVA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA Y SU RELACIÓN CON LA MEMORIA.....	217
VI.3. Los estudios de la memoria desde una perspectiva histórica	222
3.1. HALBWACHS. LA NATURALEZA SOCIALMENTE CONSTRUIDA DE LA MEMORIA	223
3.2. JAN Y ALEIDA ASSMANN. MEMORIA COMUNICATIVA Y MEMORIA CULTURAL.	226
VI. 4. Conclusión. El trauma y la nueva historia	230
CONCLUSIÓN A LA SEGUNDA PARTE	235
CONCLUSIONES FINALES.....	241
1. RECAPITULACIÓN.....	241
1.1. <i>El concepto de trauma en la obra de Sigmund Freud:</i>	241
2. TRAUMA. UN CONCEPTO HISTÓRICO DEL SIGLO XX.....	247
BIBLIOGRAFÍA	251

INTRODUCCIÓN GENERAL

1. Justificación y objetivos de la investigación

El concepto de trauma se ha convertido en un *lugar común* de la cultura contemporánea. La propagación sin precedentes de tal noción por diferentes campos epistémicos y múltiples contextos culturales, tanto en su acepción clínica como en su sentido metafórico aplicado a acontecimientos históricos colectivamente percibidos como terribles y dolorosos, ha propiciado que el significante «trauma» se instituya en símbolo por excelencia de una gran variedad de experiencias vinculadas con la devastación y el sufrimiento, ya sean estas personales (violación, tortura, enfermedad, accidentes) o colectivas (genocidios, guerras, terrorismo, catástrofes naturales). La capacidad semántica del concepto para aprehender tal disparidad de vivencias junto con sus consecuencias, y además hacerlo en diversos sentidos (psíquico/histórico, literal/metafórico, individual/grupal, manifiesto/latente), hace del trauma un concepto absolutamente inestable y constitutivamente ambivalente en torno al cual se ha generado un intenso debate en el que convergen especialistas de disciplinas tan distintas como son la literatura, la psiquiatría, la neurobiología, la sociología, la antropología, el cine, la filosofía o la historiografía.

Desde finales de los ochenta del pasado siglo «trauma» ha trascendido el ámbito de la salud mental para integrarse en las ciencias sociales y humanas. La generalización del concepto en la producción intelectual y académica ha llegado a tal punto, tanto en lo cuantitativo como en lo cualitativo, que el trauma social se ha establecido como un campo de estudio autónomo¹ cuyas preocupaciones centrales giran en torno a una pluralidad de problemas que abarcan desde asuntos ontológicos (¿cuál es la entidad del trauma psíquico? ¿es un fenómeno exclusivamente interno, un evento que acontece en el mundo externo, o quizá una combinación entre ambas opciones?), hasta cuestiones epistemológicas relacionadas con la naturaleza incognoscible del evento traumático, las vicisitudes de la memoria asociada a este y el papel de esta última en la formación de identidades individuales o colectivas. Todas estas problemáticas, entre las que también

¹ Francisco A. Ortega, «El trauma social como campo de estudios», en Francisco A. Ortega (ed.), *Trauma cultura e historia: reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, pp. 17-59. Ya existe, además, la disciplina de los *Trauma Studies* (y la *Journal of Literature and Trauma Studies* que puede consultarse aquí <https://muse.jhu.edu/journal/572>), o la también llamada *Trauma Theory*, asociada a la obra de Caruth, Felman y Laub. Véase Susannah Radstone, «Trauma Theory: Contexts, Politics, Ethics», *Paragraph*, 30, n.º. 1, March, 2007, Edinburgh University Press, pp. 9-29.

habría que incluir otras de índole moral ligadas al deber del reconocimiento social para con las víctimas, son hoy objeto de discusión en innumerables congresos y publicaciones, e incluso han propiciado la creación de institutos propios de investigación.

Más allá del mundo académico, además, nuestras sociedades parecen instaladas en una especie de *cultura del trauma*. La actual circulación pública del término en sus diversas variantes (estrés postraumático, ataque de pánico, etc.) hace que se encuentre hoy también en la cotidianidad misma para describir situaciones de angustia, agitación o estrés. Eric Laurent atribuye esta situación a la falta de profundización en la problemática de la causa, resultado de la posición psiquiátrica hegemónica que tiende a prescindir de hipótesis explicativas sobre el origen y los mecanismos asociados a las patologías mentales, y a resaltar, en su lugar, la importancia de la metodología descriptiva de síndromes o conjuntos de síntomas inscritos todos ellos bajo el término «trastorno».² A partir de la edición de 1980 del *Manual Diagnóstico y Estadístico de Trastornos Mentales* de la Asociación Americana de Psiquiatría (DSM-III), la nosología psiquiátrica se organiza en torno a un sistema clasificatorio de enfermedades que, como algunos sostienen, convierte los problemas cotidianos en categorías diagnósticas de acuerdo a determinados supuestos dados por una taxonomía superficial de síntomas tendente a la disolución de las entidades clínicas que nos permiten mantenernos en los parámetros teóricos de una clínica estructural.³

De modo que, tanto por el hecho de que el trauma social se ha instituido en una suerte de disciplina autónoma que convoca a su vez una gran disparidad de saberes y facilita el cruce entre diferentes disciplinas, como por el de la confusa y abusiva introducción del término «trauma» en el discurso popular y su consiguiente degradación científica, podemos afirmar que estamos ante un fenómeno de absoluta actualidad que necesita una clarificación conceptual y busca una nueva comprensión. Ahora bien, siendo imposible abordar la ingente cantidad de problemas que, desde diferentes aproximaciones, atraviesan y estructuran los estudios sobre el trauma, el objetivo de nuestra investigación se limitará a estudiar el desplazamiento del concepto del campo psicoanalítico a la semántica histórica desde una perspectiva primordialmente histórico-conceptual.

² Eric Laurent, «Hijos del trauma», *La urgencia generalizada: la práctica en el hospital*. Buenos Aires: Editorial Grama, 2004.

³ Héctor González y Marino Pérez, *La invención de trastornos mentales. ¿Escuchando al fármaco o al paciente?* Madrid: Alianza Editorial, 2007.

Esto quiere decir que no nos ocuparemos de analizar o responder al sinfín de problemáticas que el uso del concepto entraña en las ciencias sociales y humanas. Más bien, nuestra intención será constatar que el cambio sustancial y gradual en la estructura semántica del concepto de trauma desde finales del siglo XIX hasta la última mitad del siglo XX no es una cuestión meramente lexicográfica, sino que el estudio de tal nomadismo conceptual permite vislumbrar el proceso histórico en el que se ha conformado la experiencia social de la temporalidad contemporánea. Aun cuando esto se acerque más a un uso metafórico que literal de los términos, aspiramos a demostrar que la integración de «trauma» en el discurso histórico puede entenderse como síntoma de un profundo cambio estructural, dispuesto a marcar época, en la articulación temporal de la experiencia y la expectativa.

Desde el último tercio del siglo XX la sobredimensión moderna de la esperanza sobre el recuerdo se ha visto reemplazada por una nueva configuración sociohistórica que es, en algunos aspectos, análoga a los presupuestos temporales del trauma psíquico donde un presente sobrecargado de pasado cierra sus puertas al futuro. La experiencia de un tiempo histórico que dilata el presente a causa tanto del retorno insistente de los trágicos acontecimientos del pasado siglo (la obsesión memorialista), como de su revocada capacidad de proyectar promesas futuras de emancipación colectiva (el fin de las utopías), obliga a conformar una nueva epistemología para comprender las dinámicas de construcción y transmisión del pasado, en especial cuando estamos ante dichos sucesos traumáticos. La historia pierde entonces su condición de *singular colectivo* y es hoy en día objeto de un proceso de resemantización en el que «trauma» ocupa una posición central.

2. Articulación y metodología de la investigación

A pesar de que trauma se convierte en un concepto crucial para el diálogo interdisciplinar a partir del pensamiento posterior a la Segunda Guerra Mundial, el cambio semántico sustancial que dio origen a su historia conceptual se remonta a finales del siglo XIX, cuando el término elevó su estatuto de categoría médico-quirúrgica a concepto psíquico a partir, principalmente, de las aportaciones freudianas al debate psiquiátrico de finales de 1880. Así, lo que nos ocupará en la primera parte del presente trabajo de investigación será reconstruir el conjunto de la teoría freudiana siguiendo la evolución semántica de la noción de trauma en el interior del edificio psicoanalítico. Nuestro propósito será mostrar que, tanto a nivel conceptual como a nivel clínico, la noción de

trauma acogió, desde los *Estudios sobre la histeria* (1895) hasta *Moisés y la religión monoteísta* (1939), todas aquellas transformaciones relativas al síntoma, el inconsciente y el proceso de constitución del sujeto que se fueron sucediendo a lo largo de la vida y obra del ilustre vienés, aprehendiendo, asimismo, los diferentes contextos epistémicos e históricos en los que esta se inserta.

Mediante el escrutinio de la cuestión del trauma en Sigmund Freud se pretende constatar no únicamente que sus contribuciones fueron más que decisivas para culminar el proceso de psicologización del concepto, llegando incluso a establecer un modelo sobre el trauma cuyos parámetros temporales, que siempre dependen de la combinación de una diacronía sustentada en huellas pretéritas de la infancia y una sincronía que opera en la producción de lo traumático, constituyen la base teórica de los estudios actuales sobre el trauma. Además, procuraremos demostrar que al final de su vida, en tiempos en los que la cultura europea asistía a su propia autodestrucción, Freud aplicó a la vida social el modelo epistemológico de temporalidad fragmentada en estratos activos que encarna el trauma psíquico en el plano individual, convirtiendo así al psicoanálisis en un modelo histórico-temporal del que se nutren gran parte de los análisis históricos y memorísticos contemporáneos sobre los usos del pasado.

En la segunda parte de la investigación, de temática muy diferenciada, atenderemos a la semántica histórica elaborada por Reinhart Koselleck a propósito de su estudio de la *Sattelzeit* (1750-1850). Sirviéndonos del análisis de algunos conceptos modernos fundamentales llevados a cabo por el historiador alemán en el *Diccionario histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana*, nuestro principal cometido será ilustrar en qué medida un estudio histórico enfocado semánticamente revela que los cambios conceptuales pueden entenderse como respuestas lingüísticamente condensadas a desafíos históricos inscritos, asimismo, en determinaciones extralingüísticas que posibilitan y conducen toda historia posible. La investigación semántica deviene entonces en una suerte de metahistoria que se apoya preminentemente en dos categorías cuya relación determina la articulación del tiempo histórico: *espacio de experiencia* (antes, pasado) y *horizonte de expectativa* (después, futuro):

En la medida en que en las últimas décadas han aparecido nuevos conceptos históricos («duelo», «culpa», «catástrofe») a la par que ha tenido lugar la resemantización de otros tantos («historia», «memoria»), nuestro objetivo será mostrar que las traumáticas experiencias históricas de los totalitarismos y los genocidios condensadas en el corto y

trágico siglo XX conllevan una gramática temporal bastante distinta de la que se desprende de los análisis de los *Grundbegriffe* modernos, todos los cuales registraron, a la par que propulsaron, el proceso moderno de aceleración futurocéntrica propiciado por la emancipación del futuro respecto del pasado. Desde los últimos años del siglo XIX hasta mediados de los ochenta del pasado siglo tuvo lugar otra transformación no menos drástica que la acaecida en la *Sattelzeit*. Los conceptos paradigmáticos de la cultura contemporánea incubados en este nuevo umbral histórico (1880-1980) indican la cristalización de una experiencia temporal que ya no apunta a la planificación utópica del futuro, sino al estancamiento y la distopia; que ya no es lineal, sino multidimensional; y que ya no es sucesiva, sino recursiva. En la conclusión al trabajo de investigación valoraremos la posibilidad de que «trauma» sea uno de estos conceptos.

Inscribimos esta investigación en el marco teórico de *Begriffsgeschichte* koselleckiana en al menos tres sentidos diferentes. En la medida en que trauma es un concepto que remite a distintos objetos en diferentes momentos y se vincula con problemas, usos y dominios variados, en la primera parte de la tesis emplearemos la historia conceptual como herramienta metodológica para sortear dos escollos hermenéuticos: violentar el complejo y cambiante campo conceptual en el que Freud va construyendo su obra, y naturalizar el concepto de trauma en los diferentes momentos del proceso de edificación de la teoría psicoanalítica, como si este poseyera una esencia metafísica eterna capaz de estar en posesión de una vida autónoma. En segundo lugar, emplearemos la historia conceptual como diagnóstico del teleologismo progresista moderno, así como de su crisis y posterior sustitución por un nuevo *régimen de historicidad*. Por último, será asumiendo el concepto de «concepto fundamental» [*Grundbegriff*] que hay en Koselleck, y atendiendo al debate académico actual sobre la necesidad de actualizar el programa de la historia conceptual para que pueda ser aplicada a la historia del siglo XX, como se investigará la posibilidad de que trauma sea un concepto histórico del siglo XX.

GENERAL INTRODUCTION

1. Rationale and objectives of the research project

The concept of trauma is now *commonplace* in contemporary culture. The unprecedented propagation of this concept by various epistemic fields and multiple cultural contexts, both in its clinical definition and in the metaphorical sense when applied to historical events that are collectively perceived as terrible and painful, has led to the term ‘trauma’ being established as the symbol *par excellence* of a broad variety of experiences linked to devastation and suffering, whether personal (rape, torture, disease, accidents, etc.) or collective (genocides, wars, terrorism, natural catastrophes, etc.). The concept’s semantic ability to cover such a disparity of experiences together with their consequences, while doing so in different senses (psychiatric/historical, literal/metaphorical, individual/group, evident/latent, etc.), means that trauma is an entirely unstable and constitutively ambivalent concept about which intense debate has been held between specialists from a wide range of disciplines such as literature, psychiatry, neurobiology, sociology, anthropology, film, philosophy and historiography.

Since the late 1980s, ‘trauma’ has transcended the field of mental health, and is now considered to be a key concept in social and human sciences. The concept’s generalisation in intellectual and academic production has reached such a point, both quantitatively and qualitatively, that social trauma has been established as a standalone area of study⁴ which is primarily concerned with a vast range of problems. These range from ontological issues (What is the psychological trauma about? Is this an exclusively internal phenomenon, something which happens in the outside world or perhaps a combination of both possibilities?) to epistemological questions regarding the unknowable nature of the traumatic event, the vicissitudes of the memory associated with the traumatic event and the role that this has in the formation of individual or collective identities. Each of these problems, including other moral issues linked to the duty of recognising the social group

⁴ Francisco A. Ortega, ‘El trauma social como campo de estudios’, in Francisco A. Ortega (ed.), *Trauma cultura e historia: reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, pp. 17-59. The discipline of ‘Trauma Studies’ already exists (and the Journal of Literature and Trauma Studies, which is accessible at the following link: <https://muse.jhu.edu/journal/572>); there is also the discipline of ‘Trauma Theory’, linked to the study of Caruth, Felman and Laub. See Susannah Radstone’s ‘Trauma Theory: Contexts, Politics, Ethics’, paragraph 30, no.1, March, 2007, Edinburgh University Press, pp. 9-29.

of the victim, are now the subject of debate in countless congresses and publications, and have even led to the creation of specific research institutes.

Away from the world of academia, our societies also appear to be immersed in a form of *trauma culture*. The current public circulation of the term—in its various forms, including post-traumatic stress, panic attacks, etc.—means that the term is now being used in everyday vernacular to describe situations of anguish, agitation or stress. Eric Laurent attributes this situation to the lack of in-depth studies into the causes of the problem, as a result of the hegemonic psychiatric position that tends to disregard explanatory hypotheses about the origins and mechanisms of mental pathologies, while underlining the importance of the descriptive methodology of syndromes or groups of symptoms, all of which are categorised under the term ‘disorder’.⁵ Since the 1980 edition of the ‘Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders’ published by the American Psychiatric Association (DSM-III), the psychiatric nosology has been organised around a classificatory system of diseases which, some argue, places everyday problems in determined categories in accordance with certain assumptions given by a superficial taxonomy of symptoms, which has led to the dissolution of the clinical entities that allow us to remain within the theoretical parameters of a structural clinic.⁶

With social trauma being established as a kind of standalone discipline which requires a wide range of knowledge and facilitates interdisciplinary crossovers, and due to the confusing and abusive introduction of the term ‘trauma’ into popular discourse and its subsequent scientific degradation, we are now facing an entirely modern phenomenon that requires conceptual clarification and new understanding. However, with it being impossible to address the enormous number of problems which, from different approaches, transcend and structure studies about trauma, the objective of our research project will be limited to studying the concept’s movement from the psycho-analytical field to that of historical semantics, primarily from a historical-conceptual perspective.

As such, this means that we won’t worry about analysing or responding to the infinite number of problems that the concept’s use in social and human sciences entails. Rather, we shall aim to prove that the gradual and substantial change in the semantic structure of

⁵ Eric Laurent, ‘*Hijos del trauma*’, in *La urgencia generalizada: la práctica en el hospital*. Buenos Aires: Editorial Grama, 2004.

⁶ Héctor González and Marino Pérez, ‘*La invención de trastornos mentales. ¿Escuchando al fármaco o al paciente?*’ Madrid: Alianza Editorial, 2007.

the concept of trauma between the late 19th century and second half of the 20th century is not a merely lexicographical issue; rather, the study of such conceptual nomadism allows us to gain an understanding of the historical process through which the social experience of contemporary temporality has been shaped. Even when the terms are used more metaphorically than literally, we seek to demonstrate that the integration of ‘trauma’ into historical discourse could be understood as a symptom of a deep structural change that marks a turning point in the temporal articulation of experience and expectations.

Since the last third of the 20th century, the modern outweighing of hope over memory has been replaced by a new socio-historical configuration which is, in some aspects, analogous to the temporal presuppositions of psychiatric trauma in which a present that is overloaded with the past closes its doors to the future. A past experience that dilates the present due to the incessant recollection of the tragic events from the previous century (the memorial obsession) and its revoked ability to project future promises of a collective emancipation (the end of utopias) forces us to form a new epistemology to understand the dynamics of constructing and transmitting the past, especially when faced with said traumatic events. History then loses its condition of *collective singular*, and is now being given a new meaning in which the ‘trauma’ occupies a central position.

2. Articulation and methodology of the investigation

Despite trauma becoming a crucial concept for interdisciplinary dialogue based on thought in the post-war era, the substantial semantic shift that gave rise to its conceptual history dates back to the late 19th century, when the term’s previous categorisation of a medical-surgical issue was raised to that of a psychiatric term, primarily due to the contributions of Sigmund Freud to psychiatric debate in the late 1880s. In the first part of this research project we will focus on reconstructing the Freudian theory by following the semantic evolution of the concept of trauma within the ‘building of psychoanalysis’. We shall aim to outline how, on both a conceptual and clinical level, from the publication of *Studies on Hysteria* (1895) until the release of *Moses and Monotheism* (1939), Freud’s notion of trauma encapsulated each of his transformations in terms of symptoms, the unconscious and the process of constitution during his life, with his work also addressing the different epistemic and historical contexts of the time.

By scrutinising the issue of trauma in Sigmund Freud’s work, we are not only aiming to show how his contributions were more than decisive in culminating the

psychologisation process of the concept of trauma, even establishing a trauma model whose time parameters—which always depended on the combination of a diachrony based on previous childhood experiences and a synchrony that operates in the production of what is traumatic—comprise the theoretical foundations of current trauma studies. We are also seeking to demonstrate that by the end of his life, during an era in which European culture was witnessing its own self-destruction, Freud applied the epistemological model of fragmented temporality in active strata to social life, embodying psychiatric trauma on an individual level, which converted psychoanalysis into a historical-temporal model which has since been used as a foundation for many contemporary historical and memory-based analyses on the uses of the past.

In the second half of the research project, which addresses a very different issue, we shall comment on Reinhart Koselleck's notion of historical semantics, as published in his study on the concept of *Sattelzeit* (1750-1850). Using Koselleck's analysis of certain key modern concepts as explained in *Basic Concepts in History: A Historical Dictionary of Political and Social Language in Germany*, our primary aim will be to outline the extent to which a semantically-focused historical study can prove that conceptual changes can be understood as linguistic responses that are condensed to previous historical challenges, and as extralinguistic determinations that enable and lead all possible histories. Semantic research thus becomes a kind of meta-history that is primarily based on two categories, whose relationship determines the articulation of historical time: *space of experience* (before, in the past) and *horizon of expectation* (after, in the future):

Just as new historical concepts have emerged in the last few decades (notions such as 'grief', 'blame' and 'catastrophe') and how others have acquired new meanings (such as 'history' and 'memory'), we shall aim to show that the traumatic past experiences of totalitarianism and condensed genocides of the short and tragic 20th century entail a temporal grammar that differs substantially from that which emerges from the analysis of modern *Grundbegriffe*, all of which recorded and sparked the modern process of future-centric acceleration caused by the emancipation of the future from the past. Between the final years of the 19th century and the mid-1980s, another transformation occurred that was no less dramatic than that which occurred in the *Sattelzeit*. The paradigmatic concepts of contemporary culture encapsulated in this new historical time span (1880-1980) indicate the crystallisation of a temporal experience which no longer points to the utopic planning of the future, but to standstill and dystopia; no longer lineal, but multi-

dimensional; no longer successive, but recursive. In the conclusion, we will evaluate the possibility of 'trauma' being one of these concepts.

We shall carry out this research within the theoretical framework of *Koselleckian Begriffsgeschichte* in at least three different senses. As trauma is a concept that refers to different objects in different moments of time, and which is linked to various problems, uses and domains, the first part of the thesis will use conceptual history as a methodological tool to overcome two hermeneutical hurdles: to violate the complex and changing conceptual field in which Freud constructed his work, and to naturalise the concept of trauma in the different stages of the 'psychoanalytical building', as if it held an eternal metaphysical essence that was capable of leading its own independent life. Secondly, we will use conceptual history as a diagnosis of progressive modern teleology, as well as its crisis and subsequent replacement by a new *regime of historicity*. Lastly, we shall address the concept of 'fundamental concept' [*Grundbegriff*] that features in Koselleck's work, and deal with the current academic debate surrounding the need to update the programme of conceptual history so that it can be applied to the history of the 20th century, before assessing the possibility of trauma being a historical concept from the 20th century.

Primera parte

La cuestión del trauma en Sigmund Freud: el psicoanálisis como una modalidad histórico-temporal

¿Se ocupó Freud alguna vez, en toda la extensión de su obra,
de algo que no fuera el tiempo? Tendríamos el derecho de dudarlo.

ANDRÉ GREEN

Freud is not philosophy, but then Montaigne also is not philosophy [...].
All mythology is interpretation, but interpretation only becomes mythology if ages productively.
Interpretation that dies young or ages barrenly is exposed as gossip. Montaigne, just short of
Shakespeare, is the dominant mythologist of the later Renaissance. Freud, short of no one, is the
dominant mythologist of our time,
whatever our time turns out to have been.

HAROLD BLOOM

Todo, todo es posible en la historia —lo mismo el progreso triunfal e indefinido
que la periódica regresión—. Porque la vida, individual o colectiva,
personal o histórica, es la única entidad del universo cuya sustancia es el peligro.
Se compone de peripecias. Es, rigurosamente hablando, drama.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

INTRODUCCIÓN A LA PRIMERA PARTE

El objetivo principal de la primera parte del presente trabajo es realizar una reconstrucción del conjunto de la teoría freudiana a partir del concepto de trauma. Para ello, asumiremos la premisa fundamental de la metodología de la *Begriffsgeschichte* teorizada por Reinhart Koselleck según la cual los conceptos no pueden considerarse como piezas inalteradas de una historia que reaparecen en diversos escenarios, sino que son receptores, a la par que productores, de la experiencia social en la que se insertan. Con sus transformaciones semánticas, los conceptos indican los cambios sociales que se producen en el contexto en que son usados, al mismo tiempo que permiten tomar conciencia de tales cambios y, en consecuencia, actuar como factores históricos. Por ello, pese a que todos los conceptos penden de una palabra, no todas las palabras pueden ser consideradas conceptos: una palabra se convierte en concepto cuando se encierra en ella el conjunto de significados y experiencias propios de la vida social y cultural en la que se inscribe.

De modo que, mediante una reconstrucción del edificio freudiano a partir del análisis de la evolución de la noción de trauma, se pretende tanto llegar a conocer las transformaciones semánticas que va sufriendo la noción durante el proceso de construcción del pensamiento freudiano a través de una lectura selectiva de textos clave, como mostrar mediante la indagación de las mismas otro tipo de cambios acontecidos en el plano intelectual y social en el que el psicoanálisis freudiano nace y se desarrolla, poniendo esto de relieve que la experiencia del psicoanálisis no es ajena a la historia en la que surge y se desenvuelve.

«Trauma» no es una categoría de origen psicoanalítico, aunque es en torno a ella que se originó el psicoanálisis. En el primer capítulo («Los inicios del psicoanálisis. Una teoría del trauma psíquico») atenderemos a cómo la noción de trauma eleva su estatuto de categoría médica a concepto psíquico a partir de las aportaciones freudianas al debate psiquiátrico de finales del siglo XIX. Si bien la psicologización de esta noción ya se estaba produciendo en el contexto epistémico en el que Freud inserta su investigación científica, veremos en qué medida el psicoanálisis culmina esta psicologización, generando un nuevo concepto de trauma que trastoca por completo los elementos semánticos del primero, y en el cual se sustenta todo su edificio teórico. Al menos inicialmente, cuando la empresa freudiana se define por ser una teoría del trauma psíquico propiciada por una

experiencia pasiva de seducción y abuso sexual sufrido en la infancia y perpetrado por un adulto.

Sin embargo, como veremos en el segundo capítulo («El gran trauma europeo: 1914-1919») este primer modelo del trauma quedará transformado tras las modificaciones teóricas y clínicas que introducirá Freud a propósito de la Gran Guerra. Para entender este viraje teórico será esencial detenerse en el papel que desempeñó la controversia acerca de los postulados etiológicos de la sintomatología propia de los neuróticos de guerra. Pero no podremos dejar de atender a la importancia que a este respecto tuvo la reformulación de lo que Freud denominó «narcisismo». Expondremos, pues, los elementos más significativos de tal operación teórica hasta llegar al descubrimiento de la «pulsión de muerte», categoría estrella en los últimos años del vienés, que nos guiará hacia una nueva comprensión del trauma, así como hacia una novedosa reinterpretación de la vida social.

De esto último nos ocuparemos en el tercer capítulo («Trauma cultural y lazo social»). A partir de la reconceptualización contenida en su controvertida *Más allá del principio de placer*, comenzaremos exponiendo la perspectiva económica del trauma, donde este ya no va a referir a ningún episodio sino, directamente, a la exigencia pulsional, concretamente a la pulsión de muerte. Veremos, asimismo, cómo el descubrimiento de esta última fue central a la hora de comprender lo que Freud entiende por condición humana: es a esta pulsión a la que cabe atribuir tanto la fuente de destrucción que amenaza la convivencia, ya que esto es lo que hace cuando se dirige hacia el exterior, como la posibilidad de la misma —y un tipo de sufrimiento patológico— cuando se dirige hacia el interior en calidad de conciencia moral. De ella se deducirá una concepción de tiempo que, en el plano de lo colectivo, pone en cuestión la linealidad temporal pasado-presente-futuro, permitiendo esto repensar la posibilidad de la historia.

A propósito de esto último, concluiremos nuestro recorrido por el edificio teórico freudiano en su última gran obra, *Moisés y la religión monoteísta*, donde constataremos que, al aplicar la dinámica del trauma individual al ámbito de lo histórico, Freud no solo está anticipándose al uso que, desde los años ochenta, se le da a nuestro concepto para analizar determinados fenómenos, históricos y políticos, tan devastadores para los miembros de una comunidad que marcan fuertemente su memoria llegando a transformar su identidad cultural. Además, inaugura una imagen del tiempo histórico como algo que no se deja aprehender por la producción conceptual moderna, sino que indica la existencia de un presente en el que se concentra todo el tiempo.

Así pues, lo que nos ocupará en esta primera parte son fundamentalmente dos cosas: en primer lugar, mostrar que en ningún caso estamos ante un concepto de trauma acabado o idéntico en todo tiempo, sino ante una noción en la que se plasman diferentes contextos epistémicos y socio-culturales de los siglos XIX y XX. Y, en segundo lugar, apuntar a que la reconceptualización de las cuestiones sociopolíticas propias de la indagación histórica por medio de la introducción del uso de categorías psicoanalíticas obliga a cuestionar las fronteras entre distintas disciplinas, saberes y procesos culturales, poniendo de manifiesto la validez del psicoanálisis, en tanto que ciencia del significado de la experiencia humana, como perspectiva susceptible de atravesar otras disciplinas propias de las ciencias sociales y humanas.

CAPÍTULO I. LOS INICIOS DEL PSICOANÁLISIS. UNA TEORÍA DEL TRAUMA PSÍQUICO

I.1. Introducción

Trauma es un término de origen griego (τραῦμα) que significa herida. En la Grecia clásica ya se empleaba esta palabra y toda la terminología a ella asociada (traumatizar, traumático, traumatismo) para referirse tanto a lesiones mecánicas producidas en el orden de los daños físicos, como a otras heridas de carácter más espiritual provocadas por diversos tipos de catástrofes de orden natural, histórico o cultural. En la actualidad, el término *trauma* mantiene este significado y significante sin casi ninguna variación en gran parte de las lenguas modernas. Sin embargo, a diferencia del griego clásico, donde este refería a una herida o ruptura en términos tanto físicos como psíquicos, hoy por hoy empleamos *trauma* exclusivamente en su aspecto psíquico,⁷ mientras que utilizamos *traumatismo* como sinónimo de trauma físico.⁸

Esta escisión semántica es muy reciente. Hasta finales del siglo XIX, *trauma* se empleaba, en las lenguas modernas, en términos meramente quirúrgicos o médicos, para designar un daño somático provocado por un accidente que, al ejercer sobre el organismo una acción mecánica, producía una lesión en el tejido humano. Sin embargo, las investigaciones sobre el sistema nervioso realizadas durante el crepúsculo del siglo XIX llevaron a estudiar el impacto de las emociones en el comportamiento humano. Conforme avanzaban los estudios en este campo, el daño observado dejó progresivamente de ser entendido como una ruptura del tejido humano y pasó a interpretarse como una lesión del tejido nervioso que, al no resultar visible, solo podía percibirse por sus síntomas

⁷ Desde los años ochenta, podemos decir que *trauma* también empieza a emplearse en la semántica histórica. ¿Mantiene *trauma* el sentido psíquico en el plano histórico o su aplicación es más bien metafórica? Esta es una de las preguntas a las que aspiramos contestar a lo largo del desarrollo de este trabajo de investigación.

⁸ «Trauma [...] designa una herida con efracción; traumatismo se reservaría más bien para designar las consecuencias sobre el conjunto del organismo de una lesión resultante de una violencia externa». Laplanche & Pontalis, *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 2004, pp. 447

—conductas extrañas y memorias disociadas—. Por esa misma época, como consecuencia de esto y otros fenómenos sociohistóricos, entre los que destacan los accidentes ferroviarios, aparece también el término «memoria traumática» para referirse a los modos en que el cuerpo recuerda, involuntariamente, eventos de particular dificultad emocional. Se iniciaba así un cambio socio-epistémico que culminará, por medio del psicoanálisis freudiano, en la psicologización del concepto trauma.

Lo que nos va a ocupar en este primer capítulo es precisamente el estudio del proceso semántico, social y epistémico por medio del cual el psicoanálisis freudiano culmina el proceso de psicologización del concepto *trauma*. Para ello comenzaremos deteniéndonos, muy brevemente, en los principales hitos del nacimiento de la clínica moderna, por utilizar la expresión foucaultiana. En el apartado titulado «Irrupción del psicoanálisis en la nosografía psiquiátrica de la época» repasaremos las aportaciones al estudio de la historia de los antecedentes más próximos a Freud, ya que además de ser la puerta de entrada al psicoanálisis para su propio fundador, la historia constituye un punto clave en la historia de la clínica neurológica y psiquiátrica.

En segundo lugar, en el epígrafe «De la teoría traumática a la teoría sexual infantil: el trauma como cuerpo extraño» atenderemos a la noción de trauma en los primeros escritos freudianos, cuando todavía es pensado en relación a una vivencia sexual prematura traumática efectivamente acontecida que genera unas condiciones especiales para su rememoración. Por último, se tratará de estudiar el tránsito desde esta teoría de la historia explicada por un trauma sexual infantil hasta la interpretación de la fantasía y los recuerdos encubridores como síntomas de motivación erótica —hecho que en psicoanálisis se conoce como el abandono de la teoría de la seducción—, lo que significará una revolución en la representación del acontecer subjetivo. De esto último, territorio en el que se va fraguando la reformulación de la metapsicología freudiana, nos encargaremos en el apartado que clausura este capítulo: «El trauma y la génesis de la subjetividad».

I.2. Irrupción del psicoanálisis en la nosografía psiquiátrica de la época

2.1. MODERNIDAD Y TRAUMA PSÍQUICO

La clínica moderna ha fechado su nacimiento en los últimos años del siglo de las Luces a partir de un fenómeno que revolucionó el trato recibido por los enfermos mentales. Desde los inicios del siglo XVII hasta finales del XVIII, la locura era entendida como un problema social que precisaba de protección institucional. Por ello, los locos eran

habitualmente retenidos y maltratados, junto con criminales, prostitutas, borrachos y mendigos, en instituciones de confinación cuya función principal era la de apartar de la sociedad a las personas que turbaran el curso de la normalidad social.⁹ Sin embargo, los diversos procesos de racionalización del *mundo de la vida* que se iniciaron en la Europa ilustrada¹⁰ llevaron no solo a la consolidación de un nuevo contrato social, sino también a la emergencia de una reforma sentimental¹¹ que tuvo su expresión en el pensamiento médico por medio de la creación de asilos destinados a custodiar exclusivamente a los enfermos mentales, separados ya del resto de los reclusos.

A diferencia de las grandes instituciones de confinación del pasado siglo, que servían meramente para la exclusión social de personas consideradas no aptas para la convivencia, estas casas se pensaron como lugares de tratamiento de la locura en los que esta «empezó a hablar por sí misma». ¹² Se inició entonces un estudio sistemático de las diferentes enfermedades encontradas que, basado en la observación empírica tanto de similitudes como de diferencias entre las manifestaciones de los síntomas y la evolución de su estado, propició una nueva forma de entender la locura —más allá de lacra social— y de proceder ante el loco mediante tratamientos esbozados en función de la causa que originara el padecimiento. La clínica iniciaba así un proceso de constitución como saber científico autónomo que dará lugar a lo que hoy conocemos por psiquiatría.

Uno de los máximos representantes de este movimiento fue Philippe Pinel, a cuyo nombre suele asociarse el viraje fundamental que llevó de considerar a los locos como existencias despreciables a concebirlos como enfermos con dignidad cuyo raciocinio podía ser rehabilitado. Para ello, según Pinel, bastaba con reconducir la mente alterada nuevamente a la razón con la ayuda de la institución curativa —el denominado *tratamiento*

⁹ «El confinamiento es una creación institucional propia del siglo XVII [...]. Como medida económica y de precaución social, es un invento. Pero en la historia de la sinrazón señala un acontecimiento decisivo: el momento en que la locura es percibida en el horizonte social de la pobreza, de la incapacidad de trabajar, de la imposibilidad de integrarse al grupo; el momento en que comienza a asimilarse (la locura) a los problemas de la ciudad». Michel Foucault, *Historia de la locura en la época clásica*, volumen I. México: Fondo de cultura económica, 1998, pp. 124-125.

¹⁰ «El proyecto de la modernidad formulado por los filósofos del Iluminismo en el siglo XVIII se basaba en el desarrollo de una ciencia objetiva, una moral universal, una ley y un arte autónomo y regulado por lógicas propias [...]. Deseaban emplear esta acumulación de cultura especializada en el enriquecimiento de la vida diaria, es decir en la organización racional de la cotidianidad». Jürgen Habermas «Modernidad: un proyecto incompleto», en J. Baudrillard, J. Habermas, E. Said y otros, *La posmodernidad*. Barcelona: Kairós, 1988, p. 28.

¹¹ Rousseau habla de una repugnancia innata de ver sufrir al semejante, «virtud tanto más universal y tanto más útil al hombre cuanto que precede en él al uso de toda reflexión, y tan natural que las bestias mismas dan a veces signos sensibles de ella», en Jean Jacques Rousseau, *Sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*. Madrid: Alianza Editorial, 2008, p. 263.

¹² Michel Foucault, *El nacimiento de la clínica*, Madrid: Siglo XXI., 1991, p. 85.

moral—. ¹³ Si bien es cierto que tal institución seguía estando constituida por el aislamiento y la sumisión a una disciplina severa y paternal regulada por la ley médica, tal sometimiento habría de lograrse evitando el empleo de la violencia y los métodos degradantes. La mención a Pinel, sin embargo, no pretende atribuir al clínico francés el mérito de haber inaugurado, por sí solo, la medicina mental, ¹⁴ sino tan solo destacar el modelo del alienismo propuesto en su célebre *Tratado médico-filosófico de la alineación mental* (1801).

En esta obra, que sienta las bases metodológicas y doctrinarias de la psiquiatría, ¹⁵ Pinel establece lo que se convertirá en el supuesto hegemónico de la misma durante el nuevo siglo, a saber, que la alienación mental constituye un desarreglo de las funciones cerebrales que afecta a las funciones superiores del sistema nervioso, especialmente a las intelectuales, y que podía deberse a distintos factores. ¹⁶ Además de proporcionar una base teórica a la idea de curabilidad potencial de la locura, esta concepción de la misma le permite separar las enfermedades mentales, a las que ubica en la categoría de las neurosis, —es decir, de las afecciones del sistema nervioso—, de otro tipo de afecciones.

Con independencia de los diferentes enfoques clínicos que se fueron desarrollando y sucediendo en diversos lugares de la Europa ilustrada, ¹⁷ el siglo XIX renovó el postulado

¹³ Paul Bercherie. *Los fundamentos de la clínica. Historia y estructura del saber psiquiátrico*. Buenos Aires: Editorial Manantial, 1986, p. 17.

¹⁴ Investigaciones posteriores sostienen que el momento fundacional de la psiquiatría respondió a un proceso mucho más complejo que se desarrolló de manera simultánea en diversos lugares de Europa: «las nociones que dieron lugar a la medicalización de la locura, al tratamiento moral y al inicio del movimiento alienista, se fue delineando desde mediados del siglo XVIII y (...) la psiquiatría surgió de nuevos conceptos y prácticas diversas y convergentes desarrolladas en diversos países europeos cristalizando, finalmente, en la obra de Pinel con la segunda edición de su *Traité* en 1809: punto de llegada y no tanto de partida del pensamiento médico moderno sobre las enfermedades mentales». Véase Juan Carlos Stagnaro, «Introducción: En torno al origen del primer alienismo», *Asclepio*, 67 (2), 2015, p. 104.

¹⁵ «Pinel, en efecto [...] fue el primero en fundar la clínica como una disciplina autónoma, una ciencia pura de la observación, metodológicamente separada, con hipótesis etiopatogénicas y consideraciones prácticas y terapéuticas. Las concepciones del propio Pinel, de su alumno Esquirol y de la escuela de este último reinaron absolutamente hasta mediados del siglo XIX». Paul Bercherie, *Génesis de los conceptos freudianos*. Buenos Aires: Paidós, 1983, p. 56.

¹⁶ La locura, concebida como un desarreglo de las facultades cerebrales, puede tener para Pinel diversas causas: 1) las físicas, que a su vez pueden ser directamente cerebrales (un golpe violento sufrido en la cabeza) o simpáticas (alcanzan el cerebro como consecuencia de sus lazos con los otros órganos del cuerpo); 2) la herencia, a la cual Pinel le otorga un lugar destacado, y finalmente 3) las causas morales, que se pueden ordenar en dos rúbricas: las pasiones intensas y fuertemente contrariadas o prolongadas y los excesos de todo tipo. Véase Paul Bercherie. *Los fundamentos de la clínica. Historia y estructura del saber psiquiátrico*, op. cit., p. 15-16.

¹⁷ Después de Esquirol, discípulo predilecto de Pinel, y tras el impacto intelectual del movimiento frenológico, uno de los problemas más acuciantes que se planteó en psiquiatría fue responder a la pregunta de si la alienación mental tenía o no una base anatomopatológica. Ante tal cuestión, se desataron diversas polémicas: anatomistas vs. funcionalistas; concepto hereditario de la enfermedad vs. acentuación de la causa moral. Véase Paul Bercherie. «La descendencia de Esquirol», en Paul Bercherie, *Los fundamentos de la clínica*, op. cit., pp. 27-35.

que suscribe la etiología orgánica de las alteraciones mentales y de toda una serie de fenómenos clínicos. Al rechazar toda tentativa de elaborar hipótesis que se propusieran explicar los orígenes y los mecanismos de las diferentes entidades clínicas que no supusieran una causa orgánica, la psiquiatría de la época quedaba reducida casi por completo a ser una rama más de la neurología, propiciando que se dejara de lado todo un campo de investigación, la psicopatología, que será retomado por Freud y el psicoanálisis. Aun así, muchos de los principales autores decimonónicos que ejercieron una gran influencia en la clínica psiquiátrica participaron activamente en el debate sobre la histeria.

Un lugar destacado en esta disputa lo ocupa Jean-Martin Charcot, cuya hipótesis fundamental postulaba que la histeria era un proceso degenerativo del sistema nervioso, una enfermedad neurológica cuya lesión anatómica todavía no había sido descubierta. La importancia de su legado, no obstante, radica en que fue uno de los primeros en poner de manifiesto la objetividad de los síntomas histéricos —parálisis, ceguera, enajenación, etc.—. Es decir, estos no eran para el célebre médico producto de una simulación, como por aquel entonces se asumía,¹⁸ sino padecimientos que los enfermos experimentaban como si fueran espectadores externos. Pero en 1885 se produjo un gran giro en el estudio de los fenómenos histéricos.¹⁹ En cuestión de tres o cuatro años, la concepción de la histeria contemplada por Charcot empezó a ser severamente criticada. En gran medida debido a los problemas que planteaba la cuestión de la *neurosis traumática*, término que acababa de proponer Herman Oppenheim (1889)²⁰ para designar el origen orgánico de

¹⁸ Como dijo Freud en el informe que elaboró a su vuelta de París: «En nuestra época, una histérica podía estar casi tan segura de que la considerarían una simuladora, como lo estaría en siglos anteriores de ser condenada por bruja o posesa», Sigmund Freud, *Informe sobre mis estudios en París y Berlín*, en Sigmund Freud, *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2012, Volumen I, p. 11. (De ahora en adelante, emplearemos las siglas AE para referirnos a esta edición de las *Obras Completas* de Sigmund Freud, indicando posteriormente el número del volumen en el que se encuentra el texto referenciado).

¹⁹ Véase «Las lecciones de 1885 sobre la histeria traumática», perteneciente al «Capítulo IV: El estudio de la hipnosis y la evolución de la doctrina de Charcot», en Paul Bercherie. *Génesis de los conceptos freudianos*, op. cit., pp. 92-6.

²⁰ Los accidentes de ferrocarril acontecidos en la segunda mitad del siglo XIX provocaron una expansión de neurosis que incluían síntomas histéricos y depresivos, con trastorno del sueño, especialmente pesadillas en las que se revivía el accidente. En la primera edición de *Die traumatischen Neurosen*, publicada en 1889, Oppenheim detalló 33 casos, explicando que tales trastornos eran provocados con frecuencia por accidentes mecánicos. En la segunda edición del libro, aparecida en 1892, Oppenheim dio cuenta de 42 casos elaborados en la clínica psiquiátrica de la Charité, anexa a la Universidad de Berlín. Del total de casos, dieciséis revelaban síntomas neuróticos vinculados a accidentes ferroviarios (Mark S. Micale&Paul Lerner, *Traumatic Pasts. History, Psychiatry, and Trauma in the Modern Age, 1870-1930*. Cambridge: Cambridge University Press, 2001, pp. 143-144). Tales síntomas llegaron a recogerse bajo la formulación de un nuevo cuadro cínico al que se denominó *Railway spine*. Parece ser que la primera referencia impresa a esta expresión se encuentra en John Eric Erichsen, *On Railway and Other Injuries of the Nervous System*, London, Walton&Maberly, 1866, obra a la que, como indica Ruth Leys, también se le concede haber propiciado el inicio de las conceptualizaciones modernas sobre el trauma: «[...] modern understanding of trauma began with the work of the British physician John Erichsen, who during the 1860s identified the

las consecuencias neurológicas y psicológicas de los accidentes de ferrocarril y otras catástrofes.



Como es sabido, el desarrollo industrial europeo acontecido a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX llevó a la consolidación de la industria del acero y del transporte ferroviario. Si bien las primeras vías férreas se construyeron principalmente para el transporte del mineral hacia los puntos de su

distribución, el perfeccionamiento de estas favoreció que el ferrocarril empezara a emplearse para otro tipo de viajes que revolucionaron por completo el campo de experiencia social. Su instalación dispuso un inédito e incesante movimiento, de personas y mercancías, que llevó a transformar las ciudades en eficaces centros industriales y financieros, mejorando de forma sustancial el nivel de vida de la población y cambiando definitivamente el escenario urbano.

Debido a su notoria contribución al progreso, el ferrocarril es hoy símbolo por excelencia de la modernización e industrialización europea característica del largo siglo XIX. Sin embargo, en el contexto social y cultural de la Europa victoriana no era visto únicamente como expresión cumbre del progreso tecnológico, sino también como plasmación de su fracaso, una contundente prueba de la indefensión del hombre moderno ante las tecnologías creadas por él mismo y del coste a pagar por un progreso que traía consigo catástrofes devastadoras sin precedentes que desbordaban la capacidad humana de asimilarlas, no tanto por el alcance de las mismas como por la aleatoriedad e imprevisibilidad con que se cobrara víctimas. Tales aspectos del accidente ferroviario —arbitrariedad, aleatoriedad, imprevisibilidad— contribuyeron a que se lo percibiera como un fenómeno moderno, no ya porque ocurría en un medio de transporte nuevo sino

trauma syndrome in victims suffering from the fright of railway accidents and attributed the distress to shock or concussion of the spine. Claiming that the traumatic syndrome constituted a distinct disease entity, the Berlin neurologist Oppenheim subsequently gave it the name “traumatic neurosis” and ascribed the symptoms to undetectable organic changes in the brain», Ruth Leys. *Trauma. A Genealogy* Chicago: The University of Chicago Press, 2000, p. 3.

porque encarnaba ciertos aspectos de una existencia marcada por la industria, la vida urbana y la sociedad de masas.²¹

A diferencia de las catástrofes marítimas o de los accidentes mineros, lo idiosincrásico de los accidentes de ferrocarril era que acontecían en el escenario urbano, pudiendo afectar a cualquiera, con independencia de la profesión y de la pertenencia a una u otra clase social. Esta *democratización de las catástrofes* provocaba una sensación de vulnerabilidad en el público cercana al horror, de tal suerte que el accidente ferroviario se convirtió en un acontecimiento significativo no solo como origen de experiencias individuales traumáticas efectivamente acontecidas, sino también como raíz de un miedo colectivo causante de trastornos internos que, de acuerdo a la tradición organicista de la época, habrían de ser de procedencia fisiológica:

Estos síntomas se manifiestan principalmente a través del sistema nervioso o a través de un estado físico que depende del equilibrio fisiológico perfecto de las fuerzas nerviosas para funcionar correctamente. [Los síntomas] varían [...] desde la mera irritabilidad, inquietud y malestar luego de un viaje largo hasta trastornos en los que aparecen sucesivamente parálisis repentinas en distintas partes del cuerpo. Todo ello indica una dolencia insidiosa en el cerebro o en la médula espinal, como [...] la que se manifiesta después de un shock violento o después de lesiones en los centros nerviosos. Estos últimos son los síntomas que con frecuencia aparecen después de las sacudidas y los golpes que las víctimas sufren en un choque ferroviario.²²

Este nuevo fenómeno desató una batalla epistémica en parte alentada por una pericial. En la medida en que los daños provocados por un accidente ferroviario podían implicar una compensación económica, se generó una fuerte disputa médico-legal sobre el carácter real o simulado de los síntomas secundarios que padecían los afectados demandantes —pérdida de memoria, dolor de espalda y cabeza, entumecimiento de las extremidades, parálisis locales, perturbación intelectual, etc.—. En relación a la naturaleza de tales

²¹ «These aspects of the railway accident contributed to the way in which it was perceived as a modern phenomenon – not merely in the sense that it occurred on a modern, mechanized mode of transport, but also in that it appeared to embody certain characteristic attributes of the condition of modernity, of technological, industrial, urbanised, mobile, mass-society existence. It denied its victims any chance of controlling their own fate; it crystallized in a single traumatic event the helplessness of human beings in the hands of the technologies that they had created but seemed unable to control; it was a highly public event that erupted directly into the rhythms and routines of daily life; it was no respecter of class or status; it was arbitrary, sudden, inhuman, and violent». Ralph Harrington, «The Railway Accident: Trains, Trauma, and Technological Crisis in Nineteenth-Century Britain», Micale, Mark y Lerner, Paul (eds.), *Traumatic Pasts. History, Psychiatry, and Trauma in the Modern Age, 1870-1930*, op. cit., pp. 35-36.

²² Extracto de la revista de *The Lancet*, publicado 1 de marzo de 1862. Cita contenida en Ralph Harrington, *Ibidem*, p. 42.

alteraciones, la investigación de John Eric Erichsen en *On railway and other injuries of the nervous system* (1866) se convirtió en referencia obligatoria tanto para quienes se afanaban en mostrar la existencia de un daño como para quienes pretendían negarlo, impulsando un proceso de transformación de los saberes y las prácticas ocupados en estas nuevas polémicas que darán comienzo a las modernas conceptualizaciones sobre lo traumático.²³

En tales síntomas —anestias sensoriales, trastornos motores, pesadillas—, que reproducían obsesivamente el recuerdo del accidente, Charcot reconocía los propios de la histeria. La observación cada vez más precisa de estos fenómenos le permitió abrir definitivamente el campo de la histeria al sexo masculino²⁴ e iniciar la diferenciación entre los síntomas histéricos y los lesionales, que hasta ese momento consideraba idénticos. Además de la analogía patógena de la histeria común con la histeria traumática, sus experimentos con la hipnosis le habían propiciado la certeza de que esta última constituía una neurosis artificial. Lo cual favoreció el hallazgo esencial de que los síndromes sensitivos y motores obtenidos por sugestión hipnótica eran exactamente idénticos a los trastornos histéricos espontáneos, en particular a los homólogos en las neurosis traumáticas. Así y todo, Charcot no llegó a desprenderse de la noción quirúrgica de trauma y continuó hablando de una lesión dinámica.²⁵ Sí lo hicieron, sin embargo, sus mejores discípulos.

²³ «Cuando se ubica en ese lugar fundacional a la obra del cirujano se suele descuidar un detalle llamativo: la palabra “trauma” nunca fue mencionada en ninguna de las 103 páginas del libro. Su inclusión en esta historia sólo puede ser entendida por el hecho de que varios autores de la década de 1880 que criticaron las hipótesis defendidas por Erichsen, sí utilizaron la noción de trauma para abordar a los accidentados del ferrocarril, como, por ejemplo, Page, Charcot y Oppenheim». Luis Sanfelippo, tesis doctoral *El trauma en Freud y en la historiografía reciente*, entregada en diciembre de 2015 en la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, Argentina. p. 37. A pesar de sus diferencias, Oppenheim y Charcot favorecieron un concepto patogénico similar de una perturbación aún no comprensible pero basada orgánicamente: daño dinámico o funcional (Charcot) y molecular (Oppenheim).

²⁴ «Es de notar cómo estos casos de histeria traumática observados en obreros de apariencia vigorosa, se multiplican a medida que aprendemos a diagnosticarlos mejor [...] Hace tres semanas, este hombre estaba golpeando con un martillo de madera [...] una placa de bronce que sostenía en un torno con la izquierda. Estaba dando fuertes golpes cuando de repente la placa se movió y el martillo golpeó fuertemente sobre su mano izquierda [...] cuando más tarde el enfermo quiso volver a utilizar esa mano, se dio cuenta de que ésta estaba flácida y de que no podía mover los dedos. Al realizar el examen minucioso del miembro afectado, enseguida pudimos reconocer que se trataba de una parálisis histérico-traumática [...] Le pido al enfermo que cierre los ojos y mueva los dedos de su mano izquierda y su muñeca de distintas maneras; el enfermo no tiene la menor noción de estos movimientos. Ignora totalmente la actitud que le doy a sus dedos y a su mano [...] esto es suficiente para establecer el diagnóstico, ya que a mi entender sólo en las parálisis histéricas estas características se dan en forma tan marcada. Jean Marie Charcot, «Parálisis histérico-traumática masculina (1887-1888)». En Conti, N. y Stagnaro, J.C. *Historia de la ansiedad. Textos escogidos*. Buenos Aires: Editorial Polemos, 2007, pp. 44-45.

²⁵ «El reconocimiento de la naturaleza psíquica de numerosos accidentes histéricos diferenciados cada vez mejor desde el punto de vista semiológico, [...], no le impidió mantener intacto el edificio doctrinario

2.2. SIGMUND FREUD: LA HISTERIA, UNA NEUROPSICOSIS DE DEFENSA

En este caldo de cultivo, en el que poco a poco iban cayendo los pilares clínicos de la interpretación orgánica de la enfermedad mental, se inserta Freud al retornar de París en 1886.²⁶ Si bien Hippolyte Bernheim (*De la suggestion et de ses applications à la thérapeutiques*)²⁷ ya negó que la histeria fuera una enfermedad degenerativa y propuso una concepción de esta entendida como un trastorno afectivo emocional, y Pierre Janet (*L'Automatisme psychologique, L'État mental des hystériques*) reconoció el estatuto no orgánico de los síntomas histéricos argumentando que estos surgen de una disociación de la personalidad en relación con una especie de debilidad del sistema nervioso,²⁸ fue Freud el primero en sostener expresamente que la formación de los síntomas histéricos responde a *mecanismos psíquicos*. Razón por la cual, en su período de producción prepsicoanalítico, excluye a la histeria del grupo de las hasta ese momento llamadas neurosis —enfermedades funcionales del sistema nervioso— y la sitúa en uno nuevo que él mismo denomina neuropsicosis, donde incluye, además de la histeria, la neurosis obsesiva y un tipo de psicosis alucinatoria.

erigido en los años 1870-1880. Así, continuó hablando de una lesión dinámica de asiento cortical para fundamentar fisiológicamente los trastornos, que al mismo tiempo analizó en términos psicopatológicos y que se esforzará en curar mediante procedimientos sugestivos». Paul Bercherie, *Génesis de los conceptos freudianos*, op. cit., pp. 94-95.

²⁶ Freud inició sus intereses profesionales en el campo de la neurología, desechando durante mucho tiempo el campo de la clínica, que solo empezó a interesarle como ámbito de investigación y de actividad profesional tras su estancia con Charcot en el hospital de La Salpêtrière, donde estuvo desde octubre de 1885 hasta febrero de 1886. Esos años marcaron la carrera de Freud. La gran admiración que sentía por Charcot hizo que pasara de interesarse por la neuropatología a sumergirse en los estudios psicopatológicos.

²⁷ En la década de 1890, un grupo de médicos en la ciudad de Nancy comenzó a cosechar un gran éxito en el uso de la hipnosis como método curativo y desarrolló una justificación para la hipnosis muy diferente de la de Charcot, viéndola como una poderosa herramienta teatral. La escuela de Nancy también desarrolló la idea de una sugestión no hipnótica. En 1888, Freud escribió el prólogo del libro de Bernheim titulado *De la suggestion et de ses applications à la thérapeutique* calificándolo de «admirable estudio del hipnotismo que ningún médico debe desconocer». A diferencia de Charcot, Bernheim considera el estado hipnótico como un estado de sueño parcial y sustituye la hipnosis como método terapéutico por una práctica psicoterapéutica exclusivamente sugestiva. Bernheim pensaba que los fenómenos histéricos no eran causados por una lesión cerebral, sino que eran productos de una sugestión. Es decir, se trata de fenómenos subjetivos, lo que para él equivalían a conscientes y por lo tanto no concibió la hipótesis de un inconsciente psíquico. Uno de los descubrimientos que Freud rescatará de las investigaciones de Bernheim es el de la sugestión posthipnótica, que consistía en que el hipnotizador daba una orden al hipnotizado, el cual debería cumplirla cierto tiempo después de despertar de la hipnosis. El hecho de que el sujeto cumpliera la orden, sin recordar los verdaderos motivos, demostraba experimentalmente la eficacia causal de una representación situada más allá de la conciencia. Sigmund Freud, *Breve informe sobre psicoanálisis*, AE, XIX, p. 204.

²⁸ Para Janet, los síntomas histéricos no son orgánicos sino causados por una disociación de la personalidad en relación directa con un déficit en el poder de la síntesis mental: «Janet caracterizó la histeria mediante el supuesto de una incapacidad constitucional para preservar la coherencia de los procesos anímicos, lo cual producía una fragmentación (disociación) de la vida anímica». No obstante, no logra proponer ningún método terapéutico acorde con la idea causal remitida a la afectividad y al juego de las fuerzas anímicas. Así, dice Freud, «el psicoanálisis en modo alguno partió de estas investigaciones», *Ibidem.*, pp. 205.

Las neurosis, todavía entendidas en un sentido prepsicoanalítico, carecen por tanto de significado inconsciente, mientras que este nuevo grupo de neuropsicosis se caracteriza por un mecanismo psíquico, denominado defensa, que subyace a la formación de sus síntomas. Aunque la teoría de la defensa ya había sido mencionada brevemente en la «Comunicación preliminar» —escrita en 1893— a los *Estudios sobre la histeria* (1895), es un año después, en *Las neuropsicosis de defensa*, donde Freud produce sus propios desarrollos teóricos diferenciándose de las tesis de Breuer. Partiendo del hecho, para Freud ya innegable, de que el complejo sintomático de la histeria justifica el supuesto de una escisión de la conciencia con formación de grupos psíquicos separados, el objetivo de Freud en este texto es aclarar el verdadero origen de tal escisión psíquica.²⁹

Frente a la explicación ofrecida por Janet (la escisión consiste en el rasgo primario de la alteración histérica basada en una pobre aptitud innata para la síntesis psíquica), y en oposición a la expuesta por Breuer (es algo secundario que se produce en virtud de que las representaciones que afloran en estados hipnoides están segregadas del comercio asociativo con el restante contenido de conciencia), Freud afirma que la génesis de la sintomatología histérica se debe a la activación voluntaria de un proceso defensivo alzado frente a representaciones psíquicas que tratan de acceder a la conciencia. Su función es mantener la integridad del yo mediante el aislamiento de esas representaciones inconciliables que resultan dañinas o displacenteras para el sujeto:

La tarea que el yo defensor se impone, tratar como *non arrivée* la representación inconciliable, es directamente insoluble para él; una vez que la huella mnémica y el afecto adherido a la representación están ahí, ya no se los puede extirpar. Por eso equivale a una solución aproximada de esta tarea lograr convertir esta representación intensa en una débil, arrancarle el afecto, la suma de excitación que sobre ella gravita. Entonces esa representación débil dejará de plantear totalmente exigencias al trabajo asociativo; empero, la suma de excitación divorciada de ella tiene que ser aplicada a otro empleo.³⁰

Esto es, el mecanismo psíquico que se encuentra en la base de la neurosis histérica consiste en un proceso mediante el cual una representación inconciliable, pero también

²⁹ «Que el complejo sintomático de la histeria, hasta donde conseguimos entenderlo hoy, justifica el supuesto de una escisión de la conciencia con formación de grupos psíquicos separados, es cosa que debería ser universalmente aceptada tras los brillantes trabajos de P. Janet y J. Breuer y otros. Menos claras están las opiniones sobre el origen de esa escisión de la conciencia y sobre el papel que ese carácter desempeña en la ensambladura de la neurosis histérica», Sigmund Freud, «Las neuropsicosis de defensa», AE, III, pp. 47-48.

³⁰ *Ibidem*, p. 50.

inextirpable, es privada de su componente afectivo.³¹ Freud contrapone así *representación* [Vorstellung] y *afecto* [Affekt]: por un lado, el afecto bajo el que el yo sufría se desliga de la representación al que iba asociado, pero permanece intacto. Por otro, la representación inconciliable es reprimida, esto es, excluida del recordar, y pasa a integrar un grupo psíquico independiente junto con el resto de representaciones reprimidas. La fuerza psíquica que contribuye al rechazo de la representación traumática y que se opone al esfuerzo de su rememoración es a lo que Freud denomina defensa —noción que más tarde, y sin postreras explicaciones, integrará en su noción de *represión*—. La defensa, no obstante, no es exclusiva de la histeria. También opera, si bien de manera distinta, en otras neuropsicosis, como la neurosis obsesiva o la fobia. Es decir, puede haber diferentes modalidades del proceso defensivo según las enfermedades dependiendo del destino que tanto representaciones como afectos, disociados por el proceso defensivo, vayan a tener.

La histeria lleva a cabo la defensa por medio del mecanismo de conversión: la representación traumática pierde afectividad en la medida en que el afecto correspondiente a la misma encuentra su satisfacción-descarga en síntomas corporales (síntoma de conversión). Freud dirá que el factor característico de la histeria no es la disociación de la conciencia sino la facultad de conversión, o lo que unos años después llamará *solicitud somática*,³² un fenómeno que procura a los procesos inconscientes una salida hacia lo corporal. En la neurosis obsesiva, sin embargo, la representación queda

³¹ Así como el afecto es lo cuantitativo, la representación o huella mnémica da cuenta del aspecto cualitativo. En psicoanálisis, representación [Vorstellung] es aquello del objeto que se inscribe en los diferentes sistemas del aparato psíquico [Sistema Preconsciente-consciente y Sistema Inconsciente] y, especialmente, aquello sobre lo que recae la represión y se inscribe en el inconsciente bajo la forma de una huella mnémica. En su texto *Sobre la afasia* (1891), en el que Freud explora el trauma físico en el cerebro —parte del cual aparecerá después integrado en forma de apéndice (APÉNDICE C: Palabra y cosa) en *Lo inconsciente* (AE, XIV)— Freud distingue entre distintos tipos de representaciones: la representación-objeto [Objektvorstellung] se descompone en la representación-palabra [Wortvorstellung], que consiste en la imagen acústica, y en la representación-cosa [Sachvorstellung] que consiste en la investidura, si no de la imagen mnémica directa de la cosa, al menos de huellas mnémicas derivadas de ella. Una representación consciente y otra inconsciente, aclara Freud, no son diversas transcripciones del mismo contenido en lugares psíquicos distintos, ni estados funcionales de investidura diferentes en un mismo lugar. La representación consciente abarca la representación-cosa más la correspondiente representación-palabra, y la inconsciente es la representación-cosa sola.

³² La primera vez que emplea este término es en *Fragmento de análisis de un caso de histeria*, escrito en 1901 pero publicado en 1905. A propósito de la discusión acerca de si los síntomas histéricos son de origen psíquico o somático, Freud escapa de esta dicotomía y reformula la cuestión al constatar que en la neurosis histérica los procesos somáticos se ofrecen al síntoma histérico como medio de expresión del pensamiento inconsciente. Es a este hecho a lo que Freud denomina «solicitud somática». Cabe resaltar que la parte orgánica afectada en el síntoma no es causal o arbitraria. Si bien este fenómeno no disuelve el enigma de la histeria, sí que aporta algo fundamental: lo que diferencia a la histeria de otras psiconeurosis es, para Freud, el fenómeno de la solicitud somática: «Cuando este factor no se presenta, el estado total será diverso de un síntoma histérico, pese a lo cual es afín en cierta medida: tal vez una fobia o una idea obsesiva; en suma, un síntoma psíquico». Sigmund Freud, *Fragmento de análisis de un caso de histeria*, AE, VII, p. 38.

incapacitada para asociarse de forma consciente, y la carga afectiva, en lugar de dirigirse al cuerpo, se enlaza con otra representación. Es decir, el afecto, originariamente dirigido a la representación traumática, se desplaza a otra representación mediante un *falso enlace*, a la cual le otorga el carácter obsesivo que en realidad corresponde a la primera representación.

Ambos tipos de neurosis comparten un mismo punto de origen: un acontecimiento de experiencia precoz de lo sexual cuya resignificación, en una etapa posterior, es vivenciada por el sujeto como un trauma ante el que se activa el mecanismo de la defensa. No obstante, pese a compartir este tronco, existen entre ambas entidades amplias diferencias. En la histeria, en tanto que la representación es desalojada de todo comercio intelectual, hay una absoluta amnesia de los recuerdos traumáticos porque se da una efectiva represión de la representación. En la neurosis obsesiva, sin embargo, en vez de condenar al olvido a los recuerdos, la defensa les sustrae su carga afectiva asociándola después a otra idea o representación, por lo que el recuerdo causante de la enfermedad permanece en la memoria del enfermo, aunque lo recuerde como algo insignificante.³³

Además, histeria y neurosis obsesiva se distinguen por las circunstancias que rodearon a la experiencia sexual infantil, núcleo del trauma. En la etiología de la histeria, el niño o la niña vivió el suceso desde la pasividad sexual, sintiendo indiferencia o displacer ante el hecho; mientras que en las circunstancias que concurren en la aparición de la neurosis obsesiva hubo de mantenerse una actitud activa, una participación gozosa, en la escena. Freud diferencia, entonces, entre el trauma pasivo propio de la histeria y el trauma activo característico de la obsesión para diferenciar la etiología histérica de la obsesiva, que vendría dada por haber vivenciado el trauma como displacer en la primera y como placer en la segunda.³⁴

Otro modo defensivo, además del propio de la neurosis histérica y de la neurosis obsesiva, es la fobia. En este caso, el afecto desligado se trasmuta en angustia. Es decir,

³³ Así lo explicará Freud treinta años después: «la vivencia no es olvidada, pero se la despoja de su afecto, y sus vínculos asociativos son sofocados o suspendidos, de suerte que permanece ahí como aislada y ni siquiera se la reproduce en el circuito de la actividad de pensamiento. Ahora bien, el efecto de ese aislamiento es el mismo que sobreviene a raíz de la represión con amnesia». Sigmund Freud, *Inhibición, síntoma y angustia*. AE, XX, p. 115.

³⁴ Esta distinción la introduce Freud en *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa* (1896), para dar respuesta a la cuestión de por qué algunos individuos enferman de neurosis después de una experiencia penosa en la adultez, mientras que otros no. Freud responde: aquellos que enferman son sujetos que han padecido en su infancia un trauma sexual infantil. Es entonces cuando postula que las neurosis vienen causadas por un trauma sexual infantil, efectivamente acontecido en este momento teórico.

la representación se separa del afecto, pero al no pasar a investir —dotar de significatividad— una nueva representación, se libera en forma de angustia hasta que otra representación lo ligue transformándolo en miedo a un objeto fóbigeno. En tanto que el sujeto fóbico construye su mundo y se protege en su síntoma del estallido de angustia, podría decirse que la fobia es un dispositivo protector.³⁵ Pero lo que es importante resaltar aquí es que en cualquiera de los tres casos opera el mecanismo psíquico de la defensa produciendo la separación entre la representación y el afecto que está en el origen de la escisión psíquica patológica.

Puesto que nos centraremos en la temática de la teoría traumática en el siguiente epígrafe, baste ahora con resaltar, a modo de conclusión de este primer apartado, dos cuestiones: la primera de ellas es que, al situar Freud en primer plano la noción de defensa en la histeria, esta pasa de ser una enfermedad del sistema nervioso, como sostenía todavía Charcot, a tornarse una patología psíquica fundada en el trauma psíquico que, junto con la neurosis obsesiva, constituye la pareja protagonista de la primera clínica freudiana. Esto no quiere decir que, repentina y abruptamente, Freud fuera la primera figura en psicologizar el trauma, pues, como se ha querido mostrar, esto se ha debido a un proceso cuyo comienzo fue anterior al psicoanálisis. El concepto de trauma ya estaba en circulación haciendo referencia a algo no físico cuando Freud llegó a París para estudiar con Charcot. Sin embargo, solo Freud llega a crear un nuevo concepto, trauma psíquico, a partir de la resemantización del viejo término,³⁶ desde donde dará comienzo la edificación de un sistema conceptual que no cesará de complejizarse hasta la muerte del autor.

La segunda es que, ya en sus primeros textos, Freud introduce un punto de vista común para fenómenos clínicos muy diversos (síntomas conversivos histéricos, ideas obsesivas, fobias y alucinaciones). Unos síntomas son manifestaciones en el cuerpo; otros, ideas

³⁵ En su primera formulación de la angustia, recogida en diferentes textos —*La neurastenia y la neurosis de angustia* (1894); *Nuevas observaciones sobre las neuropsicosis de defensa* (1896); *Caso Hans* (1909)—, Freud sostenía que este estado de desvalimiento del yo deriva de la libido que, habiendo sido reprimida, queda inutilizada, y en ocasiones es transformada en la fobia, que sirve entonces para protegerse frente al estallido de aquella. Como veremos, en *Inhibición, síntoma y angustia* reformulará esta concepción.

³⁶ «Charcot había iniciado en París aquellas indagaciones sobre las histéricas de la Salpêtrière que darían por resultado una comprensión novedosa de la enfermedad. Era imposible que esas conclusiones ya se conocieran por entonces en Viena. Pero cuando una década más tarde Breuer y yo publicamos la comunicación preliminar sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos, que tomaba como punto de partida el tratamiento catártico de la primera paciente de Breuer, nos encontrábamos enteramente bajo el sortilegio de las investigaciones de Charcot. Equiparamos las vivencias patógenas de nuestros enfermos, en calidad de traumas psíquicos, a aquellos traumas corporales cuyo influjo sobre parálisis histéricas Charcot había establecido [...]», Sigmund Freud, *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*, AE, XI, p. 18

perturbadoras en el ámbito psíquico y otros, finalmente, inciden en el campo de lo perceptivo (psicosis).³⁷ Sin embargo, Freud trasciende el plano descriptivo de la psiquiatría dominante ya en su período preanalítico al buscar el mecanismo en juego y construir hipótesis que no constituyeran una observación y descripción de los síntomas sino una lectura de su lógica. Las distinciones clínicas se sostendrán entonces no en la simple apariencia u observación fenomenológica de la sintomatología, sino en el estudio de la función y en las características estructurales que el síntoma presenta:

En un breve ensayo publicado en 1894 he reunido la histeria, las representaciones obsesivas, así como ciertos casos de confusión alucinatoria aguda, bajo el título de «neuropsicosis de defensa», porque se había obtenido para estas afecciones un punto de vista común, a saber, ellas nacían mediante el mecanismo psíquico de la defensa (inconsciente), es decir, a raíz del intento de reprimir una representación inconciliable que había entrado en penosa oposición con el yo del enfermo. En algunos pasajes de un libro aparecido después, *Estudios sobre la histeria*, que escribí en colaboración con el doctor J. Breuer, he podido elucidar e ilustrar mediante observaciones clínicas el sentido en que se ha de comprender este proceso psíquico de la «defensa» o «represión». Allí mismo se encuentran también indicaciones sobre el método del psicoanálisis, método arduo, pero enteramente confiable, del que me valgo en esas indagaciones que constituyen a la vez una terapia. Pues bien: las experiencias que he tenido en los dos últimos años de trabajo me han corroborado en mi inclinación a situar la defensa en el punto nuclear dentro del mecanismo psíquico de las neurosis mencionadas, y por otra parte me han permitido dar una base clínica a la teoría psicológica.³⁸

³⁷ En *Nuevas consideraciones sobre las neuropsicosis de defensa* Freud parte de la hipótesis según la cual las representaciones reprimidas necesitan de la transferencia (aquí entendida como desplazamiento) del monto de afecto que toda representación reprimida posee. En el caso de la histeria, la carga se transfiere al cuerpo (se somatiza); en el de la neurosis obsesiva, se transfiere a otra representación, conciliable con la trama psíquica yoica, que se torna obsesiva. Pero lo que ambas tienen en común es la escisión que se produce entre carga y representación, sin la cual no puede producirse la transferencia. Las neurosis son llamadas, por tal motivo, neurosis de transferencia. Pero este divorcio afecto-representación que se da en las neurosis, y al que se vincula la necesidad de transferencia, no se da en las psicosis. En estas últimas, dice Freud, «existe una modalidad defensiva mucho más enérgica y exitosa que consiste en que el yo rechaza la representación insoportable junto con su afecto y se comporta como si la representación nunca hubiera comparecido». En la psicosis, la representación es rechazada junto con el afecto, por lo que no hay divorcio entre ambas y en consecuencia no se da la base para que haya transferencia. Sucede como si esa representación no hubiera comparecido nunca. Esta modalidad de defensa no se corresponde con el sujeto neurótico. De modo que el concepto de transferencia permite distinguir las neurosis de las psicosis, porque en estas últimas no puede darse: «la transferencia supone la existencia de la representación reprimida y no rechazada. La represión asegura su existencia, no es de ninguna manera una supresión. El rechazo, en cambio, genera un agujero en el campo de las representaciones como si la representación nunca hubiese existido». La diferencia entre las neuropsicosis de transferencia (histeria, neurosis obsesiva y fobia), y las neuropsicosis narcisistas (paranoia, esquizofrenia, manía-melancólica), supone una primera oposición entre neurosis y psicosis que más tarde desarrollará y que constituyen entidades distintas cuya diferenciación ha conservado tanto el psicoanálisis como la psiquiatría postfreudiana.

³⁸ Sigmund Freud, *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa*, AE, III, pp. 163-164.

Lamentamos haber pasado de forma tan general por encima de cien años de historia e investigación, pero el objetivo de este primer epígrafe no ha sido otro más que mostrar que las primeras incursiones freudianas en el campo de la psicopatología no solo propiciaron un cambio radical en la concepción de la histeria como enfermedad del sistema nervioso,³⁹ sino que también supusieron una nueva concepción de lo que se entendía hasta entonces por «neurosis» al culminarse el proceso de resignificación semántica del concepto *trauma*. En lo que sigue, se tratará de atender al modo en que el psicoanálisis genera un nuevo concepto de trauma que trastorna por completo las líneas esenciales de la noción mecánica, y en el cual se sustenta todo su edificio teórico en el momento inicial.

I.3. De la teoría traumática a la teoría sexual infantil: el trauma como cuerpo extraño

3.1. EL TRAUMA COMO REMINISCENCIA

El psicoanálisis comienza siendo una teoría del trauma psíquico. En *Estudios sobre la histeria* (1895) Freud y Breuer sostienen la tesis de que el trauma psíquico es la condición indispensable para la génesis de un estado patológico. A pesar de las diferencias que entre ambos existían desde que redactaran la «Comunicación preliminar» a este clásico texto, los dos autores coincidían en ese momento inicial del psicoanálisis en que el paciente histérico había sido víctima de un trauma, o varios, cuyas representaciones reprimidas, al no haber sido *abreaccionadas* (integradas en la vida psíquica), obraban a modo de un *cuerpo extraño* que, aún mucho tiempo después de su intrusión, seguía insistiendo en forma de reminiscencia patógena: «las histéricas sufren de reminiscencias».

Esos recuerdos de sucesos ocasionadores de los fenómenos histéricos son recuerdos especiales. Por un lado, conservan toda su afectividad intacta: esto es lo que quiere decir que no han sido abreaccionados (tramitados por la vía de la reacción) ni desgastados por medio del trabajo asociativo junto a otras vivencias.⁴⁰ Por otro lado, son recuerdos no accesibles a la memoria consciente que forman un grupo independiente de representaciones separados de la conciencia (esto es a lo que Breuer llama aquí *estado hipnoide* o *condition seconde*, y lo que Freud acabará integrando dentro de su concepto

³⁹ Jean Laplanche, *La sexualidad*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1980, p. 91.

⁴⁰ «Cabe decir, pues, que las representaciones devenidas patógenas se conservan tan frescas y con tanto vigor afectivo porque les es denegado el desgaste normal por abreacción y por reproducción en estados de asociación desinhibida» Sigmund Freud y Josef Breuer, *Comunicación Preliminar*, AE, II, p. 37

de *represión*). De manera que el síntoma histérico queda explicado en el marco teórico de la teoría del trauma psíquico como una penetración de esa segunda conciencia en la inervación corporal. El método curativo que proponen en este momento —método catártico— consiste en, mediante la hipnosis, traer a la conciencia el suceso originador del trauma, para que el afecto asociado a esa vivencia encuentre un modo de descarga no patológica.

La diferencia entre ambos autores residía en que Breuer planteaba los estados hipnoides (la división psíquica del sujeto propia de las histéricas del momento) como causa de la insuficiente abreacción, mientras que Freud formulaba una hipótesis diferente: ciertas representaciones sexuales eran aisladas porque parecían constituir para el sujeto neurótico una repugnante amenaza interna contra la cual se veía obligado a defenderse. Tal defensa, alzada frente al empuje interno de las pulsiones sexuales cuya satisfacción se revela conflictiva para el sujeto, neutraliza la angustia de allí derivada. La estrategia defensiva del yo, como veíamos en el apartado anterior, no consiste más que en separar el afecto de la representación a que acompaña y en mantener la representación inconciliable separada del resto, provocando así una escisión subjetiva. El padre del psicoanálisis contrariaba, pues, la hipótesis de Breuer: los estados de escisión psíquica no son causa, sino consecuencia del proceso defensivo que opera en la histeria.⁴¹

Un año antes de la aparición de los *Estudios sobre la histeria* Freud ya había escrito *Las neuropsicosis de defensa* que, junto con *Proyecto de una psicología para neurólogos* (1895 [1950]) y *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis* (1896), constituyen los textos que contienen los fundamentos de la teoría traumática freudiana, muy alejados ya de los de su maestro. Como puede leerse en tales obras preliminares del psicoanálisis, lo traumático para este Freud consiste en el *recuerdo* de una experiencia sexual precoz con excitación real de las partes genitales producida en el período de la infancia que al emerger en edad madura es reprimido⁴² y aislado de la memoria, actuando a la manera de

⁴¹ En 1891 la relación de Freud y Breuer empezó a estropearse. Freud se sintió muy decepcionado por la recepción que hizo Breuer de su texto *Sobre las afasias*. En 1894 finaliza el contacto científico entre ambos, y en 1896 Freud evitaba a Breuer. Declaró que no necesitaba verlo. Peter Gay. *Freud. Vida y legado de un precursor*. Barcelona: Paidós, 2015, pp. 93-95.

⁴² Por represión propiamente dicha se entiende la disociación de la representación —la información del suceso acaecido— y del afecto que acompaña al suceso, el cual queda libre y estancado al no haber podido encontrar integración en el régimen de sentido. Pero es menester diferenciar esto de la represión primaria. La represión primaria es aquella que nos funda como sujetos. Constituye un nódulo de signos inconscientes que nunca serán conscientes, y que funcionan como un polo de atracción en relación a los demás elementos que reprimir. De ella nada se sabe. La secundaria, o represión propiamente dicha, es la que actúa sobre la representación de la pulsión, nunca sobre la pulsión misma. Consiste, entonces, en una sustracción de

un *cuerpo extraño* dentro del propio cuerpo. En la época en que se producen, estas experiencias no despliegan su efecto. Pero mucho más sustantivo, apunta Freud, «es su efecto retardado (*Nachträglich*), que solo puede sobrevenir en períodos posteriores de la maduración».

Uno de los estudios clínicos más ilustrativos para esta cuestión es el caso Emma, integrado en *Proyecto de una psicología para neurólogos*.⁴³ Esta obra constituye una tentativa de abordar los descubrimientos contenidos en los *Estudios* desde el punto de vista neurológico. Tratando de adecuarse a las aspiraciones positivistas adquiridas durante su formación, Freud pretendía en ella establecer la psicología como una ciencia natural sobre la base de la neurología. Pese al fracaso del intento, *Proyecto* ocupa un papel muy relevante dentro de la arquitectura freudiana porque ahí se aclaran varias nociones muy significativas en esta etapa temprana, como son el concepto de trauma, los dos tiempos de la sexualidad y el *après-coup* —la resignificación—.

El caso Emma consiste en lo siguiente. Emma está bajo la compulsión de no poder ir sola a una tienda. En análisis recuerda que, cuando tenía doce años, fue a un comercio a comprar y vio a dos empleados reírse (escena 1). Salió corriendo presa del terror, creyéndose que se reían de su vestido. En el relato de los hechos resalta que uno de ellos le había parecido atractivo. Ahora bien, estos recuerdos despertados, apunta Freud, «no explican ni la compulsión ni el determinismo del síntoma», son incongruentes e incomprensibles, pues no hay asociación lógica entre la causa y la sensación angustiosa que se le atribuye. Por medio de la exploración psíquica, no obstante, aflora un segundo recuerdo: Emma cuenta que, siendo una niña de ocho años, fue a la tienda de un pastelero para comprar golosinas y que este le pellizó los genitales a través del vestido. Emma se reprocha haber ido una segunda vez, como si hubiera querido provocar el atentado⁴⁴ (escena 2).

Lo que tenemos entonces es que Emma sufrió una vivencia de abuso sexual en su infancia perpetrada por un adulto (escena 2). En tal escena el pellizco no produjo un

investidura que se realiza en la frontera Cc-Icc, si nos atenemos a la terminología freudiana de la época. La representación, desvestida o con su antigua investidura, retorna entonces al inconsciente. Sigmund Freud, *Lo inconsciente*, AE, XIV, pp. 153-207.

⁴³ Sigmund Freud, *Proyecto de psicología* (1950 [1895]), AE, I, pp. 394-447.

⁴⁴ Si bien Freud suscribe la inocencia de Emma en la escena en la que recuerda haber sido seducida por el tendero de la pastelería (pues en 1895 no ha abordado aún la cuestión de la sexualidad de la infancia), Laplanche modifica esta lectura freudiana y cuestiona la inocencia de Emma partiendo del hecho de su visita a la tienda por segunda vez. Véase Jean Laplanche. *La sexualidad*, op. cit., pp. 71-98.

desprendimiento de lo sexual, pues la niña no contaba con las representaciones necesarias para significar el hecho como tal. Este desprendimiento, sin embargo, vino provocado por la emergencia del recuerdo de esta primera vivencia ya en la pubertad, al tener Emma otra experiencia (escena 1) que en sí misma es nimia, pero que desencadena cierta excitación psíquica por su carácter asociativo con la primera. La risa de los empleados despierta en Emma el recuerdo de la risa del pastelero, rápidamente asociada con el pellizco que este le propinó a través del vestido, que adquiere ahora una resignificación sexual. Se reaviva entonces la primera escena con un nuevo displacer y se desencadena la defensa que produce al trauma. No hay trauma, pues, antes de que se desencadene la defensa, tan solo una escena a la espera de su destino psíquico según un nuevo universo significativo.⁴⁵

La conexión asociativa entre una escena y otra se produce gracias a lo que Freud denomina aquí *represión con formación de símbolo*. **X** (escena 1) es una representación hipertensa que provoca un displacer que el individuo no se explica. Tras el análisis se descubre la existencia de **Y** (escena 2), siendo esta una representación que, con derecho, provoca dolor. **X** e **Y** mantienen una relación determinada: por un lado, **Y** queda resignificada por **X**, y por otro **X** deviene símbolo de **Y**, acompañándose de las consecuencias que corresponden a **X**. No se trata de una mera suma de escenas, sino de una resignificación que conlleva una tensión dialéctica, desconocida por el sujeto histórico, entre lo anterior y lo posterior, que no culmina en una integración plena. En el caso Emma, el complejo íntegro que asocia ambas escenas está subordinado en la conciencia por una única representación, «vestidos», la más inocente, gracias a la cual el síntoma cobra su sentido y se torna expresivo.

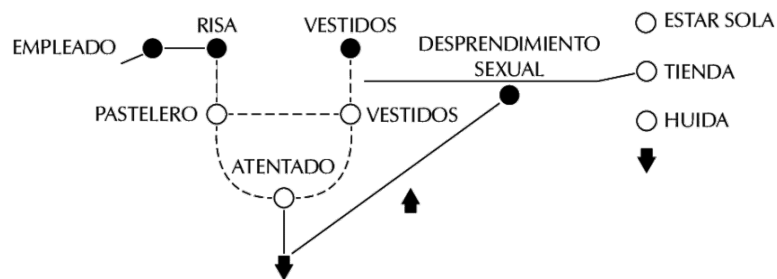


Ilustración 2. Los círculos negros son representaciones conscientes, y los blancos inconscientes: «que el desprendimiento sexual también llegó al devenir-consciente, lo prueba esta idea, de otro modo incomprensible: el empleado riente le ha gustado. La conclusión de no permanecer sola en la tienda a causa del peligro de atentado se formó de manera enteramente correcta, con miramiento por todos los fragmentos del proceso asociativo. Empero, del proceso asociativo no ha llegado a la conciencia nada más que el fragmento vestidos; y el pensar que trabaja con conciencia ha plasmado dos enlaces falsos con el material preexistente», Sigmund Freud, *Proyecto de psicología*, AE, I, op. cit., p. 401-2.

⁴⁵ «Aquí se da el caso –dice Freud– de que un recuerdo despierte un afecto que como vivencia no había despertado, porque entretanto la alteración de la pubertad ha posibilitado otra comprensión de lo recordado», Sigmund Freud. *Proyecto de psicología*, AE, I, op. cit., p. 403.

Una defensa normal inhibiría el proceso de investidura sobre la representación dolorosa y el afecto podría ser descargado a través de una acción motriz o integrado en el sujeto de manera que la persona pudiera darse una explicación satisfactoria carente de síntomas, haciendo innecesaria la represión. Pero en la defensa histérica la representación de origen sexual es reprimida y da lugar a la formación de símbolo a través de mecanismos propios de los procesos primarios que rigen la vida psíquica: condensación y desplazamiento.⁴⁶ Freud está intentando demostrar que el síntoma neurótico es una defensa frente a situaciones que, por la intensidad que generan, no han podido ser integradas en la experiencia ni tramitadas por acción motriz, y es esto lo que constituye el *trauma*.

Lo novedoso en este texto, paradigmático de lo que se ha llamado *teoría de la seducción*,⁴⁷ es que Freud muestra con claridad la necesidad de distinguir dos tiempos en la constitución del trauma: el primero de ellos se sitúa en la más temprana infancia, previa al período de latencia.⁴⁸ En él, según un Freud que todavía creía *en su neurótica*, tuvo que darse una experiencia erótica real motivada por un adulto, sin poseer por entonces para el infante un significado sexual. El segundo tiempo se da en la pubertad, cuando el sujeto ya dispone de representaciones precisas en cuanto a la excitación sexual. Entonces, el recuerdo infantil, que había permanecido carente de sentido desde el momento de su producción, es activado por alguna experiencia que puede asociarse a la escena infantil y adquiere una resignificación sexual. Esto hace que el sujeto lo experimente como si se tratase de un suceso nuevo, provocando entonces su rechazo en la conciencia y la producción del fenómeno patógeno histérico. A esto se le denomina retracción del trauma o los dos tiempos del trauma.

En ese sentido tenemos que lo traumático no se da ni en la escena infantil sexual ni en la circunstancia accesoria convertida en su símbolo: lo traumático es la comprensión del recuerdo y su resignificación sobre la base de esta nueva comprensión. Adivinado entre los dos acontecimientos, el trauma no está en ninguna parte. La constitución del

⁴⁶ Desplazamiento y condensación son conceptos que Freud inicialmente emplea para describir el funcionamiento primario, que es la regulación propia de los procesos inconscientes. El primero consiste en que la intensidad de una representación puede desprenderse e investir otras representaciones originalmente poco intensas, esto es, de poco interés para el sujeto, aunque relacionadas con la primera por una cadena asociativa. La condensación es el fenómeno mediante el cual una única representación representa varias cadenas asociativas.

⁴⁷ Un tipo de escena sexual, que puede ser un gesto, palabra, exhibición y, eventualmente, acto sexual, en el que un adulto impone su sexualidad a un niño.

⁴⁸ El período de latencia se caracteriza por una amnesia absoluta de toda experiencia sexual acaecida en los primeros años del niño o de la niña.

acontecimiento como hecho traumático depende de una lectura retrospectiva realizada desde el presente, por repetición de una escena similar que reactiva la primera adoptando entonces el valor patógeno, lo que supone una clara ruptura del eje cronológico lineal. Es cierto que, para que se constituya el trauma, deben darse determinadas circunstancias que excluyan la posibilidad de una abreacción completa. Pero lo que confiere al acontecimiento su valor traumático son condiciones psíquicas que impiden al sujeto integrar en su personalidad representaciones de contenido sexual.⁴⁹ Por lo que, aunque suene controvertido, desde la óptica psicoanalítica no puede hablarse de acontecimientos traumáticos en sentido absoluto.

Es preciso insistir en que el trauma psíquico no es externo, sino interno: el sujeto mismo se traumatiza.⁵⁰ Y lo traumatizado es ese pequeño sujeto que está dentro del sujeto, ese pequeño organismo contenido dentro del organismo al que ya en esa época se lo describe como el yo. El yo se encuentra en una situación catastrófica porque sus mecanismos de defensa habituales no han podido actuar frente a una huella mnémica —y no una percepción; por lo tanto, un recuerdo y no un acontecimiento actual— que, inopinadamente, provoca un intenso displacer. Ese es el problema de los dos tiempos del trauma: un yo que no tiene dominio de sí, «un elemento extraterritorial dentro del propio territorio». Dicho así, sugiere Germán García en su obra *La actualidad del trauma*, «el trauma no es algo extraño que se enquistaba, sino algo familiar que se ha vuelto extraño en el encuentro con un acontecimiento exterior».⁵¹

En síntesis, lo que nos ha ocupado en este apartado ha sido mostrar cómo, para dar una respuesta al problema de la génesis de los síntomas histéricos, Freud y Breuer sostienen en los *Estudios* que estos vienen ocasionados por un trauma psíquico, al que definen como «toda vivencia que suscite los afectos penosos del horror, la angustia, la vergüenza, el dolor psíquico», cuyo recuerdo «obra al modo de un *cuerpo extraño* que aún mucho tiempo después de su intrusión tiene que ser considerado como de eficacia presente». El síntoma en los pacientes histéricos tiene su origen, pues, en el estancamiento de un afecto que no ha podido ser descargado. Sin embargo, Freud se distancia de Breuer al considerar que ese afecto va ligado a un acontecimiento traumático referido a una experiencia sexual precoz provocada por un abuso perpetrado por un adulto. Nos detendremos ahora en ver

⁴⁹ Laplanche y Pontalis. *Diccionario de psicoanálisis*, op. cit., pp. 44-48.

⁵⁰ Jean Laplanche, *La sexualidad*, op. cit., p. 91

⁵¹ German García. *La actualidad del trauma*, Buenos Aires: Grama Ediciones, 2005, p. 11.

cómo, tras el descubrimiento del papel de la fantasía inconsciente, el afecto se irá especificando en torno al concepto de pulsión. Esto es importante para seguir los avances freudianos allende la noción de trauma.

3.2. «NO CREO MÁS EN MI NEURÓTICA»: DEL TRAUMA A LAS FANTASÍAS

En 1897⁵² Freud invalida la teoría de la seducción al constatar que lo que hay en la base del origen del síntoma no son sucesos reales. Como es sabido, el padre del psicoanálisis descubre que los relatos que hacían las neuróticas acerca de las agresiones sexuales sufridas en su infancia por parte de adultos perversos no tenían un referente real. Sin embargo, para Freud esto no significó nunca que tales relatos fueran mentira en el sentido de expresar o manifestar algo contrario a lo que se sabe, se piensa o se siente. De hecho, en 1895 escribió un pequeño texto titulado «*La proton pseudos histérica*»⁵³ que, integrado en *Proyecto de psicología* y a propósito del ya mencionado caso Emma, pretende impugnar el postulado de simulación del síntoma histérico disolviendo la oposición tradicional entre la verdad y la falsedad.

Para ello, Freud explica que el síntoma histérico es una solución subjetiva a un conflicto psíquico ocasionado por la existencia de un tipo de recuerdos que permanecen excluidos del procesamiento psíquico consciente. Al no recordarlos, el paciente no puede reconstruir la relación causal entre el suceso recordado y el síntoma, desconoce la conexión asociativa, por lo que no puede decirse que la histérica simule. Pero sí que miente, en cierto sentido, respecto a la causa de sus síntomas, sustituyendo el recuerdo no consciente por otro disponible al que atribuye la carga traumática. Lejos de ser una

⁵² «Ya no creo más en mi «neurótica». Claro que esto no se comprendería sin una explicación: tú mismo hallaste creíble cuanto pude contarte. Por eso he de presentarte históricamente los motivos de mi descreimiento. Las continuas desilusiones en los intentos de llevar mi análisis a su consumación efectiva, la deserción de la gente que durante un tiempo parecía mejor pillada, la demora del éxito pleno con que yo había contado y la posibilidad de explicarme los éxitos parciales de otro modo, de la manera habitual: he ahí el primer grupo {de motivos}. Después, la sorpresa de que en todos los casos el padre hubiera de ser inculpado como perverso, sin excluir a mi propio padre, la intelección de la inesperada frecuencia de la histeria, en todos cuyos casos debiera observarse idéntica condición, cuando es poco probable que la perversión contra niños esté difundida hasta ese punto. (La perversión tendría que ser inconmensurablemente más frecuente que la histeria, pues la enfermedad sólo sobreviene cuando los sucesos se han acumulado y se suma un factor que debilita a la defensa.) En tercer lugar, la intelección cierta de que en lo inconsciente no existe un signo de realidad de suerte que no se puede distinguir la verdad de la ficción investida con afecto. (Según esto, quedaría una solución: la fantasía sexual se adueña casi siempre del tema de los padres)». Sigmund Freud, *Carta 69 a Wilhelm Fliess*, AE, I, pp. 301-302.

⁵³ *Proton pseudos* es un argumento falso producido en función de una falsedad previa. Así lo definió Aristóteles en los Primeros analíticos (Órganon II, Madrid, Gredos, 1995, p. 277), obra que se ocupa de la teoría del silogismo. Strachey cuenta que Freud conocía la expresión por el médico vienés Max Herz, que había empleado tal frase en una monografía sobre neurología leída en un congreso científico celebrado en Viena en 1894 al que asistió el padre del psicoanálisis.

mentira subjetiva, concluye Freud, la *proton pseudos histérica* es «una especie de mentira objetiva, inscrita en los hechos», es decir, una verdad psíquica que se manifiesta a través de una mentira factual cuyas primeras víctimas, antes que sus autoras, son las mismas histéricas.

Dos años después de escribir esto, Freud empieza a sospechar que, así como la histérica miente sobre la conexión causal del síntoma, la realidad del referente de la escena sexual es también falsa. Es decir, los recuerdos no provienen de escenas sexuales protagonizadas por adultos perversos, sino que son relatos ficticios procedentes de fantasías sexuales inconscientes que cumplen la función de satisfacer deseos infantiles reprimidos. Tales fantasías infantiles, tomadas de sensaciones sexuales e inervaciones motrices —es decir, de pulsiones autoeróticas—, se empleaban para la satisfacción sexual, compuesta entonces por la fantasía y la autosatisfacción alentada por la misma. Tras la latencia y la consecuente renuncia a la masturbación, la fantasía que entonces servía al infante para excitarse, deviene inconsciente. Si la persona no prosigue con el desarrollo de su satisfacción sexual y permanece en la abstinencia, o no consigue sublimar su libido hacia otros fines no sexuales, entonces ocurre que la fantasía sexual infantil se abre paso como síntoma patológico.⁵⁴ A la postre, el engaño histérico esconde una verdad: la de lo pulsional reprimido como génesis y motor de la subjetividad.

El caso de la pequeña Dora era la perfecta ilustración clínica de que esta nueva concepción, que venía a sustituir *su neurótica* por el valor traumático del encuentro con lo sexual, todavía no podía ser formalizada al requerir una maduración teórica no alcanzada. *Fragmento de análisis de un caso de histeria*⁵⁵ constituye un eslabón

⁵⁴ «Los síntomas histéricos no son otra cosa que las fantasías inconscientes figuradas mediante conversión, y en la medida en que son síntomas somáticos, con harta frecuencia están tomados del círculo de las mismas sensaciones sexuales e inervaciones motrices que originariamente acompañaron a la fantasía, todavía consciente en esa época». *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad* [«Hysterische Phantasien und ihre Beziehung zur Bisexualität»], AE, IX, p. 143.

⁵⁵ Dora —de nombre Ida Bauer— interrumpió bruscamente su tratamiento el lunes 31 de diciembre de 1900. Esa misma semana Freud empezó a preparar el caso para su publicación, cuya redacción concluyó apenas tres semanas después. Sin embargo, debido a que en él aporta por vez primera controvertidas consideraciones acerca de la sexualidad infantil y del fundamento sexual-orgánico de la enfermedad histérica, tardó cuatro años y medio en publicarlo. En ese momento teórico, en el que todavía no había descubierto ni perfilado la importancia de la elaboración, Freud aún sostenía que «la meta práctica del tratamiento consiste en cancelar todos los síntomas posibles y sustituirlos por un pensamiento consciente». De ahí que tratara de hacer entender a Dora la verdad, confrontando sus resistencias, incluida la transferencia, acerca de los deseos inconscientes hacia su padre y el señor K., que venía en su caso a ocupar el lugar del padre. Con el tiempo, Freud se dio cuenta del error que había cometido con Dora. Estableció entonces, como requisito para un buen análisis, que sea el propio paciente quien deba encontrar los contenidos inconscientes. Y comprendió que el buen manejo de la transferencia es la base para el buen funcionamiento de un tratamiento —no tenerla en cuenta puede llevar a la interrupción o la ruptura del análisis—.

primordial entre la *Interpretación de los sueños* (1900) y *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905). A pesar de no haberlo hecho público, en 1901 Freud ya había modificado su posición respecto a lo publicado con Breuer en *Estudios sobre la histeria*. Por un lado, la existencia del inconsciente quedaba para él demostrada fuera del procedimiento analítico a partir de diversos efectos psicopatológicos del orden pulsional no necesariamente vinculados con la psicología propiamente dicha. En la *Interpretación* Freud había definido al sueño como «una de las manifestaciones de lo reprimido», una de las vías por las que lo inconsciente logra burlar la censura de la represión y encontrar una manifestación en la conciencia. Para tal propósito, el sueño tiene que someter al deseo inconsciente —el contenido latente— a un proceso de deformación consistente en dos mecanismos: el de desplazamiento y el de condensación.⁵⁶ El resultado es el contenido manifiesto (el sueño relatado recordado por la conciencia).

Además, en *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901), Freud establecía el olvido de un nombre propio, algunos lapsus u otras operaciones fallidas como ejemplos fundamentales de la represión en sus diferentes vertientes: primaria y secundaria. Olvidamos algo cuando el contenido de lo olvidado refiere, de forma metafórica o metonímica —condensada o desplazada—, a algo que el sujeto no quiere admitir, de naturaleza sexual-agresiva. No obstante, suele haber un resto de la palabra que representa lo olvidado en otros significantes que emergen al intentar recordar lo olvidado. Estos residuos metonímicos surgen de un proceso de desplazamiento del nombre buscado, sustituyéndolo por otros que mantienen cierta relación asociativa con él, de manera que el deseo reprimido retorna de forma deformada. La represión secundaria consiste aquí en la sustitución de representaciones organizada por la conexión muerte-sexualidad: el nombre olvidado constituye una formación transaccional entre el nombre buscado y el tema reprimido.⁵⁷

⁵⁶ El trabajo del sueño consiste en transformar el contenido latente en contenido manifiesto. Es, por tanto, un trabajo de cifrado, y se efectúa por medio de dos procedimientos: el desplazamiento y la condensación: la condensación es la ocultación de los diversos componentes del sueño superponiéndolos, haciendo que surja con claridad lo que de común hay en ellos, mientras que los detalles contrarios se destruyen recíprocamente. Los hilos de asociación entre las ideas y los contenidos del sueño se cruzan y se entretajan. El desplazamiento es el proceso que más contribuye a ocultar el sentido del sueño. Transforma la intensidad psíquica o la importancia de las ideas: el análisis muestra que un impreciso elemento del sueño constituye con frecuencia el más directo representante de la principal idea latente. El desplazamiento es una transmutación de los valores psíquicos de representaciones que tienen conexiones asociativas.

⁵⁷ También en *El chiste y su relación con el inconsciente* (1905) Freud explica la existencia del inconsciente fuera del procedimiento analítico a través de sus efectos corrientes. En este estudio Freud sostiene que la comicidad se pone al servicio de la agresividad, la insolencia y la obscenidad. Aunque en otras ocasiones se dirige, por medio del absurdo, contra las funciones propias de los procesos secundarios (sistema

Por otro lado, Freud sabía que ese mismo material reprimido era el responsable de la formación de síntomas neuróticos. Si bien se diferencia en su persistencia en el tiempo y en el displacer que aporta, el síntoma puede definirse, al igual que el resto de formaciones inconscientes,⁵⁸ como una realización disfrazada de un deseo sexual desalojado de la conciencia. Para que tal deseo pueda realizarse —para que la energía psíquica pueda ser descargada— debe llegar a un pacto con la instancia consciente. Esta permitirá su acceso siempre y cuando aparezca ante ella mediante un tipo de lenguaje cuya lógica, reglas y estructura le resulten incomprensibles.⁵⁹ La conciencia no podrá así entender el mensaje, pero al mismo tiempo el inconsciente liberará sus deseos. De modo que el síntoma es fruto de una transacción entre lo reprimido que lucha por emerger, y la conciencia, que se esfuerza para que lo inconsciente no emerja. Resultado de esta lucha es el mensaje cifrado del deseo, susceptible de ser descifrado mediante la técnica psicoanalítica: la asociación libre y el arte de la interpretación.

Los síntomas histéricos en el caso Dora —afonía, tos nerviosa, desazón, tedio⁶⁰ se presentan inicialmente bajo la forma del trauma psíquico encarnado por el supuesto requerimiento sexual hacia su persona por parte del amigo de su padre, el señor K. Sin embargo, Freud, que ya había iniciado esta nueva ruta teórica, repara en que tales síntomas habían sido producidos por la enferma unos años antes de la supuesta escena de abuso y sus primeras manifestaciones se remontaban a la infancia. Así, abandonando la

consciente), como son el juicio reflexivo y la razón. Reproducimos uno de los chistes más famosos recogidos en esta obra: En una estación ferroviaria de Galitzia, dos judíos se encuentran en el vagón. «¿Adónde viajas?», pregunta uno. «A Cracovia», es la respuesta. «¡Pero mira qué mentiroso eres! —se encoleriza el otro—. Cuando dices que viajas a Cracovia me quieres hacer creer que viajas a Lemberg. Pero yo sé bien que realmente viajas a Cracovia. ¿Por qué mientes entonces?». Sigmund Freud, *El chiste y su relación con lo inconsciente*, AE, VIII, p. 108.

⁵⁸ La noción «formación del inconsciente» se refiere a los sueños, a los lapsus, a los actos fallidos y a los síntomas. Fue Lacan quién acuñó esta expresión en su texto *Las formaciones del inconsciente*, recalcando la palabra alemana empleada por Freud para referirse a estos elementos, *Bildung* —formación—.

⁵⁹ En esta posibilidad de satisfacción simbólica de la pulsión radica la principal diferencia entre las nociones «represión» y «defensa», entendiéndose por tal última el concepto inicial con el que Freud empezó a teorizar acerca de los mecanismos de la represión, pero que abandona para adoptar el de *Verdrängung*: «se trata de procedimientos de elaboración simbólica, y no simples impedimentos, como el término “defensa” podría sugerir equivocadamente». El resultado de tal elaboración simbólica del deseo que logra burlar la barrera de la represión es una formación de compromiso entre lo inconsciente y lo consciente, el producto de una transacción entre la pulsión y el yo. Los síntomas neuróticos son un caso particular de formaciones de compromiso. Por lo que podría decirse que la represión es la defensa fundamental (que nos divide estructural y constitutivamente en un sujeto inconsciente y otro consciente) que constituye el mecanismo por el cual se originan los síntomas neuróticos.

⁶⁰ «Los principales signos de su enfermedad eran ahora una desazón y una alteración del carácter. Era evidente que no estaba satisfecha consigo misma ni con los suyos, enfrentaba hostilmente a su padre y no se entendía con su madre, que a toda costa quería atraerla a las tareas domésticas. Buscaba evitar el trato social. (...) Un día los padres se horrorizaron al hallar sobre el escritorio de la muchacha, o en uno de sus cajones, una carta en la que se despedía de ellos porque ya no podía soportar más la vida», Sigmund Freud, *Fragmento de análisis de un caso de histeria*, AE, VII, p. 22.

búsqueda del trauma real como núcleo original de la neurosis, Freud se vio empujado a concluir que la esencia de la histeria era el deseo en sí, y con Dora consumó tal premisa: era ella la que deseaba al señor K., quien había ocupado el lugar de su padre. Además, la negativa de Dora a admitir tal deseo junto con el asco que manifestaba sentir ante una situación que implicaría excitación sexual, constituía para Freud la confirmación de que la histeria es un trastorno del afecto propiciado por la huella de un goce que existió y que no puede ser admitido.⁶¹

Renunciando, pues, al marco explicativo de la teoría traumática como génesis del síntoma, el fundador del psicoanálisis empieza un proceso de reelaboración de la cuestión de la formación del síntoma poniendo en el centro el problema del deseo y la satisfacción pulsional. Dos grandes líneas de investigación se inician entonces: por un lado, el estudio del aparato psíquico desde una perspectiva totalmente psicológica: Freud llega a la conclusión de que la génesis del síntoma reside, a la luz de la primera tópica, en un proceso defensivo por parte del yo ante lo pulsional reprimido. Por otro, al abandonar la teoría de la seducción, descubre la existencia de una sexualidad infantil autoerótica que ocupa un papel protagonista en la relación que mantienen síntoma, pulsión y fantasía. De tal suerte que, a pesar de tener que abandonar su neurótica, Freud ha descubierto algo mucho más significativo: los síntomas son manifestaciones de una realidad psíquica inconsciente arraigada en la historia subjetiva desde la infancia.

I.4. El trauma y la génesis de la subjetividad

4.1. LA EFICACIA RETROACTIVA DE LA FANTASÍA

En 1905, con la publicación de *Tres ensayos para una teoría sexual*, Freud abandona oficialmente su teoría traumática en beneficio de la teoría de la sexualidad infantil y sustituye los traumas sexuales infantiles por el infantilismo de la sexualidad. Un sujeto es neurótico cuando pervive en él *lo infantil*, aquello pasado que, fijado como traumático, continúa actuando como si fuera presente porque no ha llegado a tener un sentido que le permita ser integrado en la vida psíquica. Este viraje le conduce a poner en el centro de toda la metapsicología el concepto de *realidad psíquica*. La cual, no obstante, tiene

⁶¹ En este texto Freud define, por primera vez, a la persona histérica como aquella que siente displacer ante la excitación sexual: «Yo llamaría histérica, sin vacilar, a toda persona, sea o no capaz de producir síntomas somáticos, en quien una ocasión de excitación sexual provoca predominantemente o exclusivamente sentimientos de displacer». Sigmund Freud, *Fragmento de análisis de un caso de histeria*, AE, VII, p. 27.

exactamente el mismo efecto patógeno que en un principio Freud atribuía a las reminiscencias históricas.

La aproximación psicopatológica que desarrolla el psicoanálisis supone aceptar la existencia de esta realidad que, con sus principios, sus leyes y sus efectos propios, condiciona la manera particular en que se viven los acontecimientos o se entablan las relaciones, y exige, además, tener en cuenta la dialéctica entre la verdad de los juicios y las fantasías.⁶² Esta es una realidad compleja: posee una parte racional que puede ser aprehendida por la conciencia (órgano de percepción de lo que se produce en nosotros), y una parte inconsciente que se colige a partir de sus efectos y hemos de reconstruir para hacerla inteligible. Freud se refirió a la primera como *proceso secundario*, y a lo inconsciente pulsional como *proceso primario*. Ambas integran esta realidad, por lo que se deduce que, en la noción de subjetividad contenida en la obra freudiana, conciencia y psiquismo no son términos equivalentes; aquella no es más que un caso particular de la reflexividad y pensamiento.

En la primera formulación del psiquismo, aparecida por vez primera en el capítulo VII de la *Interpretación de los sueños*, Freud distingue tres lugares del aparato psíquico: consciente, preconsciente e inconsciente. Aunque estos funcionan como dos sistemas independientes que se rigen por leyes distintas. Por un lado, el sistema Preconsciente-consciente integra la instancia preconsciente y la consciente, y se rige por los procesos secundarios que vienen a coincidir con las funciones descritas tradicionalmente por la psicología bajo los rótulos de pensamiento de vigilia, juicio y razonamiento.

A pesar de que las dos instancias que integran este sistema comparten estas cualidades, lo preconsciente no puede identificarse con lo consciente ya que, aun siendo capaz de llegar a serlo con relativa facilidad, se constituye con elementos que han sido temporalmente excluidos de la actividad consciente. Ahora bien, puesto que han sido excluidos por procedimientos que el sujeto domina de forma autónoma, decimos que son inconscientes en un sentido descriptivo. Por otro lado, el sistema Inconsciente está compuesto únicamente por lo inconsciente, que es aquello que no es consciente ya no en un sentido descriptivo, sino sustantivo: es lo reprimido, constituido por impulsos que aspiran a derivar su carga y a los que se le sustrae el acceso a la conciencia. La

⁶² José Gutiérrez Terrazas. *Teoría psicoanalítica. Su doble eje central: la tópica psíquica y la dinámica pulsional*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1998, p. 51

característica principal de este sistema es la libre circulación de la energía, así como la sustitución de la realidad exterior por la psíquica.

Consciente e Inconsciente son sistemas de fuerzas heterogéneas que obedecen a principios completamente diferentes; la distinción importante no es tanto la de las instancias como la de los procesos. El primario se corresponde con el funcionamiento primitivo del psiquismo, compuesto por los impulsos inconscientes inaprensibles para la conciencia. Mientras que el secundario, que habíamos dicho que se regía por la identidad del pensamiento, constituye una regulación e inhibición del primario. Esto explica la manera en que se relacionan los dos sistemas: existe una barrera, entre ambos, que resuelve la sustracción o el acceso a la conciencia y que es la que constituye la tópica: «nuestro concepto de lo inconsciente tiene como punto de partida la teoría de la represión. Lo reprimido es, para nosotros, el prototipo de lo inconsciente».⁶³

Como abordaremos la cuestión del sujeto en el próximo capítulo, baste ahora con establecer que para Freud son los deseos inconscientes, muchos de ellos inaccesibles a la conciencia, los que constituyen la fuerza dominante de nuestra vida psíquica. Al conjunto de fuerzas psíquicas a las que se halla sometido el organismo, Freud le ha dado el nombre de *Trieb*, pulsión. La primera formulación de la teoría de las pulsiones aparece expuesta de manera explícita en un artículo de 1910, *La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis*, en el que Freud explica todo el suceder universal sobre la base de la «la innegable oposición entre las pulsiones puestas al servicio de la sexualidad y de la consecución del placer sexual, y aquellas otras cuyo fin es la conservación del individuo o pulsiones del yo. Siguiendo las palabras del poeta, podemos clasificar como hambre o como amor todas las pulsiones orgánicas que actúan en nuestra alma».⁶⁴

A pesar del estado de indigencia explicativa de esta etapa del pensamiento freudiano, lo significativo es que Freud certifica la coexistencia simultánea de dos tipos de pulsiones enfrentadas, de dos grupos de energía en el aparato psíquico: las pulsiones del yo, orientadas a la autoconservación y a la satisfacción de necesidades orgánicas -respirar, comer, etc.-, poéticamente recogidas bajo el título de *hambre*; y las pulsiones sexuales o

⁶³ Además, Freud distingue tres maneras de describir lo inconsciente. Desde el punto de vista tópico, es aquello que se encuentra en el espacio inconsciente. Desde el punto de vista económico, lo inconsciente es energía psíquica que aspira a derivar su carga, mientras que el punto de vista dinámico refiere a la economía pulsional, cuyas características son la falta de contradicción, el proceso primario (motilidad de las cargas), la independencia del tiempo y la sustitución de la realidad exterior por la psíquica, es decir, por el principio de placer.

⁶⁴ Sigmund Freud, *La perturbación psicógena de la visión*, AE, XI, p. 205

eróticas, aquellas cuya energía psíquica es la libido, concepto al que Freud se refirió como «la manifestación dinámica de la sexualidad», y que es la energía que subyace a todas las transformaciones que padece la pulsión.

No cabe confundir pulsión [*Trieb*] con instinto [*Instinkt*]. El instinto, como sabemos, es un esquema de comportamiento heredado, un saber no sabido que varía muy poco de un individuo a otro y que se desarrolla según una secuencia temporal poco susceptible de cambios, orientada a una finalidad determinada. Preformado en su desarrollo y adaptado a su objeto, está muy alejado de la noción freudiana de pulsión. Esta es, fundamentalmente, una fuerza relativamente indeterminada en cuanto al comportamiento que induce y en cuanto al objeto que la satisface, así como variable en sus metas. Si bien desarrolla esta primera conceptualización de la pulsión en *Tres ensayos*, retoma el tema de forma más sólida en *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915).

En su empuje decisivo [*Drang*], que designa tanto el impulso que mueve la pulsión como el modo en que es vivida, vio Freud el aspecto fundamental de las pulsiones: «este carácter perentorio es una cualidad general de las pulsiones, e incluso constituye la esencia de las mismas. Cada pulsión es una magnitud de actividad, y al hablar, negligentemente, de pulsiones pasivas, se alude tan solo a pulsiones de fin pasivo». Respecto a otros de sus elementos definitorios destacó las fuentes de la pulsión [*Quelle*],⁶⁵ todas ellas fenómenos somáticos, diferentes zonas erógenas que comparten el ser zonas plisadas, agujereadas, de pasaje e intercambio entre el mundo de fuera y el de dentro. Son lugares de interiorización y ex-corporación, de intercambio con los objetos primordiales, la ocasión de un placer del encuentro con el objeto, que se une y se mezcla a los otros componentes del placer de la autoconservación.

Aunque se establecen por la necesidad de autoconservación, adquieren una significación erótica que se independiza y excede la función vital gracias a la relación que se establece a partir de ellas con el otro. La intrincación de los diferentes componentes de

⁶⁵ «Por fuente de la pulsión se entiende aquel proceso que se desarrolla en un órgano o una parte del cuerpo y es representado en la vida anímica por la pulsión. Se ignora si este proceso es regularmente de naturaleza química o puede corresponder también al desarrollo de otras fuerzas, por ejemplo, de fuerzas mecánicas. El estudio de las fuentes de la pulsión no corresponde ya a la psicología. Aunque el hecho de nacer de fuentes somáticas sea en realidad lo decisivo para la pulsión, esta no se nos da a conocer en la vida anímica sino por sus fines. Para la investigación psicológica no es absolutamente indispensable un más preciso conocimiento de las fuentes de la pulsión y muchas veces pueden ser reducidas éstas del examen de los fines de la pulsión». Sigmund Freud, *Pulsiones y destinos de pulsión*, AE, XIV, pp. 118-119. Las pulsiones se han denominado en relación a su fuente (oral, anal, fálica). Pero se verá que esto es más complejo, pues describen modelos de actividad pulsional.

la experiencia de satisfacción primaria es lo que Freud denomina teoría del apuntalamiento,⁶⁶ de la que extraemos las siguientes proposiciones: por un lado, en tanto que las pulsiones sexuales se apoyan en las pulsiones de autoconservación, y es a propósito de la satisfacción de estas que las pulsiones sexuales son estimuladas y activadas, Freud afirma que la madre —o la persona encargada de los primeros cuidados del bebé— es la primera *seductora* de las pulsiones sexuales infantiles a partir de los cuidados corporales. Por otro lado, la experiencia corporal da también una primera forma a las experiencias psíquicas, la cual sirve para representar o figurar, es decir, modela las experiencias psíquicas a su imagen tomando el modelo de la incorporación y de la excorporación, que se acompañarán de sensación de placer o de displacer. Esto no es solo propio de la ingestión oral, aunque sea el paradigma de la misma.

De la relación entre pulsiones eróticas y funciones vitales deriva la libido sus primeros objetos de carga, a cada uno de los cuales corresponde una fase libidinal que, a su vez, corresponde a una etapa de desarrollo psicosexual. El primer estadio de la evolución libidinal es la fase oral, que corresponde aproximadamente al primer año de vida, y se caracteriza por su objeto de catexia, el pecho materno; por su fuente, la cavidad bucal, y por su fin: la incorporación por ingestión del objeto. Entre los dos y los cuatro años de vida, el infante concentra la carga libidinal en los esfínteres, bajo la primacía de la zona erógena anal como fuente suprema, dando lugar al segundo estadio, la fase anal, cuyo funcionamiento se correspondería con una actitud sádica, que tiende a destruir o evacuar el objeto -el excremento-, al mismo tiempo que a retenerlo, dominándolo.⁶⁷

Hacia los cinco o seis años se entra en la fase edípica. En esta, la zona erógena son los propios genitales. Se caracteriza, además, por la elección de la figura materna como objeto amoroso, aunque todavía se aspira a fundirse con este. Por último, tras el vencimiento de la fase edípica seguida de la represión, casi siempre concluida ya a los cinco años, se llega a la fase genital, en que la carga libidinal ya se dirige hacia un objeto exterior y distinto al propio yo. A este amor de objeto, esto es, no autoerótico, solo se llegará por la mediación de lo social, que obligará a la subordinación del autoerotismo a

⁶⁶ Sigmund Freud, *Tres ensayos para una teoría sexual*, AE, VI, pp. 202-3

⁶⁷ El primer texto en el que aparece el concepto de organizaciones pregenitales de la libido es *La predisposición a la neurosis obsesiva. Contribución al problema de la elección de la neurosis* (1913). La sección de *Tres ensayos* que se ocupa de él, fue agregada en 1915, dos años después de publicarse en este lugar por primera vez. Si bien ya había teorizado las pulsiones parciales frente a las genitales, lo nuevo es la noción de que en el desarrollo sexual hay fases regulares en que una u otra de las pulsiones parciales domina el cuadro íntegro.

la primacía genital, llevando esto a una distribución entre lo lícito y lo prohibido. No obstante, es sabido que las anteriores aspiraciones sensuales se conservarán en el inconsciente de modo tal que la corriente originaria persistirá en toda su plenitud.⁶⁸

La pulsión, además, no tiene un objeto natural adecuado; esto es, su objeto no se halla enlazado a la pulsión originariamente. De hecho, el objeto [*Objekt*] es lo más variable de la pulsión y es absolutamente contingente: «no es necesariamente algo exterior al sujeto, sino que puede ser una parte cualquiera de su propio cuerpo, y es susceptible de ser sustituido indefinidamente por otro, durante la vida de la pulsión [...]. Incluso la perversión muestra que se puede investir solo una parte del objeto y tomarlo como un todo». Puede tratarse de una persona o cosa real exterior al sujeto, pero también de un ideal o de alguna parte del propio cuerpo. Por último, el fin de la pulsión [*Ziel*] no podrá ser otro que su satisfacción. Pero esta no ha de entenderse en términos de deleite, más bien consiste en la supresión del estado de excitación de la fuente de la pulsión, aunque normalmente se da un alto en el camino, por medio de la inhibición o la desviación.⁶⁹

De esta noción de pulsión (empuje, fuente, objeto, meta) se deriva el concepto de autoerotismo propio de la sexualidad infantil, que en un sentido amplio es definido por Freud como el comportamiento sexual en el que el sujeto obtiene placer a partir de su propio cuerpo. Constituye la primera fase del desarrollo psicosexual que, desde la óptica psicoanalítica, experimenta todo sujeto.⁷⁰ En el autoerotismo no hay todavía posición de subjetividad —no hay una distinción clara entre sujeto y objeto—. Las pulsiones parciales van cada una por un lado sin referirse a una imagen del cuerpo unificada. En el autoerotismo, todas las características de la pulsión coinciden: esta no se dirige a su encuentro con ningún objeto, sino que se satisface a sí misma, es decir, el objeto se borra a favor del órgano. Pero lo significativo aquí es que para Freud la sexualidad se inicia poco después de nacer, y solo al final de una compleja y variable evolución se organiza

⁶⁸ Sigmund Freud, *Tres ensayos*, op. cit., p. 182.

⁶⁹ Respecto a los cuatro destinos posibles de la pulsión: 1) la transformación en su contrario. Se realiza según dos procesos: 1.1) la transición desde la actividad a la pasividad: el fin activo de la pulsión (atormentar, ver), es sustituido por su contrario (ser atormentado, ser visto), y 1.2) la inversión de contenido, que se muestra en el caso de la conversión amor-odio. 2) la orientación contra la propia persona: se produce por medio de un cambio de objeto, pero el fin persiste. 3) la represión: se sustrae el acceso de la pulsión a la conciencia. 4) la sublimación: la facultad de permutar la meta sexual originaria por otra, ya no sexual, pero psíquicamente emparentada con ella.

⁷⁰ En la medida en que estas pulsiones parciales pueblan todo el cuerpo bajo el dominio de una zona erógena —puede ser cualquier parte del cuerpo a pesar de que existen ya zonas predestinadas: la boca, el ano, los genitales—, y en la medida en que se trata de un placer independiente de la sexualidad entendida como genitalidad-reproducción, Freud dice que el niño tiene una disposición perversa polimorfa.

bajo la prioridad de la genitalidad, con apariencia de la fijeza y la predeterminación que tiene el instinto, del que en realidad carece la pulsión.

Además de las fantasías generales, procedentes del autoerotismo infantil y a partir de cuya represión se forman los síntomas neuróticos, existe otro tipo de fantasías que siempre fueron inconscientes y a las que Freud denomina *filogenéticas*.⁷¹ Su función es la de la integración de la sexualidad en la vida del sujeto, por ello pueden considerarse como aquello que más se asimila al instinto animal. Desde el punto de vista del psicoanálisis, la condición de humano comporta la organización de estas fantasías (que son regreso al vientre materno, escena primaria, escena de seducción, castración y la novela familiar), que cada uno reescribirá a su manera para integrar la sexualidad en su marco de significación. Así, al insertar la seducción en el campo de la fantasía primordial, el trauma es definitivamente vaciado del contenido que se le había adjudicado en los textos sobre neuropsicosis de defensa. Este no es ya un suceso, sino algo inherente a la estructura del ser humano en tanto que refiere a lo pulsional.

4.2. UNA TOPOLOGÍA DEL MATERIAL MNÉMICO

Freud pone de manifiesto la existencia de una sexualidad infantil que no hay que entender en términos de placer genital, sino que es un modo de significar los acontecimientos, incidentes y accidentes de la vida, en función de los datos subjetivos de la infancia. Lo que Freud entiende por sexualidad infantil en realidad es la manera con que el niño intenta reducir los enigmas a los que se ve confrontado. Las lógicas que organizan el inconsciente son lógicas infantiles, son el desenlace de vivencias, procesos y teorías de la infancia, y resultan tanto de lo que ha sido enigmático como de la manera como ha intentado reducirse este enigma psíquicamente. Estas lógicas no desaparecen con la infancia. Lo que hemos sido, el modo como hemos significado los acontecimientos y relaciones significativas de nuestra infancia, continúa existiendo en nosotros, organizando una parte de nuestra vida psíquica, aunque se haya convertido en inconsciente.

Pero conservamos una memoria de nuestra historia. La memoria no es inerte sino viva y el proceso de su vitalidad es importante tenerlo en cuenta para tener una mejor

⁷¹ Estas teorías sexuales infantiles, producto digamos del intento de integrar los datos procedentes del cuerpo con los discursos parentales, hallan refugio en el inconsciente. No desaparecen con la edad. Creencias que el niño elabora para responder a los misterios de la sexualidad, que no son otros que los misterios de la vida y de la muerte.

comprensión metapsicológica del peso de lo infantil en la vida psíquica. En la psique nada se pierde, todo se transforma para ser integrado. La posibilidad de transformar, de reinterpretar *après coup* los datos del pasado para integrarlos en el presente de nuestra experiencia subjetiva y permitir así evolucionar, madurar, es una conquista de la vida psíquica. Esta conquista fracasa a veces, como en las situaciones traumáticas y la imposibilidad de transformación es lo que define lo traumático: aquello fijado porque no llega a tener un sentido que le permita ser integrado en la vida psíquica y no es, por tanto, susceptible de evolución. En cierto modo lo que permanece como infantil es lo que no se ha transformado o no se ha transformado suficientemente de nuestra experiencia subjetiva y continúa actuando en nosotros como si fuera presente.

Así se establece una dialéctica entre el peso del pasado y el de nuestra actualidad. Por un lado, abordamos el presente en función de lo que fue nuestro pasado, pero, por otro, reinterpretamos el pasado en función de lo que aprendemos del presente. Este vaivén, descubre Freud, es esencial en la vida psíquica: si la situación desborda nuestra capacidad de significar adquiere un carácter traumático. El trauma puede presentarse entonces de dos formas. La primera es en forma de repetición. En su texto *Recordar, repetir, elaborar* Freud afirma que podemos incluso decir que el paciente no recuerda en general nada de lo reprimido olvidado, sino que lo actúa. Pero también puede presentarse en forma de recuerdo encubridor, donde el recuerdo es un agujero que se colma con lo efectivamente olvidado transformado por la invención.

Estos recuerdos encubridores contienen lo esencial de la verdad. Como manifestó en *Un recuerdo infantil de Leonardo* respecto de los recuerdos infantiles, en lugar de reproducirse a partir del momento en que quedan impresos, son evocados al cabo de mucho tiempo y aparecen entonces deformados, falseados y puestos al servicio de tendencias tardías, de manera que no resultan estrictamente diferenciables de las fantasías.⁷² Por ello no es indiferente lo que un sujeto crea recordar de su infancia. Porque,

⁷² Sigmund Freud. *Un recuerdo infantil de Leonardo*, AE, XI, p. 81. Freud añade: «Acaso no se pueda aclarar mejor su naturaleza que evocando el modo en que nació la historiografía entre los pueblos antiguos. Mientras el pueblo era pequeño y débil, ni pensaba en escribir su historia; la gente cultivaba el suelo, defendía su existencia contra los vecinos, procuraba arrebatarles tierras y adquirir riquezas. Era una época heroica y ahistórica. Luego se abrió paso otro período en que la gente se paró a meditar, se sintió rica y poderosa, y así le nació la necesidad de averiguar de dónde provenía y cómo había devenido. La historiografía, que había empezado por registrar al paso las vivencias del presente, arrojó la mirada también hacia atrás, hacia el pasado, recogió tradiciones y sagas, interpretó los relictos de antiguas épocas en los usos y costumbres, y creó de esa manera una historia de la prehistoria. Era inevitable que esta última fuera más una expresión de las opiniones y deseos del presente que una copia del pasado, pues muchas cosas se eliminaron de la memoria del pueblo, otras se desfiguraron, numerosas huellas del pasado fueron objeto de

generalmente, tras los restos mnémicos no bien comprendidos por él mismo se esconden inestimables testimonios de los rasgos más significativos de su desarrollo anímico. Es decir, los recuerdos de infancia no son tales, sino que se establecen en una edad posterior, cuando son sometidos a un complejo trabajo de refundición análogo a la manera en que un pueblo produce sagas respecto a su historia primordial: «Cabe discernir con nitidez que el ser humano en crecimiento busca, en estas formaciones de la fantasía sobre su primera infancia, borrar la memoria de su quehacer auto erótico, elevando sus huellas mnémicas al estadio del amor de objeto; o sea, como un genuino historiógrafo, procura contemplar el pasado a la luz del presente».⁷³

En tanto que lo que pretendemos aquí no es reconstruir al detalle el proceso de construcción de la teoría freudiana, sino solo la plasmación de ese mismo proceso en el concepto de trauma, baste ahora con señalar que, sobre la base de este hallazgo teórico del origen represivo de la subjetividad, lo traumático deja de tener un referente real y pasa a ser algo estructural y estructurante de la realidad psíquica, el resultado del proceso represivo que nos funda como sujetos, y que consiste en la renuncia a *lo sexual* a cambio del ingreso en el régimen simbólico del discurso. Como resultado de tal encuentro entre el deseo y el discurso, se da la presencia de lo sexual en un dominio incorporeal como el aparato psíquico, que es a lo que Freud llamó *Trieb*. Esta pérdida inaugural deja una marca que impulsa a su búsqueda y a la acción de repetir.

Lo que nos funda como sujetos es la represión originaria, de la que nada sabemos. La huella mnémica de esto constituye el nódulo traumático que atraerá hacia sí el resto de representaciones que deberán ser rechazadas por una represión secundaria: es lo que Freud denominó *núcleo de lo reprimido*, siempre insistiendo para emerger. Su insistencia la hace fuente de inclinaciones inconscientes que se revelan como síntomas. Lo traumático, avalado por sus síntomas, es la forma en la que llegamos a constituirnos como sujetos. Por tanto, el hecho de que Freud abandone la teoría del trauma y de que el

un malentendido al interpretárselas en el sentido del presente, y además la historia no se escribía por los motivos de un objetivo apetito de saber, sino porque uno quería influir sobre sus contemporáneos, animarlos, edificarlos o ponerles delante un espejo. Ahora bien, la memoria consciente de un hombre sobre las vivencias de su madurez es de todo punto comparable a aquella actividad historiográfica, y sus recuerdos de la infancia se corresponden de hecho, por su origen y su confiabilidad, con la historia de la época primordial de un pueblo, recompuesta tardía y tendenciosamente», ídem.

⁷³ Sigmund Freud. *A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el «Hombre de las ratas»)*, AE, X, nota 39, p. 162.

concepto de fantasía pase a ocupar el primer plano, no implica una exclusión sino más bien una generalización de la teoría traumática.⁷⁴

I.5. Conclusión

Desde su introducción en las últimas décadas del siglo XVIII el término neurosis designaba las enfermedades atribuidas a afecciones funcionales del sistema nervioso. Como ya hemos visto, la obra inicial de Freud se inscribe en una corriente que se proponía ir más allá de la descripción de los fenómenos sintomáticos mediante la elaboración de hipótesis explicativas no limitadas a lo orgánico sino referidas al funcionamiento psíquico. Freud comienza por postular y formular que la producción de síntomas histéricos responde a la actuación de mecanismos psíquicos. Si bien inicia esta etapa prepsicoanalítica incluyendo a la histeria, junto con la obsesión y la psicosis, en el grupo de las neuropsicosis, en *Nuevas aportaciones* realiza sustanciales modificaciones diferenciando las neuropsicosis de transferencia —histeria, neurosis obsesiva y fobia—, de las neuropsicosis narcisistas —paranoia, esquizofrenia y manía-melancolía—, tratándose ya de una primera oposición entre neurosis/ psicosis.

A partir de atender profesionalmente a pacientes histéricas y sobre todo de escucharlas, Freud se aleja de la neurología en que se había formado y separa la histeria de la nosología en la que estaba inscrita en su época aportando los elementos esenciales para su psicologización: la latencia temporal entre el acontecimiento y el momento de aparición de los síntomas y la participación de representaciones y afectos en el proceso patógeno. Pero, como hemos visto, Freud no solo culmina el pasaje definitivo de una noción totalmente mecánica y somática del trauma a una noción psicológica. Además, sexualiza los aspectos psicológicos del trauma. En un principio, con Breuer, busca la explicación de los síntomas en un acontecimiento traumático. Pero pronto, y en andanza solitaria, sostiene una segunda hipótesis: lo traumático no es cualquier acontecimiento sino un encuentro con lo sexual a una edad temprana.

El abandono de la teoría de la seducción y la causación puramente traumática de la neurosis pone a Freud en el camino del estudio de la importancia de las mociones pulsionales innatas y en el gran papel desempeñado por las fantasías: la fantasía es una

⁷⁴ Contrariamos de este modo lo expresado por Eric Laurent: «es paradójico pedir a un psicoanalista que hable de las consecuencias del trauma, dado que el psicoanálisis freudiano está fundado precisamente sobre el abandono de la teoría del trauma», en «Hijos del trauma», *La urgencia generalizada: la práctica en el hospital*. Buenos Aires: Editorial Grama, pp. 23.

producción imaginaria inconsciente originada en un deseo infantil. En el origen estaría las que Freud llamó protofantasías, a las que les seguiría un proceso de creciente complejización que pasa por sucesivas fases hasta terminar en la organización mental del adulto. En la vida adulta, las fantasías permanecen inconscientes debido a la represión. No obstante, logran expresarse mediante sueños, actos fallidos, equivocaciones verbales y síntomas neuróticos. De este modo, para Freud, la represión de fantasías prohibidas estaría en el origen de las neurosis.

Pero recordemos que el trauma y los dos tiempos que le son necesarios siguen en pie, aún después del abandono de la seducción como dato histórico causal. La concepción de la temporalidad *nachträglich* se generaliza como dimensión de la temporalidad y de la causalidad específica del inconsciente: las impresiones o huellas mnémicas sólo adquieren todo su sentido y eficacia en un tiempo posterior al de la primera inscripción. Freud retomará la cuestión del trauma con la introducción de la pulsión de muerte en *Más allá del principio de placer*. Pero para ello un hecho fundamental hubo de suceder durante la Gran Guerra: la proliferación de un nuevo fenómeno psíquico desconocido, al que se denominará *neurosis de guerra*. El modelo del trauma entendido como *cuerpo extraño*, basado en una hipótesis tomada de la histeria, será reelaborado por Freud.

CAPÍTULO II. EL GRAN TRAUMA EUROPEO (1914-1919)

II.1. Introducción

El 6 de mayo de 1923, en su sexagésimo séptimo cumpleaños, Sigmund Freud recibió un particular regalo. Otto Rank, uno de sus más estimados y respetados discípulos, le hizo llegar por correo el borrador de su controvertido manuscrito *El trauma del nacimiento*. En este, Rank hacía una serie de consideraciones de acuerdo con las cuales el nacimiento, un acontecimiento biológico en el que se vivencia constreñimiento, cambios bruscos de temperatura y asfixia parcial, se establecería como base de la explicación del problema de la neurosis alcanzando el estatuto de trauma original y paradigmático. Aunque en un inicio fue algo ambiguo al manifestar su opinión sobre el texto, el padre del psicoanálisis jamás aceptó la tesis central del mismo, pues hacerlo supondría contrariar frontalmente los supuestos centrales de la teoría psicoanalítica, a saber, la sexualidad edípica, la castración y la represión originaria. Así, no pudo más que afirmar que tal interpretación del parto se trataría más bien de una subjetivación construida a posteriori sobre esas experiencias fisiológicas.⁷⁵

Sin embargo, habremos de coincidir con Otto Rank en el carácter traumático que puede asignarse a ciertos alumbramientos, pertenecientes, eso sí, a un orden distinto del biológico. Nos referimos, en este caso, al nacimiento del siglo XX, acaecido en el verano de 1914 con el estallido de la Gran Guerra.⁷⁶ Como ha señalado el reputado historiador francés François Furet, la guerra del catorce tuvo el mismo carácter seminal para la historia del siglo XX que el que tuvo la Revolución Francesa para el XIX.⁷⁷ En su inicio

⁷⁵ Incluso le llegó a insinuar a Rank que lo que revelaban sus ideas eran aspectos de su vida personal: «La eliminación del padre en su teoría me parece que revela demasiado sobre la influencia de factores personales en su vida [...] usted no hubiese escrito este libro si usted mismo hubiese sido analizado. Por lo tanto, le pediría con urgencia que no se vuelva obstinado y que deje abierta la posibilidad de retractarse». Cita extraída de Francisco Pizarro Obaid, «Otto Rank y la controversia sobre el trauma del nacimiento». *Tempo psicanalítico*, Rio de Janeiro, v. 44.2, pp. 423-443, 2012.

⁷⁶ Peter Gay. *La cultura de Weimar*: Barcelona, Argos Vergara, 1984, p. 11.

⁷⁷ «The war of 1914 has had the same seminal character for the history of the twentieth century as the French Revolution did for the nineteenth». François Furet, «On Ernst Nolte's Interpretation of Fascism»,

esperada como un instrumento político útil que comportaría beneficios y traería consigo la restauración de una atmósfera política viciada por el odio de los nacionalismos, constituyó una profunda brecha que separó el siglo XX de todo lo que le precedió y, en buena medida, dispuso gran parte de lo que le sobrevino. Pues sumergió a Europa en una crisis brutal que acabó significando el derrumbe definitivo de su viejo orden político, así como el de las premisas ilustradas que vertebraron durante siglos su sistema de creencias. Los cambios políticos, sociales y tecnológicos que surgieron tras el conflicto, y que supusieron la desmitificación del proceso civilizatorio, dieron paso a un nuevo orden geopolítico e ideológico en el que se fraguaron las condiciones desde las cuales Europa pudo perpetuar su tragedia entregándose a otra guerra mundial, la más atroz de su historia.

Uno de los aspectos fundamentales en la génesis de estas catástrofes, como sugiere el historiador Enzo Traverso,⁷⁸ es el papel que desempeñó la ideología imperialista y la violencia colonial, típicas de las prácticas políticas europeas decimonónicas. La conquista y colonización de África fue desde el comienzo indisociable del desarrollo técnico dedicado a la producción industrial europea. La tecnificación y consecuente sofisticación de las grandes naciones de raza blanca contrastaba fuertemente con la forma de vida primitiva de esos pueblos *salvajes*, siendo ese contraste lo que permitía entender la magnitud del progreso alcanzado por la sociedad occidental. Así, mientras saqueaba y exterminaba la vida de territorios extracontinentales, la Europa decimonónica creía estar llevando a cabo una misión civilizadora avalada por el moderno derecho europeo.

Lo novedoso del derecho de guerra de esta nueva regulación geopolítica era que la noción clásica de *bellum justum*, que se remonta hasta la Antigüedad, quedaba sustituida por la de soberanía. Los Estados soberanos europeos se establecían así en los legítimos portadores del *jus ad bellum*. Por consiguiente, toda guerra era legítima a condición de que se respetara el *jus in bello*, cuyo principal objetivo era el de limitar los efectos devastadores de la guerra circunscribiendo la acción beligerante a la mera debilitación del ejército enemigo. Ahora bien, puesto que el derecho de guerra europeo amparaba únicamente a los Estados del continente civilizado, las guerras coloniales se convertían *ipso facto* en guerras justas, a pesar de que presentaban todas ellas las características de una campaña de exterminio en las que el enemigo no era el ejército combatiente, sino la

François Furet and Ernst Nolte, *Fascism and Communism*. University of Nebraska Press, Nebraska, 2004, p. 1.

⁷⁸ Enzo Traverso. *Violencia nazi. Una genealogía europea*. Argentina: Fondo de cultura económica, 2002, pp. 57-89.

entera población civil. Sin embargo, esta puesta en cuestión del *jus in bellum* en el exterminio colonial y la formación de un fuerte nacionalismo conquistador, racista y antidemocrático por parte de los grandes Estados soberanos, acabó provocando el derrumbe del *jus publicum europeum*.

Si bien es cierto que el primer conflicto mundial estalla como un enfrentamiento clásico entre Estados, la mentalidad imperial del mundo civilizado, orientada hasta entonces a la alteridad radical del mundo colonial, no tardó en emerger en el interior del continente. Cuando a esto le añadimos la hipersofisticación tecnológica de la coyuntura material y económica de las potencias europeas, el resultado fue una guerra tecnificada cuyo poder de destrucción superó los límites de una guerra clásica para invadir el espacio de la sociedad civil, tradicionalmente excluida del dominio militar, dando origen a lo que se llamará una *guerra total*.⁷⁹ En este sentido, la Gran Guerra se impuso sobre el conjunto del continente como una guerra civil europea, no solo porque opuso fuerzas enemigas pertenecientes a un mismo Estado —quedando estos divididos en su interior por el enfrentamiento entre concepciones del mundo opuestas a partir de 1917—, sino también porque afectó abismalmente a las sociedades civiles de todos los países involucrados.

El siglo XX había irrumpido de golpe llevándose por delante el mundo burgués victoriano. El psicoanálisis no pudo quedar ajeno a este derrumbamiento. Durante los años de la contienda, en un clima terrible de excitación social y política, Freud inició el desarrollo teórico de lo que serían sus nuevas ideas. Estimulado al sentir ratificada su concepción de hombre como criatura pulsional y no meramente racional, se embarcó en una remodelación de la totalidad de su obra poniendo en marcha un ambicioso proyecto que entrañaba la redacción de un libro sobre metapsicología. El libro hubiera constado de doce ensayos, aunque actualmente solo se conocen cinco. *Pulsiones y destino de pulsión*, *La represión*, *Lo inconsciente*, *Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños* y *Duelo y Melancolía*. Estos, escritos en el sorprendente período de seis semanas, figuran entre los trabajos más profundos e importantes de Freud. Respecto a los otros siete, según cuenta Jones, fueron destruidos por su autor, quien probablemente «los conservó hasta el

⁷⁹ Respecto al origen de este término, «suele referirse al libro publicado en 1936 *Der Totale Krieg* del general Ludendorff, que dirigió el ejército alemán desde 1915 hasta el final de la guerra. Pero a falta de ulteriores precisiones, quizá su primera aparición lo sea en un libro publicado en 1918 por Léon Daudet, llamado *La Guerre Totale*, precisamente para dar cuenta del tipo de guerra que practicaban los alemanes desde 1914». Nicolás Sánchez Durá. «Todos muertos. La guerra total imaginada», en R. Martínez Canet (coord.), *Guerra en la Ciudad*, 1936-1939, Museo Valenciano de Etnología, Valencia, 2007, pp. 62.

final de la guerra, y, entonces, cuando comenzaron a asomar ideas nuevas [...] se decidió simplemente a hacerlos pedazos».⁸⁰

Lo que nos ocupará en este capítulo será exponer cómo el contacto con la guerra provocó en Freud un profundo replanteamiento del conjunto de su teoría, remarcando los cambios teóricos más significativos que tuvieron que realizarse para dar cuenta del fenómeno de la destrucción que se extendió por Occidente durante todo el trágico siglo XX. Comenzaremos, en el epígrafe «El hundimiento de un mundo: traumas de guerra», atendiendo al debate propiciado por la propagación de las neurosis de guerra que no solo llevó a ratificar las deficiencias de su primera teoría pulsional en relación a determinados tipos de trastornos psíquicos incapaces de encontrar su explicación en la sola tensión entre la libido y el yo como mero agente de adaptación, sino que, además esta oleada de neuróticos marcó un antes y un después en la historia política e institucional de la causa freudiana.

En un segundo apartado —«Las consecuencias teóricas de la guerra»— analizaremos las consecuencias conceptuales que la Gran Guerra tuvo en el trabajo de Freud. Veremos cómo todas ellas dependen de la más esencial, a saber, la redefinición estructural del narcisismo. Como trataremos de esclarecer, la introducción de un nuevo concepto de narcisismo afectará tanto a la primera teoría pulsional, como también a la teoría del aparato psíquico elaborada en la primera tópica, pues el yo ya no podrá entenderse como un mero agente de la autoconservación. Dirigiremos nuestra atención en la cuestión del sujeto en el último apartado del capítulo, titulado «La división psíquica del sujeto: la estructuración del psiquismo en El yo y el ello», donde nos ocuparemos de la noción freudiana de sujeto tal y como queda planteada tras las modificaciones realizadas durante el período de entreguerras.

⁸⁰ Ernst Jones. *Vida y obra de Sigmund Freud*, II, trad. de M. Carlisky, J. C. Tembleque, Editorial Nova, Buenos Aires, 1960, pp. 201

II. 2. El hundimiento de un mundo: traumas de guerra

2.1. EL DEBATE EN LOS ALBORES DE LA GRAN GUERRA: ¿CONMOCIÓN O EMOCIÓN?

La Primera Guerra Mundial, caracterizada por algunos de los más importantes historiadores del siglo XX como «un traumático campo de exterminio»,⁸¹ no solo dejó una cifra desorbitante de víctimas mortales en el campo de batalla —alrededor de diez millones—. También en la retaguardia las vidas de miles de hombres quedaron devastadas. Pues, aunque inicialmente ambos bandos esperaban una confrontación breve a la par que victoriosa, la contienda se estancó durante un tiempo excesivamente prolongado en largos frentes que apenas sufrieron variación. El resultado fue una guerra de posiciones donde los combatientes, en su gran mayoría, no se enfrentaban físicamente al enemigo, sino que podían permanecer durante meses en el interior de las trincheras, embarrados, a la espera de ser atacados por obuses.



Soldados franceses durante la primera batalla de Marne, que tuvo lugar entre el 5 y el 12 de septiembre de 1914.

de lodo y vísceras. Así, sujetos a la constante amenaza de aniquilación, en condiciones sanitarias deplorables y obligados a presenciar la muerte o mutilación de sus compañeros, muchos soldados comenzaron a actuar como en el pasado hicieran «las histéricas» de Freud: temblores, convulsiones, parálisis de diversos tipos, ceguera, sordera, mutismo y pesadillas recurrentes eran algunas de las manifestaciones más comunes de los síntomas que aquejaban a los soldados.

Cuando esto ocurría se desataba un auténtico pavor. Despojados de toda posibilidad defensiva, los soldados quedaban expuestos prolongadamente a los bombardeos de artillería, ante los que no podían más que resistir pasivamente. Al cesar la ofensiva, entre nubes de polvo levantadas por las explosiones, los supervivientes constataban cómo muchos de sus camaradas habían sido reducidos a un amasijo informe

⁸¹ Tony Judt. *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Madrid: Taurus historia, 2016, p. 22.



Ilustraciones utilizadas en la segunda edición de *Medical Disease of the War*, de Arthur Hurst, publicada en 1918 por Edward Arnold. Edgar Jones, «War Neuroses and Arthur Hurst: A Pioneering Medical Film about the Treatment of Psychiatric Battle Casualties», *Journal of The History of Medicine and Allied Sciences*. London: June, 2011, p. 11.

Aunque es posible que la *locura de guerra* sea tan antigua como la guerra misma,⁸² nunca antes tantos hombres en apariencia no heridos se revelaban incapaces de continuar luchando.⁸³ Debido a las implicaciones que la guerra total tuvo en la deshumanización técnica de la muerte, la contienda del catorce produjo enfermedades nerviosas masivas que exigían ser tanto curadas como explicadas. La atención médica y científica se depositó entonces sobre estos soldados que, pese a mostrar grandes trastornos en su actividad nerviosa, carecían de heridas físicas sobre las que poder intervenir. El resultado fue una controversia análoga a la ocurrida en el siglo XIX a propósito de los síntomas neuróticos presentes en los supervivientes de desastres ferroviarios, donde se enfrentaron los partidarios de la teoría orgánica —según la cual estos síntomas eran causados por lesiones microscópicas cerebrales o espinales— con quienes sostenían la

existencia de alguna herida en la vida emocional.

⁸² En el 440 a.C. tuvo lugar la batalla de Maratón, que enfrentaba a persas y atenienses. En los años posteriores, Heródoto habló sobre los síntomas de los supervivientes de esta batalla: «Durante la batalla de Maratón, un ateniense de nombre Epizelos perdió súbitamente la vista, sin haber recibido un solo golpe, al contemplar la muerte de un compañero próximo por un gigantesco enemigo...». Siglos después, durante las guerras napoleónicas se había observado que los soldados caían en un estado de estupor luego de una explosión cercana, describiéndose el síndrome *vent du boulet*. Pero no fue hasta la guerra de 1904-1905 entre Rusia y Japón cuando empezó a intervenir la psiquiatría en el frente de batalla, al lado del comando militar ruso, debido a las dificultades para trasladar a los heridos a través de la Siberia. Santiago Stucchi-Portocarrero, «La Primera Guerra Mundial y su impacto en la psiquiatría», *Revista de Neuropsiquiatría*, 77, 3, Lima julio, 2014.

⁸³ «According to one estimate, mental breakdowns represented 40 percent of British battle casualties. Military authorities attempted to suppress reports of psychiatric casualties because of their demoralizing effect on the public. Judith Herman. *Trauma and Recovery. The Aftermath of Violence. From Domestic Abuse to Political Terror*. New York: Basis Books, p. 20.

En 1915 los postulados etiológicos de la sintomatología neurótica seguían siendo motivo de una fuerte controversia. Los dos enfoques opuestos en el campo médico anglosajón quedaron plasmados en el debate recogido por la revista *The Lancet* entre Charles Samuel Myers y Frederick Walker Mott.⁸⁴ Aunque el primero fue quien vinculó oficialmente los términos «shell» y «shock»,⁸⁵ apuntando con esto a una alteración orgánica producto de la onda expansiva de la explosión —*shell-shock* significa, literalmente, choque de granada—,⁸⁶ el psicólogo de Cambridge también reconocía que muchos hombres aquejados de tales perturbaciones no habían sucumbido al shock provocado por los altos explosivos, e incluso llegó a sostener, más tarde, que un exceso de emoción ante una experiencia inadmisibles —como son el horror o el miedo repentinos—, podría considerarse causa suficiente. Esta atención a las respuestas emocionales o psicológicas contrasta con el análisis del neurólogo Mott, quien se inclinaba por una explicación mucho más orgánica, argumentando que los síntomas indicaban una ruptura en los enlaces de las cadenas de neuronas al servicio de una función particular.

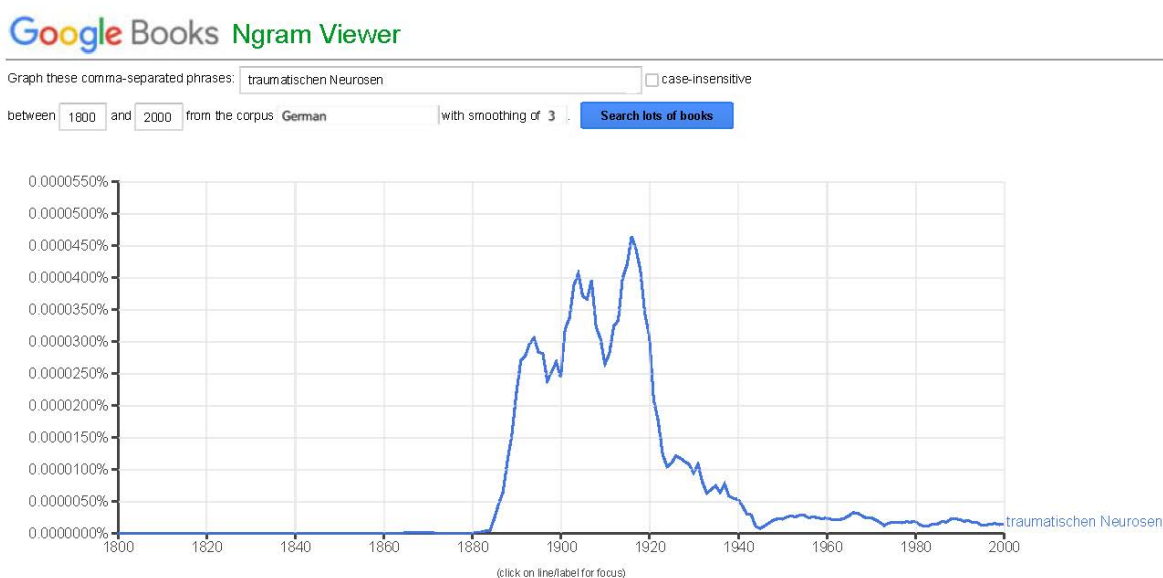
En el mundo germano la Primera Guerra Mundial reavivó el debate sobre las «neurosis traumáticas», término introducido por Hermann Oppenheim para indicar el origen orgánico de las consecuencias neurológicas y psicológicas de determinadas catástrofes, especialmente los accidentes ferroviarios. En septiembre de 1916 tuvo lugar, en Múnich, una conferencia de guerra organizada por la Asociación Alemana de Psiquiatría y la Sociedad Neurológica Alemana, donde diferentes modelos etiológicos fueron

⁸⁴ Así lo sugiere Fiona Reid, en «His nerves gave way: Shell shock, history and the memory of the First World War in Britain». University of South Wales, *Endeavour*, volumen 38, No. 2.

⁸⁵ *Shell shock* es el término que se empleó en Gran Bretaña para referirse a la neurosis de guerra en la Primera Guerra Mundial. El término fue acuñado por Myers a partir del análisis de tres casos clínicos publicados en un artículo en febrero de 1915. El primer caso registrado es el de un soldado de veinte años de edad que, mientras se cambiaba de una trinchera de primera línea a otra situada más en la retaguardia, fue atrapado en un alambre de púas. Al tratar de desenredarse fue atacado por la artillería alemana. Inmediatamente después de que uno de los proyectiles estallara frente a él, su vista se volvió borrosa. Luego otro proyectil le estalló detrás y lastimó su costado. Llorando, temblando y horrorizado al creer que se había quedado ciego, el soldado fue conducido a una estación, desde donde lo enviaron al Hospital en Le Touquet. Después de diez días de tratamiento bajo la custodia del Dr. Myers, lo evacuaron a Inglaterra. «Shell-shock» era un término que parecía apropiado, pues los primeros casos de neuróticos de guerra que se trataban en la prensa médica venían seguidos del impacto de una explosión de granada. Ben Shepard. *A War of Nerves. Soldiers and Psychiatrist in the Twentieth Century*. Harvard University Press, Massachusetts, 2001, p. 1.

⁸⁶ Como indica Luis Sanfelippo, el nombre que se le otorga a esta patología en un inicio atestigua que «la suposición de que los síntomas de los soldados dependían de una alteración orgánica producto de la onda expansiva de una explosión estaba aún muy extendida en Inglaterra». «Concepciones y Tratamientos de las Neurosis de Guerra Durante la Primera Guerra Mundial», *Revista Psicología e Saúde*, v. 9, n. 2, p. 5-20, maio/ago. 2017, p. 6.

enfrentados. Unos, entre los que se encontraba Oppenheim,⁸⁷ seguían insistiendo en una explicación organicista y mecanicista, en base a la cual los síntomas respondían a sutiles alteraciones físicas de los centros nerviosos. Pese a la ausencia de una correspondiente constatación empírica, se mostraban convencidos de que con el progreso de la técnica anatómica se descubrirían las bases materiales de la neurosis. Sin embargo, la gran mayoría de los psiquiatras y neurólogos que participaron en el debate rechazaron definitivamente el concepto de «neurosis traumática». Se inclinaron por excluir la eventualidad de una lesión del tejido nervioso y por aceptar la hipótesis del factor psicógeno como la principal causa de las, a partir de entonces denominadas, *neurosis de guerra* [*Kriegneurosen*].⁸⁸



En este gráfico, obtenido por medio de Google Books Ngram Viewer, puede apreciarse cómo a partir de 1918, aproximadamente, el término «Traumatischen Neurosen» cae en desuso en la literatura germanoparlante.

Ciertamente, sostener lo contrario se había vuelto una tarea complicada debido a varias razones. Por un lado, estaba el hecho de que un alto número de síntomas neuróticos, en buena parte perturbaciones motrices y temblores, aparecían igualmente en soldados que habían permanecido en la retaguardia, ajenos a las posibles secuelas de la explosión de

⁸⁷ Sin embargo, en 1917 el propio Oppenheim declaró que el shock psicológico podría influir en los procesos físicos a través del sistema nervioso autónomo y pasó de centrarse en el origen somático a un modelo mixto que permitía influencias mutuas de factores psicológicos y somáticos. Para esta polémica, véase Bernd Holdorff, «The fight for ‘traumatic neurosis’, 1889–1916: Hermann Oppenheim and his opponents in Berlin», *History of Psychiatry* 22(4) 465–476.

⁸⁸ «However, in contrast to the British concept of ‘shell shock’, which was already banned by officials in 1917, abandoning traumatic neurosis as a diagnostic category did not succeed during the war probably due to the neurological authority of its creator, Hermann Oppenheim». *Ibidem*, p. 474.

proyectiles en las líneas del frente. Además, muy pocos soldados o prisioneros de guerra con lesiones físicas parecían desarrollar síntomas nerviosos graves, a pesar de que decenas de miles de ellos habían sufrido experiencias traumáticas. Por otro lado, la efectividad que estaban mostrando las terapias hipnóticas y sugestivas reforzaba la idea del carácter psicogénico del síntoma, pues si un problema puede solucionarse mediante una acción psíquica, este ha de ser, forzosamente, de naturaleza psicológica.⁸⁹

Sin embargo, cuando la hipótesis de la naturaleza psicológica se convirtió prácticamente en una realidad irrefutable, la controversia médica abandonó la cuestión etiológica para centrarse en el carácter moral del paciente. Es decir, aunque ya se reconocía el factor psicógeno de algunas heridas de guerra, estas se atribuían a cierta debilidad constitucional, a cobardía antipatriótica o, directamente, a la inferioridad moral de los aquejados. Procurando ratificar la poca seriedad de estas perturbaciones, las autoridades médico militares recurrían entonces a matices desdeñosos a la hora de describir la sintomatología en los informes médicos, e incidían, sobre todo, en su carácter de simulación con miras a la obtención de una ganancia, a saber, dejar de servir a la patria.

Todo ello favoreció que neurólogos y psiquiatras justificaran la aplicación de tratamientos como la electroterapia. A pesar de la existencia de otros procedimientos, este último fue el tratamiento más utilizado durante la guerra en Alemania, donde llegó a conocerse como el método Kaufman,⁹⁰ debido a un artículo publicado en 1916 por Fritz Kaufmann en el que explicaba cómo las neurosis de guerra podían curarse con cierta brevedad combinando la sugestión y la aplicación constante de electricidad. Después de varias muertes y un número considerable de reacciones adversas graves, entre las que se dieron suicidios, la resistencia contra este método creció y su uso fue restringido en las últimas semanas de la guerra.

⁸⁹ Si bien desde principios del siglo XX el uso de esta práctica disminuyó considerablemente, la terapia hipnótica-catártica de Breuer y Freud fue revivida durante la Primera Guerra Mundial como una técnica médica para el tratamiento de las neurosis traumáticas. Véase Ruth Leys, *Trauma. A Genealogy*, op. cit., pp. 11-12. El principal interlocutor de Oppenheim en el congreso de Múnich, Max Nonne, trató de consolidar esta última idea en su intervención efectuando, mediante hipnosis, la desaparición y la reaparición instantánea de algunos síntomas. El éxito de su intervención contribuyó notoriamente al descrédito de la postura de Oppenheim, que acabó dimitiendo.

⁹⁰ «Die planmäßige Heilung komplizierter psychogener Bewegungsstörungen bei Soldaten in einer Sitzung», *Münchener Medizinische Wochenschrift*, 1916, 63, 802-4. Stefanie Caroline Linden y Edgar Jones, «German Battle Casualties: The Treatment of Functional Somatic Disorders during World War I», *Journal of the History of Medicine and Allied Sciences*. 2013 Oct; 68(4): 627-658. Y José Brunner. «Will, Desire and Experience: Etiology and Ideology in the German and Austrian Medical Discourse on War Neuroses, 1914-1922», *Transcultural Psychiatry* 2000, 37, p. 295.

En Austria, el psiquiatra Wagner Jauregg participó con excesiva crueldad en la administración de este tratamiento. Además de la aplicación de corrientes eléctricas alternas en diferentes partes del cuerpo, dependiendo esto de la ubicación de los síntomas —para la afonía, por ejemplo, se podía aplicar en la lengua o garganta—, Wagner agregó el empleo de celdas de aislamiento, camisas de fuerza y quemaduras selectivas. Este trato inhumano fue el motivo por el que, dos meses después de concluida la guerra, el profesor Wagner hubo de comparecer ante un comité de investigación encargado por el Ministerio de Guerra para responder a la acusación de «negligencia en el servicio militar» amparada en una nueva ley aprobada por la Asamblea Nacional del recién electo gobierno socialdemócrata. El comité estaba compuesto por Hugo Schluz, Julius Tandler y Alexander Löffler. Este último, presidente de la comisión, solicitó la opinión, como testigo experto, del psiquiatra Sigmund Freud.⁹¹

Además de personarse en la audiencia para dar testimonio oral, el padre del psicoanálisis envió un informe por escrito. En este, Freud manifestaba su indignación por el trato inhumano al que se sometía a los neuróticos de guerra, e incidía en tres puntos que, siendo esenciales para la psiquiatría psicoanalítica, eran ignorados por la medicina militar: el origen psicógeno de los síntomas, la significatividad de las mociones pulsionales inconscientes, y el papel de la ventaja secundaria de la enfermedad en la tramitación de conflictos anímicos —en este caso, el conflicto entre combatir por un deber colectivo y el egoísmo de la pulsión de autoconservación—. Pues todo ello explicaría la considerable diferencia entre un neurótico de guerra y un simulador: el primero no es consciente de su motivación.

[...] La escuela de psiquiatría llamada psicoanalítica, creada por mí, venía enseñando desde unos veinticinco años atrás que las neurosis de tiempos de paz han de reconducirse a perturbaciones de la vida afectiva. Ahora bien, esta misma explicación fue aplicada en términos universales a los neuróticos de guerra. Nosotros habíamos indicado, además, que los neuróticos padecen de conflictos anímicos, y que los deseos y tendencias que se expresan en los fenómenos patológicos son desconocidos (es decir, inconscientes) para los enfermos mismos. Entonces se infirió fácilmente, como la causa inmediata de todas las neurosis de guerra, la tendencia, inconsciente para el soldado, de sustraerse de los requerimientos del servicio militar,

⁹¹ No hay evidencia documental de por qué Freud fue elegido como perito. Pero, según Eissler, todo apunta a dos razones. La primera de ellas es que no había prácticamente nadie más a quien llamar a testificar, ya que Jauregg tenía muchos contactos en la vida académica vienesa. La segunda es que el profesor Löffler, encargado de dirigir la acusación, podría haber quedado impresionado por un artículo de Freud de 1906 presentado en un seminario de derecho titulado *La indagatoria forense y el psicoanálisis* («*Tatbestandsdiagnostik und Psychoanalyse*»). Kurt Robert Eissler. *Freud as an Expert Witness*. International University Press, 1986. p. 22. Para un resumen sintético de este episodio, puede verse Elizabeth Ann Danto. «Trauma and the state with Sigmund Freud as witness», *International Journal of Law and Psychiatry*, 2016.

que le resultaban peligrosos o sublevaban sus sentimientos. Angustia por la propia vida, renuencia ante la orden de matar a otros, revuelta contra la despiadada sofocación de la propia personalidad por obra de los jefes: he ahí las más importantes fuentes afectivas de que se nutría la tendencia a huir de la guerra. Un soldado en quien esos motivos afectivos hubieran sido conscientes de una manera potente y clara habría debido, como hombre sano, desertar, o bien hacerse pasar por enfermo. Pero sólo una ínfima parte de los neuróticos de guerra eran simuladores; las mociones afectivas que se revolvían en ellos contra el servicio militar y los pulsionaban hacia la enfermedad eran eficaces en su interior sin devenirles conscientes. Permanecían inconscientes porque otros motivos —orgullo, autoestima, amor a la patria, hábito de obedecer, el ejemplo de los demás— eran al comienzo los de mayor intensidad, hasta que en una ocasión adecuada resultaban subyugados por esos otros motivos, los eficaces inconscientemente. [...] Se consideró adecuado tratar a los neuróticos como simuladores y prescindir del distingo psicológico entre propósitos conscientes e inconscientes, aunque se sabía que no eran unos simuladores. Si esta enfermedad servía al propósito de sustraerse de una situación intolerable, era evidente que se la desarraigaba de cuajo volviendo la condición de enfermo todavía más intolerable que el servicio militar. Si el enfermo se había refugiado en la enfermedad huyendo de la guerra, se aplicaban medios para compelerlo a volver de la enfermedad a la salud, vale decir, a refugiarse ahora en la aptitud para el servicio. A tal fin se utilizó un tratamiento eléctrico doloroso, y ciertamente con éxito. [...] Cuando se lo empleó en las clínicas de Viena, estoy personalmente convencido de que nunca se lo incrementó hasta la crueldad merced a la iniciativa del profesor Wagner-Jauregg. Pero no saldré de fiador de otros médicos a quienes no conozco. La instrucción psicológica de los médicos es harto defectuosa en la generalidad de los casos, y muchos quizás olvidaron que el enfermo al que pretendían tratar como un simulador en realidad no lo era.

Aunque Freud no arremetió personalmente contra Jauregg, quien finalmente saldrá absuelto de toda culpabilidad, su declaración fue muy crítica con la medicina militar, a la que acusó de restringir todo su interés a lograr el regreso del soldado a la guerra, contribuyendo con esta actitud a acentuar el malestar de los enfermos. Frente a esta falta de consideración ante el sufrimiento psíquico de los individuos, Freud defendió la concepción psicoanalítica del psiquismo como causa para, como ya hizo en tiempos de paz,⁹² contrariar la acusación de simulación que sufrían los neuróticos de guerra, y reivindicó el psicoanálisis como una práctica clínica respetuosa del sujeto humano en su complejidad y diversidad:

este procedimiento terapéutico [...] no apuntaba a restablecer al enfermo, o no apuntaba a esto en primer lugar, sino sobre todo a restablecer su aptitud militar. [...] El médico mismo era un funcionario de la guerra y corría peligros personales, podía temer ser removido o que se le reprochase desaprensión en el ejercicio de sus deberes, si se dejaba guiar por otros miramientos que los prescritos. El conflicto insoluble entre los requerimientos de la humanidad, de ordinario los decisivos para el médico, y los de la guerra de un pueblo no podía menos que provocar confusión también en la actividad médica. Pero esos éxitos, al comienzo brillantes, del

⁹² Si recordamos, el concepto de inconsciente freudiano sirvió para proteger a la histórica de la acusación generalizada de simulación al informar de la existencia de una realidad psíquica que disolvía la oposición tradicional entre la verdad y la mentira.

tratamiento mediante corriente eléctrica intensa no resultaron luego duraderos. El enfermo que, restablecido por ese medio, había sido reenviado al frente podía repetir de nuevo el juego y experimentar una recaída, con lo cual por lo menos ganaba tiempo y escapaba del peligro actual en ese momento. Puesto otra vez en la línea de fuego, pasaba a segundo plano la angustia ante la corriente eléctrica, como durante el tratamiento había cedido la angustia ante el servicio militar. Además, en el curso de los años de la guerra fue en rápido aumento la fatiga del espíritu popular, así como su creciente repugnancia a la empresa bélica, de suerte que el tratamiento en cuestión empezó a fracasar. En estas circunstancias, un sector de los médicos militares cedió a la inclinación, característica de los alemanes, de continuar con sus propósitos sin miramientos de ninguna naturaleza, y, cosa que jamás habría debido suceder, la intensidad de las corrientes, así como la dureza de todo el tratamiento, se incrementaron hasta lo insoportable a fin de sustraerles a esos neuróticos la ganancia que obtenían de su condición de tales. Es un hecho no controvertido que en esa época se produjeron casos de muerte en el curso del tratamiento, y de suicidios a causa de este, en hospitales alemanes [...].

De modo que, en sus consideraciones epistémicas y psíquicas, Freud sostiene que el síntoma no es un producto de desecho resultado de alguna función degradada, sino una formación dotada de una lógica definible que constituye tanto la enfermedad como el intento de curación de la misma. En tanto que satisfacción sustitutiva de lo pulsional, es cierto que los síntomas neuróticos tienden a la obtención de una ganancia—encontrar una salida, económicamente hablando, a un conflicto psíquico—, pero no puede dejar de subrayarse como algo central que se trata de una satisfacción inconsciente tópicamente vinculada al principio de placer, aunque vivenciada siempre como perturbación. Además, Freud admite como fenómeno clínico la ventaja secundaria de la enfermedad en las neurosis,⁹³ que entraña todos aquellos beneficios que, gracias a sus síntomas, el paciente obtiene, de forma inconsciente, de su entorno familiar y social y que favorecen a la insistencia de los mismos: «El que pretende sanar al enfermo tropieza entonces, para su asombro, con una gran resistencia, que le enseña que el propósito del enfermo de abandonar la enfermedad no es tan cabal ni tan serio».⁹⁴

⁹³ En 1923, Freud agregó una nota a pie, la 32, a su texto de 1905 *Fragmento de análisis de un caso de histeria* (el caso Dora): «Más tarde he dado mejor razón de ese estado de cosas introduciendo el distingo entre ganancia primaria y secundaria de la enfermedad. El motivo para enfermar es en todos los casos el propósito de obtener una ganancia. Respecto de la ganancia secundaria de la enfermedad es atinado lo que se dice en los siguientes párrafos de esta sección, pero en toda contracción de una neurosis debe reconocerse una ganancia primaria. El enfermarse ahorra, ante todo, una operación psíquica; se presenta como la solución económicamente más cómoda en caso de conflicto psíquico (refugio en la enfermedad), por más que la mayoría de las veces se revele después inequívocamente el carácter inadecuado de esa salida. Esta parte de la ganancia primaria de la enfermedad puede llamarse interna, psicológica, es, por así decir, constante. Además, factores exteriores [...] proporcionan motivos para enfermar y así constituyen la parte externa de la ganancia primaria de la enfermedad». Freud examinó esta distinción entre ganancia primaria y secundaria en la 24ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, AE, XVI, pp. 348-350.

⁹⁴ Sigmund Freud. *Fragmento de análisis de un caso de histeria*, op. cit., p. 40.

Pero la interpretación de las neurosis de guerra que ofrece Freud en su testimonio no solo tiene un alcance epistémico o psíquico, sino también sociológico y moral. Por un lado, trata de hacer comprensible la angustia de todos esos ciudadanos que, cansados de las interminables luchas, eran obligados a servir en el servicio militar sin ser preguntados. Por otro, denuncia el abuso de poder en los hospitales militares, acusando a los profesionales de la medicina de haber olvidado deberes humanitarios. Así, mientras algunos médicos continuaron relacionándose con la neurosis de guerra desde una perspectiva fuertemente nacionalista, Freud habló como uno de los primeros críticos del discurso y la práctica neuropsiquiátrica principal durante la Primera Guerra Mundial.

La concepción psicoanalítica de las neurosis de guerra será el tema en torno al cual gire el Quinto Congreso Internacional de Psicoanálisis, celebrado en Budapest a dos meses de finalizar la contienda. Freud y sus discípulos, todos ellos movilizados en hospitales militares por los ejércitos de sus respectivos países, ratificarán el compromiso del movimiento con la lucha por el reconocimiento social del sufrimiento psíquico. Este congreso es muy importante en la historia institucional del psicoanálisis freudiano, pues significó una gran oportunidad para lograr el reconocimiento oficial del psicoanálisis como tratamiento y el consecuente acto político de abrirse paso en hospitales oficiales.

2.2. EL CONGRESO DE BUDAPEST: SOBRE LA VALIDEZ EPISTEMOLÓGICA Y CLÍNICA DE UNA PSICOPATOLOGÍA ESPECÍFICA DE LA GUERRA

Los días 28 y 29 de septiembre de 1918, cuando el desenlace del conflicto bélico mundial era aún incierto debido, sobre todo, a la revolución soviética iniciada en 1917 y a la entrada en la guerra de los E.E.U.U, tuvo lugar la celebración del V Congreso Internacional de Psicoanálisis, dedicado monográficamente al estudio de las neurosis de guerra.⁹⁵ Durante el congreso, al que asistieron cuarenta y dos analistas —todos en uniforme excepto Freud—, Sándor Ferenczi —«Psicoanálisis de las neurosis de guerra»—,

⁹⁵ El programa fue diseñado por Ferenczi y Anton von Freund: la apertura la realizó, la mañana del 28, Karl Abraham, presidente de la Asociación Internacional de Psicoanálisis (IPA). Tras la presentación, se dio paso a las diferentes comunicaciones sobre las neurosis de guerra. El puesto de relator lo ocupaba Ferenczi, el de correlatores, Abraham y Simmel. Después von Freund invitará a los asistentes, casi todos militares, a una degustación en su fábrica de cerveza. Al día siguiente, Freud cerrará el congreso pronunciando una conferencia minuciosamente preparada: «Los caminos de la terapia psicoanalítica». Véase Francisco Javier Montejo Alonso, Tesis doctoral: *El psicoanálisis 1919-1933: consolidación, expansión e institucionalización*, dirigida por Eduardo Chamorro Romero, Universidad Complutense de Madrid, 2009, p. 256.

Karl Abraham —«El psicoanálisis y las neurosis de guerra»— y Ernst Simmel —«Neurosis de guerra»— expusieron sus experiencias en el tratamiento de las neurosis de guerra como médicos movilizados en el campo de batalla. Mientras los dos primeros articularon el problema desde el marco conceptual psicoanalítico, Simmel trató de mostrar los éxitos de la técnica catártica, abandonada por el psicoanálisis desde comienzos de siglo.

Todos los trabajos despertaron el interés de las autoridades militares y gubernamentales, impacientes ante la necesidad de reincorporar al frente el mayor número de soldados traumatizados, a la par que un tanto inquietos por las protestas respecto al trato proporcionado a los pacientes. No obstante, de entre todos ellos, cabe destacar el realizado por Sándor Ferenczi, discípulo preferido de Freud que desde 1916 dirigía el servicio de neurología del hospital militar María Valeria. Ese mismo año, a partir de la observación de unos doscientos casos de soldados enfermos, el húngaro dio una conferencia ante una reunión científica de los médicos de este hospital,⁹⁶ de la que surge su trabajo «Dos tipos de neurosis de guerra».⁹⁷

El texto comienza con una útil revisión crítica de la literatura sobre la cuestión, donde sintetiza las posturas de los neurólogos y psiquiatras que han participado de manera más influyente en el debate sobre las neurosis de guerra. Tras exponer las diferencias que existen entre la concepción mecanicista-organicista, varias interpretaciones psicógenas no-psicoanalíticas, y la propuesta psicoanalítica, Ferenczi realiza sus propias consideraciones dentro del marco teórico freudiano —se apoya, sobre todo, en los supuestos centrales teorizados por Freud en *Introducción al narcisismo*— y sostiene que las neurosis de guerra son neuropsicosis que pueden diferenciarse en dos grupos: histerias de conversión e histerias de angustia

En relación al primer grupo —en el que la enfermedad solo afecta a ciertas partes del cuerpo—, Ferenczi avanza la hipótesis etiológica de una fijación a la inervación corporal que habría prevalecido en el momento de la conmoción: «parece ser que se trata de un estado psicógeno, de la fijación traumática del bloqueo psíquico sobre un costado del cuerpo, es decir, de histeria». Esto es, Ferenczi sugiere que la conmoción, o la experiencia traumática, provoca la investidura psíquica del afecto desligado de las representaciones. Este afecto, posteriormente, se deriva a una parte del cuerpo que mantiene una relación

⁹⁶ Mario Elkin Ramirez, *Psicoanalistas en el frente de batalla. Las neurosis de guerra en la Primera Guerra mundial*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2007, p. 21.

⁹⁷ Sándor Ferenczi, «Dos tipos de neurosis de guerra», *Obras completas*, tomo II, Madrid, Espasa-Calpe, 1998. Lo hemos consultado en: <http://www.psicoanalisis.org/ferenczi/51-100.htm>

lógica con la posición muscular en el instante que se produjo el sobresalto.⁹⁸ Basándose en esto sostiene que tal tipo de casos pueden ser considerados *histerias de conversión*. Ya que lo que motiva tal desarreglo es el efecto de un afecto desligado de su representación que, indómito al psiquismo, persiste por medio de inervaciones somáticas.⁹⁹

Pero, como decíamos, no todas las neurosis de guerra son conversivas, también pueden ser *histerias de angustia*. La hipótesis explicativa que emplea para este segundo tipo, compuesto por soldados aquejados de temblores generalizados y de perturbaciones que se desencadenan al tener que iniciar la marcha, es la de la regresión neurótica al estado infantil donde el sujeto no sabe aún sostenerse en pie. Ferenzci sostiene que, motivado por una experiencia que no puede ser significada, el paciente retira el interés (la libido) de los objetos del mundo (es decir, descatetiza el mundo) para concentrarlos en él mismo. Como resultado, experimenta una hipersensibilidad yoica semejante a la experimentada en los procesos luctuosos o en los procesos de pérdida de la realidad de desarreglos de corte psicótico.

Semejante retorno de la libido al yo entraña una regresión neurótica al estadio narcisista infantil del comienzo, manifestado por el deseo de querer ser cuidado, y añade que una fuerte fijación a este estado procura una mayor predisposición al desencadenamiento neurótico. En el informe presentado en el congreso, Ferenzci se centrará sobre todo en cómo opera esta segunda modalidad de neurosis de guerra. Y a todas estas impresiones manifestadas ya en su artículo de 1916, agrega la tesis de la enfermedad como refugio: tal huida emprendida por el neurótico en la enfermedad se obtiene mediante el mecanismo de la regresión, es decir, mediante el retorno a fases más tempranas de la vida psicosexual a las que en su época no faltó la satisfacción.

Tratando de evitar detalles técnicos que sobrepasan el interés de nuestra investigación, lo destacable aquí son dos conceptos absolutamente esenciales para la teoría

⁹⁸ «Existe una relación cierta entre las perturbaciones de la inervación que aparecen en ocasión de las tentativas de marcha y los síntomas generales, en la medida en que estas últimas están reforzadas o incluso desencadenadas por los problemas de la marcha. Además, existen ciertos síntomas constantes, el más notable de los cuales es la hiperestesia de todos los sentidos». Sándor Ferenzci, «Dos tipos de neurosis de guerra», <http://www.psicoanalisis.org/ferenczi/51-100.htm>.

⁹⁹ «Sabemos por Breuer y Freud que la naturaleza de los fenómenos de excitación y de parálisis histéricos consiste propiamente en la transformación duradera, en la conversión de un afecto en una inervación física. [...] No tenemos aquí oportunidad de extendernos sobre las condiciones que deben añadirse necesariamente al traumatismo psíquico descrito para que se realice el cuadro sintomático de una histeria de conversión (constitución sexual); basta con constatar que los casos de neurosis de guerra que les hemos presentado deben ser considerados, sobre la base de datos de anamnesia, como histerias de conversión en el sentido de Breuer y Freud», *ibídem*.

psicoanalítica y estrechamente relacionados entre sí, a saber, «fijación» y «regresión». El concepto de fijación [*Fixierung*], por un lado, refiere a una estructuración regulada de la experiencia —los modos de satisfacción— que sirve para favorecer una progresión ordenada de la libido en las fases que integran el desarrollo psicosexual en el que se produce la constitución subjetiva. Pero, por otro lado, también es la reproducción de un determinado modo de satisfacción propiciada por la inscripción de ciertos contenidos representativos que persisten en el inconsciente en forma inalterada, y a los cuales permanece ligada la pulsión.¹⁰⁰

Lo que esto quiere decir es que, a medida que crece, el individuo no abandona toda la experiencia anterior, sino que queda previamente fijada. Después de fijadas, las fases autoeróticas son reprimidas e investidas. Tras la última, fálica, se da la represión primaria, que supone una reordenación de todas las fases anteriores. Estas, fijadas e investidas, ejercerán una gran atracción para el resto de experiencias que se den en la vida, ocupando un papel fundamental en la salud psíquica del sujeto, pues el retorno a esos puntos de fijación permite reelaborar experiencias que no se elaboraron bien en su momento. Las impresiones fijadas disponen modos de reacción frente al mundo exterior a los que ningún vivenciar posterior puede ya arrebatarse su significado.

Lo que causa las neurosis son ciertas regresiones [*Regression*] a las fijaciones, retornos a partir de un punto alcanzado a otro situado anteriormente —fases libidinales, relaciones de objeto o identificaciones—, como el mismo Freud había afirmado en *La fijación al trauma*:

Toda neurosis contiene una fijación de esa índole, pero no toda fijación lleva a la neurosis, ni coincide con ella, ni se produce a raíz de ella. Un modelo paradigmático de fijación afectiva a algo pasado es el duelo, que además conlleva el más total extrañamiento del presente y del futuro. Pero, a juicio de los legos, el duelo se distingue tajantemente de la neurosis. No obstante, hay neurosis que pueden definirse como una forma patológica del duelo.¹⁰¹

Las regresiones pueden producirse o bien para reencontrar el objeto de la organización donde ha habido satisfacción, o, como sostiene Ferenczi en este texto, porque el trauma

¹⁰⁰ Esto es, como indican Laplanche y Pontalis, «puede ser manifiesta y actual o constituir una virtualidad prevalente que abre al sujeto el camino hacia una regresión», en Laplanche&Pontalis, *Diccionario de Psicoanálisis*, op. cit., p. 156. Respecto al uso del término en Freud, lo emplea por primera vez en 1896 a propósito de los ceremoniales a los que se fija un obsesivo. En 1909, en *Tres ensayos*, ya adopta su sentido psicoanalítico. En el caso Schreber lo reelabora en la problemática de la psicosis y en las conferencias de 1916-1917 lo expone como concepto teórico definitivo.

¹⁰¹ Sigmund Freud, Conferencia 18 «La fijación al trauma, lo inconsciente», *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, AE, XVI, p. 252.

actual convoca la situación traumática anterior. Respecto al resto de ponencias, Abraham se centró en destacar la importancia del inconsciente y la sexualidad, mientras que Simmel postuló que los síntomas de estos neuróticos no buscan la satisfacción sustitutiva inconsciente de un deseo reprimido, sino que constituyen intentos de superación de la devastación experimentada. Freud, por su parte, clausuró el congreso con un texto puramente técnico titulado «Nuevos caminos para la terapia psicoanalítica» en el que proponía desarrollar una psicoterapia para las masas que permitiera la implantación definitiva del psicoanálisis y ofreciera una respuesta al sufrimiento psíquico de las vastas capas populares. Para ello, sería necesaria la implantación de estructuras educativas capaces de formar una generación de nuevos analistas comprometidos con las clases populares, alejadas de la terapia psicoanalítica por razones económicas y sociales. Con miras a la obtención de tal meta, proponía la creación de clínicas gratuitas e institutos psicoanalíticos de formación asociados a las mismas.

THE INTERNATIONAL PSYCHO-ANALYTICAL LIBRARY
NO. 2

PSYCHO-ANALYSIS
AND THE
WAR NEUROSES

by

Drs. S. FERENCZI (Budapest), KARL ABRAHAM (Berlin),
ERNST SIMMEL (Berlin) and ERNEST JONES (London)

Introduction by
Prof. SIGM. FREUD (Vienna)

LAUF LIBRARY

THE INTERNATIONAL PSYCHO-ANALYTICAL PRESS
LONDON VIENNA NEW YORK
1921

Portada de la versión inglesa de 1921.

Un año después, las aportaciones fueron publicadas en el libro *El psicoanálisis y las neurosis de guerra*, en el que se incluía también un texto de Ernst Jones y una introducción redactada por Freud —*Introducción a Zur Psychoanalyse der Kriegneurosen*—. Aquí, Freud se mantenía en el convencimiento de que la enfermedad de los neuróticos de guerra surgía como consecuencia del conflicto entre el yo y los impulsos eróticos condenados por este, y por tanto afirmó que con el fin de la devastación retornaría la estabilidad a las almas de estos soldados.¹⁰²

No obstante, el tiempo le quitó la razón. En vez de desaparecer, los síntomas de esos neuróticos, testigos de uno de los mayores horrores de la historia documentada, permanecieron muchos años provocando sufrimiento a esos hombres. Este revés, junto

¹⁰² «pero lo definitorio es que al cesar las condiciones de la guerra desaparecieron también la mayor parte de las neurosis provocadas por ella». Sigmund Freud, *Introducción a Zur Psychoanalyse der Kriegneurosen*, AE, 17, p. 205.

con la incapacidad para encontrar una explicación dentro del marco teórico según el cual todo síntoma es la satisfacción sustitutiva de un deseo sexual reprimido, dejaba al edificio freudiano en una lamentable situación de cojera teórica. De tal modo que, a pesar de que las neurosis de guerra empujaron a la neurología a reconocer el psicoanálisis, también contribuyeron a revelar la necesidad de reformulación de su teoría pulsional. Pero no solo las neurosis de guerra. También el descubrimiento de un tipo de libido yoica presente en determinados trastornos que no encajaban con el modelo explicativo de la neurosis había llevado a Freud hacer una radical revisión de los conceptos con los que había trabajado hasta entonces en un importante estudio titulado *Introducción al narcisismo*.

II.3. La exigencia de reforma teórica

3.1. PRIMERAS TEORIZACIONES DEL NARCISISMO: 1910-1914

Aunque es en *Introducción al narcisismo* donde el concepto se erige en categoría psicoanalítica oficial, el término «narcisismo» ya había sido empleado antes de la aparición de esta obra.¹⁰³ La primera referencia extensa la encontramos en su texto dedicado a la figura de Leonardo da Vinci (1910),¹⁰⁴ en el que Freud pretende dilucidar el proceso psicosexual por el que se instituyó, en la vida de Leonardo, una pulsión hiperintensa de saber que impulsa toda su existencia. Para ello, realiza un análisis de la vida anímica del genio italiano, topándose con un recuerdo infantil que encuentra muy interesante: estando en la cuna, un buitre le abrió la boca y metió en ella la cola.¹⁰⁵

Freud señala que esto no es un recuerdo, sino una fantasía tardía que, en realidad, entraña una reminiscencia del período de lactancia refundida posteriormente en una fantasía homosexual pasiva. Como ya sabemos, los recuerdos no entendidos de la infancia, y las fantasías que una persona construye sobre ellos, ponen siempre de relieve lo más importante de su desarrollo anímico. En este caso, lo que la fantasía revela, explica Freud, es un vínculo causal, aunque no necesario,¹⁰⁶ entre la relación que el infante

¹⁰³ Probablemente la primera mención pública que se hizo de este término fue en una nota a pie agregada en 1910 incluida en *Tres ensayos para una teoría sexual*, en la que Freud utiliza por primera vez el término *narcisismo* para explicar la elección homosexual de objeto. Ver Carlos Gómez. *Freud y su obra. Génesis y constitución de la teoría psicoanalítica*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2008, pp. 215

¹⁰⁴ Sigmund Freud. «Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci» [*Eine Kindheitserinnerung des Leonardo da Vinci*], AE, XI, pp. 54-127.

¹⁰⁵ «Parece que ya de antes me estaba destinado ocuparme tanto del buitre, pues me acude, como un tempranísimo recuerdo, que estando yo todavía en la cuna con un buitre descendió sobre mí, me abrió la boca con su cola y golpeó muchas veces con esa cola suya contra mis labios», *Ibíd.*, p. 77.

¹⁰⁶ Conviene señalar que, pese al empleo prejuicioso que hace tanto de feminidad y como de homosexualidad, reconoce que «lo que por razones prácticas se llama “homosexualidad” acaso provenga

sostiene con la madre y la opción de objeto erótico homosexual en la vida adulta. Para que pueda darse esta implicación lógica, no obstante, tienen que darse dos condiciones: la primera es que ha de haber existido una fijación intensa de las necesidades amorosas a la madre, seguramente favorecida por la hiperternura de esta y sustentada por un relegamiento del padre en la vida infantil. La segunda es que, al no poder proseguir su ulterior desarrollo, la aspiración incestuosa ha tenido que ser reprimida y sustituida por una identificación:

El muchacho reprime su amor por la madre poniéndose él mismo en el lugar de ella, identificándose con la madre y tomando a su persona propia como el modelo a semejanza del cual escoge sus nuevos objetos de amor. Así se ha vuelto homosexual; en realidad, se ha deslizado hacia atrás, hacia el autoerotismo, pues los muchachos a quienes ama ahora, ya crecido, no son sino personas sustitutivas y nuevas versiones de su propia persona infantil, y los ama como la madre lo amó a él de niño. Decimos que halla sus objetos de amor por la vía del narcisismo, pues la saga griega menciona a un joven Narciso a quien nada agradaba tanto como su propia imagen reflejada en el espejo y fue transformado en bella flor de ese nombre.¹⁰⁷

La siguiente mención desarrollada al narcisismo aparece un año después, en «Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (*Dementia paranoides*) descrito autobiográficamente», uno de los cinco grandes historiales freudianos conocido como «caso Schreber». A diferencia del resto de historiales, en este caso Freud no trabajó con Daniel Paul Schreber en persona, sino que lo hizo a partir de un libro escrito por él mismo titulado *Memorias de un enfermo nervioso*. Después de un largo internamiento psiquiátrico, este célebre jurista alemán, que fue presidente del Tribunal Supremo en Dresde, cuenta cómo sostuvo un sistema delirante en el que se consideraba llamado a redimir al mundo y devolverle la bienaventuranza perdida. Pero solo podría conseguirlo después de haberse transformado en mujer.¹⁰⁸

de múltiples procesos psicosexuales de inhibición, y es posible que el discernido por nosotros sea uno entre muchos y solo se refiera a un tipo de homosexualidad».

¹⁰⁷ *Ibíd.*, p. 93.

¹⁰⁸ En un informe médico sobre Schreber recogido por Freud en la recomposición del caso, el médico informante destaca: «Sostiene haber experimentado en los primeros años de su enfermedad destrucciones en diversos órganos de su cuerpo, que a cualquier otro hombre le habrían provocado indefectiblemente la muerte desde mucho tiempo atrás, pero él ha vivido un largo período sin estómago, sin intestinos, sin pulmones casi, con el esófago desgarrado, sin vejiga, con las costillas rotas, muchas veces se ha comido parte de su laringe al tragar, etc. Pero los milagros divinos (“los rayos”) le habrían restablecido cada vez lo destruido, y por eso dice ser inmortal mientras siga siendo varón. Ahora bien, aquellos peligrosos fenómenos le desaparecieron desde hace tiempo; en cambio, ha pasado al primer plano su feminidad, tratándose de un proceso de desarrollo que probablemente requiera decenios, si no siglos, para consumarse, y cuyo término es difícil que llegue a ser vivenciado por alguno de los seres humanos hoy vivos. Tiene el sentimiento de que ya han pasado a su cuerpo unos masivos nervios femeninos, de los cuales, por fecundación directa de Dios, saldrán hombres nuevos. Solo entonces podrá morir de muerte natural y

En su análisis, Freud señala que el delirio primario no fue el del papel redentor sino la mudanza en mujer, y apunta a una defensa contra el empuje de la libido homosexual ante la que el enfermo reacciona con un delirio de persecución.¹⁰⁹ A partir de realizar diversas consideraciones teóricas sobre el dispositivo paranoico, se refiere al narcisismo como una fase mediadora entre el autoerotismo y el amor de objeto en la que el individuo se toma a sí mismo, a su propio cuerpo, como objeto de amor. El narcisismo dejaría de ser una *perversión* homosexual para instituirse en etapa normal que todos los individuos experimentarían antes de ser capaces de orientar su libido a una persona ajena a ellos mismos.

El núcleo del conflicto de la paranoia se explicaría entonces de este modo: las personas que hayan experimentado inhibiciones, esto es, fijaciones, en la fase de desarrollo narcisista, contarían con una predisposición a experimentar un retroceder de la libido (una regresión) a la misma.¹¹⁰ En el desarreglo paranoico cabe suponer la existencia de una detención en tal tramo ante la que el paranoico se defiende mediante un mecanismo proyectivo y razonante: «en la formación de síntoma de la paranoica es llamativo, sobre todo, aquel rasgo que merece el título de proyección. Una percepción interna es sofocada, y como sustituto de ella adviene a la conciencia su contenido, luego de experimentar cierta desfiguración, como una percepción de afuera».¹¹¹

De tal suerte que, si en el comienzo (*Tres ensayos para una teoría sexual*) solo había distinguido la fase del autoerotismo, en la cual las pulsiones parciales singulares, cada una por sí misma, buscan su satisfacción en el cuerpo propio, y la etapa objetal, acaecida luego de la síntesis de todas las pulsiones parciales en la elección de objeto bajo el primado de los genitales y al servicio de la reproducción, ahora, gracias al análisis de las

conseguir la bienaventuranza como los demás seres humanos», Sigmund Freud, *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente*, AE, XII, pp. 17-18.

¹⁰⁹ «la ocasión de contraer la enfermedad fue la emergencia de una fantasía de deseo femenina (homosexualidad pasiva), cuyo objeto era la persona del médico. La personalidad de Schreber le contrapuso una intensa resistencia, y la lucha defensiva, que acaso habría podido consumarse igualmente en otras formas, escogió, por razones para nosotros desconocidas, la forma del delirio persecutorio. El ansiado devino entonces el perseguidor, y el contenido de la fantasía de deseo pasó a ser el de la persecución. Conjeturamos que esta concepción esquemática resultará aplicable también en otros casos de delirio de persecución». *Ibidem*, p. 45.

¹¹⁰ Este asunto lo desarrolla más extensamente en su texto de 1913, Sigmund Freud, «La predisposición a la neurosis obsesiva. Contribución al problema de la elección de la neurosis», AE, XII, pp. 329-345.

¹¹¹ Sigmund Freud, *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente*, op. cit., p. 66. Freud añade que la proyección es un mecanismo que también opera en la vida afectiva que puede denominarse normal: «si no buscamos en nosotros mismos, como en otros casos lo hacemos, las causas de ciertas sensaciones, sino que las trasladamos hacia afuera, también este proceso normal merece el nombre de proyección».

parafrenias, añade un estadio intermedio, el narcisismo, en que la elección de objeto ya se ha consumado, pero donde el objeto coincide todavía con el propio yo. En esta etapa, las pulsiones sexuales, hasta ese momento disociadas, se conjugan en una investidura de la imagen unificada del cuerpo, constituyendo esto la primera posición de subjetividad.

Casi contemporáneo al caso Schreber es *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*, un texto que puede resultar esclarecedor a este respecto. El objetivo de Freud es explorar el significado psicológico que tiene para el neurótico (y para el ser humano en general) la realidad exterior a partir de la diferenciación entre los dos principios reguladores —placer y realidad— que dominan, respectivamente, los procesos primarios y secundarios:

El punto de arranque son los procesos psíquicos inconscientes. La tendencia a que estos procesos primarios obedecen (...) se define como el principio de placer-displacer (o, más brevemente, el principio de placer). Estos procesos aspiran a ganar placer; y de los actos que pueden suscitar displacer, la actividad psíquica se retira (represión). (...) Solo la ausencia de la satisfacción esperada, el desengaño, trajo por consecuencia que se abandonase ese intento de satisfacción por vía alucinatoria. En lugar de él, el aparato psíquico debió resolverse a representar las constelaciones reales del mundo exterior y a procurar la alteración real. Así se introdujo un nuevo principio de la actividad psíquica; ya no se representó lo que era agradable, sino lo que era real, aunque fuese desagradable. Este establecimiento del *principio de realidad* resultó un paso grávido en consecuencias.¹¹²

Originalmente no hay en el individuo una unidad comparable al yo, sino que este tiene que ser desarrollado a partir de su relación con la exterioridad mediante un complejo proceso interpretativo que al comienzo es solamente emocional. El punto de partida es un estado caótico de indiscriminación o indiferenciación. La relación yo-exterioridad pasa por diferentes fases. Al inicio hay una división dicotómica: el yo-sujeto coincide con lo placiente, y lo otro no-yo se divide entre una parte placiente del mundo exterior que se incorpora como propia, y una displaciente, que queda fuera como resto, como aquello no metabolizable por el principio de placer. Mientras el yo recorre la trasmudación del yo-placer al yo-realidad, las pulsiones sexuales experimentan aquellas modificaciones que las llevan desde el autoerotismo inicial, pasando por diversas fases intermedias, hasta el amor de objeto. El relevo de un principio por otro —el de placer por el de realidad— no se

¹¹² Sigmund Freud. *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico* (1911), AE, XII. pp. 217-231

cumple de una sola vez. Es un proceso progresivo cuyas consecuencias Freud describe en términos psíquicos y metapsicológicos.

Al aumentar la importancia de la realidad exterior, también lo hacen los órganos sensoriales dirigidos a ese mundo y la conciencia acoplada a ellos. Se instituye así una función particular, la atención, que iría a explorar periódicamente el mundo exterior. Simultáneamente se va introduciendo un sistema de registro para depositar los resultados de esta actividad, a saber, una parte de lo que llamamos memoria. La descarga motriz, además, recibe ahora una función nueva, la de alterar la realidad con arreglo a fines por medio de la acción. El pensar fue dotado de propiedades que posibilitaron al aparato anímico soportar la tensión de estímulo elevada durante el aplazamiento de la descarga. Al establecerse el principio de realidad, una clase de actividad del pensar se escindió y se mantuvo apartada del examen de realidad y permaneció sometida únicamente al principio de placer: es el fantasear. Ahora bien, la sustitución del principio de placer por el principio de realidad no implica el destronamiento del primero, sino su aseguramiento en una parte fundamental del psiquismo: el inconsciente.

3.2. NARCISISMO, DUELO Y MELANCOLÍA

Introducción al narcisismo es uno de los escritos más importantes de Freud primordialmente por el lugar transicional que ocupa en el desarrollo del significado atribuido al yo. Hasta el momento, Freud ha llamado «narcisismo» a esa fase en el desarrollo sexual normal del individuo a la que nos hemos referido en el apartado anterior, caracterizada por ser un complemento libidinoso inherente a la autoconservación. Ahora, sin embargo, Freud denomina a esta etapa *narcisismo primario*, y determina la existencia de un *narcisismo secundario*, consistente en un desprendimiento de la libido de objeto y su regreso al yo:

La libido sustraída del mundo exterior fue conducida al yo, y así surgió una conducta que podemos llamar narcisismo. [...] Así, nos vemos llevados a concebir el narcisismo que nace por relegamiento de las investiduras de objeto como un narcisismo secundario que se edifica sobre la base de otro, primario, oscurecido por múltiples influencias [...] Nos formamos así la imagen de una originaria investidura libidinal del yo, cedida después a los objetos.¹¹³

Lo que le ha llevado al descubrimiento de este tipo de libido narcisista ha sido el estudio de las parafrenias (delirio de grandeza y extrañamiento respecto del mundo

¹¹³ Sigmund Freud, *Introducción al narcisismo*, AE, XIV, pp. 72-73.

exterior). Aunque distingue otras vías de acceso al mismo como la enfermedad orgánica, la hipocondría y la elección amorosa de objeto. Como los neuróticos, los parafrénicos pierden también su relación con la realidad. Ahora bien, mientras que los primeros conservan el vínculo erótico con los objetos del mundo por medio de la fantasía,¹¹⁴ los parafrénicos retiran su libido del mundo exterior, para retrotraerla al yo, sumergiendo al sujeto en una pérdida radical de contacto con los objetos del mundo. Es por esto que, al dedicarse desde los inicios de sus investigaciones a las neurosis, esta primera pieza de colocación libidinal no había sido vislumbrada ni teorizada por Freud.

Pero lo significativo de este ensayo, para el tema que nos ocupa, es que a partir de esta distinción entre *narcisismo primario* —la investidura originaria del yo acontecida en una etapa temprana de la vida psíquica infantil— y *el secundario* —el desprendimiento de la libido de los objetos y su vuelta al yo—, Freud distingue, por primera vez, libido yoica de libido de objeto. La primera toma como objeto de catexis a la propia persona, mientras que la segunda es aquella que se invierte en los objetos. Freud reconoce que el yo no puede ya definirse como un simple mecanismo de adaptación que inhibe las pulsiones sexuales, sino que, además, constituye un gran estanque de libido desde el cual esta es enviada hacia los objetos, quedándose de forma permanente en disposición de absorber la libido que retorna a partir de estos.

La libido narcisista puede así transformarse continuamente en libido objetal, y viceversa, estableciéndose entre ambas un equilibrio que Freud ha denominado principio de conservación de la energía libidinal: «cuanto más gasta una, tanto más se empobrece la otra. El estado del enamoramiento se nos aparece como la fase superior de desarrollo de la personalidad propia en favor de la investidura de objeto y discernimos su opuesto en la fantasía (o percepción de sí mismo) de fin del mundo de los paranoicos». Por consiguiente, se produce un desdoblamiento de la pulsión sexual en libido objetal, propiamente sexual, y libido yoica o narcisista, que sexualiza al yo. O, dicho de otra forma, las pulsiones sexuales, en función de su objeto de catexis, se dividen en estas dos formas de libido. Por más que Freud procurara reparar esta situación con la introducción del mencionado principio de conservación, esto aproximaba la teoría a un monismo libidinal parangonable a la

¹¹⁴ «También el histérico y el neurótico obsesivo han resignado (hasta donde los afecta su enfermedad) el vínculo con la realidad. Pero el análisis muestra que en modo alguno han cancelado el vínculo erótico con personas y cosas. Aún lo conservan en la fantasía; vale decir: han sustituido los objetos reales por objetos imaginarios de su recuerdo o los han mezclado con estos, por un lado; y por el otro, han renunciado a emprender las acciones motrices que les permitirían conseguir sus fines en esos objetos», *Introducción al narcisismo*, op. cit., p. 72.

propuesta jungiana de extender el término libido hasta significar «energía psíquica general», motivo por el que mantenía con este un conflicto conceptual, institucional e incluso personal.

Asimismo, Freud señala en el texto que el destino de toda esa libido yoica que retorna al yo es una instancia psíquica especial a la que denomina *ideal del yo*.¹¹⁵ Además de atribuirle la recurrente sensación de estar siendo observado, tan habitual en los paranoides, también la califica de sustrato necesario en la vida psíquica a la que consideramos normal y, avanzando lo que, casi una década después, denominará superyó, añade: «no nos asombraría que nos estuviera deparado hallar una instancia psíquica particular cuyo contenido fuese velar por el aseguramiento de la satisfacción narcisista proveniente del ideal del yo, y con ese propósito observarse de manera continua al yo actual midiéndolo con el ideal».¹¹⁶

Tal instancia crítica en relación al cumplimiento de un ideal del yo teorizada en *Introducción al narcisismo* aparece operando en *Duelo y melancolía*. El análisis psicoanalítico de esta misteriosa patología permitirá allanar el terreno para la formulación del nuevo enfoque psíquico y pulsional, ya que es en este estudio donde tiene lugar, por vez primera, el reconocimiento de la amplitud del proceso de identificación, noción que desempeñará un importantísimo papel en la segunda formulación del aparato psíquico. Así, nos detenemos en este texto porque supone una relevante aportación metapsicológica como continuación a lo que ya se ha iniciado en *Introducción al narcisismo*.

Duelo y Melancolía es un denso estudio en el que Freud intenta esclarecer la esencia de la melancolía. ¿A qué se debe toda esa apatía, ese abatimiento, esa incapacidad de hacer cualquier cosa, ese cese del interés por absolutamente todo, incluido uno mismo? Para resolver todas estas cuestiones, comienza comparando este estado con su afecto análogo normal: el duelo. El duelo es la reacción anímica dolorosa y desoladora de un sujeto cualquiera ante una pérdida grave, que bien puede tratarse de una persona u objeto amado, o bien de un ideal. Frente a esa pérdida, el sujeto, consternado y afligido, no puede más que apartarse de toda función no relacionada con la memoria del ser querido. Al estar

¹¹⁵ «Aquí, como siempre ocurre en el ámbito de la libido, el hombre se ha mostrado incapaz de renunciar a la satisfacción de que gozó una vez. No quiere privarse de la perfección narcisista de su infancia, y si no pudo mantenerla por estorbárselo las admoniciones que recibió en la época de su desarrollo y por el despertar de su juicio propio, procura recobrarla en la nueva forma del ideal del yo. Lo que él proyecta frente a sí como su ideal es el sustituto del narcisismo perdido de su infancia, en la que él fue su propio ideal», *Introducción al narcisismo*, op. cit, p. 91.

¹¹⁶ *Ibidem*, p. 92

el yo totalmente entregado al duelo, todas sus funciones y sus relaciones con aquello que no tenga que ver con lo desaparecido quedan inhibidas y restringidas.

No obstante, en un determinado tiempo, y de forma paulatina, se espera que ese sentimiento sea vencido gracias a la labor de la aflicción, que en términos económicos se explica por la sobrecaexis de cada uno de los recuerdos y esperanzas que constituyen un punto de enlace entre la libido y el objeto perdido, realizándose en ellos la sustracción de aquella. Pues si bien el trabajo del duelo, que Freud asimila a una especie de examen de realidad, es costoso en tanto que los seres humanos se hallan siempre poco dispuestos a abandonar cualquier posición libidinosa, su elevado costo es también algo verosímil tanto para el luctuoso como para el observador.

Pues bien, la melancolía se parece al duelo tanto en lo que refiere a lo que la causa como en lo que caracteriza la descripción de su dolor. Pero a pesar de tales similitudes en el cuadro del duelo y la melancolía, habrá que señalar las diferencias que nos llevan a considerar al primero como algo perfectamente normal y necesario, y a la segunda como una patología inexplicable. Efectivamente, la melancolía, como el duelo, es la reacción a la pérdida de un objeto amado. No obstante, y en esto radica una importante diferencia, se trata de una pérdida desconocida para el sujeto. La melancolía es, entonces, una pérdida objetal que se sustrae a la conciencia. En ella hay pérdida, pero no hay objeto perdido o, como diría Freud, desconocemos qué hay más allá del dato económico de la regresión de la libido objetal al yo. Por ello la inhibición melancólica nos produce una impresión enigmática, porque no podemos inquirir qué es lo que cautiva tan por completo al melancólico.

Además, otro de los contrastes entre ambos estados anímicos es que, así como en el duelo es el mundo el que aparece desierto y empobrecido, en la melancolía es el yo el que adopta esos rasgos. El sujeto ve perturbado su amor propio y se colma de autorreproches y acusaciones delirantes haciéndose a sí mismo objeto de castigo:

El enfermo nos describe su yo como indigno, estéril y moralmente despreciable; se hace reproches, se denigra y espera repulsión y castigo. Se humilla ante todos los demás y conmisera a cada uno de sus familiares por tener lazos con una persona tan indigna. No juzga que le ha sobrevenido una alteración, sino que extiende su autocrítica al pasado; asevera que nunca fue mejor. El cuadro de este delirio de insignificancia [...] se completa con el insomnio, la repulsa del alimento y un

desfallecimiento, en extremo asombroso psicológicamente, de la pulsión que compele a todos los seres vivos a aferrarse a la vida.¹¹⁷

Pero ¿de dónde provienen esos reproches? ¿Por qué tal pérdida objetal, que no es sino el desprendimiento de una carga energética, se refleja en el empobrecimiento del yo? Freud destapa, a partir de esta cuestión, el dispositivo con el que opera la melancolía al anunciar que tal empobrecimiento se debe a que «los reproches con los que el enfermo se abruma corresponden en realidad a otra persona, a un objeto erótico, y han sido vueltos contra el propio yo». ¿Cómo es esto posible? Las cosas ocurren de la siguiente manera.

El sujeto melancólico establece una conexión libidinal con algún objeto determinado. Por los motivos que sean (frustración, decepción, inadecuación entre lo esperado y lo encontrado), se produce la ruptura de esa relación objetiva, y la carga de objeto queda abandonada. Sin embargo, la libido de tal carga, en lugar de desplazarse a otro objeto, como sucede en situaciones normales, se retrotrae al yo, provocando la identificación¹¹⁸ del yo con el objeto abandonado y transformando así la pérdida del objeto en pérdida del yo. Por medio de esta identificación, el conflicto entre el yo y el objeto abandonado se transforma en conflicto del yo con el yo.

Pero para que puedan suceder las cosas de tal forma han de cumplirse dos condiciones. Una es que la elección de objeto haya tenido efecto sobre una base narcisista, es decir, que tiene que haberse dado un predominio del tipo narcisista de la elección de objeto, de manera que en el momento en que surja alguna contrariedad la carga de objeto retroceda rápidamente al narcisismo, sin encontrarse mucha resistencia por parte de la fijación energética al objeto. Otra de las condiciones es la regresión a la fase anal que, como ya vimos, supone la satisfacción de tendencias sádicas por medio de la siempre ambivalente y antitética relación del yo con los objetos, pero retrotraídas en este caso al yo. Esto explica lo que ocurre cuando el objeto es abandonado y sustituido por la identificación narcisista:

Si el amor por el objeto [...] se refugia en la identificación narcisista, el odio se ensaña con ese objeto sustitutivo insultándolo, denigrándolo, haciéndolo sufrir y ganando en este sufrimiento una satisfacción sádica. Este automartirio de la melancolía, inequívocamente gozoso, importa [...] la satisfacción de tendencias

¹¹⁷ Sigmund Freud, «Duelo y Melancolía», AE, 1917 [1915], pp. 244

¹¹⁸ En psicoanálisis, por identificación cabe entender un proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de este. Freud diferencia entre dos tipos de identificaciones. La primaria, que es la que se produce con la madre o la persona encargada de los cuidados del bebé. Y la secundaria o narcisista, que es el sustitutivo regresivo de una carga de objeto abandonada, que es la que opera en el desarreglo melancólico.

sádicas y de tendencias al odio que recaen sobre un objeto y por la vía indicada han experimentado su vuelta a la persona propia.¹¹⁹

De modo que la carga erótica corre un doble destino: se retrotrae al narcisismo, como también a la fase sádica en un intento de reencontrar el objeto bajo su forma más indispensable. Es de este modo como el yo puede tratarse a sí mismo como un objeto, y dirigirse contra sí mismo con la hostilidad que representa la reacción primitiva del yo contra los objetos del mundo exterior. Ahora bien, los infinitos combates amor-odio que se dan a propósito de la ligadura con el objeto pertenecen al sistema Inconsciente, y es esta consideración de carácter topográfico lo que constituye lo verdaderamente importante en la explicación de la melancolía. Esta ambivalencia esencial en el desarreglo melancólico pertenece de por sí a lo reprimido. Así pues, la totalidad de estos combates queda sustraída a la conciencia hasta que acaece el desenlace característico de la melancolía. O lo que es lo mismo, solo después de que la libido regrese al yo podemos ser conscientes del conflicto entre el yo como objeto y el yo como instancia crítica, pero en ningún caso aparece ante la conciencia la parte esencial de la melancolía: el conflicto con el objeto inconsciente.

Al constituir la melancolía una escisión patológica del yo en objeto humillado e instancia humilladora —escisión mediada por la identificación narcisista—, a las grandes instancias del yo que Freud maneja en esta primera etapa de su pensamiento —el yo como examen de realidad y el yo como censura de la conciencia— habremos de sumarle, en el proceder de la melancolía, la instancia yoica como conciencia moral o ideal del yo. Queda entonces al descubierto un nuevo aspecto del psiquismo, desconocido en la primera formulación del aparato psíquico, pero esencial en la segunda, para cuya elaboración será fundamental el descubrimiento de la importancia del mecanismo de la identificación.

Lo que nos ha ocupado en este apartado ha sido dejar constancia de cómo y en qué sentido la cuestión del narcisismo tuvo un papel clave tanto para la reformulación de la teoría pulsional en tanto que hizo insuficiente la oposición originaria entre pulsiones yoicas y sexuales para la explicación del conflicto psíquico —algo que Freud resolverá con la introducción de la noción de pulsión de muerte en *Más allá del principio de placer*—, como para la reformulación de la teoría del aparato psíquico al haber descubierto que dentro de la propia instancia yoica se puede producir una escisión inconsciente por parte de una instancia crítica en relación al cumplimiento de un ideal del yo, tal y como

¹¹⁹ Sigmund Freud, «Duelo y Melancolía», op. cit., p. 249.

hemos visto patológicamente operando en *Duelo y melancolía*, texto gozne en el camino hacia la segunda tópica expuesta en *El yo y el ello*.

II.4. El sujeto del psicoanálisis: una heterocronía fundamental¹²⁰

4.1. LA REFORMULACIÓN DE LA PROBLEMÁTICA TÓPICA: *EL YO Y EL ELLO* (1923)

Si bien el psicoanálisis comienza siendo un modelo terapéutico para el tratamiento de enfermedades nerviosas, concretamente para la neurosis histérica, a partir de la práctica clínica Freud deduce un conjunto de principios de funcionamiento de la vida psíquica y de conceptos articulados entre sí que forman una representación coherente del ser humano y de sus producciones con consecuencias más allá del ámbito clínico. Su teorización sobre el inconsciente obligó a trastocar la teoría de la racionalidad hegemónica al cuestionar la noción moderna de sujeto que, desde Descartes, postulaba el yo como una entidad autoconsciente e inmediata.

Aunque Freud no abordó la cuestión de la subjetividad sistemáticamente, ni ofreció una definición formal de la misma, la dimensión conceptual del sujeto atraviesa toda su obra y es uno de los aspectos más importantes del psicoanálisis para quien se acerque a este desde una perspectiva filosófica, pues supone una subversión de la conceptualización tradicional del sujeto. En Descartes y en toda la modernidad filosófica que se extiende hasta Hegel prevalece una noción de individuo centrado en la capacidad de la razón como centro de su funcionamiento y de su existencia. Sin embargo, el psicoanálisis pone de relieve que el yo no agota la cuestión de la subjetividad, esto es, que conciencia y psiquismo no son términos equivalentes, sino que aquella no es más que un caso particular de reflexividad y pensamiento. Existe toda una serie de procesos reflexivos no accesibles a la conciencia que contribuyen a dar consistencia y forma a la realidad psíquica.¹²¹

Una de sus obras de madurez más importantes, en la que establece como insuficiente la anterior división tripartita del psiquismo y aborda de forma más completa el problema de la constitución del sujeto, es *El yo y el ello*. Si recordamos, del planteamiento de la primera tópica se deducían varias consecuencias teóricas: las funciones del yo,

¹²⁰ Esta expresión la cogemos prestada de André Green, quien la emplea para referirse a las diferentes organizaciones temporales de las estructuras que conforman la unidad del psiquismo: ello, yo y superyó. André Green. *El tiempo fragmentado*. Buenos Aires: Amorrortu, 2001.

¹²¹ No debemos pasar por alto que Freud no tiene antecedentes filosóficos propiamente dichos. La teorización sobre el inconsciente se realiza desde una perspectiva que no es la abstracción propia de la filosofía, sino que se da en la dimensión clínica. Por tanto, de lo que Freud habla no es el sujeto como tal, sino del inconsciente y de cómo, en torno a este, asistimos a la génesis o la construcción del aparato psíquico.

igualándose este con la instancia consciente como superficie perceptora de la realidad externa, quedaban reducidas a la percepción, al pensamiento consciente y al examen de realidad. Pero, tras la reformulación metapsicológica realizada durante la guerra y la posguerra, ya no es posible mantener esas deducciones. Además de los entresijos teóricos, Freud había descubierto por medio del análisis clínico una fuerza psíquica inconsciente procedente del yo —la famosa resistencia—, que se opone a la percatación consciente o rememoración de las representaciones patógenas, a cuyo rechazo y asilamiento ya contribuyó inicialmente. Amén de todas las incongruencias teóricas propiciadas por el escrutinio del narcisismo, Freud ha constatado en su consulta que el yo comporta defensas inconscientes frente a lo reprimido. La ecuación entre lo inconsciente y lo reprimido que defendía en *Lo inconsciente*, por tanto, es desechada. Por lo que, si bien todo lo reprimido es inconsciente, no todo lo inconsciente es reprimido.

La preocupación en este momento consiste en saber algo más acerca de ese yo, pero no ya en términos de conciencia, sino de inconsciencia. A su nueva modalidad de inconsciente la denomina ello, un depósito de poder pulsional libre de todas aquellas formas que constituyen al sujeto social del que emerge el yo bajo la influencia del mundo externo y como función adaptativa de la realidad. El ello mantiene, pues, todas las características del sistema Inconsciente,¹²² mientras que el yo, aun todavía identificándose con la instancia consciente como la superficie perceptora de lo externo, es teorizado como una parte del ello que se esfuerza en sustituir el principio de placer por el principio de realidad, de tal suerte que la percepción es para el yo lo que para el ello la pulsión. Lo que interesa en este segundo enfoque de la constitución subjetiva no es ya el devenir-consciente como un proceso de atención a lo externo, sino el devenir-yo como un proceso de dominación respecto a lo interno. La importancia funcional del yo también se expresa en el hecho de que, generalmente, gobierna el acceso a la motilidad. Si bien no siempre lo logra: «así como el jinete, si quiere permanecer sobre el caballo, a menudo no le queda otro remedio que conducirlo adonde este quiere ir, también el yo suele trasponer en acción la voluntad del ello como si fuera la suya propia».¹²³

Cabría pensar que lo aquí expuesto acerca del yo y del ello no supone un cambio tan sustancial como el que veníamos anunciando, y ciertamente no lo es. Lo significativo de

¹²² Con la excepción de que ahora en su reservorio pulsional coexisten las pulsiones eróticas con las de muerte. Sobre este tema volveremos en detalle en el próximo capítulo.

¹²³ Sigmund Freud, *El yo y el ello*, AE, XIX, p. 27

la nueva estructura mental no reside en sostener que el yo es una emanación del ello que ejerce las funciones propias del sistema consciente, sino en que este es, en la misma medida, un objeto al que el ello apunta en sustitución de los objetos abandonados, provocando en él las modificaciones que lo construyen —identificación—. El modelo de la identificación, que Freud emplea en principio para explicar el proceso patológico de la melancolía, se le impone entonces como siendo el mecanismo psicológico común a partir del cual se configura el sujeto y contribuye a cincelar su carácter. O, dicho de otro modo, las reconstrucciones de objeto sustitutivas no son algo exclusivo de desarreglos patológicos, sino que, por el contrario, son bien comunes y participan activamente en la estructuración del yo: «Desde entonces hemos comprendido que tal sustitución —la de investiduras por identificaciones—¹²⁴ participa en considerable medida en la conformación del yo, y contribuye esencialmente a producir lo que se denomina su carácter».

La génesis del yo puede así comprenderse desde dos perspectivas: una como resultado de una diferenciación progresiva del ello por influencia externa y como función adaptativa a la realidad; y otra como efecto de las identificaciones que surgen de investiduras del ello resignadas, abandonadas forzosamente o por el nivel de displacer que ocasionaban. La identificación, en psicoanálisis, no posee valor cognitivo, sino que constituye un proceso activo que reemplaza una identidad parcial o una similitud latente por una identidad total. Es la operación central en virtud de la cual se constituye un ser humano, y su propósito, en muchas ocasiones, no es otro que tratar de dominar al ello, es decir, seducirle para que cese en su empeño de amar lo que no puede ser amado. De hecho, cuando el yo cobra los rasgos del objeto, lo que busca es repararle al ello su pérdida, diciéndole: «Mira, puedes amarme también a mí; soy tan parecido al objeto...».¹²⁵

¹²⁴ En un primer momento del desarrollo psicosexual no hay una distinción clara entre investidura de objeto e identificación. En la fase oral, cuando todavía el dominio amoroso sobre el objeto coincide con el aniquilamiento de este, el modo de relación del infante con el mundo es el de la incorporación. Si bien guarda una relación privilegiada con la actividad bucal y la ingestión de alimento, el modelo de la incorporación también puede vivirse en relación con otras zonas erógenas o funciones que hacen de su soporte: respiración, incorporación por la piel (abrazo), la incorporación genital, etc. Esto es, la oralidad es el modelo de toda incorporación, pero no cabe reducirla a esta. No hay que confundir identificación con incorporación. Esta constituye un prototipo de aquella o, por lo menos, de algunas de sus modalidades en las que el proceso mental todavía era vivido y simbolizado como una operación corporal. La incorporación puede tener varias significaciones: el placer de penetrar un objeto dentro de sí; la destrucción de ese objeto; o bien, asimilarse a las cualidades de ese objeto conservándolo dentro de sí. Este último aspecto es el que hace de la incorporación la idea matriz de la introyección y de la identificación.

¹²⁵ Sigmund Freud, *El yo y el ello*, op. cit., p. 32.

Hay un tipo de identificación que es especial, no solo por ser la primera, sino por ser, además, la más universal y duradera, a saber, aquella que acontece a partir del abandono de las cargas de objeto más importantes de la primera infancia, las figuras parentales. En el período que llamamos edípico, el niño objetiva la carga erótica en la madre, al mismo tiempo que se identifica con el padre; en la medida en que esta catexis intensifica los deseos sexuales hacia la madre, el padre comienza a ser percibido como un obstáculo para la realización de los mismos, por lo que aumenta la hostilidad hacia este.¹²⁶ Esta situación incestuosa y contraria al principio de realidad, que por cierto se da de forma distinta en la niña que en el niño, tarde o temprano ha de ser abandonada, acción que el niño llevará a cabo de forma radical tras las repercusiones psíquicas del descubrimiento de la diferencia sexual anatómica —el conocido complejo de castración—.¹²⁷

La castración es un concepto central en la teoría psicoanalítica, ya que supone el abandono de la sexualidad autoerótica y la adquisición de una subjetividad, esto es, la aceptación de lo otro no-yo. Tal operación, desde la versión freudiana, podría resumirse de la siguiente manera: niño y niña comparten idéntica evolución psicosexual hasta el descubrimiento de la diferencia anatómica.¹²⁸ Cuando el niño descubre que la niña no tiene pene, es decir, que posee unos rasgos anatómicos diferentes alrededor de los cuales hay cierto tipo de enigma, sucumbe al complejo de castración, que en su caso se manifiesta como la angustia de perder el pene. Cabe recordar que el infante ya ha sufrido la pérdida de otras partes de su yo-cuerpo: como por ejemplo su primer objeto de catexis en la fase oral, el pecho materno, que consideraba parte de él mismo en el momento inicial de fusión originaria con la madre o indistinción respecto con lo otro. Desde esa misma

¹²⁶ En su forma llamada positiva, el complejo se presenta como en la historia de Edipo Rey: deseo de muerte del rival que es el personaje del mismo sexo y deseo sexual hacia el personaje del sexo opuesto. En su forma negativa, se presenta a la inversa: amor hacia el progenitor del mismo sexo y odio y celos hacia el progenitor del sexo opuesto. Estas dos formas se encuentran en diferentes grados, en la forma llamada completa del complejo.

¹²⁷ Como estudiará un año más tarde en *El sepultamiento del complejo de Edipo*, el Edipo puede disolverse también a raíz de las dolorosas desilusiones que pueden venir motivadas por desplantes o actitudes hostiles de los padres hacia los hijos, o simplemente por la falta de satisfacción esperada, esto es, como resultado de su imposibilidad interna. La caída en desgracia del complejo puede producirse también por la mera evolución pulsional, que mueve al individuo a alcanzar la siguiente fase libidinal. Entonces, dice Freud, es bastante indiferente qué es aquello concreto que motiva la disolución del complejo.

¹²⁸ Recordemos que la fase fálica, compartida por ambos sexos, equivale a un momento en la infancia en que la zona erógena son los propios genitales y el objeto la figura materna, con la peculiaridad de que los genitales enfocados son únicamente los masculinos. Es lo que se ha llamado creencia universal del falo o primacía fálica: la niña todavía ignora la vagina como zona erógena y concentra su libido en el clítoris. El sujeto infantil, por tanto, sólo admite un órgano genital. Esta primacía fálica supone la ignorancia de la sexualidad femenina: la carencia de pene es interpretada como resultado de una castración, basándose en la cual se resignifican las pérdidas de las organizaciones sexuales anteriores, propias de la fase oral y anal. Todas las pérdidas anteriores —el pecho materno, las heces— pasarán a ser representaciones de esas pérdidas.

lógica, el descubrimiento de la diferencia sexual anatómica le llevará a interpretar el órgano sexual femenino en términos de castración: la niña, deduce, ha sido despojada del pene, por haber cometido algún acto indigno. Ahí es donde tiene su origen el complejo de castración, tanto en su versión masculina como en su versión femenina. Para evitar tal tragedia, abandona a la madre como objeto erótico, y sale del Edipo buscando otros objetos sexuales.¹²⁹

Sin embargo, el caso de la niña es bien distinto, casi opuesto: al descubrir su castración sucumbe a la «envidia de pene».¹³⁰ Tras el descubrimiento de la falta, podrá tomar caminos distintos, siempre según Freud.¹³¹ En el desarrollo que Freud califica como «normal», el deseo de tener un pene es sustituido por el deseo de tener un niño (equivalente simbólico del pene) por medio de un pene, arribando así a la nueva zona erógena, la vagina, que sustituye al clítoris. Con el descubrimiento de que la madre está también castrada, a la niña se le hace muy fácil abandonarla como objeto amoroso, dando rienda suelta a la hostilidad incubada en la sexualidad pregenital. La niña orienta entonces su deseo hacia el padre, entrando en situación edípica, donde permanecerá indefinidamente y solo más tarde superará de forma incompleta. Por consiguiente, mientras que el complejo de Edipo masculino se aniquila en el complejo de castración, el de la niña es posibilitado e iniciado por este: es el complejo de castración el que prepara el Edipo en lugar de destruirlo.

En cualquier caso, el abandono de estas investiduras libidinales de los padres se lleva a cabo mediante la identificación sustitutiva de las cargas de objeto abandonadas de ello. El yo se hace a sí mismo como eran los objetos perdidos, dando lugar a la emergencia de

¹²⁹ Digamos que esta es la vertiente imaginaria de la castración (la forma en la que Freud presentó el concepto a partir de la imagen del propio cuerpo).

¹³⁰ El concepto *envidia de pene* ha suscitado las críticas del pensamiento feminista, desde el que se le ha acusado a Freud de ser un falocentrista víctima del ideario burgués decimonónico. Y aunque hay algo de innegable en todo ello, y sin entrar en todas las ramificaciones de la polémica, interesa señalar lo que advierte Carlos Gómez: «que, para Freud, la primacía del falo como significante de la totalidad no castrada, es característica de la fase fálica para los dos sexos, que han de abrirse a la diferencia sexual, en la que, como en cierta ocasión advirtiera Lacan, lo importante no es tener o no tener pene, sino saber que uno no es el falo», Carlos Gómez, *Freud y su obra. Génesis y constitución de la Teoría Psicoanalítica*, op. cit, p. 256

¹³¹ Podrá ocurrir que, fálicamente ofendida, la niña inhiba su sexualidad, rechazando su amor por la madre y renunciando a la satisfacción masturbatoria del clítoris. Esto supone un cese de gran montante de actividad sexual que, si genera demasiadas pérdidas, provocará la caída de la mujer en la neurosis. Por otro lado, podrá también suceder que surja en esta un complejo de masculinidad, consistente en que se niegue a aceptar la realidad castrada, insistiendo en el mantenimiento de la actividad clitoridiana y en la identificación con la madre fálica o el padre. Este camino desembocaría en una futura elección de objeto homosexual. Por último, el desarrollo “normal” de la sexualidad se dará cuando, en su deseo de pene, la niña oriente su erotismo hacia el padre entrando en situación de complejo de Edipo.

la tercera instancia protagonista en la segunda tónica, el *superyó*, una parte de nuestra personalidad formada a partir de las experiencias del sujeto con las figuras relevantes de la infancia que consiste en una introyección de las restricciones externas que hemos ido experimentando en la infancia. Lo normal es que se produzca el sepultamiento de la fase fálica, dando comienzo al período de latencia, que viene a interrumpir el desarrollo sexual del niño —mediante la represión primaria y el consiguiente estado de latencia, un silencio que se cree erróneamente definitivo—.

En tanto que interiorización del padre, el *superyó* es portador de influencias que aseguran la transmisión de tradiciones culturales¹³² que coarta la pretendida omnipotencia infantil y que perpetúa la prohibición del incesto asegurando al yo contra el retorno de esas aspiraciones libidinales incestuosas. Frente al deseo de serlo todo se alza la ley del padre, no ya como restricción exterior, sino como prohibición interiorizada desde ese lugar que hay que dejar vacío. Sin embargo, en tanto que heredero del complejo de Edipo, como así lo llama Freud —no hay que olvidar que es del ello de donde el yo extrae al *superyó* por medio del proceso psíquico de la identificación—, también será la expresión de los impulsos inconscientes más poderosos, especialmente los de impulsos tanáticos, el *superyó* «conserva a lo largo de la vida su carácter de origen, proveniente del complejo paterno: la facultad de contraponerse al yo y dominarlo. Es el monumento recordatorio de la endeblez y dependencia en que el yo se encontró en el pasado, y mantiene su imperio aun sobre el yo maduro».

En la medida en que la identificación tiene el carácter de una desexualización de la investidura, el componente erótico queda destituido, por lo que provoca la interiorización de la pulsión de muerte, disociada ahora del erotismo, en calidad de tendencia a la agresión y a la destrucción. De esta disociación extraería el ideal del yo el deber imperativo, riguroso y cruel.¹³³ El *superyó*, principal innovación de la segunda tónica, conserva durante toda su vida el carácter que le imprimió su génesis en el complejo paterno, esto es, la capacidad de oponerse al yo y dominarlo. El trato hostil al que somete al yo no solo se da en los puntos álgidos de las neurosis obsesivas u otro tipo de trastorno psíquico, sino también en la vida moral común. La manera en que tal hostilidad se manifiesta es a través del sentimiento de culpabilidad, expresión de la condena del yo por

¹³² Esto no significa que haya transmisión de caracteres adquiridos, pero sí supone una explicación de la transmisión cultural.

¹³³ Esto, que se entenderá mejor en cuanto abordemos la cuestión de la pulsión de muerte, posibilita que el *superyó* se dirija al yo en términos punitivos al yo.

su instancia crítica. Este sentimiento de culpa, además, es en gran parte inconsciente y se manifiesta bajo la forma de necesidad de castigo.

Lo que parece obvio es que el ser humano no dispone de entrada de un aparato psíquico que le permita hacer frente al mundo simbólico en el que viven sus congéneres, sino que este se construye a través de una complicada relación intersubjetiva e intrapsíquica. El psicoanálisis pone de relieve que existe una realidad psíquica que tiene, para el yo, la misma consistencia que otras realidades. Este mismo yo sufre entonces las amenazas de tres clases de peligros: el mundo exterior, la libido del ello y la severidad del superyó. A las tensiones entre el yo y el ello consideradas en la primera tópica como núcleo de los conflictos patológicos, se le suman aquí las provocadas por las instancias ideales, portadoras de influencias culturales e imperativos morales, que pueden adquirir mayores dosis de destructividad.¹³⁴

Con todo lo aquí expuesto se impone una conclusión que será esencial a continuación, cuando retomemos la problemática del trauma en el pensamiento freudiano: merced a la diferencia de estructura entre las instancias y merced al modo en que inscriben sus efectos los diversos modos temporales, se podría afirmar que, desde la óptica psicoanalítica, existe una heterogeneidad diacrónica del aparato psíquico, cuyas partes se encuentran siempre en tensión recíproca. Esta es constitucional y escapa a la institución de una temporalidad formada según líneas del desarrollo programado. El trauma, pues, no se podría definir simplemente como un acontecimiento externo, por más espantoso que fuese, sino como el despertar de un incidente anterior supuestamente liquidado o no concluido a partir de un vínculo con el peligro externo.

II.5 Conclusión: el desafío teórico y clínico de la destructividad

La Gran Guerra constituyó uno de los mayores traumas que ha experimentado el continente europeo. Sin entrar a valorar aquellos aspectos que hicieron de este conflicto un hito histórico y político —la tecnificación y deshumanización de la muerte; la destrucción material e infraestructural; el surgimiento de nuevas identidades y cambios en las fronteras nacionales; su influencia en el ascenso del fascismo y el nazismo, etc.—

¹³⁴ Sobre la base de tales servidumbres, Freud expondrá rasgos diferenciales entre las neurosis y las psicosis. La neurosis de transferencia corresponde al conflicto entre el yo y el ello, la neurosis narcisista al conflicto entre el yo y el superyó, la psicosis al conflicto entre el yo y el mundo exterior: «Es verdad que a primera vista no sabemos decir si hemos obtenido efectivamente intelecciones nuevas o solo hemos enriquecido nuestro acervo de fórmulas. Pero yo opino que esta posibilidad de aplicación por fuerza nos dará coraje para seguir teniendo en vista la articulación propuesta del aparato anímico en un yo, un superyó y un ello», Sigmund Freud, *Neurosis y psicosis*, AE, XIX, p. 158

ha bastado para nuestro propósito con resaltar lo que significó desde una perspectiva, si se quiere, más filosófica: una insalvable grieta en el horizonte conceptual del racionalismo occidental construido en torno a la moderna noción de progreso, hasta entonces corazón de la modernidad [*Neuzeit*].

La ciencia y la técnica habrían contribuido notoriamente a la estabilización de esa concepción de progreso, ya que en ellas se fundaba la certeza de que el desarrollo del conocimiento científico crearía un mundo nuevo y mejor, a partir de una dinámica de cambio tan acelerado que hacía perder de vista la representación del pasado en la figuración del transcurso histórico en marcha y del porvenir. Sin embargo, esos logros científico-técnicos encontraron un destino mucho más trágico del esperado cuando, inmediatamente después del atentado de Sarajevo, se pusieron al servicio del odio y de la destrucción mutua de los pueblos europeos. La Gran Guerra, cuya bestialidad socavaba esa historia agente del destino humano encargada de que todo se inclinara infaliblemente a favor del perfeccionamiento, representó una profunda problematización de esa temporalidad progresista en la que se ha sustentado Occidente desde la modernidad, y, en consecuencia, significó también una incipiente impugnación de su producto teórico más elaborado: el historicismo teleológico.

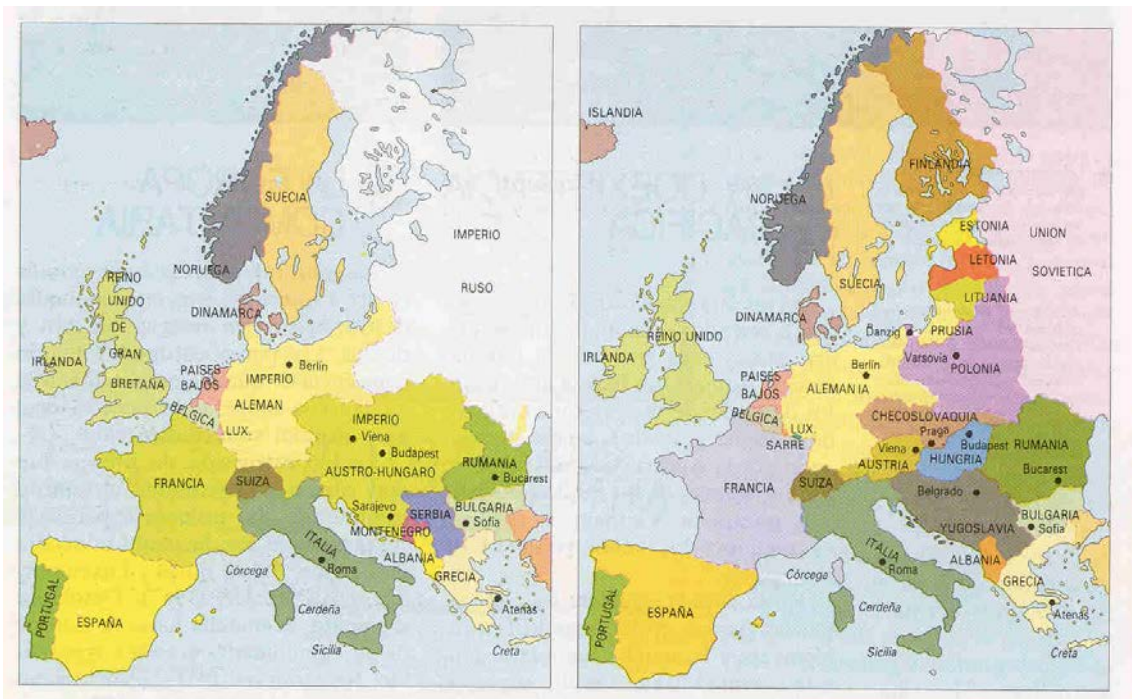
El proceso de creación de la teoría psicoanalítica coincide, de manera muy íntima, con la evolución de la vida de su autor. Siendo el conflicto bélico del catorce uno de los hechos más importantes en la vida del vienés, como lo fue en la de tantas otras personas pertenecientes a una generación educada en la ilusión, pero abocada a la devastación, esta hizo de bisagra entre los momentos teóricos más significativos del pensamiento freudiano, cuestión que ha impuesto el ritmo de la composición de este texto. El estudio de la dinámica psíquica a partir del análisis de los síntomas neuróticos de los soldados combatientes y de los sueños traumáticos experimentados por los que vivieron la catástrofe de la guerra, corroboraba, para Freud, que el hombre del nuevo siglo estaba invadido por el deseo profundo y permanente de destruir y destruirse. La descripción, en términos psicoanalíticos, del núcleo interno de esas experiencias de horror llevaron a Freud a cuestionar los supuestos centrales de la teoría psicoanalítica de la neurosis: no solo a lo relativo al funcionamiento psíquico guiado según el principio de placer, sino también a la creencia de que toda neurosis se originaba en un trauma ocurrido en la infancia, considerando el trauma adulto irrelevante en relación al trastorno.

Durante los primeros años de su obra, Freud se había contentado con afirmar que el carácter de la conflictividad psíquica derivaba del enfrentamiento entre los impulsos eróticos y los de conservación. Pero como vimos, esta formulación quedó radicalmente trastocada tras la introducción del concepto de narcisismo, ya que las pulsiones yoicas podían a partir de entonces ser comprendidas como un tipo de libido sustraída al exterior y aportada al yo. El conflicto entre pulsiones de conservación y eróticas quedaba entonces reducido a dos formas de pulsión sexual –libidinosas-, lo cual resultaba para Freud muy insatisfactorio. Por ello, desde el estallido de la guerra, el autor de la *Interpretación de los sueños* se embarcó en una reconstrucción conceptual que redefiniera sus hipótesis psicopatológicas, marcando una etapa decisiva en la teoría psicoanalítica que le llevará a descubrir que el funcionamiento psíquico incluye un *más allá* del principio de placer que puede llevar a repetir y a perseguir lo no placentero. Incluso, tras la introducción de la segunda tópica, certificará que no hay unanimidad acerca de lo placentero entre las instancias psíquicas (ello, yo, superyó), lo que se traducirá en una reformulación de su teoría traumática.

CAPÍTULO III. TRAUMA CULTURAL Y LAZO SOCIAL

III.1. Introducción: una nueva Europa

Cuando los aliados comenzaron a avanzar en el verano de 1918, el final de la guerra fue cuestión de unas pocas semanas. El 11 de noviembre Alemania aceptaba las condiciones del armisticio. Sin embargo, no fue sino tras varios meses de negociaciones durante la Conferencia de Paz de París que se firmó el tratado de paz definitivo. Las condiciones impuestas en este por las principales potencias vencedoras, conocidas como Tratado de Versalles, entraron en vigor en enero de 1920 y respondían a diversas consideraciones. Entre ellas destaca la necesidad de reestructurar el mapa de Europa mediante la creación de nuevos estados nacionales étnico-lingüísticos con derecho de autodeterminación que venían a ocupar el espacio vacío que había dejado el derrumbamiento simultáneo de los imperios austrohúngaro, otomano y ruso, a raíz, este último, de la eclosión de la revolución bolchevique.¹³⁵



Mapa de Europa antes y después de la Primera Guerra Mundial.

¹³⁵ Eric Hobsbawm, «La época de guerra total», *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica, 1999, p. 39

La reorganización territorial también se llevó a cabo con miras a debilitar a la derrotada Alemania, a quien se le impuso una nueva distribución de fronteras, así como toda una serie de estrictas medidas justificadas por el argumento de que la nación germana era la máxima responsable de la catástrofe ocurrida. De modo que, además de las amputaciones territoriales —le fue arrebatada una amplia parte de la zona oriental, que pasó a formar parte de Polonia, y Alsacia-Lorena fueron devueltas a Francia— tuvo que afrontar el resarcimiento de los costos de la guerra.¹³⁶ Así pues, aunque lo que las potencias vencedoras trataban de conseguir era establecer unas condiciones de paz que hicieran imposible el estallido de una guerra semejante a la que acababa de devastar el mundo, el Tratado de Versales no podía ser la garantía de una paz estable y duradera

A pesar de que al finalizar la contienda las economías de los países beligerantes se hallaban profundamente afectadas tanto por la paralización industrial como por las deudas y las compensaciones de guerra convenidas, la rápida recuperación financiera desató una nueva década de euforia económica. Después de haber sufrido una terrible conmoción tras la irrupción de la brutalidad en la política continental, y después de haber superado las caóticas condiciones económicas que impuso la inflación descontrolada de la posguerra, durante los denominados felices años veinte se experimentó un aumento acelerado de la producción de bienes de consumo. Como mecanismo para asegurar el acceso de la población a estos productos, se generalizó la venta a crédito, cuyo fácil acceso repercutía a su vez en los altos índices de producción industrial. Todo ello facilitó la masificación de la especulación y la aparición de una burbuja financiera que acabará explotando en octubre de 1929, en un jueves negro que sumió al mundo industrializado en una de sus crisis más profundas de la que saldrá políticamente perturbado.

Con excepción de la recién nacida Unión Soviética, que parecía ajena a las consecuencias de la Gran Depresión, ninguna economía del mundo occidental quedó inmune. Todas ellas se vieron afectadas por el desempleo masivo y la incapacidad de consumo por parte de una ciudadanía que presenciaba la destrucción de abastecimientos mientras moría de hambre. Europa fue barrida, entonces, por una oleada de huelgas, de disturbios y de protestas sociales que parecían certificar la desaparición política de la democracia liberal. Este desorden social se tradujo en una polarización del escenario

¹³⁶ «Se impidió a Alemania poseer una flota importante, se le prohibió contar con una fuerza aérea y se redujo su ejército de tierra a solo 100.000 hombres; [...] y se le privó de todas las colonias de ultramar. (Estas fueron a parar a manos de los británicos y de sus dominios, de los franceses y, en menor medida, de los japoneses)». *Ibídem*, pp. 41-2.

ideológico, en el que diferentes opciones competían por la hegemonía política. La primera era el comunismo marxista: «después de todo, las predicciones de Marx parecían estar cumpliéndose [...], y además la URSS parecía inmune a la catástrofe».¹³⁷ La segunda, la socialdemocracia moderada de burgueses y movimientos obreros no comunistas, no hizo más que retroceder en el período de entreguerras. Pues la crisis propagó la creencia de que el capitalismo no podía seguir gobernando mediante democracia parlamentaria, aunque fuera otorgando una serie de derechos y libertades. Parte de la burguesía, enfrentada a problemas económicos insolubles y al avance de la clase obrera revolucionaria, se vio compelida a apoyar económicamente a la tercera opción.

Nos referimos al fascismo que, tras la Depresión, dejó de ser un asunto de la identidad italiana y se convirtió en la ideología canalizadora de la derecha. En ese sentido, el fascismo empezó a ser visto desde la izquierda no ya como un problema que afectaba a determinadas naciones extranjeras, sino como un peligro interno que debía combatirse organizada e internacionalmente. En tanto que el liberalismo había sido una de las causas de tal devastadora crisis, no podría ser tomado como un modelo alternativo, pues en parte se le consideraba responsable del ascenso de la extrema derecha en Europa, por lo que el comunismo se erigió en la fuerza hegemónica de la lucha antifascista. Los años de posguerra vieron así la emergencia de dos movimientos políticos que, si bien constituían posturas bien diferenciadas, incluso opuestas, ambos perpetuaban la violencia de la guerra y participaban de una misma cosmovisión metapolítica como esfera de conflicto.

Así, a comienzos de los años treinta, una Alemania herida y humillada se doblegaba ante las directrices nazis en una atmósfera progresivamente más convulsa. Los nacionalsocialistas, bajo el liderazgo de Adolf Hitler, accedían democráticamente al poder en un país torturado por el desempleo y desmoralizado por las pérdidas territoriales. Que el acceso del fascismo al poder significaba la guerra¹³⁸ quedó dramáticamente claro el 1 de septiembre de 1939 cuando a las 5 y 35 de la mañana se disparó sobre Danzig, territorio cedido a Polonia al finalizar la guerra, el primer cañonazo de la Segunda Guerra Mundial. Daba así comienzo uno de los episodios más oscuros de la historia.

¹³⁷ *Ibidem*, p. 114.

¹³⁸ «Cada año después de 1933, esto quedó dramáticamente claro ya que el golpe de estado nazi en Austria (1934) fue seguido por la Guerra de Etiopía (1935), la reocupación de Hitler de Renania y la Guerra Civil Española (1936), la invasión japonesa de China (1937) y la ocupación alemana de Austria y la subyugación de Checoslovaquia después de Munich (1938)», Eric Hobsbawm, «In the Era of Antifascism: 1929-45», *How To Change The World: Tales of Marx and Marxism*, New Haven: Yale University Press, 2011, p. 269.

Ante el despliegue diario de crueldad y fanatismo, Freud quiso conquistar un territorio nuevo para el psicoanálisis que no se centrara ya únicamente en la psicología individual. En su intento por comprender la violencia de las masas en una Europa todavía en duelo, su teoría dio un viraje hacia la vida social y cultural. No obstante, para ello hubo de introducir modificaciones sustantivas, siendo la más importante la introducción de la noción de *pulsión de muerte*. Este hecho no solo supuso una reafirmación definitiva del esquema dualista cuestionado desde *Introducción al narcisismo*, sino que también alteró por completo la concepción freudiana de ser humano y sirvió para elaborar conceptualmente la gran innovación de la segunda tópica: la noción de superyó.

Pese a que el psicoanálisis postfreudiano ha tratado de eliminar lo que supuso el segundo dualismo pulsional, cualquiera que se tome en serio el pensamiento de Freud considerará indiscutible que, desde su primera formulación en 1920, la *pulsión de muerte* se convirtió para el padre del psicoanálisis en una convicción a la que ya no renunció jamás, y a cuyo desarrollo dedicó grandes esfuerzos a lo largo de toda su obra madura. Mientras envejecía en uno de los períodos más arduos y apocalípticos de la Europa de entreguerras, y tras haber dedicado su vida intelectual a proclamar que la esencia del hombre y su supuesta superioridad respecto al resto de animales no consistía en otra cosa más que en la propia represión de la tendencia *perversa* del deseo erótico, a Freud se le impuso como obligación la introducción en su obra de la destrucción y la agresividad como elementos constitutivos del ser humano. Como veremos, esto proporcionará al psicoanálisis la llave para ingresar en el ámbito de lo social y de lo cultural como un legítimo modelo interpretativo en obras como *Psicología de las masas y análisis de yo* (1921) o *El malestar en la cultura* (1930).

III.2. Más allá del principio de placer: la perspectiva económica del trauma

2.1. LA DESTRUCTIVIDAD COMO UNA DIMENSIÓN ESENCIAL DEL PSIQUISMO: PULSIÓN DE MUERTE

En 1920 Freud publica *Más allá del principio de placer*. Basándose en la experiencia analítica, durante los tres primeros capítulos de la obra expone determinados hechos que contradicen y limitan el famoso principio de placer, postulado teórico que, si recordamos, supone la orientación del sujeto hacia su propio bienestar mediante la disminución de la cantidad de excitación existente en la vida anímica. En todos ellos se constata una compulsión a la repetición [*Wiederholungszwang*] de una situación pasada que no trae

consigo posibilidad alguna de bienestar. El ejemplo más emblemático de estas excepciones al imperio del placer son quizá las pesadillas de los soldados veteranos víctimas de neurosis de guerra, que retrotraen al enfermo una y otra vez a la situación de desdicha y sufrimiento en la que se genera la neurosis. Este fenómeno no es que contradiga la definición del sueño como realización disfrazada de deseos reprimidos expuesta en la *Interpretación de los sueños*, más bien indica la existencia de otro tipo de tendencias en el psiquismo que no persiguen el placer y que quedan desveladas cuando algo falla en el aparato psíquico.¹³⁹

El fenómeno clínico de la compulsión a la repetición se puede apreciar, además, en la mala reacción a la terapia por parte de pacientes con actitudes autodestructivas. En estas *neurosis de destino*, como Freud las denomina, los pacientes repiten o actualizan en la relación transferencial con el analista las situaciones afectivas dolorosas. Interrumpen la terapia antes de haber finalizado la cura, saben procurarse de nuevo la impresión de ser despreciados, fuerzan al médico a dirigirles palabras duras o a comportarse fríamente con ellos y descubren modos de encontrar una base real para todas esas sensaciones. En definitiva, configuran como una vivencia nueva toda una serie de experiencias psíquicas determinadas por episodios infantiles que tienen que ver con la pérdida, la decepción y la sensación de abandono, de las cuales extrajeron, y siguen extrayendo, un gran displacer que asumen pasivamente como parte de su destino.

Aunque la repetición no es, necesariamente, algo que acontezca a raíz de un fallo o como manifestación de un conflicto neurótico de carácter patológico. La encontramos también en la vida de personas no neuróticas, de individuos en los que, por ejemplo, toda relación humana lleva a un resultado idéntico:

benefactores cuyos protegidos [...] se muestran ingratos pasado cierto tiempo, y entonces parecen destinados a apurar entera la amargura de la ingratitud; hombres en quienes toda amistad termina con la traición del amigo; otros que en su vida repiten incontables veces el acto de elevar a una persona a la condición de eminente autoridad para sí mismos o aun para el público, y tras el lapso señalado la destronan para sustituirla por una nueva; amantes cuya relación tierna con la mujer recorre siempre las mismas fases y desemboca en idéntico final, etc. Este «eterno retorno de lo igual» nos asombra poco cuando se trata de una conducta activa de tales personas y podemos descubrir el rasgo de

¹³⁹ «en este estado la función del sueño, como tantas otras cosas, resulta afectada y desviada de sus propósitos». Sigmund Freud. *Más allá del principio de placer*, AE, XVIII, 1920, pp. 13-14.

carácter que permanece igual en ellas, exteriorizándose forzosamente en la repetición de idénticas vivencias.¹⁴⁰

En un primer momento, esta tendencia psíquica a repetir en el presente lo no recordado del pasado fue explicada por Freud como algo regulado por el principio del placer.¹⁴¹ Sobre la base de este supuesto, la cura se pensaba a partir de la recordación de estas cadenas de datos no inscritos, eso es, en un mero hacer consciente lo inconsciente. Sin embargo, Freud entiende ahora que aquello que jamás fue asimilado por el aparato psíquico, y no cesa de insistir, subvierte la relación del sujeto con su propio bienestar. En ese sentido, la repetición evidencia otro nivel del funcionamiento del aparato donde, según el padre del psicoanálisis, existen fuerzas psíquicas que actúan más allá del principio de placer y que tienen un carácter más primitivo y elemental que dicho principio.¹⁴² Esta fuerza psíquica todavía más originaria que el placer es lo que Freud ha denominado «pulsión de muerte» [*Todestrieb*], cuya principal meta es, como veremos, la restauración de un estado de cosas anterior a la vida y que forzosamente habrá de desmentir la idea anterior respecto al funcionamiento del aparato psíquico.

En las hojas que siguen de la investigación, sin duda una de las más ininteligibles de toda su producción, Freud trata de exponer un modelo del aparato psíquico a caballo entre lo biológico y lo psicológico que, además, constituye una ambiciosa tentativa, plagada de tecnicismos y de vuelos imaginativos, de explicar el origen de la vida abarcando todo el reino animal, desde los protozoos hasta los seres humanos. No obstante, vale la pena detenerse en el razonamiento freudiano —de cuyo carácter especulativo advierte constantemente el propio autor—, aunque sea de forma poco exhaustiva. Porque todo ello no solo le permitirá a Freud profundizar en la función de los sueños de las neurosis traumáticas, así como hallar respuestas a la cuestión de las condiciones en las que surge la compulsión a la repetición, sino que también le conducirá a una nueva formulación del concepto de trauma, sustantivamente diferente al modelo del *cuerpo extraño* del que nos ocupamos en el primer capítulo.

¹⁴⁰ *Ibidem*, p. 21

¹⁴¹ Eso lo hace en *Recordar, repetir, elaborar*, texto de 1912 donde Freud enuncia el descubrimiento de que actuar repetitivamente es una manera de recordar que ocupa el lugar del recuerdo. André Green. *El tiempo fragmentado*. Buenos Aires: Amorrortu, 2001, p. 101.

¹⁴² «En vista de estas observaciones relativas a la conducta durante la transferencia y al destino fatal de los seres humanos, osaremos suponer que en la vida anímica existe realmente una compulsión de repetición que se instaura más allá del principio de placer». Sigmund Freud. *Más allá del principio de placer*, op. cit., p. 22.

Con miras a reconstruir el proceso de aparición y constitución del aparato psíquico Freud comienza haciendo referencia a la embriología señalando el origen común —en el ectodermo— de la piel y del sistema nervioso y trata de esclarecer esta tesis con el conocido ejemplo de la figura de una vesícula —pequeña burbuja de líquido dentro de una célula—. Inmersa en un medio del que provendrían multitud de estímulos externos, la vesícula debe rodearse de una capa protectora para subsistir. Esa parte transformada en capa pierde entonces sus cualidades de sustancia viva y pasa a convertirse en una barrera cuya función consiste en proteger a la vesícula frente a las intensas excitaciones exteriores. La formación de tal corteza, a su vez, ejerce de filtro de ciertos estímulos a los que dejará pasar en una relación proporcional a su intensidad, lo que permitirá al organismo recibir informaciones del mundo exterior sin que el paso de la excitación imprima ninguna alteración permanente a sus elementos.¹⁴³ Entonces, Freud hace extensiva a los organismos superiores la idea de un dispositivo de protección contra las excitaciones, enumerando las diversas modificaciones que este ha experimentado a lo largo del proceso evolutivo:

En el caso de los organismos superiores, hace ya tiempo que el estrato cortical receptor de estímulos de la antigua vesícula se internó en lo profundo del cuerpo, pero partes de él se dejaron atrás, en la superficie, inmediatamente debajo de la protección general antiestímulo. Nos referimos a los órganos sensoriales, que en lo esencial contienen dispositivos destinados a recibir acciones estimuladoras específicas, pero, además, particulares mecanismos preventivos para la ulterior protección contra volúmenes hipergrandes de estímulos y el apartamiento de variedades inadecuadas de estos. Es característico de tales órganos el procesar sólo cantidades muy pequeñas del estímulo externo: toman sólo pizquitas del mundo exterior; quizá se los podría

¹⁴³ Reproducimos la explicación que da Freud, por si puede ser aclaratoria: «Representémonos al organismo vivo en su máxima simplificación posible, como una vesícula indiferenciada de sustancia estimulable; entonces su superficie vuelta hacia el mundo exterior está diferenciada por su ubicación misma y sirve como órgano receptor de estímulos. Y en efecto la embriología, en cuanto repetición de la historia evolutiva, nos muestra que el sistema nervioso central proviene del ectodermo; como quiera que fuese, la materia gris de la corteza es un retoño de la primitiva superficie y podría haber recibido por herencia propiedades esenciales de esta. Así, sería fácilmente concebible que, por el incesante embate de los estímulos externos sobre la superficie de la vesícula, la sustancia de esta se alterase hasta una cierta profundidad, de suerte que su proceso excitatorio discurriese de manera diversa que en estratos más profundos. De ese modo se habría formado una corteza, tan cribada al final del proceso por la acción de los estímulos, que ofrece las condiciones más favorables a la recepción de estos y ya no es susceptible de ulterior modificación. [...] Esta partícula de sustancia viva flota en medio de un mundo exterior cargado con las energías más potentes, y sería aniquilada por la acción de los estímulos que parten de él si no estuviera provista de una protección antiestímulo. La obtiene del siguiente modo: su superficie más externa deja de tener la estructura propia de la materia viva, se vuelve inorgánica, por así decir, y en lo sucesivo opera apartando los estímulos, como un envoltorio especial o membrana; vale decir, hace que ahora las energías del mundo exterior puedan propagarse sólo con una fracción de su intensidad a los estratos contiguos, que permanecieron vivos», *ibidem*, pp. 26-27

comparar con unas antenas que tantearan el mundo exterior y se retiraran de él cada vez.¹⁴⁴

Esto es, los organismos más elevados poseen dispositivos especiales destinados a una protección contra estímulos de naturaleza desmesurada. Además, han desarrollado los órganos de los sentidos que contienen otro tipo de mecanismos para la recepción y el registro de excitaciones específicas. El origen de la memoria encontraría su explicación en la necesidad de registrar lo receptado —las huellas mnémicas—, mientras que a la conciencia le correspondería el acto de retranscripción, esto es, de significar lo receptado. El proceso de excitación se agotaría en el fenómeno de devenir-consciente. De esa manera, puede decirse que la armonía de la vida psíquica vendría posibilitada por el equilibrio entre lo inscrito y lo retranscrito, es decir, cuando se da una continuidad entre lo uno y lo otro sin excesos que lo alteren.

Además de lo ya establecido en *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*, a saber, que la defensa contra las excitaciones guiada por el principio de placer apareció como el principal objetivo del aparato psíquico, después sustituido por el principio de realidad bajo el influjo de la tendencia hacia la autoconservación,¹⁴⁵ Freud añade ahora lo siguiente: la función más primitiva del aparato psíquico no fue el placer, sino la tendencia a restablecer un estado anterior a causa de la función conservadora de la pulsión.¹⁴⁶ Tal restablecimiento no cabe entenderlo como una mera regresión —pues esta solo tiene sentido con respecto a una fijación anterior—, sino que aspira, y esta es la principal novedad del texto, a retornar a una situación previa a la emergencia de las cualidades de lo viviente, despertadas en la materia inanimada «por la actuación de fuerzas inimaginables».

La tensión así generada en el material hasta entonces inanimado pugnó después por nivelarse; así nació la primera pulsión, la de regresar a lo inanimado. En esa época, a la sustancia viva le resultaba todavía fácil morir; probablemente tenía que recorrer sólo un breve camino vital, cuya orientación estaba marcada por la estructura química de la joven vida. Durante largo tiempo, quizá, la sustancia viva fue recreada siempre de nuevo y murió con facilidad cada vez, hasta que decisivos

¹⁴⁴ *Ibíd.*, p. 28

¹⁴⁵ «Bajo el influjo de la pulsión de conservación del yo queda sustituido el principio del placer por el principio de la realidad, que, sin abandonar el propósito de una final consecución del placer, exige y logra el aplazamiento de la satisfacción y el renunciamiento a algunas de las posibilidades de alcanzarla, y nos fuerza a aceptar el *displacer* durante el largo rodeo necesario para llegar al placer». *Ibíd.*, p. 10.

¹⁴⁶ Freud cree haber hallado, así, uno de los principales caracteres de las pulsiones, su carácter conservador: «Una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior que lo vivo debió resignar bajo el influjo de fuerzas perturbadoras externas; sería una suerte de elasticidad orgánica o, si se quiere, la exteriorización de la inercia en la vida orgánica», *ibíd.*, p. 36.

influjos externos se alteraron de tal modo que forzaron a la sustancia aún sobreviviente a desviarse más y más respecto de su camino vital originario, y a dar unos rodeos más y más complicados, antes de alcanzar la meta de la muerte.¹⁴⁷

Todas las transformaciones que dan lugar a la evolución y diversificación de las especies serían forzadas por factores externos al carácter conservador de todas las pulsiones, quienes siempre buscan alcanzar un antiguo fin por caminos tanto antiguos como nuevos, hasta el límite de buscar el estado inanimado de la materia. Desde el inicio, toda vida está pulsionalmente destinada a ser un deslizarse hacia la muerte, pero las exigencias del Eros detienen la caída del nivel de excitación e introducen nuevas tensiones. Queda entonces así planteado el segundo dualismo pulsional, compuesto por la oposición entre, por un lado, las pulsiones libidinales —yoicas y de objeto—, ahora denominadas *pulsiones de vida*, y por otro las *pulsiones de muerte*.¹⁴⁸

Las primeras buscan conservar la ligazón [*binding*], mecanismo cuya finalidad es la protección del organismo contra la liberación displacentera de estímulo: la pulsión de muerte.¹⁴⁹ O sea, las pulsiones de vida permiten buscar objetos y aunarlos en un todo al que amar; mientras que las segundas tienden al desligamiento de toda investidura, impidiendo el establecimiento de un todo unificado, e incluso poniendo en riesgo la propia supervivencia, pues aspiran a recuperar el verdadero estadio primitivo donde la paz es resultado de la carencia del tiempo. Si hasta ahora todas las manifestaciones relativas a la agresividad quedaban explicadas en el marco de las vicisitudes de la libido sexual, siendo la muerte el mero agotamiento de la vida, la hipótesis de la pulsión de muerte establece la destructividad como una dimensión esencial del psiquismo que opera en todas y cada una de las actividades psíquicas. Así resumió Freud su razonamiento en una entrevista concedida seis años después:

Es posible que la muerte en sí no sea una necesidad biológica. Tal vez morimos porque deseamos morir. Así como el amor o el odio por una persona viven en nuestro pecho al mismo tiempo, también toda vida

¹⁴⁷ *Ibidem*, p. 38

¹⁴⁸ «Nuestra concepción fue desde el comienzo dualista, y lo es de manera todavía más tajante hoy, cuando hemos dejado de llamar a los opuestos pulsiones yoicas y pulsiones sexuales, para darles el nombre de pulsiones de vida y pulsiones de muerte. En cambio, la teoría de la libido de Jung es monista; el hecho de que llamara «libido» a su única fuerza pulsional tuvo que sembrar confusión, pero no debe influirnos más», *ibidem*, pp. 50-51.

¹⁴⁹ «Solo cuando el ego se ve sorprendido sin estar preparado y sin contar con la suficiente catexis como para ligar cantidades suplementarias de energía entrante su escudo protector se quiebra y se produce una fuga masiva de energía dispersa o displacentera. Al ligar las distintas excitaciones, el organismo difiere su propia pulsión de muerte», Ruth Leys, «Freud y el trauma», en Francisco A. Ortega (ed.), *Trauma cultura e historia: reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, p. 178.

conjuga el deseo de la propia destrucción. Del mismo modo como un pequeño elástico tiende a asumir la forma original, así también toda materia viva, consciente o inconscientemente, busca readquirir la completa, la absoluta inercia de la existencia inorgánica. El impulso de vida o el impulso de muerte habitan lado a lado dentro de nosotros. La muerte es la compañera del Amor. Ellos juntos rigen el mundo. Esto es lo que dice mi libro *Más allá del principio de placer*.¹⁵⁰

Sobre la base de este planteamiento, el padre del psicoanálisis desarrolla y reelabora el modelo del trauma como cuerpo extraño inserto en el tejido psíquico. Partiendo ahora de puntos de vista económicos sostiene que lo que ocurre en la situación traumática es un desborde psico-afectivo que no puede ser tramitado por el principio de placer, por lo que abre paso a una función más primaria:

Llamemos traumáticas a aquellas excitaciones externas que poseen fuerza suficiente para perforar la protección antiestímulo. Creo que el concepto de trauma pide esa referencia a un apartamiento de los estímulos que de ordinario resulta eficaz. Un suceso como el trauma externo provocará, sin ninguna duda, una perturbación enorme en la economía (*Betrieb*) energética del organismo y pondrá en acción todos los medios de defensa. Pero en un primer momento el principio de placer quedará abolido. Ya no podrá impedirse que el aparato anímico resulte anegado por grandes volúmenes de estímulo, la tarea planteada es más bien esta otra: dominar el estímulo, ligar psíquicamente los volúmenes de estímulo que penetraron violentamente a fin de conducirlos, después, a su tramitación.¹⁵¹

El trauma psíquico es el efecto de una excitación que, por su intensidad, rompe los dispositivos de protección del aparato anímico. La rotura deja fuera de acción al principio de placer, y eso supone una liberación radical de la pulsión de muerte. El proceso de repetición obedecería a la tendencia de retorno al estado originario de nulidad pulsional, un intento recurrente de bloquear el transcurrir temporal. Pero, advierte Freud, la magnitud de la excitación no es el único factor. También hay que tener en cuenta el estado del sistema en el momento de producirse la irrupción de la excitación. Si los sistemas receptores están intensamente cargados —y la angustia, entendida aquí como señal,¹⁵²

¹⁵⁰ Sigmund Freud, *El valor de la vida*. Entrevista concedida al periodista George Sylvester Viereck en 1926. Fue publicada en Th. Reik, C. Staff, B. N. Nelson (ed.), *Psychoanalysis and the Future*, New-York: National Psychological Association for Psychoanalysis, 1975.

¹⁵¹ Sigmund Freud. *Más allá del principio de placer*, AE, XVIII, p. 29

¹⁵² En un primer momento, en la conferencia 25ª titulada «La angustia» (1916-17), Freud distingue entre la angustia realista y la angustia neurótica según la diferencia que establece en ese momento entre el peligro interior y exterior. La angustia realista se produce como reacción ante un peligro externo: una señal que provoca la huida; es la manifestación de la pulsión de autoconservación, de acuerdo con la teoría pulsional de ese momento. La angustia neurótica concierne a la libido, que, tras la represión, fluctúa en un estado libremente flotante, expectante, para ligarse luego a una representación. En realidad, la angustia neurótica trata al peligro interno como si fuera externo. En *Inhibición, síntoma y angustia* (1925) el padre del psicoanálisis modifica su teoría de la angustia: es la angustia (de castración) la que provoca la represión y no la represión a la angustia. Freud afirma que para el yo no hay diferencia entre la angustia realista (ante el peligro exterior) y la angustia neurótica (ante el peligro pulsional). Por tanto, todo peligro realista se anuda a un peligro pulsional. Por eso, Freud afirma que la presencia del objeto es lo que diferencia la

tiene ese efecto preparando el sistema mediante una sobrecarga—, su capacidad para absorber la excitación, y transformarla en energía ligada, es mucho mayor.

La condición de la neurosis traumática es, por tanto, la falta de la disposición a la angustia, que trae consigo una sobrecarga del sistema que recibe la excitación. A causa de tal insuficiencia de la carga, los sistemas no se hallan en buena disposición para ligar la sobrecarga, y las consecuencias de la rotura de la protección se hacen sentir con mayor intensidad. En una gran cantidad de traumas, la sorpresa y el susto ante algo que es difícilmente asimilable puede, por ello, ser el factor decisivo para el desenlace final, aunque esta diferencia carece de toda eficacia cuando el trauma supera cierto límite de energía. «Descubrimos, así, que el apronte angustiado, con su sobreinvertidura de los sistemas recipientes, constituye la última trinchera de la protección antiestímulo».¹⁵³

La compulsión a la repetición queda entonces explicada como la expresión de una fuerza que reproduce afectivamente una organización inconsciente que mueve a un retorno irrefrenable de lo mismo. Los sueños repetitivos de las neurosis traumáticas responderían a la función de contribuir, mediante la producción de angustia, al dominio de la excitación, cuya irrupción ha tenido efectos traumáticos.¹⁵⁴ Y el trauma queda explicado como un concepto económico que refiere directamente, no al contenido de la experiencia, sino a su intensidad, a la exigencia pulsional como inasimilable a la estructura, esto es, a la pulsión de muerte.

Así como en los inicios de la teoría psicoanalítica el trauma se definía en términos representacionales vinculados al conflicto psíquico, Freud lo ubica ahora en el límite de

angustia del miedo. Ante el surgimiento de la excitación pulsional, el yo inhibe o desvía la moción pulsional y emite una señal de displacer que se denomina angustia. Así, el peligro interior y exterior siguen el mismo patrón de defensa, ya que la represión equivale a un intento de huida. La angustia no es, entonces, libido transformada, sino la reacción frente a situaciones de peligro (el nacimiento, la pérdida del pene, el amor del objeto y el amor del superyó).

¹⁵³ Sigmund Freud, *Más allá del principio de placer*, op. cit., p. 31

¹⁵⁴ Freud además ve ahora reforzadas determinadas consideraciones que hizo respecto a las neurosis de guerra: «El hecho citado de que las posibilidades de contraer neurosis se reducen cuando el trauma es acompañado por una herida física deja de resultar incomprensible si se toman en cuenta dos constelaciones que la investigación psicoanalítica ha puesto de relieve. La primera, que la conmoción mecánica debe admitirse como una de las fuentes de la excitación sexual, y la segunda, que el estado patológico de fiebre y dolores ejerce, mientras dura, un poderoso influjo sobre la distribución de la libido. Entonces, la violencia mecánica del trauma liberaría el quantum de excitación sexual, cuya acción traumática es debida a la falta de apronte angustiado; y, por otra parte, la herida física simultánea ligaría el exceso de excitación al reclamar una sobreinvertidura narcisista del órgano doliente. También es cosa sabida (aunque no se la ha apreciado suficientemente en la teoría de la libido) que perturbaciones graves en la distribución libidinal, como las de una melancolía, son temporariamente canceladas por una enfermedad orgánica intercurrente; y más todavía: una demencia precoz plenamente desarrollada es capaz, bajo esa misma condición, de una remisión provisional de su estado», *Ibíd.*, p. 33

una escena que destroza la trama de la psique, imposibilitando la trama representacional. En ese sentido, el trauma sirve para circunscribir los límites de lo que el aparato anímico puede tramitar regido por el principio del placer, además de que queda en estrecha conexión con la angustia, entendida aquí como señal. El punto de vista económico desde el que Freud explica esta segunda teorización del concepto de trauma fue una de las primeras nociones que introdujo. Lo significativo, creemos, es que ahora este se complementa con el punto de vista estructural,¹⁵⁵ pues la hipótesis de la pulsión de muerte provocó un cambio en el análisis del ego que llevó a revisar los distintos mecanismos de defensa que podía despegar el yo: «es como si Freud durante aquellos años terminara dándose cuenta de que el concepto de represión, que después de la publicación de los *Estudios sobre la histeria* había surgido como la respuesta fundamental de la psique a la excitación, necesitaba complementarse con una diversidad de otros medios de defensa».¹⁵⁶

2.2. TIEMPO, SUJETO Y ESTRUCTURA: REPRESIÓN, NEGACIÓN O RENEGACIÓN

El sujeto del que habla el psicoanálisis no se constituye en un proceso de maduración temporal y biológica, sino que se engendra a partir de un transcurso discontinuo y fragmentario, regulado por un tiempo de conclusiones siempre provisionales y continuamente amenazadas por las formaciones del inconsciente. Pese a que el desarrollo psicosexual integra una sucesión de fases libidinales, en tal proceso ciertos lugares quedan fijados, estableciendo con ello una disposición psíquica de regreso a esos mismos lugares, que no son más que estados pasados del cuerpo constituidos en organizaciones¹⁵⁷ que antaño tuvieron que abandonarse, ya sea porque su goce perturbaba la organización del

¹⁵⁵ Ni siquiera es seguro que Freud considerara el punto de vista estructural como formando parte de su metapsicología, aunque es algo ampliamente aceptado tras su muerte. Paul Roazen. *Freud. Su pensamiento político y social*. Barcelona: Ediciones Martínez Roca, 1972, p. 70.

¹⁵⁶ Ruth Leys, «Freud y el trauma», en Francisco A. Ortega (ed.), *Trauma cultura e historia: reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio*, op. cit., p. 172

¹⁵⁷ El concepto organización en psicoanálisis tiene un sentido especial. En palabras de Laplanche y Pontalis, refiere a la «coordinación relativa de las pulsiones parciales, caracterizadas por la primacía de una zona erógena y un modo específico de relación de objeto. Consideradas en una sucesión temporal, las organizaciones de la libido definen fases de la evolución psicosexual infantil». [...] Al intentar definir los modos de organización pregenitales de la sexualidad, Freud siguió dos caminos entre los cuales no puede establecerse una rigurosa correspondencia. Según uno de estos caminos, la función de organizador la cumple el objeto: los distintos modos de organización se suceden entonces según una serie que va desde el autoerotismo al objeto heterosexual, pasando por el narcisismo y la elección objetal homosexual; según el otro camino, cada organización se centra sobre un modo específico de actividad sexual que depende de una zona erógena determinada». *Diccionario de Psicoanálisis*, op. cit., pp. 266-267.

psiquismo, o porque el objeto al que apuntaba los rechazó, condenándolos así a ser reprimidos.¹⁵⁸

Recordemos que, al comienzo del proceso, envuelto en un narcisismo primario, el niño no se diferencia de los objetos a los que ama. Sin embargo, tras la salida de la fase fálica-edípica a propósito de la castración, el desarrollo realizado hasta aquí —toda la experiencia autoerótica e incestuosa acumulada en el camino— se hunde y el yo renuncia a la indistinción identitaria con el objeto primordial de la fase fálica, la madre. Tras el período de latencia se inicia en el amor de objeto. Lo cual no quiere decir otra cosa más que el yo acepta los límites impuestos por la realidad externa —no se es ni se tiene todo, no se puede tener todo— y adquiere el estatuto de sujeto. A esta operación, necesaria para establecernos como sujetos capaces de integrarnos en el mundo de lo simbólico, se le denomina *represión primaria* (*Verdrängung*), defensa fundamental que estructura una determinada posición subjetiva, la neurótica.¹⁵⁹

Sin embargo, no todos los sujetos responden al episodio de la castración por medio de la represión. Si bien es cierto que Freud no llegó a promover una especificación pertinente de la etiología del proceso psicótico, ni sus referencias teóricas permiten elaborar un criterio suficientemente vigoroso para diferenciar estructuralmente las neurosis de las psicosis, el padre del psicoanálisis recurrió al término *Verwerfung* —rechazo—,¹⁶⁰ en lugar de represión, para caracterizar una posición ante la castración muy distinta a la del neurótico. Esta posición consiste en negar radicalmente la castración, esto es, en negar los límites impuestos tanto por la autoridad de la ley moral como de la realidad externa a la realidad psíquica. El núcleo fundamental de la psicosis, por tanto, es la confusión y

¹⁵⁸ André Green. *El tiempo fragmentado*, op. cit., p. 28.

¹⁵⁹ Se puede incluso sostener que todos somos neuróticos. Lo que distingue al neurótico, digamos, patológico, es que se comporta de forma paradójica ante el tratamiento de la satisfacción. Por un lado, adopta una posición básicamente defensiva ante la pulsión. Pero, por otro, como esta renuncia a la satisfacción nunca es completa, cede ante una parte del goce, experimentando angustia ante tal concesión. Lo que subyace a esta modalidad de castigo del neurótico ante su permitirse gozar es lo que Freud denominó miedo a la castración: el neurótico patológico siente angustia cuando se complace y se autocastiga en nombre de la ley del padre.

¹⁶⁰ Freud usa este término en más de una ocasión, pero nunca llega a establecerlo en concepto explicativo del mecanismo causal propio de la psicosis. Como afirma Enric Berenguer, «aunque su intuición parece apuntar en esa dirección, no encuentra la manera de definir *Verwerfung* de forma positiva y consistente. El último uso explícito de este término, en una expresión a la que recurre para definir con rotundidad algo que es distinto de la represión, algo más radical, se produce en el caso de un paciente no diagnosticado explícitamente como psicótico por su parte, aunque este paciente, con posterioridad al tratamiento que llevó a cabo con él sufrió un episodio delirante». Se refiere al historial clínico, publicado en 1918, conocido como «El Hombre de los lobos». Nota extraída de unos apuntes consultados durante la realización de un Máster en Clínica Psicoanalítica (IAEU).

fusión con el objeto primario, puesto que no se ha dado la culminación del estadio narcisista y su yo no se ha estructurado debidamente.¹⁶¹

Freud circunscribió la naturaleza de las psicosis al campo de la pérdida de la realidad, lo que provocaría en el sujeto la necesidad de reconstruirla de manera delirante. Según su primer punto de vista, el neurótico huiría de la realidad, mientras que el psicótico la negaría. Sin embargo, con el tiempo sometió esta teoría a una revisión que hará modificar su antigua tesis: ni la pérdida de la realidad ni la escisión del yo pueden constituir un criterio metapsicológico eficaz para diferenciar las neurosis de las psicosis. Fue Lacan quien, finalmente, estableció la diferencia estructural entre neurosis y psicosis, o, lo que es lo mismo, la diferenciación entre la *Verdrängung* y la *Verwerfung*: lo que cae bajo la acción de la represión retorna, es decir, lo reprimido siempre está ahí, y se expresa de modo perfectamente articulado en los síntomas y en multitud de otros fenómenos. En cambio, lo que cae bajo la acción de la *Verwerfung* tiene un destino totalmente diferente.

Si tenemos en cuenta la estrecha relación que existe entre la represión y el complejo de castración, se entenderá que el rechazo de la castración implica la disfunción del valor defensivo de la represión. Por eso, a diferencia de la represión, la *Verwerfung* no es una defensa, sino una carencia. A la neurosis y la psicosis hay que sumar otra posición subjetiva, la perversión, que como estructura consiste en una renegación (*Verleugnung*) estable de la ley del padre, es decir, una forma de rechazo de la castración de acuerdo con la cual el sujeto perverso no cede ante la angustia que esta genera, y resiste a la renuncia del goce. Además de erguirse en posición subjetiva, la perversión también es una característica general de la sexualidad humana por las condiciones en las que se origina nuestro deseo. Freud ya definió al niño como un perverso polimorfo, en tanto que posee un cuerpo plagado de pulsiones parciales que buscan su satisfacción en el propio cuerpo en un primer momento, y en objetos incestuosos más tarde, para adquirir en última instancia la sexualidad genital. Este largo y complejo proceso de psicosexualización no solo

¹⁶¹ Lacan sustituyó la categoría freudiana de rechazo por la de «forclusión», un término de procedencia jurídica que significa que determinado procedimiento queda anulado por la falta de un requisito previo. La castración, como venimos viendo, consiste en la capacidad de articular el deseo con la ley. Ahora bien, para que tal articulación pueda establecerse, se necesita previamente la inscripción de la función paterna (la ley) en el universo simbólico del sujeto. Pues, sin la inscripción, la función paterna no podría ser una amenaza ni asumirla como una ley. Lo que dirá Lacan es que la ausencia simbólica del padre y la falta del dispositivo simbólico de la castración llevan, a su vez, al rechazo del inconsciente. Pues bien, la no inscripción de la función paterna es lo que Lacan ha denominado «forclusión del significante Nombre del Padre», que es aquello que caracteriza la estructura psicótica. A pesar de compartir la estructura psicótica los sujetos psicóticos pueden enfermar sin conseguir funcionar en el mundo práctico de lo simbólico, o pueden desencadenar la enfermedad por medio de ciertos mecanismos a los que Lacan llamó suplencias.

deja restos en la sexualidad adulta, sino que determinará la manera en la que cada sujeto logre su satisfacción. De esto se deducirá el *hit* freudiano de que la perversión, propia de una libido que busca su satisfacción en organizaciones anteriores y en objetos abandonados, no es la excepción, sino la norma: el perverso no llega tanto a serlo, como que sigue siéndolo.

Si bien es cierto que Freud no logró resolver el problema respecto a las diferencias estructurales entre diversos dominios clínicos, su investigación siempre estuvo orientada a la búsqueda de mecanismos causales específicos para cada trastorno. Aunque en su obra no hallamos, de forma explícita, la hipótesis de la clínica estructural según la cual existen diferencias cualitativas, no reductibles a una cuestión de mera gradación, entre distintos grupos de trastornos, desde el principio se detecta en su trabajo una preocupación permanente por tal diferenciación. En 1896, en «La etiología de la histeria», afirmó: «Pero una vez descubiertos los factores que rigen la elección entre las diversas formas posibles de las neuropsicosis de defensa, se nos planteará un nuevo problema, puramente psicológico: el relativo al mecanismo que estructura la forma elegida». Y, casi cuarenta años después, en 1933, vuelve a decir: «Si arrojamos un cristal al suelo se hace añicos, pero no caprichosamente, sino que se fragmenta siguiendo líneas de escisión cuyo deslinde, aunque invisible, estaba comandado ya por la estructura del cristal. Unas tales estructuras desgarradas y hechas añicos son también los enfermos mentales».¹⁶²

Este aspecto estructural de la clínica psicoanalítica se traduce en la tesis de que para la clínica de inspiración freudiana el síntoma es una formación elaborada con unas leyes determinadas y una lógica propia, cuya observación y seguimiento guía hacia la causa psíquica de la enfermedad. En contraposición a la tendencia a la difuminación de las delimitaciones en los diagnósticos en el panorama clínico contemporáneo de la primacía del trastorno, esta concepción de síntoma como aquello que constituye la enfermedad y su intento de curación, posibilita el mantenimiento de la diferenciación cualitativa entre distintos tipos de posiciones subjetivas. Retomando la cuestión de lo traumático con la que concluimos el epígrafe anterior, esto significaría que los posicionamientos subjetivos manifiestan la existencia de la combinación de una diacronía sustentada en la infancia —en la sexualidad, el deseo inconsciente y en la pérdida de objeto— y una sincronía —estructura— que es la que opera en situaciones traumáticas.

¹⁶² Sigmund Freud, *Conferencia XXXI*, AE, XXII, pp. 54-55

Se puede decir que el trauma despierta la estructura e igualmente la estructura hace de un acontecimiento algo traumático. Lo traumático no abarca tan solo lo que ocurre externamente, sino que es en el ensamblaje de los sucesos externos con la organización psíquica que, a partir de una sobreestimulación por exceso de satisfacción o frustración, produce un desvelamiento del vacío, la pulsión de muerte. La pulsión de muerte vuelta hacia la propia persona, que supone la pérdida del tiempo lógico en que el sujeto puede representarse, provoca una repetición compulsiva en la que el pasado retorna y el futuro queda bloqueado o atrapado en un círculo fatal que se retroalimenta. Así lo expone Dominick LaCapra en *Writing History, Writing Trauma*:

Los tiempos hacen implosión, como si uno estuviera de nuevo en el pasado viviendo otra vez la escena traumática. Cualquier dualidad (o doble inscripción) del tiempo (pasado y presente, o futuro) se derrumba en la experiencia o solo produce aporías y dobles vínculos. En este sentido, la aporía y el doble vínculo pueden contemplarse como indicio de un trauma que no ha sido elaborado. La elaboración es un quehacer articulador: en la medida en que elaboramos el trauma [...], nos es posible distinguir entre pasado y presente, y recordar que algo nos ocurrió (o le ocurrió a nuestra gente) en aquel entonces, dándonos cuenta empero de que vivimos aquí y ahora, y hay puertas hacia el futuro.¹⁶³

Todas estas conexiones que el psicoanálisis establece entre el pasado y la enfermedad se contraponen a la idea de un progreso unidireccional permanente y ponen de relieve que, en la vida de los sujetos, el pasado es algo activo y participante que amenaza con sojuzgar el presente. Para ello no basta con que algo le ocurra directamente al sujeto. Puede ser que lo que detone el trauma, sea algo que ocurra en el plano de lo colectivo. Y ello porque la ligazón [*binding*] a la que hacíamos referencia tiene también un sentido político explícito: en la vida anímica del individuo, «el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social [*Sozialpsychologie*]». ¹⁶⁴

¹⁶³ Dominick LaCapra, *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2005, p. 46.

¹⁶⁴ Sigmund Freud, *Psicología de las masas y análisis del yo*, AE, XX, 1921, p. 67.

III.3. Aplicación sociológica del edificio teórico: del yo al nosotros.

3.1. VIOLENCIA, CIVILIZACIÓN Y MASA

El razonamiento expuesto en *Más allá del principio de placer*, orientado a afirmar el dualismo vida-muerte como eje rector de la actividad psíquica e incluso como origen de todo lo orgánico, recibió escasa aceptación por parte de los seguidores de Freud. Sin embargo, la integración del impulso de agresión en la génesis y evolución de la cultura permitió al médico vienés pasar de una especulación, suspendida en el vacío, a un verdadero desciframiento de la pulsión de muerte en una reinterpretación profunda de la sociedad.¹⁶⁵ En *El malestar en la cultura*, la obra de Freud más traducida y leída, escrita una década antes al estallido de la Segunda Guerra Mundial, su autor establece que la civilización no emerge por oposición a los propósitos de Eros, sino que, más bien, este se pone al servicio de aquella en su lucha contra la violencia originaria que constituye al ser humano.

A diferencia de lo que había postulado hasta entonces —que la evolución cultural viene marcada por el enfrentamiento de las exigencias de la cultura y de las tendencias sexuales—,¹⁶⁶ el erotismo ya no es ni el único ni el principal impulso que entra en contradicción con las imposiciones de la cultura. La renuncia principal que esta exige al individuo es la de la agresividad, no la libido. No se trata, tampoco, de que esta sea la buena y aquella la mala, sino que cualquiera de ellas es tan imprescindible como la otra. La relación entre ambas pulsiones es muy compleja: se refuerzan recíprocamente a la vez que se excluyen mutuamente. Aparecen fusionadas con un cierto componente de su antagónica; una tendencia pulsional está siempre constituida por Eros y por Tanatos. Por ello las pulsiones de muerte, originariamente orientadas a la propia autodestrucción, pueden dirigirse hacia los objetos en forma de impulso de destrucción. Uno de los recursos a los que la civilización apela para coartar la agresión consiste en la interiorización de la misma:

la agresión es introyectada, interiorizada, pero en verdad reenviada a su punto de partida; vale decir: vuelta hacia el yo propio. Ahí es recogida por una parte del yo, que se contrapone al resto como superyó y entonces, como «conciencia moral», está pronta a ejercer contra el yo

¹⁶⁵ Paul Ricoeur. *Freud. Una interpretación de la cultura*. Madrid: Siglo veintiuno, 1990, p. 264.

¹⁶⁶ El primer escrito en el que Freud estudió como tema principal los aspectos sociológicos del antagonismo entre la cultura y la pulsión erótica es «La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna» (1908). Con excepción de la carta a Fliess del 31 de mayo de 1897, en la que le confiesa a su amigo: «el incesto es antisocial y la cultura consiste en una progresiva renuncia al mismo».

la misma severidad agresiva que el yo habría satisfecho de buena gana en otros individuos, ajenos a él. Llamamos «conciencia de culpa» a la tensión entre el superyó que se ha vuelto severo y el yo que le está sometido.¹⁶⁷

O sea, la cultura, en representación de los intereses de Eros, se sirve de mi propia violencia para conmigo mismo, para hacerla fracasar para con el otro, teniendo lugar, en tal interiorización de la pulsión de muerte, la génesis de la conciencia moral. Se acentúa entonces la función cultural del *sentimiento de culpabilidad*. Si en el comentario a *El yo y el ello* definíamos la culpa como expresión de la condena del yo por su instancia crítica, ahora dice Freud que esta se establece «como medio del que se sirve la cultura, no contra la libido sino precisamente contra la agresividad».¹⁶⁸ Es decir, la culpa ya no es definida tanto por la tensión entre el yo y el superyó, como por el escenario más amplio de la lucha entre el amor y la muerte.

Esto significa que, en tanto que principal promotora de la conciencia moral, la pulsión de muerte no solo constituye el mayor peligro para la desintegración de la vida social, sino que es una premisa necesaria para la misma. Lo cultural se encarna en el interior del sujeto humano actuando primero como pulsión de agresión, mitigada después por los ideales sociales interiorizados gracias a la instauración de la conciencia moral. Cada hombre es, virtualmente, un enemigo de la civilización, pero únicamente de los esfuerzos para poner barreras a esa furia bestial, surge el despliegue de métodos destinados a que los hombres se identifiquen y entablen vínculos amorosos coartados en su fin.

Todo lo cual pone de manifiesto, una vez más, la radical ambigüedad que constituye al ser humano ontogénica y filogenéticamente. Por una parte, Freud propone una imagen sincrónica de la constitución del psiquismo donde la pulsión de vida y pulsión de muerte coexisten desde el nacimiento. Pero junto a ella, la justificación de la pulsión de muerte debe asociarse a una perspectiva filogenética y por lo tanto diacrónica, que, además de remontarse a los orígenes mismos de la vida, permite una apertura hacia lo social e incluso entender la civilización como una adaptación a la pulsión de muerte. Ahora bien, en la medida en que la pulsión es imperecedera, la amenaza del derrumbe civilizatorio lo será en la misma medida.

Como decíamos, la ligazón característica de Eros tiene un significado explícitamente político. Al vincular al individuo con el otro mediante lazos emocionales e identificativos

¹⁶⁷ Sigmund Freud. *El malestar en la cultura*, AE, XXI, p. 119

¹⁶⁸ Paul Ricoeur. *Freud. Una interpretación de la cultura*, op.cit. p. 264

con los que se constituye el grupo o la masa, los individuos neutralizan su tendencia letal a desbandarse en una guerra de todos contra todos. Ahora bien, cuando las circunstancias sociales favorecen la neutralización del sentimiento de culpa los límites de la violencia se relativizan. Lo que explicaría que la llegada al poder de una figura capaz de restar importancia a los crímenes en nombre de un presunto bien nacional superior alentando al empleo de actos violentos contra los enemigos de la patria y encontrando en la conciencia moral una aliada que ya no es que no frene, sino que justifique estos ataques y aumente la vergüenza de la pasividad ante el adversario, permitiera precipitar enfrentamientos catastróficos o incluso exterminios eugenésicos.¹⁶⁹

Bastó con que la situación política, social y económica de Europa se desagarrara para que la aparición de una personalidad como la de Adolf Hitler hiciera posible una situación que, doce años antes, Freud había concebido de manera abstracta en *Psicología de las masas y análisis del yo*,¹⁷⁰ sin imaginar que tal tipo de hombre fuera a tomar el poder en Alemania e invadir Viena, cuna inicial del psicoanálisis: «mi secreta sospecha —manifestó Thomas Mann a tal respecto— es que la furia con la que marchó contra cierta capital se dirigía en el fondo contra el viejo analista allí radicado, su enemigo verdadero y esencial, el filósofo que desenmascaró la neurosis, el gran desilusionador, aquel que sabía a qué atenerse y conocía muy bien lo que era el genio».¹⁷¹

3.2. PSICOLOGÍA DE LAS MASAS Y ANÁLISIS DEL YO

El advenimiento de las masas vino propiciado por una fisonomía de la vida pública totalmente novedosa. Liberada de la sujeción de las élites y abdicando de su individualidad soberana para alcanzar la de la colectividad, la masa irrumpió en la vida pública a comienzos de siglo provocando una profunda perturbación de los valores socioculturales europeos e imponiendo de forma ineludible la reflexión acerca de la psique de estos individuos. Freud aceptó el desafío y, en plena ascensión del comunismo

¹⁶⁹ Cecilio Paniagua y Javier Fernández Soriano, «Psicología de las masas y violencia», *Ars Medica. Revista de Humanidades* 2007; 2, pp. 239-240.

¹⁷⁰ «Desde esta perspectiva, en 1967, los psicoanalistas Alexander y Margarete Mitscherlich escriben que Hitler fue “una encarnación del yo ideal de cada alemán” y que los juicios por los crímenes de guerra después de 1945 (en particular el juicio contra Eichmann) mostraron que los nazis arrestados no habían sufrido ningún shock particular (ni depresión, ni remordimientos, ni desesperación)». Sabina Loriga, «Sobre el trauma histórico», *Pasajes: Revista de Pensamiento contemporáneo*, 54.

¹⁷¹ Thomas Mann, «Frente a Hitler», cita extraída de Elisabeth Roudinesco. *Freud, en su tiempo y en el nuestro*. Barcelona: Debate, 2015, p. 377.

y los fascismos, del sindicalismo y los nacionalismos, publica, en 1921, un estudio que sentará las bases de la psicología social: *Psicología de las masas y análisis del yo*.

En este texto se propone disolver los enigmas relativos a la psicología de masas: ¿Qué es una masa? ¿Qué le presta a la masa la capacidad de influir de forma tan decisiva sobre la vida anímica de los individuos? ¿En qué consiste esta alteración anímica? Basándose en algunos estudios ya realizados acerca de la psicología de la multitud, Freud recuerda que para que un grupo de individuos pueda ser considerado una masa psicológica tienen que darse, al menos, dos condiciones: primero, la inhibición colectiva del rendimiento intelectual —el individuo se convierte en un autómatas carente de voluntad—; y segundo, el aumento de la afectividad entre los miembros que componen la masa, que se mantiene cohesionada en virtud del establecimiento de vínculos libidinales. Solo bajo estas dos condiciones se produce una conversión de lo que era meramente cantidad, la muchedumbre, en una determinación cualitativa.

En rigor, la masa puede entonces definirse no tanto como una aglomeración sino como un hecho psicológico:

La masa es impulsiva, voluble y excitable. Es guiada casi con exclusividad por lo inconsciente. Los impulsos a que obedece pueden ser, según las circunstancias, nobles o crueles, heroicos o cobardes; pero, en cualquier caso, son tan imperiosos que nunca se impone lo personal, ni siquiera el interés de la autoconservación. [...]. No soporta dilación entre su apetito y la realización de lo apetecido. Abriga un sentimiento de omnipotencia; el concepto de lo imposible desaparece para el individuo inmerso en la masa [...]. Piensa por imágenes que se evocan asociativamente unas a otras, tal como sobrevienen al individuo en los estados del libre fantaseo; ninguna instancia racional mide su acuerdo con la realidad. Los sentimientos de la masa son siempre muy simples y exaltados [...]. Pasa pronto a los extremos, la sospecha formulada se le convierte enseguida en certidumbre incontrastable, un germen de antipatía deviene odio salvaje [...]. Quien quiera influirla no necesita presentarle argumentos lógicos; tiene que pintarle las imágenes más vivas, exagerar y repetir siempre lo mismo [...]. Y, por último: las masas nunca conocieron la sed de la verdad. Piden ilusiones, a las que no pueden renunciar.¹⁷²

Aunque va exponiendo su caracterización de la masa parafraseando las tesis de Le Bon (*Psychologie des foules*, 1895) y de McDougall (*The Group Mind*), Freud acaba reformulando la cuestión a partir de los descubrimientos psicoanalíticos en estos términos: al entrar en la masa, el individuo queda sometido a condiciones que le permiten echar por tierra las represiones de sus mociones pulsionales inconscientes. La desaparición de las represiones y el resultante desvanecimiento de la conciencia moral individual tienen como consecuencia la exteriorización del inconsciente: el examen de

¹⁷² Sigmund Freud. *Psicología de las masas y análisis del yo*, op. cit., pp. 74-6.

realidad retrocede frente a la intensidad de las mociones de deseo afectivamente investidas. Freud llama la atención acerca de un detalle al que los pioneros de la psicología social no han prestado suficiente atención: la figura del conductor de masa.

Para ahondar en este fenómeno, parece descriptivamente ventajoso tomar como ejemplo las que, a juicio del vienés, son las masas artificiales más importantes: la Iglesia y el Ejército. Lo que caracteriza esencialmente a estas, destaca Freud, es que cada individuo que las constituye tiene un doble vínculo libidinoso: un primero con el conductor de la masa, líder que ama por igual a todos (Cristo, general en jefe), y un segundo con los otros individuos que constituyen la masa. La ligazón con el conductor es más influyente que el vínculo de los individuos entre sí. Por ello, cuando se produce la pérdida del conductor en cualquiera de sus sentidos, desaparecen los vínculos también entre los individuos, propiciando el estallido del pánico y la liberación de la angustia. Lo que sale entonces a la luz son impulsos despiadados y hostiles hacia el resto de individuos, a los que el amor del conductor había impedido manifestarse o exteriorizarse.¹⁷³

Pero ¿cuál es la índole de los lazos afectivos que caracterizan a una masa? ¿Consisten en investiduras libidinales o más bien en identificaciones? ¿Qué diferencia una investidura de objeto de una identificación? Para Freud, aquello que liga los sujetos a otros objetos-sujetos es la libido. Sin embargo, al mismo tiempo postula un tipo de lazo afectivo más originario, anterior a la distinción entre sujeto y objeto de la que depende el deseo, que es la identificación. Si bien en la indiferenciación inicial entre lo psíquico y lo somático consiste en la incorporación del objeto al yo, con posterioridad la identificación permanece como el mecanismo psicológico que permite conformar el propio yo a imagen de un ser amado tomado como modelo. La diferencia con la investidura, por tanto, radica en si el vínculo recae en el sujeto o en el objeto del yo. Tales diferencias, complicadas de representar en el plano metapsicológico, se ven de forma más gráfica en el prototipo de la identificación por excelencia, el Edipo:

Es fácil expresar en una fórmula la distinción entre una identificación de este tipo con el padre y una elección de objeto que recaiga sobre él. En el primer caso el padre es lo que uno querría ser; en el segundo, lo que uno querría tener. La diferencia depende, entonces, de que la ligazón recaiga en el sujeto o en el objeto del yo. La primera ligazón ya es posible, por tanto, antes de toda elección sexual de objeto.¹⁷⁴

¹⁷³ Poco antes de publicar *Psicología de las masas*, Freud ya había establecido en *Más allá del principio de placer* que la pulsión erótica es en realidad un subrogado de las pulsiones de muerte, más originarias que las sexuales.

¹⁷⁴ Sigmund Freud. *Psicología de las masas y análisis del yo*, op. cit., p. 100.

La masa, prosigue Freud, tiene la naturaleza de una identificación. Su organización libidinosa puede explicarse por el hecho de que una multitud de individuos han puesto un objeto, uno y el mismo, en el lugar de su ideal del yo, a consecuencia de lo cual se han identificado parcialmente entre sí en su yo.¹⁷⁵ La esencia de la masa no puede concebirse desatendiendo al conductor, ya que está integrada por muchos iguales y un único superior a todos ellos al que erigen como su ideal. Ello explica que la psicología de la masa se caracterice por la atrofia de la personalidad y el predominio de la afectividad anímica inconsciente; por la falta de autonomía en el individuo y la uniformidad de su reacción con la del resto de integrantes; por el debilitamiento de la actividad intelectual y la incapacidad para moderarse y diferir la acción.¹⁷⁶ En definitiva, esta dirección regresiva que guía el espíritu grupal de la masa le permite a Freud concluir que, en términos psíquicos, la masa constituye un renacimiento de la horda primitiva.¹⁷⁷

Freud retoma entonces lo expuesto en su polémica obra *Tótem y tabú*. Partiendo de ciertas indicaciones de Darwin y de conjeturas de Atkinson, Freud elucubra una teoría según la cual, en tiempos muy remotos, los monos superiores vivieron en hordas primitivas —grupos pequeños dotados de cierto grado de organización— dirigidas por un padre que acaparaba las mujeres y que impedía el intercambio sexual dentro de su horda. Siendo esto así, los hermanos albergaban sentimientos hostiles contra el padre porque este se oponía a su necesidad de poder y a sus exigencias sexuales. Pero también le amaban y le admiraban, deseando en el fondo ser como él. No obstante, movidos por el odio, los hermanos expulsados de la horda decidieron unirse y matar al severo padre. Tras asesinarle, comieron su cadáver para que cada uno tuviese un poco de su fuerza. Pero después de haberle suprimido y haber satisfecho su odio y su deseo de identificación con él mediante la ingesta, se impusieron en ellos los sentimientos afectuosos, antes dominados por los hostiles.

Como consecuencia de este proceso afectivo surgió el remordimiento y nació la conciencia de culpabilidad. El padre adquirió entonces un poder mucho mayor del que había poseído en vida por medio de lo que Freud denomina «obediencia retrospectiva»: la muerte del padre nunca implica su destrucción, sino su triunfo póstumo. La conciencia

¹⁷⁵ *Ibidem*, p. 110.

¹⁷⁶ Si dejamos de percibir a estas figuras como superiores, y más aún si las consideramos injustas, se vuelven inapropiadas para la recreación inconsciente de esta relación infantil, se deshace la regresión, les retiramos nuestra devoción y nos negamos a darles nada, puesto que su amor ya no es valioso. Es más, la frustración severa de los anhelos infantiles suele generar una rabia narcisista que muchas veces exige sangre.

¹⁷⁷ Sigmund Freud, *Psicología de las masas y análisis del yo*, op. cit., p. 117.

de culpa del hijo engendró los dos tabúes fundamentales del totemismo que, como se advertirá, coinciden en contenido con los deseos edípicos propios del infantilismo psíquico: no matar al animal totémico, símbolo venerado del padre; y no tener vínculos incestuosos con mujeres del mismo clan. Sin embargo, como todos los hermanos querían ocupar el lugar vacío del padre, se estableció una nueva prohibición de carácter social, la del fratricidio, que evitara la repetición del crimen colectivo, y en la que Freud sitúa el origen de la eticidad. El asesinato y la ingestión del padre se transformó entonces en una relación social: «la sociedad descansa ahora en la culpa compartida por el crimen perpetrado en común; la religión, en la conciencia de culpa y el arrepentimiento consiguiente; la eticidad, en parte en las necesidades objetivas de esta sociedad y, en lo restante, en las expiaciones exigidas por la conciencia de culpa».¹⁷⁸

Así como a partir de la clínica de las neurosis Freud había mostrado la existencia de una sucesión de fases en el desarrollo psicosexual de la estructura pulsional de cada individuo (ontogénesis) a través de las cuales se adquiere la subjetividad, el padre del psicoanálisis intenta en esta obra proporcionar un fundamento histórico al complejo de Edipo planteando la existencia de un proceso análogo a nivel colectivo. Según la hipótesis filogenética, expuesta y desarrollada a lo largo de toda la obra, la génesis de nuestra cultura radica en una subversión traumática¹⁷⁹ que extendería, del ámbito individual al colectivo, un modelo de lo histórico-temporal. Sabemos que aquello que queda fijado como traumático continúa teniendo efectos póstumos y tiende insaciablemente a seguir buscando representarse en el presente, cual fantasma que no ha logrado una digna sepultura en el pasado.

Aunque los postulados históricos serán considerados por muchos como una trastornada fantasía freudiana, y a pesar de que los supuestos del evolucionismo antropológico que subyacen a la obra no se sostengan hoy en día, lo que interesa hoy de esta obra no es la exactitud de la reconstrucción histórica, sino su valor interpretativo en tanto que traducción mitológica de una realidad,¹⁸⁰ la de la condición permanente de la

¹⁷⁸ Sigmund Freud, *Tótem y tabú*, AE, XIII, p. 148.

¹⁷⁹ Ya sea esta subversión material o simbólica. El mismo Freud ya eludió la cuestión acerca de la realidad histórica del parricidio original al establecer que «los simples impulsos hostiles contra el padre y la existencia de la fantasía optativa de matarle y devorarlo hubieran podido bastar para provocar aquella reacción moral que ha creado el totemismo y el tabú». Es decir que, para Freud, la sola realidad psíquica bastaría para explicar todas las circunstancias indicadas para la preservación de lo social. Ver Carlos Gómez, «Para una evaluación: sobre la antropología cultural de Freud», en Carlos Gómez. *Freud. Crítico de la ilustración. (Ensayos sobre psicoanálisis, religión y ética)*, Barcelona, Crítica, 1997.

¹⁸⁰ Herbert Marcuse, *Eros y civilización*. Barcelona: Ariel, 2015, p. 65.

existencia individual y cultural (la de la doble exigencia entre la satisfacción pulsional y la integración social). Además, advierte Omar Acha, la mitología histórica que Freud profiere se justifica por su utilidad para el abandono de la mirada imperante del tiempo histórico: «Ya no se trata de establecer los cortes temporales [...] sino una visión vertical del tiempo, donde lo que se considera son estratos cuyos restos se sedimentan y no se pierden para el futuro».¹⁸¹

Las teorías de psicología de las masas y del inconsciente de los años veinte pusieron de relieve que también en la psicología colectiva todo elemento retornado del olvido ejerce una influencia de fuerza incomparable sobre las masas y presenta una pretensión de verdad contra la que el veto lógico queda desamparado. En el año 1938, esta apreciación no era ya para Freud una mera intuición intelectual. El régimen de Hitler anexionó Austria y, a pesar de la resistencia de Freud a dejar Viena, los acontecimientos públicos amargaron finalmente su desenlace vital. Perseguido por los nazis debido a su condición de judío y de creador del psicoanálisis,¹⁸² tuvo que huir. Gracias a la mediación diplomática de Marie Bonaparte, se instaló en el barrio residencial de Hampstead, al noroeste de Londres, donde falleció en 1939.

No sin antes atreverse a publicar una de sus obras más originales acerca del significado de la identidad judía a través de un examen de su historia por medio de la reconstrucción de la figura de Moisés. Si bien el tema del *Moisés y la religión monoteísta* es la naturaleza de la memoria colectiva judía, el interés de la obra trasciende lo relativo a la religión mosaica. La originalidad del Moisés no reside en los elementos tan criticados de su trama, sino en haber planteado la posibilidad de que una experiencia pueda devenir traumática para un colectivo e incida también, muchos años después, sobre quienes no hayan vivido directamente la experiencia.

¹⁸¹ Omar Acha, *Freud y el problema de la historia*. Buenos Aires: Prometeo, 2007, p. 73.

¹⁸² El 10 de mayo de 1933 los nazis incluyeron a Freud en sus persecuciones en una espectacular quema de libros: «la quema de libros se puso en escena el 10 de mayo de 1933, en las plazas de las grandes ciudades y en las ciudades universitarias, simbolizaron el auto de fe de todo un siglo de cultura alemana. Acompañado por desfiles de antorchas de estudiantes y discursos apasionados de profesores, pero organizado por el Ministerio de Propaganda [...]. Las publicaciones psicoanalíticas, con los libros de Freud a la cabeza, no fueron olvidados en esta gran hoguera de la cultura». Peter Gay. Freud. *Vida y legado de un precursor*, op. cit., pp. 657-658.

III.4. La dinámica del trauma en relación a la identidad colectiva

4.1. TRAUMA, MEMORIA Y VERDAD HISTÓRICA: «MOISÉS CREÓ A LOS JUDÍOS»¹⁸³

A pesar de las diferencias que pueden darse entre las diversas aproximaciones al concepto de trauma a lo largo de la obra de Freud, de cuya exposición nos encargaremos en la conclusión a esta primera parte, una caracterización destacable del trauma psíquico en todas sus formulaciones es que excede la capacidad del individuo para afrontar aquello que le exige una determinada situación y que no puede integrarse en un contexto de sentido porque desgarrar el marco de referencia del individuo. Esto genera condiciones especiales para su rememoración e integración retroactiva en la experiencia presente,¹⁸⁴ por lo que se deduce que *trauma* y *memoria* son para Freud conceptos limítrofes. El trauma imprime huellas mnémicas susceptibles de reactualizarse y presentarse como si se tratara de datos actuales. La influencia más intensa proviene de aquellas impresiones que alcanzaron al niño en una época en la que no podemos atribuir a su aparato psíquico plena receptividad. Eso que los niños vivencian en la primera infancia sin entenderlo, pueden no recordarlo luego nunca, pero emergerá en sueños o en compulsiones a la repetición.

Lo importante, para Freud, es reconocer el valor de la represión. Veámos cómo la represión primaria instaura en cada uno de nosotros un nódulo inconsciente de exigencias pulsionales, alrededor del cual se acumula distinto material mnémico. Esas exigencias pulsionales que componen el nódulo inconsciente solo pueden ser percibidas mediante representaciones, huellas mnémicas que una vez fueron percepciones y, como todos los restos mnémicos, pueden devenir de nuevo conscientes. Es decir, aunque la pulsión es un proceso dinámico que parte del soma, ha de estar representada en la psique por medio de representantes psíquicos. Estos representantes pueden ser de diversos tipos, dependiendo del sistema psíquico en que se inscriban: en el inconsciente, a la representación se le denomina representación-cosa, integrada por imágenes oníricas o fantasías. En el preconscious, está la representación-palabra, las determinaciones simbólicas del lenguaje y la palabra. Estas representaciones (representación-cosa, representación-palabra)

¹⁸³ «Enfrentado a las nuevas persecuciones de nuevo uno se pregunta a sí mismo cómo los judíos han llegado a ser lo que son y por qué han atraído este odio imperecedero. Pronto descubrí la fórmula: Moisés creó a los judíos». Carta de Sigmund Freud a Arnold Zweig el 30 de mayo de 1934. Cita extraída de Cathy Caruth, «Experiencias sin dueño: trauma y la posibilidad de la historia», en Francisco A. Ortega (ed.), *Trauma cultura e historia: reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio*, op. cit., p. 297.

¹⁸⁴ Werner Boheler, «Recuerdo, trauma y memoria colectiva: la batalla por la memoria en el psicoanálisis», en *Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Madrid*, 45, Congreso Internacional de la API. p. 51

instituyen lo reprimido en nuevas e inesperadas representaciones, operando como efectos retardados posteriores al momento de la fijación primitiva.¹⁸⁵ Lo que se despierta en los traumas es, precisamente, aquello que no ha logrado una retranscripción en ninguno de los sistemas psíquicos (no es ni representación-cosa ni representación-palabra).¹⁸⁶

La rememoración, en cualquier caso, no se presenta aquí como recuerdo material de un evento, sino como sensaciones o percepciones reactualizadas. Es decir, lo que se recuerda no son los hechos o sucesos en sí mismos, sino su procesamiento psíquico; modos de relación que retornan tal como se registraron cuando se vivieron en función de las particularidades de la psique infantil y de su vida pulsional de entonces en forma de síntomas. Todos los fenómenos de la formación de síntoma pueden describirse con buen derecho como un retorno de lo reprimido. Es a esto a lo que Freud denomina verdad histórica de los recuerdos que, en contraposición a la verdad material relativa a la reproducción exacta de hechos objetivos, refiere a una verdad olvidada que en su retorno ha debido someterse a distorsiones y malentendidos.

La primera vez que Freud emplea la noción de «verdad histórica» es en «De la historia de una neurosis infantil», escrita en 1914 pero publicada en 1918, para aludir a sucesos desagradables y vergonzosos cuyo contenido es transformado por algunos pacientes mediante los mecanismos propios del inconsciente —condensación y desplazamiento—, con el propósito de encubrir las miserias personales deshonorosas. En el caso de Sergei Pakejeff, esta idea se aplica a que, bajo determinadas fantasías de deseo sexual que el paciente recordaba haber experimentado hacia su hermana en la infancia, se descubren escenas de incitación al erotismo provocadas por su hermana, quien habría seducido al paciente a incurrir en manejos sexuales incestuosos:

Esto permitió entender con evidencia las fantasías hasta ese momento colegidas. Estaban destinadas a extinguir el recuerdo de un suceso que más tarde pareció chocante al viril sentimiento de sí del paciente, remplazando la verdad histórica {historisch} por un opuesto de deseo. Según estas fantasías, no había desempeñado frente a la hermana el papel pasivo, sino al contrario: había sido agresivo, había querido verla

¹⁸⁵ Omar Acha, *Freud y el problema de la historia*, op. cit., p. 74

¹⁸⁶ «El sistema Inconsciente (Icc) contiene las investiduras de cosa de los objetos, que son las investiduras de objeto primeras y genuinas; el sistema Preconsciente (Prcc) nace cuando esa representación-cosa es sobreinvertida por el enlace con las representaciones-palabra que le corresponden. Tales sobreinvertidas, podemos conjeturar, son las que producen una organización psíquica más alta y posibilitan el relevo del proceso primario por el proceso secundario que gobierna el interior del Prcc. Ahora podemos formular de manera precisa eso que la represión, en las neurosis de transferencia, rehúsa a la representación rechazada: la traducción en palabras, que debieran permanecer enlazadas con el objeto. La representación no aprehendida en palabras, o el acto psíquico no sobreinvertido, se queda entonces atrás, en el interior del Inconsciente, como algo reprimido». Sigmund Freud, *Lo inconsciente*, AE, XIV, pp. 197-198.

desvestida, fue rechazado y castigado, y por eso cayó en ese estado de furia al que tanto se refería la tradición hogareña [...]. Así, esas fantasías correspondían exactamente a la formación de sagas mediante las cuales una nación después grande y orgullosa procura esconder sus insignificantes e infortunados comienzos.¹⁸⁷

Aunque Freud en este contexto emplea la expresión «verdad histórica» para la existencia de un suceso traumático en la vida de un sujeto que tiende a ser sustituido por un deseo de signo opuesto, podemos apreciar en el comentario que clausura la cita que ya en esta época empleaba la expresión «verdad histórica» para referirse también a lo colectivo. La siguiente mención que haga a este término ya será en relación al ámbito de lo social, en *El porvenir de una ilusión* (1927).¹⁸⁸ Sin embargo, la obra en la que introduce el concepto de forma precisa es *Moisés y la religión monoteísta* (1939), donde incluso tal noción da título a uno de los apartados que integran la obra.¹⁸⁹

El libro está dividido en tres ensayos. El primero, titulado «Moisés, un egipcio» y con una extensión de apenas ocho páginas, fue publicado en la revista *Imago* en el primer volumen de 1937. Para demostrar su tesis, que Moisés era egipcio, Freud desarrolla dos argumentos. El primero de ellos es etimológico: según Freud y otros estudios, el nombre «Moisés» derivaría de la palabra egipcia «mose», que significa hijo. El segundo argumento es de carácter analítico. Siguiendo el estudio de Rank (*El mito del nacimiento del héroe*), Freud repara en que la historia de Moisés se contrapone a las demás historias mitológicas del héroe. Mientras que en el curso de su vida el héroe se eleva de ordinario por encima de sus orígenes modestos, la vida heroica del hombre Moisés comenzó bajando él de las alturas, descendiendo hasta los hijos de Israel. Según la interpretación analítica de la estructura del mito presente en la novela familiar del neurótico, la primera familia (la del abandono) es siempre la inventada, y la segunda (la que acoge al héroe) la

¹⁸⁷ Sigmund Freud, «De la historia de una neurosis infantil», op. cit., p. 20

¹⁸⁸ *El porvenir de una ilusión* es un importante texto en el que, por primera vez, Freud elabora una explicación funcional de la religión en el conjunto de la teoría de la cultura. La obra repite la tesis ya formulada en *Tótem y tabú* de que los preceptos morales provienen de una reacción afectiva ante el parricidio original. En la medida en que las religiones establecen a Dios como el padre primordial, de cuya muerte a manos de sus hijos se sigue el mandato de no matar, dice Freud que las religiones tienen algo de razón: en la génesis de la prohibición de matar está Dios, entendiendo por este la proyección de un padre primitivo protector. Por tanto, la doctrina religiosa nos transmite efectivamente la verdad histórica, si bien un tanto deformada y disfrazada. Las representaciones religiosas no encierran solo realizaciones de deseos, sino también importantes reminiscencias históricas.

¹⁸⁹ Para la cuestión del tratamiento de este concepto en la obra de Freud véase Manuel Canga. «Freud y el problema de la verdad histórica», *Trama y fondo: Revista de cultura*, 20, 2006, pp. 36-40.

real. Siendo esto así, la saga del Moisés se invertiría: Moisés es un egipcio que la saga quiere convertir en judío.

El segundo ensayo, «Si Moisés era egipcio...» es bastante más extenso, y fue incluido en el cuarto ejemplar de la revista *Imago* en el mismo año. Una parte del tercer ensayo fue leída por Anna Freud en el Congreso Internacional de París en 1938. Sin embargo, no fue hasta estar en Londres cuando Freud se atrevió a publicar la tercera parte, «Moisés, su pueblo y la religión monoteísta», que contenía lo más impactante del libro, a saber, la aplicación de los hallazgos al análisis del monoteísmo: «Sobrevino entonces, en marzo de 1938, la inesperada invasión alemana; me compelió a abandonar la patria, pero también me libró del cuidado de que su publicación le valiera al psicoanálisis una prohibición allí donde era tolerado. Apenas llegado a Inglaterra, hallé irresistible la tentación de poner al alcance de mis contemporáneos mi guardado saber, y empecé a reorganizar el tercer fragmento del estudio como una continuación de los dos ya aparecidos».¹⁹⁰

4.2. EL MOISÉS Y LA TRANSMISIÓN INCONSCIENTE DEL TRAUMA COLECTIVO

La trama del libro, seguramente lo menos significativo para lo que aquí nos interesa, establece que el judaísmo emerge de la era monoteísta de la historia política de Egipto. Cuando alrededor de 1.350 a. C. subió al trono de Egipto el faraón Amenotep IV, que más tarde cambió su nombre por el de Akenaton, trató de imponer a los egipcios una nueva religión contraria a sus tradiciones milenarias consistente en un estricto monoteísmo en forma de culto al único y grandioso dios Aton. La religión de Aton, además de por la creencia exclusiva en un Dios, se caracterizaba por el rechazo del antropomorfismo, la magia y la brujería, así como por el repudio absoluto a la ultratumba. Sin embargo, al morir el faraón la nueva religión fue proscrita y se restauró la antigua. La tesis de Freud es que la religión mosaica no es otra que la de Aton desarrollada por Akenatón.

Según su hipótesis, en lugar de un niño hebreo salvado del Nilo, Moisés fue un egipcio de alta cuna, ferviente defensor del monoteísmo que, para salvar la religión de Aton, se puso al frente de una tribu semita oprimida, la sacó del cautiverio egipcio, y creó una nueva nación a la que dotó de una religión basada en las doctrinas de la religión de Atón que los egipcios acababan de rechazar. Además, para mantenerla separada de otros pueblos, consagró a sus seguidores con el signo de la circuncisión y les dio leyes. Pero

¹⁹⁰ Sigmund Freud, *Moisés y la religión monoteísta*, AE, XXIII, p. 100.

tras el período posterior a 1350 a. C., los judíos se sublevaron contra Moisés y lo mataron. Retornados de Egipto, se unieron a otros pueblos estrechamente emparentados con ellos en una comarca Palestina y allí adoptaron la adoración por el dios Yahvé. Con el tiempo, quizá por un período de hasta ocho siglos, este dios perdió sus características propias y cobró cada vez mayor semejanza con el antiguo dios de Moisés, al tiempo que la figura de Moisés fue atribuida a otro sacerdote, también llamado Moisés.

Lo que se desprende del relato contenido en esta «novela histórica»,¹⁹¹ es que el creador del judaísmo no fue un Dios, sino un hombre egipcio a quien sus propios seguidores le dieron muerte, por lo que la centralidad histórica de los judíos como pueblo elegido de dios quedaba devastada. Escrito en vísperas del holocausto, las aseveraciones de que Moisés fue un egipcio asesinado por los judíos en el desierto, además de carentes de fundamento científico, parecían totalmente escandalosas. Muchos de sus lectores enfurecieron, pues precisamente en esos tiempos tan difíciles para los semitas, parecía que Freud trataba de herirlos todavía más.

Dejando de lado la polémica cuestión de qué es lo que llevó a Freud a publicar esta obra en tal delicada circunstancia para el pueblo judío, lo que nos interesa de la obra es que en ella Freud plantea que el problema de la neurosis traumática y el del monoteísmo judío tienen un punto de coincidencia: el período de incubación, también denominado latencia.¹⁹² Tras la apostasía de la religión de Moisés se dio un largo período en la historia del judaísmo en el que no se detecta nada de la idea monoteísta, ni del rechazo del ceremonial o la vigorización de lo ético. Freud señala entonces la posibilidad de que la solución al problema haya de buscarse en una situación psicológica particular, semejante a lo que acontece en la neurosis individual, donde a impresiones de temprana vivencia, olvidadas luego, atribuimos luego una gran significatividad:

Trauma temprano-defensa-latencia-estallido de la neurosis- retorno parcial de lo reprimido: así rezaba la fórmula que establecimos para el desarrollo de una neurosis. Ahora invitamos al lector a dar el siguiente paso: adoptar el supuesto de que en la vida del género humano ha ocurrido algo semejante a lo que sucede en la vida de los individuos. Vale decir, que también en aquella hubo procesos de contenido sexual-agresivo que dejaron secuelas duraderas, pero las más de las veces cayeron bajo la defensa, fueron olvidados; y más tarde, tras un largo período de latencia, volvieron a adquirir eficacia y crearon fenómenos parecidos a los síntomas por su arquitectura y su tendencia.¹⁹³

¹⁹¹ Esta expresión fue el subtítulo provisional que Freud dio a la obra.

¹⁹² Sigmund Freud, *Moisés y la religión monoteísta*, op. cit., p. 65.

¹⁹³ *Ibidem*, p. 77.

En el caso del individuo parece ya claro: lo olvidado no está eliminado, solo reprimido; sus huellas mnémicas están presentes con total serenidad, pero aisladas por el contrainvestiduras. Estas no pueden entrar en contacto con otros procesos intelectuales, pues se hallan aisladas como *cuerpos extraños* sin conexión con lo demás: o no han sido traducidas a lo preconsciente o han sido reprimidas y trasladadas al ello. Sus restos mnémicos son, entonces, inconscientes y producen efectos patógenos. Antes de proseguir con la analogía entre la neurosis individual y la historia de la identidad colectiva judía, Freud ofrece una recapitulación de su teoría del trauma y retoma cuestiones centrales en los inicios de su desarrollo conceptual:

Llamamos traumas a esas impresiones de temprana vivencia, olvidadas luego, a las cuales atribuimos tan grande significatividad para la etiología de las neurosis. quede sin decidir si es lícito considerar traumática la etiología de las neurosis en general. La objeción evidente a ello es que no en todos los casos se puede poner de relieve un trauma manifiesto en la historia primordial del individuo neurótico. A menudo hay que conformarse diciendo que sólo se está frente a una reacción extraordinaria, anormal, ante vivencias y requerimientos que alcanzan a todos los individuos, y que estos suelen procesar y tramitar de otra manera, que se llamaría normal. Toda vez que para la explicación sólo se disponga de unas predisposiciones hereditarias y constitucionales, es natural tentación decir que la neurosis no es adquirida, sino desarrollada.¹⁹⁴

Por un lado, vuelve a establecer que la génesis de toda neurosis se remonta a impresiones tempranas, y, por el otro, afirma que si bien no todas las neurosis son traumáticas —no en todos los casos existe un trauma manifiesto en la historia primordial del individuo neurótico—, en todas ellas hay una vivencia que «cobra el carácter de traumática a consecuencia de un factor cuantitativo», cuya condición de excesivo es relativa: «toda vez que una vivencia provoque reacciones insólitas, patológicas, el culpable de ello es un exceso de exigencia, con facilidad se puede formular el argumento de que en cierta constitución produciría el efecto de un trauma algo que en otra no lo tendría».¹⁹⁵ En pocas líneas, el padre del psicoanálisis sintetiza los aspectos de las diversas nociones de trauma que ha ido elaborando a lo largo de toda su obra: las huellas impresas por vivencias inmaduras, el carácter temprano de las experiencias traumáticas y su valor etiológico, y la cuestión cuantitativa del trauma.¹⁹⁶

¹⁹⁴ *Ibidem*, p. 70

¹⁹⁵ *Ídem*.

¹⁹⁶ Luis Sanfelippo, Tesis doctoral *El trauma en Freud y en la historiografía reciente*, dirigida por Alejandro Dagfal y defendida en diciembre de 2015 en la Universidad de Buenos Aires, Argentina: «Así,

En analogía con el modelo individual, Freud sostiene ahora que, tras las circunstancias del surgimiento del judío pueblo —la historia y el asesinato de Moisés—, estas pervivieron en la tradición como huellas mnémicas en estado de latencia. Posterior y paulatinamente, devinieron traumáticas. La reacción afectiva frente al parricidio hizo que las enseñanzas de Moisés fueran adquiriendo cada vez más poder, consiguiendo finalmente transformar al dios Yahvé en el dios mosaico. Incluso va más allá, afirmando que el asesinato de Moisés no debe entenderse como un caso especial, sino como una repetición del parricidio original —*Tótem y tabú*— que habría despertado la huella del viejo trauma, condenando a ambos al olvido y sentando las bases de su retorno: «fue un caso de “actuar” {*Agieren*} en lugar de recordar, como tan frecuentemente sucede en el neurótico durante el trabajo analítico». ¹⁹⁷

Es decir, no solo el monoteísmo judío, sino toda religión proviene, para Freud, de una reacción afectiva ante el asesinato del padre. Si bien en *Los actos obsesivos y las prácticas religiosas* (1907), primer ensayo dedicado estrictamente al tema cultural, el psicoanalista austríaco ya establecía una analogía entre los ceremoniales neuróticos y los rituales religiosos, es en *Tótem y tabú* donde pasa de la mera analogía a la filiación, al afirmar que el origen de la religión responde a la necesidad de apaciguar el sentimiento de culpa por el crimen cometido —o simplemente a la tentativa de calmar la culpa inconsciente procedente de la actitud ambivalente hacia el padre—, ¹⁹⁸ y a la búsqueda de protección y cariño según todo lo que la imaginación infantil puede esperar del padre. En ese sentido, bajo su fachada de fantasía, toda religión esconde algo de verdad, pero no una verdad

en una extensión de pocas páginas pudimos reencontrarnos con varios de los componentes de las nociones de trauma que hemos analizado a lo largo de toda la tesis: las huellas impresas por las vivencias, las relaciones entre trauma, memoria y olvido (capítulo II); el carácter temprano de las experiencias traumáticas, su valor en la etiología (capítulo III); el estatuto cuantitativo y relativo del trauma (capítulo IV)», p. 262

¹⁹⁷ Sigmund Freud. *Moisés y la religión monoteísta*, op. cit., p. 85.

¹⁹⁸ A lo largo de su producción teórica, Freud mantuvo diversas posturas respecto a la realidad histórica del crimen primitivo. Las páginas finales de *Tótem y tabú* están consagradas a este tema, respecto al que Freud acaba inclinándose por la realidad del relato. No tenía por qué haber optado por esto, ya que líneas más arriba él mismo dice que la fantasía sostenida, en el sentimiento ambivalente hacia el padre, hubiera bastado para provocar la reacción moral («los simples impulsos hostiles contra el padre y la existencia de la fantasía optativa de matarle y devorarlo hubieran podido bastar para provocar aquella reacción moral que ha creado el totemismo y el tabú. De este modo eludiríamos la necesidad de hacer remontar los comienzos de nuestra civilización, que tan justificado orgullo nos inspira, a un horrible crimen, contrario a todos nuestros sentimientos. El encadenamiento causal que se extiende desde tales comienzos hasta nuestros días no quedaría ininterrumpido por este hecho, pues la realidad psíquica bastaría para explicar todas las circunstancias indicadas»). En *El malestar en la cultura* retoma la cuestión de la operatividad de la fantasía al afirmar que no es decisivo si hemos matado al padre o si nos abstuvimos de hacerlo. Sin embargo, en el *Moisés* volverá a manifestar su creencia en la realidad del crimen. (Sobre el problema de la reificación de la fantasía).

material, esto es, manifiesta y literal, sino una «verdad histórica»: aquella que trae el retorno de lo pasado y requiere ser descifrada.

Del mismo modo que en la historia individual las huellas mnémicas de vivencias pretéritas pueden irrumpir en el presente como trauma forzando al suceso psíquico pasado a insertarse en una estructura actual de acontecimientos, modificando y configurando de nuevo su significado, Freud anima a reparar en la probabilidad de que también las experiencias colectivas logren ser reprimidas por el grupo, conservadas en un estado oscurecido y desfigurado, pudiendo mucho después irrumpir y devenir traumáticas para una nueva generación. A pesar de que una de las críticas más comunes contra Freud es la ligereza con la que aplica a fenómenos culturales principios procedentes de la práctica clínica individual, el padre del psicoanálisis dedica un apartado entero a reconocer las dificultades a la hora de perfilar la forma en que la tradición eficiente mantendría su presencia en la vida de los pueblos.

En este, titulado precisamente «Dificultades», Freud plantea varias hipótesis donde fundamentar su idea de la transmisión transgeneracional de las impresiones dejadas por los traumas. Una primera vía de transmisión sería la tradición oral consciente, después proscrita por los escribas. Si bien en un principio podría esperarse que la transcripción extinguiera el recuerdo y finalmente cayera en el olvido, también cabe plantear la posibilidad de que quedara fijada por escrito a través de marcas, señales que darían cuenta de lo sucedido. Pero esta vía es insuficiente, pues no explicaría la intensidad con la que se reafirma la tradición después de la latencia. Así, finalmente, Freud se inclina por la vía de la explicación filogenética: «en la vida psíquica del individuo pueden tener eficacia no únicamente contenidos vivenciados por él mismo sino también fragmentos de origen filogenético, que no han de ser adquiridos por cada generación, sino solo despertados».

Para Freud determinadas experiencias decisivas en la historia de un pueblo podrían ser conservadas y transmitidas a través de una herencia arcaica desde tiempos primordiales y configurar el carácter psicológico de generaciones futuras: «La herencia arcaica del ser humano no abarca sólo predisposiciones, sino también contenidos, huellas mnémicas de lo vivenciado por generaciones anteriores. Con ello, tanto el alcance como la significatividad de la herencia arcaica se acrecentarían de manera sustantiva». Pero ¿significa esto que Freud suscribió una especie de psicolamarckismo, a pesar de ser ya en su época una doctrina desacreditada? ¿En qué se diferencia, entonces, la noción de

herencia arcaica de la tesis del inconsciente colectivo de Jung, a la que Freud tanto se opuso?

Sobre este tema, que se integra dentro de la cuestión más amplia acerca de la postura freudiana ante el poder de la tradición y la dinámica de su transmisión, se ha desatado una controversia protagonizada por eminentes pensadores de distinta índole y ámbito cultural, todos ellos intrigados por esclarecer el propósito fundamental del ilustre psiquiatra en esta sugerente obra. Para Yosef Hayim Yerushalmi no cabe duda de que la interpretación del judaísmo que hace Freud en el *Moisés* se funda en un estricto lamarckismo,¹⁹⁹ algo que, por otro lado, prácticamente se ha convertido en un mantra entre la mayoría de sus comentaristas. Sin embargo, Jacques Derrida²⁰⁰ se opone a Yerushalmi, al que acusa de reducir la explicación freudiana de la transmisión a esquemas lamarckianos, e invita a realizar, a partir de la deconstrucción del concepto de archivo, una lectura distinta de la forma de entender la identidad y la memoria que pondría en duda la dicotomía entre lo biológico y lo otro psicológico, social y lingüístico. Para Derrida, Freud se muestra más cauto de lo que suele reconocerse al respecto de la herencia biológica. Pues, aunque admite que le es difícil privarse de una referencia a la evolución biológica, distingue esencialmente entre caracteres adquiridos «difíciles de asir» y «huellas mnémicas de

¹⁹⁹ «En ningún lugar es más sorprendente y radical el lamarckismo de Freud que en *Moisés* y la religión monoteísta. Aun cuando suspendamos provisionalmente nuestra incredulidad científica, seducidos por la propia definición transitoria de Freud de la creatividad científica como la sucesión de la fantasía osadamente lúdica y la crítica incansablemente realista, el lamarckismo de Freud en *Moisés* y la religión monoteísta plantea las demandas más difíciles a la fantasía misma. Porque incluso cuesta imaginar la formación de una herencia filogenética en la época prehistórica más remota, cuando, ostensiblemente, la estructura de la psique humana estaba aún en un proceso de evolución inicial y fluido, y ciertas experiencias abrumadoras y universales, repetidas una y otra vez durante enormes periodos de tiempo, dejaron eventualmente improntas psicológicas que pudieron en cierto modo transmitirse a las generaciones futuras. Aquí, sin embargo, el trauma en forma de un único puñado de hechos históricos, su codificación en el legado genético de un grupo particular, la represión colectiva y el retorno de lo reprimido tienen lugar en un tiempo histórico relativamente reciente, en el breve intervalo de unos cinco a ocho siglos. Además, se alega que no solo el asesinato traumático de Moisés ha sufrido este fatídico e intrincado proceso, sino también el contenido de su enseñanza religiosa. La herencia arcaica de los seres humanos, insiste Freud en *Moisés* y la religión monoteísta, comprende no solo disposiciones, sino motivos, huellas en la memoria de la experiencia de las primeras generaciones. En este punto, incluso el más ardiente admirador de Freud solo puede susurrarse a sí mismo: *Certum, quia absurdum est*». Yosef Yerushalmi. *El Moisés de Freud. Judaísmo terminable e interminable*. Madrid: Trotta, 2014, pp. 68-9.

²⁰⁰ «Ello no nos reconduce necesariamente a Lamarck o a Darwin, incluso si se hace preciso entonces articular de otro modo la historia de los programas y de los cifrados genéticos sobre todos los archivos simbólicos e individuales. Todo lo que dice Freud es que entre los dos tipos de memoria o de archivo transgeneracional (el recuerdo de una experiencia ancestral o el carácter que se dice biológicamente adquirido) somos sensibles a una analogía y no podemos «representarnos (vorstellen) el uno sin el otro. Sin la fuerza y la autoridad irreprimible, es decir, solamente suprimible y reprimible, de esta memoria transgeneracional, los problemas de los que hablamos se disolverían o resolverían por adelantado. En adelante ya no habría ni historia esencial de la cultura, como tampoco cuestiones acerca de la memoria o el archivo [...] y ni siquiera se comprendería ya cómo un ancestro puede hablar en nosotros», Jacques Derrida. *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid: Trotta, 1997, p. 43-44.

impresiones exteriores». El asunto primordial no es la herencia de caracteres adquiridos, sino el modo de transmisión de huellas mnémicas dentro de impresiones exteriores.

En esta misma línea, aunque en otra dirección, iría el filósofo Richard J. Bernstein, quien sostiene que «evocar el fantasma de un lamarckismo estricto eclipsa lo más original, audaz e incitante de las reflexiones de Freud sobre la tradición religiosa judía».²⁰¹ El autor de *Hannah Arendt and the Jewish Question* cree que el énfasis debe ponerse en la manera en que Freud amplió la idea de tradición y transmisión al tener en cuenta que la comunicación entre generaciones no se reduce a enunciaciones explícitas, sino que también está constituida por aquello que se comunica inconscientemente. En la medida en que, para Freud, la tradición contiene mucho más de lo que yace en el campo de la conciencia, el autor pone en contacto las aportaciones freudianas con la idea gadameriana de tradición: esta no es solo pasado, sino un trasladar hermenéuticamente lo preconsciente a la conciencia.²⁰²

En tanto que depende de la interacción de huellas pretéritas con coyunturas presentes, la verdad de lo que retorna, esto es, la verdad histórica, cambia según los tiempos posibilitando que, lo que antaño fuera ignorado o incluso refutado, hoy se admita cadenciosamente. Esto es lo que Freud quiere decir con su noción de verdad histórica, aquello que podría deducirse de la relación entre un efecto actual compulsivo que deforma lo que alguna vez se perdió para siempre, y un pasado necesariamente deformado y no memorable, pero inscrito con fuerza.²⁰³ Solo desde el presente el pasado se convierte en trauma, despertando así la represión y posibilitando las condiciones para que lo ya sucedido retorne como síntoma en lugar de como recuerdo.

El texto de Freud nos llega desde un pasado donde el futuro parecía estar amenazado por la violencia de su presente. Hoy, desde el futuro de su traumático presente, el texto ha cobrado una actualidad inusitada. Sin pretender saldar las complejas discusiones en torno a esta obra, lo que está claro es que al hacer referencia al trauma recurrente en la historia del pueblo judío Freud convulsionó nuestra manera de pensar la tradición y la memoria cultural. Nadie antes había afirmado que una experiencia pudiese devenir traumática globalmente para un colectivo, incluso muchos años después de haber ocurrido

²⁰¹ Richard J. Bernstein. *Freud y el legado del Moisés*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002, p. 85

²⁰² «El diálogo con ella no tiene fin. En este sentido, toda comprensión e interpretación es a un tiempo terminable (a causa de nuestros finitos y limitados horizontes) e interminable (en razón de la imposibilidad de prever la reinterpretación del pasado que los futuros horizontes habrán de exigir)», *Ibidem.*, p. 89.

²⁰³ André Green. *El tiempo fragmentado*, op. cit., p. 47

y aun para aquellos que no han sido protagonistas directos de los eventos. Y, sin embargo, esta es la acepción hegemónica en los trabajos contemporáneos, memorísticos o historiográficos.²⁰⁴

III. 5. Conclusión

Durante el recorrido que hemos realizado en este capítulo por las innovaciones teóricas realizadas durante las dos últimas décadas de la vida del vienés, nuestro interés se ha centrado en atender a cómo todas ellas quedan recogidas en la reformulación del concepto de trauma, así como en poner de manifiesto la existencia, en el modelo freudiano, de la concepción de una temporalidad cuyo lugar epistemológico es el presente. Desde el punto de vista del psicoanálisis, la memoria tiene la capacidad de hacer socialmente vivo el pasado, con independencia del tiempo que haya transcurrido. En las situaciones traumáticas esta incorporación activa de las huellas mnémicas al contexto de la experiencia presente implica la pérdida de la unidad del yo.

El sufrimiento propiamente psicopatológico no está ligado sólo a las dificultades actuales de la vida, sino también a un fragmento de nuestro pasado que infiltra y complica nuestro modo de relacionarnos con el presente: esto es lo que llamamos sufrir de reminiscencias, sufrir del retorno de un aspecto del pasado que se actualiza en el presente y tiende a sobrecargar la conciencia presentándose como algo actual. Aunque tal incorporación del pasado al presente no tiene por qué tener connotaciones patológicas, sino que en la vida normal del sujeto esto provoca un proceso de reordenamiento aplicado a los recuerdos que Freud denomina retranscripción. Esta retranscripción es el logro psíquico de las sucesivas etapas de la vida.

Cuando, desde el comienzo de su producción científica, Freud sentencia que la histeria es una forma de sufrir reminiscencias, ya está estableciendo esta idea de síntoma como portador de una forma de recuerdo que tiende a sustituir el sentido de la experiencia actual por el sentido del pasado. Esta hipótesis supone la concepción de una forma de memoria que no es solo memoria consciente, sino también inconsciente, la cual constituye un reto para la labor historiográfica en el debate contemporáneo sobre los usos del pasado. En sus últimos años Freud aplicó a la vida social este modelo epistemológico de temporalidad

²⁰⁴ Por poner algunos ejemplos emblemáticos: Cathy Caruth, *Trauma. Explorations in Memory*. John Hopkins University Press, Baltimore y Londres, 1995; Aleida Assmann, *Shadows of Trauma: Memory and the Politics of Postwar Identity*, Fordham University Press, Nueva York, 2016. Marianne Hirsch, *La generación de la posmemoria. Escritura y cultura visual después del Holocausto*. Madrid, Carpe Noctem, 2015. Dominick LaCapra, *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2005.

fragmentada en estratos activos de la que nos hemos ocupado hasta ahora en el plano individual, convirtiéndola en un modelo histórico, en especial en su obra *Moisés y la religión monoteísta*.

De todas las problemáticas y polémicas que ha suscitado y sigue suscitando, lo que nos interesa resaltar del análisis que realiza Freud en el *Moisés* es una definición del tiempo que se sustenta en el supuesto de una multiplicidad de temporalidades actuantes según diversos regímenes de eficacia, en la que el retorno de un aspecto o fragmento de nuestro pasado se infiltra y tiende a sobrecargar la conciencia presentándose como presente. Todo ello preparó el camino para una comprensión moderna de los recuerdos donde, como dice Aleida Assmann, estos son dirigidos por el presente como a miembros de una orquesta.

CONCLUSIÓN A LA PRIMERA PARTE

EL CONCEPTO DE TRAUMA EN LA OBRA DE SIGMUND FREUD

En la medida en que la teoría freudiana constituye un edificio complejo que fue construyéndose lentamente a medida que la experiencia clínica y su elaboración teórica lo exigían, resulta muy difícil tener una visión sistemática de muchos de los conceptos del edificio freudiano. Uno de ellos es el de «trauma». A pesar de que Freud nunca sistematizó su teoría sobre el mismo, el propósito principal que nos ha ocupado en esta primera parte ha sido mostrar que, tanto a nivel conceptual como a nivel clínico, el concepto acogió en su interior todas aquellas transformaciones relativas al síntoma neurótico, el inconsciente y el proceso de constitución del sujeto, que se fueron sucediendo a lo largo de la vida y obra del ilustre vienés. Por ello, un recorrido teórico y conceptual por el concepto de trauma puede adoptarse como guía del camino efectuado en la construcción de la teoría psicoanalítica freudiana.

Aunque trauma sea un concepto que atraviere toda la producción freudiana aprehendiendo los diferentes contextos epistémicos y culturales en los que se inserta, habremos de reconocer que no tiene una significación idéntica en todas las etapas. En un primer período, que situamos aproximadamente desde el *Proyecto* de 1895 hasta 1900, y en el que tomamos como paradigmático el texto de *Las neuropsicosis de defensa*, vimos que en los inicios del psicoanálisis el trauma quedaba definido como el *recuerdo* de una experiencia sexual precoz producida en la infancia. Tal recuerdo infantil, que hasta entonces había permanecido carente de sentido, es activado por alguna experiencia presente parangonable, de algún modo, a la escena recordada, adquiriendo entonces una resignificación sexual. Esto hace que el sujeto lo experimente como si se tratase de un suceso nuevo e inasimilable, provocando entonces su rechazo en la conciencia actuando a la manera de un *cuerpo extraño*, fuente de la sintomatología neurótica. No obstante, tan solo dos años después Freud ya no estaba tan seguro de que los síntomas ocurrieran a raíz de un trauma sexual efectivamente acontecido, tal y como queda constancia en la famosa carta a Fliess.

Ahora bien, si las escenas de seducción no son ciertas —es decir, si no hay un adulto perverso que introduzca al niño en las cuestiones de la sexualidad— y aun así la causa sexual de los síntomas permanece, ¿de dónde surgen estas escenas? De 1905 a 1915, en textos como *Tres ensayos para una teoría sexual*, Freud transitará desde su teoría de la

histeria explicada por un trauma sexual infantil, hasta la interpretación de la fantasía y los recuerdos encubridores como síntomas de motivación erótica. El trauma deja en ese momento de ser un suceso, algo que pueda acontecer en la realidad material externa, y se presenta como algo inherente a la estructura del ser humano que da respuestas sin tener consciencia de ello. A pesar de estas modificaciones en las que el alcance etiológico del trauma va disminuyendo en favor de la sexualidad infantil, de la función subjetiva de la vida fantasmática y de las fijaciones a las diversas fases libidinales, la concepción de la temporalidad *nachträglich* y el trauma como cuerpo extraño se mantuvo aquí vigente, pues la realidad psíquica tiene para el sujeto la misma operatividad que la externa.

Mientras la teoría traumática de la neurosis iba perdiendo importancia en el seno de la incipiente arquitectónica freudiana, la propagación de las neurosis de guerra a propósito de la Primera Guerra Mundial volvió a situar en el centro de las preocupaciones de Freud el problema del trauma. Tras la incorporación de sustanciales cambios teóricos relativos a los supuestos tópicos y pulsionales, como son la introducción de la pulsión de muerte y la división tripartita del psiquismo en ello, yo y superyó, el modelo del trauma como cuerpo extraño quedó transformado. En *Más allá del principio de placer* este queda definido como el efecto de una excitación que, por su intensidad, rompe los dispositivos de protección del aparato anímico imposibilitando la trama representacional de la psique. El concepto de trauma ya no mentará una representación inasumible para el sujeto, sino que apunta directamente a la exigencia pulsional, además de que queda en estrecha conexión con la angustia entendida como señal. Tal cambio de paradigma le forzó a abandonar el modelo de la representación y a sustituirlo por el de la moción, cuya representación sintomática más reveladora es la compulsión a la repetición.²⁰⁵ Lo traumático, queda fijado porque no llega a tener un sentido que le permita ser integrado en la vida psíquica y no es, por tanto, susceptible de evolución.

A pesar de que hay en Freud dos conceptualizaciones distintas de *trauma*, determinadas características de tal noción permanecen inalterables a lo largo de su obra. Por un lado, un trauma siempre es algo fundamentalmente interno. Incluso cuando Freud está comprometido con la teoría de la seducción, el trauma nunca es producto directo de una causa externa, sino que obtiene su fuerza de los procesos psíquicos internos. Más que

²⁰⁵ André Green. *El tiempo fragmentado*, op. cit., p. 95

la exactitud del hecho, lo que cobra valor psíquico es en todos los casos la significación que toma para el sujeto.

Por otro lado, desde la óptica freudiana un trauma siempre tiene dos tiempos: 1) el tiempo de la temprana infancia, en el que se producen ciertas vivencias que, al no lograr ser psíquicamente procesadas, no son asequibles al recuerdo y pertenecen, por tanto, al período de amnesia infantil que muchas veces es penetrado por restos mnémicos singulares, denominados «recuerdos encubridores». Y, 2) la reactivación traumática de tales huellas mnémicas a propósito de un suceso acontecido en el presente. Lo traumático, pues, siempre depende de la combinación de una diacronía sustentada en huellas pretéritas de la infancia que generan las condiciones de posibilidad de la enfermedad, y una sincronía —a la que denominamos estructura— que opera en la producción de lo traumático. Esto significa que hay una interacción entre el presente y el pasado que obliga constantemente a cambiar la opinión sobre este último y la conciencia de aquel.

En los momentos más catastróficos de su vida, en los que la cultura europea asistía a su propia autodestrucción con el ascenso del nazismo, Freud se pregunta en *Moisés* cómo, a pesar de su erradicación, una cultura puede seguir transmitiéndose. Se sirve entonces de un compendio de su teoría del trauma y de la idea de los dos tiempos de la temporalidad del mismo para plantear la posibilidad de que dos tiempos pertenecientes a generaciones distintas puedan unirse a través de un trauma compartido por todos los miembros del grupo. Con ello, inauguraba también una imagen del tiempo histórico. Además del tiempo continuum con el que trabaja la historiografía, esto pone de relieve la existencia de un presente en el que se concentra todo el tiempo: un tiempo en el que coinciden la conciencia individual y la memoria del grupo.

La elaboración freudiana del trauma en *Más allá del principio de placer* como desborde psicoafectivo con consecuencias sintomáticas ha sido decisiva para la formulación de la categoría diagnóstica «Trastorno de Estrés Postraumático» (TEPT), aparecida por vez primera en la tercera edición del *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales* (conocido como DSM-III) y que ha unido a psicoanalistas, psicólogos cognitivos y neurobiólogos. Según el DSM-III-R,²⁰⁶ el trastorno de estrés postraumático describiría la experiencia de un evento extraordinario que constituye la causa, necesaria y suficiente, de los síntomas y su persistencia prolongada, consistentes

²⁰⁶ La edición revisada del DSM-III en 1987

estos últimos en la aparición posterior e incontrolada de alucinaciones y otros fenómenos intrusivos en los que se repite la experiencia. Esta concepción del trauma como aquello que, al no poder ser simbolizado, regresa de manera literal, es aceptada por algunas de las máximas exponentes de los estudios sobre el trauma freudiano, como es el caso de Cathy Caruth.²⁰⁷ Sin embargo, habremos de coincidir con Ruth Leys en que el TEPS no es análogo a lo que Freud entendió por trauma. Aunque Freud sugiere dos modelos de trauma que posiblemente no llegó a integrar, para este «el trauma no se presenta a sí mismo como una verdad literal o material, como exige la teoría de Caruth, sino como una “verdad histórica”», cuyo significado refiere a sustituciones, desplazamientos y falsificaciones que se sobreponen mediante la *Nachträglichkeit*, y cuyo significado se tiene que reconstruir e interpretar, atendiendo también a la mediación autobiográfica y subjetiva que opera en el impacto del acontecimiento.²⁰⁸

Es cualquier caso, el término TEPT, creado por la Asociación Estadounidense de Psiquiatría en la década de 1980 tras la guerra de Vietnam, se ha instalado en la nomenclatura psiquiátrica y ha ido dando origen a una superabundancia de estudios sobre este trastorno. El punto culminante de su prodigalidad, no obstante, llegó junto con las consecuencias psíquicas del crimen nacionalsocialista nazi.²⁰⁹ Desde los años ochenta la cuestión del «síndrome del superviviente» se plantea cada vez más fuera del campo clínico para explicar la experiencia de los supervivientes así como la de las víctimas indirectas de las acciones genocidas del siglo XX, quienes no vivieron el acontecimiento traumático, pero quedaron devastadas por la inmensidad de la pérdida.

La noción de trauma ha sido integrada en los estudios dedicados a la historia del pasado reciente y a la memoria social para referirse a los efectos colectivos de algunas experiencias históricas del siglo XX, como la guerra civil europea (1914-1945), la Shoah y otros genocidios —armenio, camboyano— o las dictaduras militares de América Latina.

²⁰⁷ Cathy Caruth, «Experiencias sin dueño: trauma y la posibilidad de la historia», en Francisco A. Ortega (ed.), *Trauma cultura e historia: reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio*, op. cit., p. 295.

²⁰⁸ Ruth Leys, «El pathos de lo literal: el trauma y la crisis de la representación», en Francisco A. Ortega (ed.), *Trauma cultura e historia: reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio*, op. cit., p. 331

²⁰⁹ Tal y como indica Ruth Leys, así como se necesitó de la Segunda Guerra Mundial para recordar las lecciones de la Primera Guerra Mundial, también se hizo necesaria la experiencia de Vietnam para recordar las lecciones psiquiátricas del Holocausto. Por todo tipo de razones, afirma, la respuesta psiquiátrica al Holocausto fue tardía, ya que no fue hasta algunos años después de la guerra que tanto sobrevivientes como los psiquiatras comenzaron a ser conscientes del devastador costo psíquico a largo plazo de la experiencia del campo de concentración. De hecho, la noción u observación de que los síntomas de estrés pueden aparecer por primera vez después de un lapso de tiempo considerable, incluso años después de un evento traumático, es una de las contribuciones más importantes que la literatura sobre los sobrevivientes del Holocausto ha hecho a la definición de TEPT. Ruth Leys. *Trauma. A Genealogy*, op cit., p. 15

En torno a esta traslación de nociones psicoanalíticas al ámbito historiográfico se ha originado un debate sobre cómo se produce este desplazamiento semántico y a las consecuencias que la historización y el uso social de categorías psicológicas puede traer.

Desde el punto de vista epistemológico e historiográfico el empleo de este tipo de nociones puede velar o ensombrecer el contexto social en el que se genera la violencia. Desde el punto de vista ético, al definirse el trauma como un desborde psicoafectivo, dentro de tal noción tendrían también cabida los perpetradores de la catástrofe. El uso de trauma en estos casos supone patologizar ese sufrimiento, pero bien sabemos que no todo el que sufre es víctima. Y, desde el punto de vista filosófico, ámbito que nos atañe, la teoría psicoanalítica y sus ramificaciones conceptuales (trauma, duelo, repetición) aplicadas a las reconstrucciones historiográficas contemporáneas ofrece un armazón que permite explorar un nuevo modo de articular pasado, presente y futuro.

Los trágicos acontecimientos acaecidos en el siglo pasado han puesto de relieve la existencia de experiencias históricas que, por la violencia que entrañan, exceden el sistema conceptual tradicional. El siglo XX, un tiempo de guerras totales, fascismos, totalitarismos y genocidios, reveló lo ilusorio de la idea de progreso y, sostenida sobre esta, la noción clásica de historia fue fuertemente impugnada. Al tiempo lineal y continuo propio del historicismo tradicional, que consideraba el pasado como una experiencia definitivamente archivada, se le opone en nuestra contemporaneidad una aproximación a la investigación histórica caracterizada por las tensiones permanentes entre un pasado discontinuo, un presente intermitente y un futuro clausurado.

Los historiadores han de abordar un gran repertorio de conocimiento individualizado (literatura testimonial, imágenes, historia oral, actos conmemorativos, etc.) que no puede ser ya comprendido por los archivos históricos tradicionales. Tal transformación archivística, como afirma Michel De Certeau, «es el punto de partida, la condición de la nueva historia».²¹⁰ ¿Qué noción de historia subyace a la asimilación historiográfica de la noción de trauma? ¿Significa esto una nueva relación entre las nociones metahistóricas de Koselleck, espacio de experiencia y horizonte de expectativa? ¿Es trauma un concepto histórico fundamental del siglo XX? Todas estas cuestiones serán las que tratemos de abordar en la segunda parte de nuestro trabajo.

²¹⁰ Michel De Certeau, *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana, 2006, p. 88.

Segunda parte

TRAUMA: ¿CONCEPTO HISTÓRICO FUNDAMENTAL DEL SIGLO XX?

Aquel que a día de hoy quiera poner de relieve los comportamientos políticos y las mentalidades de partidos políticos, organizaciones, grupos, estratos o clases, se verá necesariamente enfrentado a las conclusiones de la escuela freudiana.

REINHART KOSELLECK

La destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con la de generaciones anteriores, es uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo XX.

En su mayor parte, los jóvenes, hombres y mujeres, de este final de siglo crecen en una suerte de presente permanente.

ERIC HOBSBAWM

Si debiéramos escoger un solo rasgo para señalar la diferencia entre los análisis contemporáneos y lo que imaginamos pudieron ser en el pasado, probablemente habría un acuerdo en situarlo en el terreno de los problemas del duelo.

ANDRÉ GREEN

INTRODUCCIÓN A LA SEGUNDA PARTE

EL SIGLO DE LOS GENOCIDIOS Y DE LOS TOTALITARISMOS

El término genocidio (combinación del griego *geno-*, que significa raza o tribu, y del latín *-cidio*, que significa matar) fue acuñado en noviembre 1944 por Raphael Lemkin.²¹¹ Al proponer tal concepto, este jurista de origen judeopolaco exiliado en Estados Unidos pretendía describir la política nazi de cometer asesinatos de forma selectiva, incluyendo la planificación coordinada de diferentes acciones «orientadas a la destrucción de los fundamentos esenciales de la vida de grupos nacionales, con el objetivo de aniquilar dichos grupos». Tal y como decretó posteriormente la Asamblea General de las Naciones Unidas durante su primera sesión el 11 de diciembre de 1946, se trata de una definición extensiva en tanto que pretende clasificar en el interior de una misma categoría un conjunto de actos muy desiguales, aunque todos coincidentes en la intención de destruir a un grupo en tanto tal (ya sea nacional, étnico, racial o religioso).²¹²

Como resalta Bruneteau, el propósito de Lemkin no era designar un fenómeno nuevo, sino más bien estigmatizar una práctica secular de la humanidad designándola como crimen en virtud del derecho internacional.²¹³ Su designio fue exitoso, pues en diciembre de 1948, el término fue adoptado por la ONU en su acta de resolución acerca de una serie de actos que el Tribunal Militar Internacional de Núremberg ya había incluido, tres años antes, bajo la categoría de crímenes de lesa humanidad. La Convención de 1948 fue punto de partida de un nuevo Derecho Internacional. Aunque el término nace, efectivamente, del estudio de un caso singular, la barbarie nazi, al instituirlo en categoría de análisis va a permitir, de ahora en adelante, instruir todos los crímenes de esta naturaleza, tanto presentes como pasados, así como compararlos y descubrir el grado de especificidad y universalidad de cada uno.

Sin embargo, como categoría de análisis, «genocidio» ha resultado para los investigadores un tanto decepcionante. Por un lado, su definición jurídica presenta serias dificultades, siendo la más grave la racialización de los crímenes, lo que se traduce en que

²¹¹ La palabra aparece impresa por primera vez en Raphael Lemkin, *Axis Rule in Occupied Europe: Laws of Occupation, Analysis of Government, Proposals for Redress*. Washington, D.C.: Carnegie Endowment for International Peace, 1944.

²¹² El calificativo «políticos y de otro tipo» fue eliminado, fundamentalmente por la irritación que causaba a la URSS, ya que el término empezaba a usarse para calificar la anexión de los países bálticos. Bernard Bruneteau. *El siglo de los genocidios: Violencia, masacres y procesos genocidas desde Armenia a Ruanda*, Madrid: Alianza, 2006, p. 18.

²¹³ *Ibidem*, p. 14.

el grupo atacado se asocie prioritariamente a categorías con un sentido científico dudoso o cuestionable, como *raza* o *etnia*, al mismo tiempo que excluye del ámbito de investigación grupos políticos y sociales.²¹⁴ Por otro lado, en tanto que se emplea para designar todo acto tendente a la negación del derecho a la existencia de un grupo mediante el terror y el aniquilamiento, la definición jurídica de genocidio ha desembocado en un intenso y duradero debate sobre el carácter singular de los crímenes nazis: ¿es posible comparar el exterminio de los judíos con otras violencias de la historia? ¿Reconocer el carácter de genocidio a otras formas de barbarie atenta contra la reclamada singularidad del Holocausto?

Desde los años ochenta, el auge de la memoria del Holocausto en la intelectualidad de Occidente ha favorecido un desarrollo de la investigación absolutamente impresionante, que contrasta notoriamente con las escasas investigaciones sobre otras violencias genocidas. Puede que esto se deba, como ha sugerido Aleida Assmann,²¹⁵ a que el Holocausto es, en cierto sentido, un acontecimiento fundante de la identidad transnacional europea. En tanto que acontecimiento histórico, empieza en la Alemania del cuarenta y dos, pero, en tanto que lacra extendida al resto de regiones europeas —por el ejército de ocupación alemana o la propia colaboración interna de ciertos sectores de los países ocupados—, no solo acontece en Alemania, sino también en el resto de enclaves europeos, orientales y occidentales, que apoyaron el régimen. En ese sentido Auschwitz no solo afectó a la memoria alemana y judía, lo hizo igualmente a la construcción cultural de una identidad colectiva europea que ha proporcionado a los diferentes estados miembros de la UE un lazo de historia compartida y el supuesto compromiso ético para construir un futuro que respete los derechos humanos. No obstante, esta memoria transnacional europea puede verse confrontada, en algunos casos, a las memorias nacionales.

La caída del muro en 1989 y el consiguiente colapso de la estructura política bipolar de la Guerra Fría cedió terreno a la manifestación de una multitud de memorias, antes ocultas y clandestinas, entre las que el terror y la violencia del estalinismo ocupan el centro. En la Europa del Este, por ejemplo, la simbólica fecha del 27 de enero de 1945 no se celebra como un acontecimiento liberador, puesto que supuso la entrada en una larga

²¹⁴ *Ibidem*, p. 18.

²¹⁵ Aleida Assmann, «Europe's Divided Memory», in Muriel Blaive, Christian Gerbel et al (eds.) *Clashes in European Memory. The Case of Communist Repression and the Holocaust*, New York, Palgrave Macmillan, 2013, pp. 25-41.

época de terror cuyo fin no llegaría hasta 1989.²¹⁶ Por ello, parece entendible que en esta zona la memoria de la Shoah no juegue el mismo papel mancomunador que en la Europa Occidental y que, en cierto modo, se la perciba como una suerte de obstáculo para el pleno reconocimiento de los sufrimientos que sobrellevaron las diferentes comunidades nacionales bajo el estalinismo a lo largo del siglo XX. Si bien es cierto que, progresivamente, la memoria del estalinismo ha ido adquiriendo el estatus tanto de fuente como de objeto de investigación histórica,²¹⁷ sigue existiendo una asimetría entre ambas.

La disputa por la singularidad y el significado del exterminio de los judíos por parte del nacionalsocialismo fue el tema central del famoso *Historikerstreit* de mediados de los ochenta en Alemania, y cuyos principales protagonistas fueron Ernst Nolte y Jürgen Habermas. Lo que desencadenó la disputa fue un texto de Nolte publicado en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* titulado «El pasado que no quiere pasar» [Die Vergangenheit, die nicht vergehen will],²¹⁸ en el que, adoptando una posición extrema en relación a la antisingularidad del Holocausto, el historiador alemán realizaba una controvertida interpretación del nazismo como una reacción a la revolución soviética, y del genocidio judío como una copia del genocidio de clase perpetrado por los bolcheviques,²¹⁹ sosteniendo, asimismo, que la conversión del nacionalismo en un mito negativo obedecía a intereses políticos e ideológicos de la República Federal de Alemania. Apenas un mes después, Habermas replicaba en *Die Zeit* afirmando que la posición de Nolte constituía una estrategia apologética de la tradición imperial-nacionalista. La polémica, que se prolongó durante casi una década, impactó fuertemente

²¹⁶ Enzo Traverso, *Melancolía de izquierda. Después de las utopías*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2019, p. 49

²¹⁷ Una obra paradigmática es *Archipiélago Gulag*, de Alexander Solzhenitsyn, gracias a cuya publicación el mundo entero descubrió la realidad del sistema concentracionario soviético. Solzhenitsyn, que estuvo confinado en uno de esos campos de internamiento y exterminio mediante los que el régimen totalitario estalinista acalló toda disidencia, describe el miedo y terror petrificante con el que la seguridad del Estado de la URSS dominaba y contenía al pueblo. Respecto a este terror, la historia del proceso de escritura del libro es casi tan ilustrativa como lo contenido en el propio libro. De ello deja constancia el documental *La historia secreta de Archipiélago Gulag*, en el que se relatan todas las precauciones que el autor y su red de colaboradores invisibles tuvieron que tomar, trasladando el manuscrito de un lugar a otro, para evitar ser detenidos y torturados por la KGB. Una de las portadoras del texto y secretaria del autor, Yelizaveta Voroniánskaya, no pudo burlar el extremo control político y fue detenida en agosto de 1973. Tras haber sido torturada en un interrogatorio, apareció ahorcada en su piso de Moscú bajo extrañas circunstancias. Este hecho hizo que Solzhenitsyn se decidiera a hacer pública esta monumental obra testimonial.

²¹⁸ Ernst Nolte, «Un pasado que no quiere pasar: Una conferencia que, ya escrita, no pudo ser pronunciada». *Pasajes*, 24, 2007, pp. 70-75.

²¹⁹ «¿No fue el Archipiélago gulag anterior a Auschwitz? El «asesinato de clase» perpetrado por los bolcheviques, ¿no fue la premisa lógica y fáctica del «asesinato racial» perpetrado por los nacionalsocialistas?», *ibídem*, p. 74.

en el mundo universitario y propició el surgimiento de una tercera generación de historiadores que situaron al Holocausto en la órbita de sus trabajos.²²⁰

Las polémicas en torno a la singularidad del Holocausto no se expresan únicamente en los debates acerca de la aplicación del término «genocidio» como categoría de análisis histórico, sino también en las disputas por delimitar los orígenes y la tipología del concepto «totalitarismo», tema de estudio de la filosofía y de la ciencia política a raíz de la llegada de Hitler al poder.²²¹ Aparecido en la Italia fascista durante los años veinte en forma de adjetivo —«totalitario»—,²²² a lo largo de los años treinta se propagó al resto del mundo, comenzando a ser usado para denunciar los rasgos comunes del fascismo europeo y el comunismo soviético. Pero fue durante los primeros años de la Guerra Fría cuando empezó a usarse como un instrumento de discurso público ensalzador del orden occidental. «Totalitarismo» se convirtió entonces en sinónimo de comunismo, el enemigo del mundo libre. Con la Alemania Federal al frente de la lucha contra el totalitarismo, comenzó en occidente un largo proceso de represión de la memoria de Auschwitz.

Nuestra intención no es entrar a valorar las polémicas y complejas cuestiones en torno al Holocausto y su uso como *tropos* universal del trauma histórico, sino tan solo recalcar que el siglo XX es hoy pensado, no como el siglo de las revoluciones, sino de la violencia política, bajo la forma de guerras mundiales y civiles, genocidios, depuraciones étnicas, la experiencia del totalitarismo, represiones políticas y represiones militares. El deber ético de rescatar a los muertos del olvido y transmitir el recuerdo de las víctimas a las nuevas generaciones, así como la imprescriptibilidad jurídica de tales crímenes, han contribuido a abolir la distancia temporal que separa nuestro pasado de nuestro presente, inhibiendo en este último las acciones orientadas a un futuro mejor.²²³ Hoy, un pasado

²²⁰ El nazismo se volvió indisoluble de la Shoah, que se convirtió en una suerte de no man's land de la comprensión. «Ein Niemandland des Versteehens, ein schwarzer Kasten des Erklärens». Diner Diner caracteriza la Shoah como una no man's land de la comprensión en Dan Diner, «Zwischen Aporie und Apologie. Über Grenzen der Historisierbarkeit der Massenvernichtung», en *Babylon 2*. Frankfurt d. M., Neue Kritik, 1987, p. 33. Referencia extraída de Enzo Traverso. *La historia como campo de batalla*, op. cit., p. 147.

²²¹ Juan Francisco Fuentes, «Totalitarismo: origen y evolución de un concepto clave», *Revista de Estudios Políticos (nueva época)*, 134, Madrid, diciembre, 2006, p. 202

²²² «En 1932, en un ensayo muy célebre de la Enciclopedia italiana, Mussolini y Gentile reivindicaban abiertamente la naturaleza totalitaria del régimen fascista. La caracterización del fascismo como totalitarismo devendrá posteriormente un lugar común de la propaganda del régimen», Enzo Traverso. «El totalitarismo. Usos y abusos de un concepto», *Las escalas del pasado: IV Congreso de Historia Local de Aragón* (Barbastro, 3-5 de julio de 2003) coord. por Alberto Sabio Alcutén, Carlos Forcadell Álvarez, 2005, p. 101.

²²³ «No se convoca a los jóvenes a cambiar el mundo sino, antes bien, a no repetir los errores de aquellos que, cegados por peligrosas utopías, contribuyeron en definitiva a la construcción de un orden despótico». Enzo Traverso, *Melancolía de izquierda. Después de las utopías*, op. cit., p. 116.

que no termina de pasar se vive en términos de un duelo inagotable incapaz de constituirse en experiencia integrable en un marco interpretativo socialmente compartido sobre el que fundamentar un horizonte de expectativas.

Las experiencias de un horror sin precedentes condensadas en el siglo XX no pueden ser aprehendidas por los conceptos históricos fundamentales de la modernidad. Los fenómenos del totalitarismo y los genocidios conllevan una nueva semántica del tiempo histórico,²²⁴ es decir, una nueva forma de vivenciar la temporalidad cuyos síntomas son más bien el estancamiento y la distopía. En los últimos años han aflorado nuevas categorías de época cuya estructura temporal interna ya no apunta a la planificación utópica del futuro que caracterizaba a los conceptos históricos modernos de progreso, revolución, historia. La expectativa social de perfeccionamiento, prosperidad y emancipación parece haber desaparecido, mientras que la experiencia ha quedado reducida a un campo de escombros y cadáveres.²²⁵ Esto ha propiciado la aparición de nuevos conceptos históricos (duelo, melancolía, culpa, catástrofe) y a la resemantización de otros tantos (¿historia y memoria?). ¿Asistimos, por tanto, a una nueva *Sattelzeit* en la que se está incubando una nueva gramática temporal? ¿Es trauma un concepto histórico del trágico siglo XX?

Los tres capítulos que integran esta segunda parte pretenden explorar esta cuestión. Para ello, comenzaremos deteniéndonos (Capítulo IV: «El concepto de concepto histórico fundamental en la propuesta historiográfica de Reinhart Koselleck») en la noción de concepto histórico teorizada por Koselleck con el propósito de esclarecer qué cabe entender por tal en el legado del padre de la historia conceptual, así como de dilucidar el tipo de relación que mantiene con la historia entendida como una forma de antropologización del tiempo. En el capítulo V («Crisis del régimen de historicidad moderno») atenderemos a la investigación material sobre elaboraciones semánticas concretas de conceptos modernos analizados por Koselleck, con miras a demostrar que el concepto histórico contiene relaciones elementales de oposición inherentes a la naturaleza humana articuladas de manera distinta en las diversas historias fácticas, entre las que destacan las categorías experiencia/expectativa. En ese sentido, veremos cómo la historia de los conceptos acaba apuntando a una teoría de los tiempos históricos desde la que podremos diagnosticar la crisis del régimen de historicidad moderno. En el sexto y último

²²⁴ Anson Rabinbach, *Begriffe aus dem Kalten Krieg: Totalitarismus, Antifaschismus, Genozid*, 2009.

²²⁵ Enzo Traverso. *Melancolía de izquierda. Después de las utopías*. op. cit, p. 33.

capítulo («Historia y memoria») se atenderá a cómo todo ello ha conducido a reevaluar la vinculación conceptual entre memoria e historia.

CAPÍTULO IV. EL CONCEPTO DE *CONCEPTO HISTÓRICO FUNDAMENTAL* EN LA PROPUESTA HISTORIOGRÁFICA DE REINHART KOSELLECK

IV.1 Introducción: de la historia de los conceptos a la historia conceptual

En este capítulo se realizará un recorrido por la obra de Reinhart Koselleck con el propósito de esclarecer qué cabe entender por *concepto histórico fundamental*, así como dilucidar el tipo de relación que tal noción de concepto mantiene con la historia entendida como una forma de antropologización del tiempo. No se trata de exponer y discutir el sinfín de problemáticas derivadas del trabajo de este *historiador pensante*,²²⁶ sino que aspiramos a una tarea mucho menor, aunque no por ello exenta de complejidad. Una de las críticas más fuertes que se le ha hecho a la historia conceptual proviene de aquellos que sostienen que Koselleck no define con claridad en qué consiste un concepto, ni mucho menos un concepto histórico fundamental.

La *Begriffsgeschichte* koselleckiana se puede interpretar como una historia de los conceptos referida a una investigación material sobre elaboraciones semánticas concretas o como una historia conceptual de raigambre más teórica con despliegue hacia una suerte de antropología histórica. Ambas versiones convergen en el pensamiento de Koselleck por medio de un nexo que, creemos, va a radicar en su concepto de concepto. Por ello, lo que nos ocupará en este capítulo será explicar cómo se conforma esta alianza entre investigación histórica e indagación teórica en el planteamiento koselleckiano mediante la reconstrucción del proceso de formación del mismo, con el objeto de responder a la cuestión de qué cabe entender por *concepto histórico fundamental*.

²²⁶ Faustino Oncina, «Necrológica del outsider Reinhart Koselleck: el “historiador pensante” y las polémicas de los historiadores», en Faustino Oncina (ed.), *Teorías y Prácticas de la Historia Conceptual*, Madrid: CSIC-Plaza y Valdés, 2009, p. 233

La expresión *Begriffsgeschichte* aparece por primera vez en las *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* de Hegel, las últimas impartidas por este alrededor de 1830. Sin embargo, el uso que le dio Hegel no deja de ser muy preciso, sin consecuencias posteriores, y que no guarda apenas relación con el que después difundió Koselleck. Más bien, los antecedentes más próximos de la historia conceptual de la que vamos a ocuparnos tienen como una de sus sedes fundamentales la Universidad de Heidelberg. Por tanto, comenzaremos recreando el contexto institucional e intelectual de esta universidad donde se formó el joven Koselleck y que orientó el conjunto de su obra, incidiendo en la influencia que, tanto la hermenéutica filosófica como la historia social, tuvieron en la configuración del enfoque histórico conceptual koselleckiano.²²⁷ Tras esto, mostraremos cómo Koselleck preconiza un nuevo concepto de concepto, cuyo desarrollo propiciará su progresiva emancipación de la historia social y acabará planteando, por medio del énfasis en las dinámicas pre y extralingüísticas que crean y estructuran toda posible historia humana, la superación de la ontología universal del lenguaje.²²⁸

IV.2. La historia de los conceptos: Heidelberg y los inicios académicos de Reinhart Koselleck

En los albores de los años sesenta, en un ambiente de fervor positivista en el que las controversias modernas en torno a los métodos ensalzaban la ciencia natural como el único modo válido de conocimiento del ser humano, la hermenéutica filosófica gadameriana, con sede en la Universidad de Heidelberg, reivindicaba la legitimidad epistemológica de otras formas de experiencia depositarias de verdad. Se refería tres espacios humanos cuya respuesta a la pregunta por la verdad habría de encontrarse respectivamente en la *comprensión* misma de la experiencia estética, histórica y

²²⁷ Poco después de la guerra, la Universidad de Heidelberg se convirtió en una de las universidades más importantes del Oeste de Alemania debido, entre otras cosas, a que albergaba a un gran número de reconocidos académicos que fueron muy influyentes en el debate político e intelectual de la posguerra. Desde que ingresara como estudiante en el verano de 1947, hasta que llegara a convertirse en profesor en 1968, Koselleck combinó en Heidelberg estudios de filosofía, sociología, antropología, derecho e historia, participando de un horizonte intelectual compuesto por importantes historiadores (Werner Conze y Otto Brunner), reconocidos sociólogos (Alfred Weber) y destacados filósofos (Karl Löwith y Hans Georg Gadamer). En sus años de formación Koselleck también contó con el asesoramiento de Carl Schmitt. Desde 1952 hasta comienzos de los sesenta, el autor de *El concepto de lo político (Der Begriff des Politischen)* fue uno de sus interlocutores más importantes, sobre todo durante la redacción de su tesis doctoral. Sin embargo, Schmitt no pudo figurar como director del trabajo por haber sido apartado de la docencia universitaria debido a su implicación con el nazismo. Otras figuras importantes que dejaron una fuerte impresión en Koselleck fueron Martin Heidegger y Johannes Kühn. Niklas Olsen, *History in The Plural. An Introduction to the Work of Reinhart Koselleck*. New York: Berghahn Books, 2010, p. 19.

²²⁸ José Luis Villacañas. *Esbozos teóricos*. Madrid: Escolar y mayo, 2013, p. 11.

filosófica.²²⁹ En relación con esta última, Gadamer sostiene que el hecho de la comprensión consiste en el tomar conciencia de la relación determinante del pensamiento que se da entre la palabra y el concepto.

Para el autor de *Verdad y método*, todo pensamiento filosófico opera sobre un mundo previamente articulado en el fenómeno de la lingüisticidad. Es decir, en la medida en que la experiencia que tenemos del mundo se nos da a través del lenguaje, el proceso de formación conceptual requerido por el pensamiento crítico nunca es el comienzo, sino que siempre se produce condicionado hermenéuticamente por un lenguaje —tanto hablado como escrito—, que ya expresa una determinada interpretación del mundo vinculada, de forma inextirpable, a la experiencia vital e histórica del ser humano.²³⁰ El ser, pues, se diluye en el lenguaje. Y la filosofía, cuya conceptualidad constituye su esencia, es para el discípulo de Heidegger ese esfuerzo constante de búsqueda lingüística. Así, aunque aparezca bajo la forma gramatical de la palabra, el concepto tiene otra acreditación distinta, a saber, «aclarar el encubrimiento del origen de las palabras filosóficas, para poder mostrar la legitimidad de nuestros planteamientos».²³¹

A diferencia de la función que se le otorga al concepto en las ciencias positivas, reducido a mera herramienta teórica referida a una realidad experiencial a fin de mostrar su verificabilidad o falsabilidad, desde la perspectiva hermenéutica los conceptos no son términos químicamente puros mediante los que someter objetos, sino plurívocos. En tal noción de concepto, asegura Gadamer, radica la legitimación filosófica de la historia conceptual [*Begriffsgeschichte*]: «esas “fracturas” en las que se quiebra en cierto modo la relación entre palabra y concepto y los vocablos cotidianos se reconvierten artificialmente en nuevos términos conceptuales, constituyen la auténtica legitimación de la historia del concepto como filosofía».²³²

A finales de los años cincuenta la historia de los conceptos ya había alcanzado cierta notoriedad filosófica en el ámbito académico germano gracias, en buena medida, a la

²²⁹ «Es una cuestión muy distinta la de hasta qué punto se legitima filosóficamente la pretensión de verdad de estas formas de conocimiento exteriores a la ciencia. La actualidad del fenómeno hermenéutico reposa en mi opinión en el hecho de que solo una profundización en el fenómeno de la comprensión puede aportar una legitimación de este tipo», Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método*, Volumen I, Salamanca, Sígueme [1960], 1993, p. 9.

²³⁰ «Para todo pensamiento crítico de nivel filosófico el mundo es siempre un mundo interpretado en el lenguaje. El aprendizaje de una lengua, la asimilación de nuestra lengua materna, es ya una articulación del mundo», Hans-Georg Gadamer, «La historia del concepto como filosofía», *Verdad y Método*. Volumen II. Salamanca, Sígueme, [1960], 1992, p. 83.

²³¹ *Ibíd.*, p. 87.

²³² *Ibíd.*, p. 93.

creación del *Archiv für Begriffsgeschichte*, revista de la Academia de la Ciencia y la Literatura de Maguncia.²³³ Sin embargo, el impulso definitivo más allá de la terminología filosófica lo dio el padre de la hermenéutica contemporánea,²³⁴ quien, valiéndose de la presidencia de la comisión para la investigación en el campo de la historia conceptual auspiciada por la *Deutsche Forschungsgemeinschaft*,²³⁵ defendió manifiesta y abiertamente el valor intrínsecamente filosófico de la historia conceptual mediante la reivindicación del concepto —y no del término— como su genuina unidad de estudio.

Si bien tras terminar *Verdad y método* su autor organizó una serie de congresos dedicados a discutir la afinidad entre la hermenéutica y la historia conceptual por medio de una determinada comprensión del concepto,²³⁶ Gadamer tan solo redactó dos artículos sobre esta temática: «La historia del concepto como filosofía» (1970) y «La historia del concepto y el lenguaje de la filosofía» (1971).²³⁷ Frente al uso indiscriminado que la historia terminológica venía haciendo de palabras y conceptos, el insigne alumno de Heidegger aclara en tales textos que la unidad del concepto es distinta a la unidad de la palabra. En tanto que su vocación es la de aprehender lo definitivo, las palabras carecen de historia. La grandeza del concepto, por el contrario, estaría en la historicidad

²³³ El fundador y principal promotor del *Archiv für Begriffsgeschichte*, impulsado en 1955, fue Erich Rothacker. Su principal objetivo no era otro que legitimar la historia conceptual dentro de las polémicas en torno a la filosofía de la historia. En 1967 esta revista anunció dos de los proyectos más importantes de la historia conceptual: *Das Lexicon politisch-sozialer Begriffe der Neuzeit*, lanzado por Brunner, Conze y Koselleck (años después convertido en el *Geschichtliche Grundbegriffe*), y también el *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, del filósofo Joachim Ritter. (Véase Niklas Olsen, *History in The Plural. An Introduction to the Work of Reinhart Koselleck*, op. cit., 2010, p. 169). A partir de los años setenta, con la publicación del *Historisches Wörterbuch*, la historia conceptual filosófica de Maguncia compartirá capitalidad geográfica con Münster (Véase José Luis Villacañas y Faustino Oncina, «Introducción» a Reinhart Koselleck y Hans Georg Gadamer, *Histórica y hermenéutica*, Barcelona, Paidós, 1997, p. 12). Todo esto pone de manifiesto que, en buena parte de Alemania, varias escuelas de pensamiento practicaban de un modo u otro la historia conceptual, y que la *Begriffsgeschichte* koselleckiana es una modalidad de entre todas ellas.

²³⁴ Alrededor de 1800, los filósofos comenzaron a preocuparse por los orígenes, los cambios y las funciones de las palabras, con el fin de realizar un uso más conciso del lenguaje. Con este propósito, a finales del siglo XIX se publicaron dos famosos diccionarios: *Geschichte der philosophischen Terminologie* (1879) de R. Eucken y el *Wörterbuch der philosophischen Begriffe* (1899) de R. Eisler. Durante la década de 1920, Rothacker revisó y trató de actualizar el diccionario de Eisler, cuyo proyecto de producir una enciclopedia nacional de términos se atenía únicamente a la definición normativa de los términos filosóficos, impregnados por entonces de las expectativas contemporáneas de progreso científico. En el intento de actualización y revisión del diccionario de Rothacker, sin embargo, la historia conceptual todavía es considerada un instrumento al servicio de una filosofía con aspiraciones sistemáticas. Véase Faustino Oncina, *Teorías y prácticas de la historia conceptual*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas; Plaza y Valdés, 2009, p. 61.

²³⁵ Faustino Oncina y José Luis Villacañas, «Introducción» a Reinhart Koselleck y Hans-Georg Gadamer, *Histórica y hermenéutica*, op. cit., p. 17.

²³⁶ Reiner Wiehl, «Arte del concepto e historia del concepto en la hermenéutica filosófica de Hans-Georg Gadamer». *ÉNDOXA: Series Filosóficas*, UNED, Madrid, n.º 20, 2005, p. 72. Traducción del original de Óscar Cubo.

²³⁷ *Ibidem*, p. 73

consustancial a su plurivocidad le es consustancial. En la medida en que el concepto no constituye ningún término fijo, sino que su determinación se debe en cada caso a un cierto contexto lingüístico e histórico, de la historia de un concepto se sigue la relativización de problemas atemporales.²³⁸

Reinhart Koselleck, quien fuera un caro discípulo de Gadamer en Heidelberg, asumirá esta esencial distinción entre palabra y concepto como una de las premisas metodológicas establecidas, en 1972, en su «Introducción» al diccionario *Conceptos históricos fundamentales. Léxico histórico del lenguaje político-social en Alemania (GG)*.²³⁹ Publicado entre 1972 y 1997 por Klett-Cotta Verlag en nueve volúmenes y editado por los historiadores Otto Brunner, Werner Conze y el propio Reinhart Koselleck, el léxico consta de contribuciones monográficas que describen la historia de un concepto fundamental de la modernidad. Por tales cabe entender, *grosso modo*, aquellos conceptos en los que se registra el proceso de transformación social como consecuencia de la revolución política e industrial que abarca desde mediados de 1700 hasta 1850. El objetivo del diccionario es el estudio de la disolución del mundo antiguo y el surgimiento del moderno, al que Koselleck denomina *Sattelzeit*, a través de la historia de su aprehensión conceptual.²⁴⁰

El proyecto del léxico arrancó en los seminarios celebrados en la Universidad de Heidelberg por el grupo de investigación de Historia Social Moderna creado en los años sesenta y dirigido por los historiadores Werner Conze y Otto Brunner, al que el joven Koselleck se suma a finales de esa misma década²⁴¹ tras la lectura de su tesis doctoral²⁴²

²³⁸ «¿Se da acaso algo así como el problema de la libertad? ¿Es realmente idéntico en todos los tiempos? Tal problema es como una pregunta nunca formulada. Toda pregunta realmente formulada tiene su motivación. Uno sabe por qué pregunta algo, y uno debe saber por qué le preguntan algo para poder entender [...] realmente la pregunta. Así, me parece evidente en el ejemplo del problema de la libertad que la formulación de la pregunta no resulta inteligible con el supuesto de que se trata del problema idéntico de la libertad. [...] Toda pregunta adquiere sentido por la naturaleza de su motivación. [...] el hecho de que yo sólo pueda responder a una pregunta si sé por qué se formula, significa que también en las grandes cuestiones que la filosofía no acaba de resolver, el sentido de la pregunta solo se determina por la motivación de la pregunta». Hans-Georg Gadamer, «La historia del concepto como filosofía», op. cit., p. 85.

²³⁹ Koselleck, Reinhart; Otto Brunner y Werner Conze (eds.). *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*. Stuttgart, Klett, 1975.

²⁴⁰ Reinhart Koselleck. «Introducción» al *Diccionario histórico de conceptos políticos básicos en lengua alemana*, Traducción y notas de Luis Fernández Torres. *Anthropos*, nº 223. Barcelona, 2009, p. 94.

²⁴¹ Koselleck obtuvo la *Habilitation* en 1965 con su trabajo *Prusia entre reforma y revolución [Preußen zwischen Reform und Revolution]*, bajo la dirección de Werner Conze. Tres años después se convirtió en profesor de la Universidad de Heidelberg, donde jugó un rol fundamental en el grupo de investigación de Historia social moderna. Niklas Olsen. *History in plural*, op. cit., p. 1.

²⁴² La tesis doctoral de Koselleck, *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués [Kritik und Krise. Eine Studie zur Pathogenese der bürgerlichen Welt]* dirigida por Johannes Kühn, fue

y de una primera etapa como lector en la Universidad de Bristol (1953-1955). Uno de los motivos que llevaron a la realización del diccionario fue la refutación tanto del proceder metodológico de la *Geistesgeschichte* preconizada por la escuela de Dilthey, como del de la *Ideengeschichte*,²⁴³ inspirada en la llamada *History of Ideas*, particularmente en su acepción política. Originada en el continente americano e impulsada principalmente por Arthur Lovejoy, la intención de esta última es la de rastrear en el análisis histórico la subsistencia de ciertos núcleos de sentido —*ideas*— a través de determinados criterios de selección,²⁴⁴ lo que a la postre presupondría la posibilidad de hacer una historia de las ideas políticas fundamentales persistentes a todo cambio histórico.²⁴⁵

El cometido inicial de la *Begriffsgeschichte* es denunciar que la historia de las ideas separa los conceptos de los grupos sociales a los que se vinculan, atendiendo únicamente a la lógica de la propia organización interna del concepto. Esto lleva a conflictos teóricos que en realidad carecen de fundamento al basarse en un malentendido provocado por una errónea concepción del concepto. Valiéndose de la continuidad de las palabras, la historia

defendida en 1954 en la Universidad de Heidelberg. Como muchas otras contribuciones de la época (*Dialéctica de la Ilustración* o *Los orígenes del totalitarismo*, por citar dos ejemplos paradigmáticos), el propósito de esta investigación es entender la relación entre la época ilustrada y el horror de las experiencias políticas del siglo XX. El interés de Koselleck recae en el período que se extiende desde las guerras de religión hasta la Revolución francesa. Su objetivo es mostrar que las premisas de la crítica ilustrada, que ha llevado a la crisis y disolución del Estado absolutista, se encuentran dadas en la propia estructura del absolutismo. Con tal fin, y siguiendo a Hobbes, Koselleck sostiene que la neutralización política de las pugnas religiosas que ha traído la creación del Estado absolutista, y la consiguiente limitación de las guerras a la condición de guerras entre Estados, es lo que produce el ámbito social en el que pudo desarrollarse la nueva élite, la burguesía. Al ser el Estado una magnitud en la que se despoja a las convicciones privadas de su repercusión política, la implantación del Leviatán conlleva el relegamiento de todas las consideraciones morales sustantivas al ámbito del foro interno del individuo. Así, mientras en el foro externo el ser humano solo es súbdito de los dictados del Estado, en su conciencia el hombre es libre. Al mismo tiempo, en plena bancarrota por las largas guerras civiles religiosas, el Estado necesita del capital de esta nueva clase pujante económicamente, pero políticamente ninguneada. La burguesía trata entonces de buscar lugares forzosamente apolíticos, -porque la política está monopolizada por el Estado- en los que ir esculpiendo sus propias señas de identidad. Y esos lugares apolíticos los encuentra en las sociedades secretas y en el teatro. Desde ahí se irá ampliando el ámbito interior de la convicción hacia lo estatal, si bien tal pretensión permanecerá velada. La neutralización de la conciencia por medio de la política da un impulso sustancioso a una concepción moral del mundo: lo moral aspira a convertirse en asunto político. La Ilustración (la crítica) es una propedéutica de la Revolución y de la Modernidad entendida esta como un tiempo nuevo. El anonimato político de la Ilustración conduce, pues, al asalto del Estado por la moral (la Revolución). Solo a través de la estructura dualista entre la sociedad y el Estado alcanzó el estrato burgués el poder político.

²⁴³ Acerca de este contexto, véase principalmente Melvin Richter, *The History of Political and Social Concepts. A Critical Introduction*, Nueva York/Oxford, Oxford University Press, 1995.

²⁴⁴ Arthur Oncken Lovejoy. *La gran cadena del ser: historia de una idea*. Barcelona: Icaria Editorial, 1983.

²⁴⁵ El proceder de la *History of Ideas* fue también duramente criticado por Quentin Skinner en su clásico texto «Significado y comprensión en la historia de las ideas». Aunque la Escuela de Cambridge y la historia conceptual constituyen dos metodologías diferentes, ambas comparten el tratamiento que hacen de la política, estudiándola a partir de sus formulaciones lingüísticas. Mientras la escuela de Cambridge se hace eco de los actos de habla (speech acts) y destaca el sentido pragmático de los textos, el planteamiento de la *Begriffsgeschichte* privilegia la semántica histórica y su compleja articulación a través de los diferentes estratos temporales.

de las ideas presupone que los conceptos son entes abstractos, fijos y atemporales. Frente a este continuismo ideal, la historia conceptual sostiene que las ideas no son unitarias ni permanecen inmutables a lo largo del tiempo, sino que se transforman, y con ellas los conceptos que intentan aprehenderlas. Al obviar este hecho, el proceder metodológico de la historia de las ideas acaba por provocar el menosprecio de un problema esencial, a saber, el de la causación histórica —o cambio histórico—. De ahí que la tarea principal del diccionario fuera abordar el cambio radical que supuso la *Sattelzeit*.

En los años treinta el historiador austríaco Otto Brunner estudia el significado histórico de términos clave (señorío y territorio;²⁴⁶ feudo, economía²⁴⁷) con el propósito de afirmar que la noción de soberanía constituye la gran quiebra de la política moderna con respecto al organicismo antiguo.²⁴⁸ Dos décadas después, la intención del medievalista será emplear la *Begriffsgeschichte* precisamente para establecer la diferencia radical que existe entre las estructuras constitucionales premodernas y el sistema del derecho constitucional moderno.²⁴⁹ Mientras que en la Antigüedad regía un sistema de relaciones jurídicas enraizado en el modo de existencia de un pueblo que determinaba la especificidad de una síntesis política material de relaciones gobernadas (*Verfassung*), Brunner sostiene que la modernidad es un pensamiento abstracto que, por imposición de la soberanía, trabaja con

²⁴⁶ Otto Brunner. *Land und Herrschaft. Grundfragen der territorialen Verfassungsgeschichte Südostdeutschlands im Mittelalter*. Baden bei Wien, R. M. Rohrer [1939, 1959].

²⁴⁷ Otto Brunner, *Nuevos caminos de la historia social y constitucional*. Buenos Aires: Alfa, 1976. Capítulo «La casa grande y la Oeconómica de la vieja Europa», pp. 87-123, y Capítulo «Feudalismo. Una contribución a la historia del concepto», pp. 125-171.

²⁴⁸ En la base del pensamiento de Brunner está la filosofía política de Carl Schmitt, en concreto la apropiación que este hace del hobbesianismo para interpretar la idea de orden jurídico y de soberanía. La realización política en Hobbes se construye desde una visión, novedosa en muchos sentidos, de la naturaleza humana: el hombre, movido por el afán de dominio y de honor, tiene como objetivo de su voluntad la superación del prójimo. Las pasiones naturales que le mueven en sus actos voluntarios son el orgullo, la ambición y la vanidad. El único límite que el hombre puede encontrar en tales pasiones naturales es el miedo a la muerte. Y es ese eterno temor humano a perecer el que da origen a la ley y al Estado. Partiendo de una especial igualdad entre hombres en el estado la naturaleza (la igualdad respecto a la capacidad de infringir daño), se llega fácilmente a temer y a desconfiar del otro. Esta situación de desconfianza mutua provoca que los hombres, por temor a que se ponga en peligro su conservación propia y la conservación de sus bienes, traten de aniquilarse unos a otros de un modo totalmente justificado. Para Hobbes, lo único que puede garantizar al hombre la seguridad que persigue es el Estado: un poder común que dirige las acciones de los hombres hacia el beneficio colectivo y personal. Pero, para que su institución sea posible, los individuos tienen que conferir su poder y fortaleza a *un hombre o a una asamblea de hombres*, todos los cuales pueden reducir sus voluntades a una sola voluntad: la del Estado, instituido como autor para asegurar la paz y defensa común. Esta concepción hobbesiana del Estado como detención de la violencia por medio del monopolio de la misma asume necesariamente esta premisa: solo liberándose de las relaciones con los otros puede el hombre dotarse de libertad privada y de igualdad política.

²⁴⁹ Sandro Chignola, «Diferencia y Repetición. Otto Brunner, Reinhart Koselleck, la historia conceptual», *Conceptos Históricos* 1 (1), 2015, p. 26

rígidas separaciones y divisiones mediante la codificación formal de los derechos fundamentales de todos los ciudadanos de una nación (*Konstitution*).²⁵⁰

A pesar de lo polémico y reprobable de las intenciones de Brunner, para quien sería deseable la recuperación de un concepto de constitución material entendida como una suma de relaciones vivientes fuera de las disyuntivas modernas —lo que implicaría la supresión de los presupuestos y principios clave de la política moderna, como son la soberanía, la libertad individual o la igualdad de todos los individuos—,²⁵¹ hay un aspecto importante en su legado que hemos de reconocer, a saber, la tesis que con cierta precaución se podría formular así: la estatalización moderna del monopolio de la violencia y de la guerra —la soberanía— imposibilita que la estructura de la vieja Europa pueda ser comprendida mediante las herramientas conceptuales modernas propias del estado-nación.

En su afán por deconstruir las pretensiones hegemónicas que la idea de *Konstitution* proyecta sobre el pasado antiguo —cuyas estructuras poseían otra idea de la política y del derecho—,²⁵² la propuesta metodológica de Brunner es dejar hablar a las fuentes por ellas mismas prescindiendo de toda interpretación. En estas se puede encontrar un tipo de pacto, diferente al de los contractualistas, trenzado por relaciones vinculativas y de compromiso, por complexiones de fuerza que llevarían a impugnar la relación de obediencia formal propia la soberanía. El acceso a esta forma de existencia, insiste, solo es posible a través de una descripción historiográfica no interferida por la estructura conceptual de la modernidad, retomando las fuentes para pensar a partir de aquellos conceptos fundamentales que se sustraigan a la *Konstitution*. En este sentido, el historiador no tendría más que actuar mediante un proceder sincrónico, prescindiendo de toda teoría o hipótesis interpretativa.

²⁵⁰ *Ibidem*, p. 27.

²⁵¹ Si bien no es este el lugar para discutir el compromiso de Otto Brunner con el nazismo, cabe señalar en este contexto que para Brunner el Tercer Reich suponía una nueva realidad (de la sangre y de la raza del pueblo —*Volk*—) venida a sustituir las categorías modernas propias del estado liberal burgués que, al haber producido la crisis del Estado moderno, se habían convertido en obsoletas. Asimismo, señalar que la *Sozialgeschichte*, denominada historia estructural o étnica antes de la guerra mundial, fue utilizada por el nazismo para argumentar la necesidad de desjudaizar los pueblos eslavos. Con el tiempo, se ha sabido que tanto Conze como Brunner pusieron su saber al servicio de la causa pangermanista. Véase Faustino Oncina, «Introducción» a Reinhart Koselleck, *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*, pp. XLI-XLIII.

²⁵² «expresada en la enemistad, la protección y el auxilio como formas específicas del *Herrschaftsvertrag*, en el señorío como instancia de organización y administrativa del territorio, en el *Volk* y en las *Landleute* (habitantes del señorío) que articulaban una estamentalidad actuando y negociando continuamente, contraponiéndose en este último aspecto al señor territorial». Sandro Chignola, «Diferencia y Repetición. Otto Brunner, Reinhart Koselleck, la historia conceptual», op. cit., p. 10.

Es precisamente en este punto donde Koselleck advierte una fuerte limitación en el pensamiento brunneriano,²⁵³ y advierte de que las fuentes, por sí mismas, no pueden decir nada acerca de transcurros y procesos diacrónicos de media o de larga duración.²⁵⁴ La exclusividad de las fuentes en el proceder historiográfico impediría la posibilidad de pensar históricamente. Para hablar y hacer hablar a los textos, es decir, para que pueda darse la misma operación histórica, se precisa de una interpretación crítica de las fuentes que clasifique los conceptos contenidos en ellas: «Para explorar y narrar una historia debe hacerse que los legajos hablen. Lograrlo significa inquirir acerca de ellos. Tan solo cuando le planteamos preguntas a una pieza archivística esta adquiere el valor de una fuente. Aquel que nada busca nada encuentra, no obtiene respuesta alguna. Solamente a partir de la búsqueda y de la indagación el legajo mudo obtiene la categoría de fuente».²⁵⁵

La hipótesis interpretativa que propondrá Koselleck, cuyo esclarecimiento nos ocupará en el siguiente epígrafe, será su compleja teoría de la historia y del concepto. En la conformación de tal enfoque, como hemos procurado revelar en este primer apartado, jugaron un papel clave tanto la hermenéutica gadameriana —al establecer el carácter histórico y cultural del lenguaje— como el grupo de trabajo de historia social moderna, dedicado al estudio de las relaciones entre sucesos apuntado a estructuras a medio o largo plazo y a su transformación. Sin embargo, Koselleck reaccionará críticamente ante ambos paradigmas. Y, mezclando elementos de apropiación intencionada con su propia indagación, dará lugar a un género nuevo que él mismo funda, la historia conceptual, cuya preocupación principal no es otra que la problemática de los confines entre lingüística e historia.

IV.3. La historia conceptual: una disciplina autónoma

En 1972 Reinhart Koselleck obtuvo una plaza de Teoría de la historia en la Universidad de Bielefeld, de la que fue uno de sus padres fundadores. Allí creó, tres años después de su llegada, el *Zentrum für Interdisziplinäre Forschung*, pronto convertido en

²⁵³«Mi tesis dice que una estricta, y precisamente una estricta historia de los conceptos, no surge sin definiciones referidas al presente. Esto es lo que sucede incluso desde la obra de Brunner. Una presentación de la historia constitucional vinculada al lenguaje de las fuentes sería errónea, si los conceptos pasados no fueran descritos o traducidos. De otra manera se trataría de una reedición del texto de las fuentes antiguas, [...], lo que no puede ser la meta de una escritura de la historia». Reinhart Koselleck, *Begriffsgeschichte Probleme*, citado en José Luis Villacañas, «Historia de los conceptos y responsabilidad política», en *Res publica*, 1, 1998, p. 146.

²⁵⁴«nuestras fuentes [...] no dicen nada acerca de transcurros y procesos diacrónicos, de media o de larga duración. Nuestras fuentes callan, y solo el historiador puede sonsacarles la respuesta que por sí mismas no quieren proporcionarnos». Reinhart Koselleck, *Esbozos teóricos*, Madrid, Escolar y mayo, 2013, p. 103.

²⁵⁵ *Ibidem*, p. 99.

el foro por excelencia de la historia conceptual. Desde 1975 este centro acogerá a un grupo de investigación de marcada dimensión interdisciplinar entre científicos sociales y humanistas cuya prioridad será el estudio de las convergencias, los desplazamientos y las discrepancias que mantienen el concepto y el estado de cosas que surge del acontecer histórico:

¿Cómo se articula la relación temporal entre conceptos y estados de cosas? Sin duda, la clave de la historia conceptual radica en este punto. Ya que lo que puede y lo que debe concebirse se encuentra más allá de los conceptos. Toda semántica hace referencia a algo que se encuentra más allá de sí misma, aunque ningún campo de objeto puede concebirse y experimentarse sin la aportación semántica del lenguaje.²⁵⁶

Ahora bien, cualquiera podría objetar que la cuestión de la clarificación conceptual de los términos no tiene por qué considerarse dominio exclusivo de la historia conceptual sino, más bien, un presupuesto básico exigible a cualquier interpretación de conflictos relativos a frentes político-sociales. Teniendo en cuenta que en toda época de crisis se da una lucha semántica por definir posiciones sociales y políticas,²⁵⁷ parecería evidente establecer como una exigencia metódica mínima para cualquier estudio sociohistórico el que las disputas del pasado sean investigadas atendiendo tanto a la limitación conceptual de su época como al uso del lenguaje que en su momento hicieran las partes implicadas. Entonces, ¿en qué medida la historia conceptual, restringida al análisis de los conceptos, representa una disciplina autónoma y no una aspiración teórica de la historia social? ¿Es la historia conceptual una mera herramienta metodológica al auxilio de la investigación sociológica o, por el contrario, tiene pretensiones genuinamente teóricas y filosóficas que no pueden ser desempeñadas por la historia social o por ninguna otra disciplina?

3.1 LA EXIGENCIA DE DIACRONÍA EN SU USO COMBINADO CON LA SINCRONÍA: MÁS ALLÁ DE LA HISTORIA SOCIAL

Si bien Koselleck se opuso a la idea brunneriana de un acceso a las fuentes despojado de cualquier hipótesis interpretativa a través de los conceptos que estas emplean, no por ello dejó de suscribir la necesidad de emplear un léxico lo más cercano posible a los documentos examinados. De hecho, uno de los cometidos de la *Begriffsgeschichte*, si

²⁵⁶ Reinhart Koselleck, «Historia de los conceptos y concepto de historia», en Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político social*. Madrid: Trotta, 2012, p. 31.

²⁵⁷ «La lucha semántica por definir posiciones políticas o sociales y en virtud de esas definiciones de mantener el orden o imponerlo corresponde, desde luego, a todas las épocas de crisis que conocemos», Reinhart Koselleck, «Historia conceptual e historia social», en Reinhart Koselleck *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós, 1993, p. 111.

recordamos, es precisamente detectar y evitar la transferencia al pasado de expresiones y conceptualizaciones de la vida social presente. Con tal propósito, Koselleck establece como pauta metodológica del enfoque histórico conceptual el denominado principio histórico-crítico:

El conocimiento previo de hechos o acontecimientos históricos plantea cuestiones que llevan, en primer lugar, hasta las palabras cuya conceptualización debe investigarse. La historia de las palabras sirve como acceso en tanto en cuanto cada investigación pasa por la palabra que describe un contexto político-social importante o que contiene las correspondientes experiencias, pensamientos o teoremas. [...] Es cierto que un significado se halla unido a la palabra, pero también se alimenta del contexto oral, igualmente procede de la situación a la que se refiere. [...] El análisis de esas situaciones concretas de las que pueden derivarse históricamente significados sociales y políticos en tanto que remiten a los hechos, forma parte desde siempre del método histórico-crítico.²⁵⁸

El principio histórico crítico, al que también podemos denominar sincrónico, presupone un conocimiento previo de hechos y acontecimientos históricos que plantea determinadas cuestiones que llevan hasta las palabras, cuya conceptualización, más allá del texto en el que aparecen —esto es, atendiendo a la función política y social del concepto— es la que debe investigarse: «las palabras se leen en su antiguo contexto social y político, la relación entre palabra y estado de cosas se interpreta, y el resultado conceptual se define».²⁵⁹ Lo que se estudia es la fuerza de vinculación, creación o ruptura de las palabras y los conceptos. Ahora bien, Koselleck reconoce que en el análisis de estos fenómenos la historia conceptual no se diferencia en nada de la metodología histórico-filológica tradicional, cuya prioridad es la recopilación de datos históricos para la crítica de las fuentes.²⁶⁰

Sin embargo, la historia conceptual no se deja reducir a una mera tematización conjunta de la situación y la época. Todo análisis de conceptos lleva desde la investigación de significados antiguos hasta su fijación presente. Al ser este un procedimiento reflexionado metódicamente por la historia conceptual, Koselleck sostiene que el análisis sincrónico del pasado se completa diacrónicamente. Lo diacrónico y lo sincrónico se entrelazan forzosamente en la historia de un concepto. A través del principio

²⁵⁸ Reinhart Koselleck. «Introducción» al *Diccionario histórico de conceptos político sociales básicos en lengua alemana*, op. cit., p. 99.

²⁵⁹ *Ibidem*, p. 100

²⁶⁰ «todo eso puede hacerse, incluso en cuestiones especializadas, con la metodología histórico-filológica tradicional», Reinhart Koselleck, «Historia conceptual e historia social», *Futuro pasado*, op. cit, p. 108.

diacrónico —«la realización de un seguimiento de los significados de los conceptos a través del tiempo para después clasificarlos relacionando los unos con los otros»—, la suma de análisis concretos de conceptos se transforma de una recopilación de datos históricos en una historia de los conceptos.²⁶¹ El principio histórico-crítico queda superado por el análisis diacrónico, que constituye a la historia conceptual como área propia de investigación:

Al liberar a los conceptos en el segundo paso de una investigación, de su contexto situacional y al seguir sus significados a través del curso del tiempo para coordinarlos, los análisis históricos particulares de un concepto se acumulan en una historia del concepto. Únicamente en ese plano se eleva el método histórico-filológico a historia conceptual, únicamente en este plano la historia conceptual pierde su carácter subsidiario de la historia social.²⁶²

La combinación del análisis sincrónico con la diacronía no solo connota idiosincráticamente a la historia conceptual, sino que además lleva a aumentar el rendimiento teórico de la historia social. Lo que caracteriza a la diacronía, e impide que pueda ser entendida como una simple retraducción conceptual, es justamente que ese seguimiento temporal se efectúa atendiendo tanto a la duración social y las transformaciones de los significados condensados en el concepto, como a las estructuras sociales correspondientes. Los significados de las palabras pueden concebirse como indicadores de contenidos extralingüísticos o sociohistóricos.²⁶³ No basta, pues, con atender a la estructuración diacrónica para descubrir la duración y la transformación histórica de un concepto, o para observar el desequilibrio entre antiguos significados de palabras y nuevos contenidos de las mismas. También es necesario hacer lo propio con el proceso a través del cual los conceptos se articulan sincrónicamente al tematizar situaciones.

Al referirse así a la doble dimensión sincrónica y diacrónica de un concepto, la historia conceptual revela las diversas significaciones acumuladas en una especie de capas estratigráficas que lo componen, procedentes de tiempos diversos, pero dispuestas a ser reactivadas en cada uso efectivo del lenguaje. Que el concepto albergue los restos

²⁶¹ Reinhart Koselleck, «Introducción» al *Diccionario histórico de conceptos político sociales básicos en lengua alemana*, op. cit., p. 100.

²⁶² Reinhart Koselleck, «Historia conceptual e historia social», *Futuro pasado*, op. cit., p. 113.

²⁶³ «La cuestión decisiva temporal de una posible historia conceptual según la permanencia, el cambio y la novedad, conduce a una articulación profunda de nuevos significados que se mantienen, se solapan o se pierden y que solo pueden ser relevantes sociohistóricamente si previamente se ha realizado de forma aislada la historia del concepto. De este modo, la historia conceptual, en tanto que disciplina autónoma, suministra indicadores para la historia social al seguir su propio método». *Ibidem*, p. 116

semánticos antiguos en estratos más profundos significa que en su interior se da algo así como una contemporaneidad de lo no contemporáneo [*Gleichzeitigkeit des Ungleichzeitigen*] en la que significados pasados se actualizan en un presente como si formasen parte de él, dotando al concepto de consistencia y polivalencia histórica, a la vez que posibilitando su capacidad de evolución.

La idea de *Gleichzeitigkeit des Ungleichzeitigen* se convirtió en clave en el intento de Koselleck por describir las diferentes capas temporales pero coexistentes, presentes en toda la historia humana.²⁶⁴ En lugar de concebir los conceptos como unidades de significado con un núcleo y una esencia originales susceptibles de ser descubiertas y recuperadas, Koselleck los comprende como entidades inherentemente polémicas, capacitadas para promover cambios en los poderes sociales y jugar un papel crucial en los conflictos políticos. Para el autor de *Futuro pasado* el concepto no solo refiere a una experiencia histórica, sino que al mismo tiempo la hace posible. Ello permite que la transformación histórica pueda identificarse por medio de la reconstrucción de las modificaciones que los conceptos estampan sobre las palabras del vocabulario político y social.

En última instancia, la escisión de la historia conceptual respecto de la historia social depende fundamentalmente de una determinada teoría del concepto. Mientras que esta última realiza un análisis social atendiendo exclusivamente a aspectos estructurales y coyunturales donde el lenguaje juega un papel meramente accesorio, Koselleck privilegia la labor semántica del concepto. En tanto que este compendia concentraciones de muchos contenidos y de estratos semánticos de tiempos diversos, el significado del concepto excede al propio concepto. Tal capacidad de los conceptos de transponerse a sus contextos específicos de enunciación y proyectarse en el tiempo confiere a la historia conceptual su rendimiento específico:

Que la historia se deposita en determinados conceptos y que precisamente llega a ser historia mediante ellos tal cómo ésta se entiende es la premisa teórica del método histórico aquí utilizado. En este sentido nuestro proyecto no se encuentra sólo entre una historia de las palabras, a la que no permanecería unida, y una historia factual, que no querría producir. Interpreta la historia a través de sus respectivos

²⁶⁴ Fue el filósofo y teólogo marxista alemán Ernst Bloch quien empleó por primera vez la expresión *Ungleichzeitigkeit* en su libro *Legado de este tiempo (Erbschaft dieser Zeit)* de 1935. Sin utilizar la noción completa de *Gleichzeitigkeit des Ungleichzeitigen*, pero de una manera similar a Koselleck, Bloch se refirió a la metáfora temporal de *Schichten* (capas) para ilustrar lo que concibió como una característica básica de la modernidad: que las estructuras sociales y culturales del presente continúan floreciendo en el presente junto con las existentes y las portadoras de futuro. Niklas Olsen, *History in plural*, op. cit., p. 151-152

conceptos, así como entiende los conceptos históricamente: la historia de los conceptos tiene como tema la convergencia de concepto e historia.²⁶⁵

Para Koselleck hay una diferencia insuperable entre la historia social y la historia conceptual. Esto no quiere decir que la supere o que la anule. Su relación no es de subordinación, sino de coordinación: «lo que realmente tuvo influencia a largo plazo y sufrió modificaciones no puede sin más deducirse de las fuentes escritas transmitidas». Para ello se necesita un trabajo teórico y terminológico previo. Por otro lado, «lo que puede exponerse histórico-conceptualmente remite a un campo de experiencia limitado lingüísticamente»,²⁶⁶ para lo que se necesita el trabajo de la historia social. Ahora bien, su conciliación absoluta es imposible: «ni la concepción lingüística alcanza a representar lo sucedido o lo que realmente fue ni nada sucede sin que su elaboración lingüística lo modifique». Ahí radica la tensión entre la historia social y la historia conceptual y la razón por la que esa reciprocidad no puede ser rebasada.

3.2 CONCEPTO E HISTORIA: MÁS ALLÁ DE LA HERMENÉUTICA FILOSÓFICA

Anteriormente aludimos a que una de las pautas metodológicas establecidas en la investigación histórico conceptual koselleckiana es la premisa, planteada ya por la vertiente hermenéutica, de que los conceptos son algo más que palabras. Según Koselleck, se llega a los conceptos desde las palabras que los contienen, pero no todas las palabras son conceptos. Una palabra se convierte en concepto cuando la totalidad del contexto de significado sociopolítico en que tal palabra se usa entra a formar parte globalmente de esa palabra.²⁶⁷ Es decir, una palabra deviene concepto cuando es capaz de integrar la diversidad de la realidad histórica posibilitando a la par su sentido y comprensión. Así, mientras que los significados de las palabras pueden determinarse exactamente mediante definiciones, los conceptos solo pueden aspirar a ser interpretados.

Koselleck rechazó que los marcos conceptuales simplemente reflejaran la estructura del mundo y, por ende, se alejó de toda posición monocausalista (desde la gadameriana a

²⁶⁵ Reinhart Koselleck, «Introducción» al *Diccionario histórico de conceptos político sociales básicos en lengua alemana*, op. cit., p. 102

²⁶⁶ Reinhart Koselleck, «Historia social e historia de los conceptos», en Reinhart Koselleck. *Historias de conceptos. Estudios sobre la semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid: Trotta, 2012, p. 25

²⁶⁷ «Una palabra se convierte en concepto si la totalidad de un contexto de experiencia y significado sociopolítico, en el que se usa y para el que se usa una palabra, pasa a formar parte globalmente de esa única palabra». Reinhart Koselleck, *Futuro pasado*, op. cit., p. 117.

la marxista). Precisamente porque no se reducen a su unicidad temporal, los conceptos no son solo indicadores de las transformaciones sociales, también anticipan experiencias posibles; no solo registran contextos históricos, también pueden despertar expectativas. En esto consiste la doble función semántica del concepto o lo que Koselleck denomina su «rostro jánico»:²⁶⁸ no solo es índice, sino también factor; no solo es registro, sino también propulsor. Los conceptos mismos forman redes discursivas que cruzan las épocas y trascienden las esferas de sociabilidad inmediata. Que estos tengan la capacidad de proyectarse en el tiempo remitiéndose a procesos de largo alcance, pudiendo así transformar las acciones históricas y sus expectativas, implica que, aunque concepto e historia convergen, no se identifican. Esta convergencia a la que Koselleck apunta no debe entenderse como una identidad entre lenguaje e historia, sino como una relación más dinámica caracterizada por la interacción y el cambio constante. Es en este punto relativo a los confines entre lingüística e historia en el que Koselleck colisiona con el autor de *Verdad y método*:

Gadamer no aceptaba esta ambigüedad del lenguaje. Para él, tras los pasos de Heidegger, el lenguaje llevaba implícita la totalidad de la experiencia. Es indudable que, al transferir muchos conceptos de la lengua griega al lenguaje filosófico alemán, la filosofía hermenéutica de Gadamer hizo del lenguaje la clave de toda la realidad humana: un argumento muy fuerte, pero para mí, como historiador, es imposible de aceptar como la única y exclusiva verdad. Como historiador no puedo quedarme en el nivel lingüístico: he de ocuparme también de lo que – lingüísticamente– ha de ser dicho.²⁶⁹

Para Gadamer, en tanto que todo lo que hace y piensa el hombre está mediado por el lenguaje, la lingüisticidad es la condición fundamental de todo actuar y crear humanos. La noción de una existencia integrada en el lenguaje patrocinada por Heidegger se extiende en Gadamer hacia tradiciones articuladas lingüísticamente y consolidadas textualmente, que constituyen realidades presentes en las que se basa la comprensión de la que previamente se nutren. Gadamer ve el concepto como una realidad autónoma dotada de fuerza propia que permite comprender e interpretar la realidad sin necesidad de salir del lenguaje. En consecuencia, para el fundador de la hermenéutica contemporánea la historia tan solo es posibilitada lingüísticamente y su comprensión siempre estará

²⁶⁸ Reinhart Koselleck, «Introducción» al Diccionario histórico de conceptos político sociales básicos en lengua alemana, op. cit. p. 95.

²⁶⁹ Entrevista concedida a Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes el 5 de abril de 2005 durante una estancia en Madrid. Puede consultarse en: <https://www.revistadelibros.com/articulos/historia-conceptual-memoria-e-identidad-i-entrevista-a-reinhart-koselleck>.

mediada por los efectos históricos de la propia tradición. Desde esta perspectiva la verdad histórica es una cuestión de interpretación textual: un subcaso de la hermenéutica.

Sin embargo, el profesor de Bielefeld, tal y como manifestó en el conocido encuentro celebrado en Heidelberg en 1985 con ocasión del octogésimo quinto aniversario de Gadamer, refuta esta identidad entre lenguaje e historia. A pesar del tono afectuoso de la *laudatio*, el historiador argumentó su rechazo afirmando no solo que «hay procesos históricos que escapan a toda compensación o interpretación lingüística»,²⁷⁰ sino suscribiendo además el carácter no reductible a lingüisticidad del campo de investigación que ocupa al historiador. Aunque ningún campo de objetos puede experimentarse sin la aportación del lenguaje, toda semántica hace referencia a algo que se encuentra más allá de sí misma. En relación con esto último tematizará su aportación más genuina y filosófica: la Histórica [*Historik*].

Tal propuesta no se ocupa tanto de los hallazgos de historias pasadas determinables empíricamente, sino de tematizar las condiciones de posibilidad de las historias considerando las aporías de la finitud del hombre en su temporalidad. Antes que de hacer la historia se trata de trabajar sobre las condiciones trascendentales de las historias. En relación a estas últimas y frente a Gadamer, Koselleck llama la atención sobre «estructuras prelingüísticas y extralingüísticas, [...] determinaciones categoriales que apuntan a modos de ser que, aun debiendo ser mediados lingüísticamente, no se diluyen objetivamente en la mediación lingüística, sino que poseen su propio valor autónomo».²⁷¹ La Histórica ambiciona algo más que lenguaje y, en consecuencia, merece un estatus epistemológico que le impida ser rebajada a un subcaso de la hermenéutica.²⁷²

Por eso el rasgo diferenciador entre lenguaje e historia constituye el dato esencial que distingue la Histórica de cualquier tipo de hermenéutica.²⁷³ El padre de la historia conceptual dedicó sus postreros estudios a la depuración de esta doctrina cuyo interés reside en desarrollar una teoría general de las formas de la experiencia histórica que haga comprensible por qué y cómo pueden ocurrir y discurrir historias. Koselleck esboza una antropología de relaciones elementales de oposición entre las que destaca ciertas categorías formales ínsitas en la naturaleza humana articuladas de manera distinta en las

²⁷⁰ Reinhart Koselleck y Hans-Georg Gadamer, *Historia y hermenéutica*, op. cit., p. 93

²⁷¹ *Ibidem*, p. 87

²⁷² *Ibidem*, p. 69

²⁷³ Reinhart Koselleck, «Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt», *Isegoría*, 29, 2003.

historias fácticas: «¿qué categorías formales son éstas? Pues bien, son básicamente [...]: antes-después, fuera-dentro y arriba-abajo. Son categorías muy formales, sin las cuales, empero, ninguna historia es pensable».²⁷⁴

Aunque volveremos sobre este punto en el capítulo siguiente, cabe decir que tales pares categoriales encauzan las experiencias colectivas de la temporalidad: amigo/enemigo; padre/hijo; amo/esclavo; privado/público; morir/matar. En este célebre encuentro con Gadamer, Koselleck distingue esas cinco dicotomías formales universales que luego, como hemos visto, reduce a tres. Tales dicotomías básicas constituyen el humus universal de las condiciones antropológicas de la existencia humana, en cuyas oposiciones conceptuales localizó e historió conflictos latentes.

La Histórica se convierte así en una metahistoria que se apoyará primordialmente en dos categorías, *espacio de experiencia* (antes) y *horizonte de expectativa* (después), cuya relación, según el propio Koselleck, determina el tiempo histórico. La concepción del tiempo imperante en cada época depende fundamentalmente de cómo estas dos se entrelacen. El análisis conceptual posibilitado por estas metacategorías, que analizaremos en profundidad más adelante, supone la contribución de Koselleck más perspicaz y fecunda a la teoría historiográfica.

3.3 LA ARTICULACIÓN DEL TIEMPO Y LA HISTORIA EN EL CONCEPTO

Tal y como se ha podido deducir de todo lo hasta aquí expuesto, para Koselleck el concepto es un tipo de palabra que aprehende realidad social tanto en su experiencia pasada como en su expectativa futura. Si bien todo concepto posee una dimensión pragmática referida al uso particular del mismo en un caso concreto, a su vez cuenta con una dimensión semántica constituida por los significados consolidados en su interior. Por tanto, el concepto posee una estructura temporal compuesta por estratos diacrónicos de distinta profundidad que se mueven con diferentes temporalidades y velocidades.

Dependiendo de la cantidad de contenidos de experiencia que haya acumulado, y en función de las innovaciones esperanzadoras que incluya, tendrá distintas valoraciones temporales. Según la denominada «regla semántica de la compensación» —cuanta más esperanza presenta un concepto, menos experiencia recoge, y cuanto más pasado contiene, menos futuro proyecta— podemos diferenciar entre conceptos orientados al pasado —*conceptos de experiencia*—, y conceptos orientados al futuro capaces de

²⁷⁴ *Ibíd.*, p. 212.

estimular acciones nuevas, a los que denomina *conceptos de expectativa o futuribles*.²⁷⁵ Al desentrañar las variaciones en el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa que la estratificación temporal del concepto alberga, el historiador de los conceptos puede dar cuenta del movimiento mismo de la sociedad y su transformación, y atisbar de ese modo la temporalidad histórica. ¿Se puede afirmar, entonces, que todo concepto, por el mero hecho de serlo, es un concepto histórico?

A día de hoy hay una falta de especificidad acerca del concepto de *concepto* que Koselleck maneja. Aunque constituye la categoría principal sobre la que se sostiene toda su empresa, en la comunidad académica no existe un consenso sobre lo que cabe entender por tal noción:²⁷⁶ ¿a qué se le denomina «concepto» en la teoría de la *Begriffsgeschichte*? ¿Qué relación se da entre palabras, ideas y conceptos? ¿Qué es lo que diferencia a un concepto histórico del resto de conceptos? ¿Y a un concepto fundamental? ¿Qué relación mantiene este último con las categorías trascendentales postuladas en la *Historia*? ¿Cómo se relacionan los conceptos con lo extralingüístico? En definitiva, ¿es el concepto koselleckiano una entidad lingüística o meramente analítica?

Lucian Hölscher trata de dirimir esta polémica aseverando que la definición lingüística de un concepto puede expresarse como el significado de una palabra que refiere a algo fuera del lenguaje. Pero insiste en que el propósito de la historia conceptual no es delimitar los significados de los conceptos, sino mostrar cómo estos significados cambian en contextos distintos, de acuerdo con el discurso que incluyen.²⁷⁷ Por ello, en cualquier

²⁷⁵ Reinhart Koselleck, «Historias de conceptos y conceptos de historia», *Historias de conceptos*, op. cit., p. 38.

²⁷⁶ Algunos textos que abordan la cuestión del concepto de *concepto* en Reinhart Koselleck son: Lucian Hölscher, «Los fundamentos teóricos de la historia de los conceptos», en Ignacio Olábarri y Francisco Javier Caspitegui (eds.), *La «nueva» historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*. Cursos de verano de El Escorial: Editorial Complutense, 1996, pp. 69-82; Elías Palti, «Ideas, conceptos, metáforas. La tradición alemana de historia intelectual y el complejo entramado del lenguaje»; Elías Palti, «Reinhart Koselleck. His Concept of the Concept and Neo-Kantianism», *Contributions to the History of Concepts*, Volume 6, 2, Winter 2011, pp.1-20; Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel, *Lenguaje, tiempo y modernidad. Ensayos de historia conceptual*. Chile: Globo Editores; José Javier Blanco Rivero, «Hacia una teoría operativa del significado», *Ariadna Histórica. Lenguajes, Conceptos y Metáforas*, 1, Universidad del País Vasco, 2012, pp. 41-79; Maurizio Merlo, «La ambivalencia de los conceptos. Observaciones acerca de algunas relaciones entre *Begriffsgeschichte* e historiografía del discurso político», *Res publica*, 1, 1998, pp. 87-101; Emmanuel Biset, «Conceptos, totalidad y contingencia. Una lectura de Reinhart Koselleck», *Res publica*, 23, 2010, pp. 123-143. Ezequiel Pinacchio, «Sobre el concepto de concepto en Reinhart Koselleck: entre las condiciones de la historia y la historia de las condiciones», *Conceptos Históricos* 4 (5), pp. 48-71; Faustino Oncina, *Palabras, conceptos, ideas. Estudios sobre historia conceptual*. Barcelona, Herder, 2010.

²⁷⁷ «A menudo los lingüistas nos acusan de no ser claros en la definición de nuestros presupuestos teóricos. Pero –como explicaré más adelante– el significado de un concepto histórico no puede ser definido, tiene que ser contado como una narración. Los lingüistas no son historiadores, normalmente no se ocupan de los cambios históricos de las sociedades, como hacemos nosotros. En consecuencia, lo que puede ser definido

controversia política ocurre una de estas dos cosas: o bien las dos partes implicadas se apoyan en los mismos conceptos luchando por objetivos diferentes, o bien se da el caso contrario, a saber, las dos partes utilizan conceptos diferentes al considerar la misma cuestión. «Lo que desde el punto de vista lingüístico parece confuso, es esencial para las partes enfrentadas. Nunca se podría resolver un conflicto político por medio de la definición del significado exacto de un concepto. Lo que interesa al historiador de los conceptos es el conflicto y cómo este es manejado mediante conceptos».²⁷⁸ Sin embargo, pese a que reconoce que el concepto es una categoría más analítica que lingüística,²⁷⁹ para Hans-Erich Bödeker los esfuerzos realizados para obtener una fundamentación teórica de la historia conceptual no han podido explicar con suficiencia la relación entre el concepto y su significado.²⁸⁰

Por su parte, Elías Palti sostiene que Koselleck es consciente de estas limitaciones, pero su proyecto no se reduce «a intentar trazar los cambios semánticos en los conceptos, sino que estos resultan relevantes, para él, solo en la medida en que sirven de índice de alteraciones más profundas en los horizontes de sentido». Ahora bien, aquello que explica el cambio semántico en las formaciones intelectuales en las que se desenvuelven los conceptos y le confieren temporalidad remite a un sustrato simbólico —que se hace visible en las metáforas— cuyas estructuras formales son precisamente aquellas que la historia conceptual pretende descubrir. Todas estas complejas discusiones no han de aclararse en

correctamente en una teoría sistemática puede no ser adecuado para la explicación histórica. Si los lingüistas encuentran que un concepto ha cambiado su significado en el tiempo, hablan de otro concepto. Lo que les interesa es tener unidades de lenguaje claramente separadas. Pero para el historiador el cambio de un concepto no es cuestión de definición arbitraria, sino más bien una señal importante para investigaciones posteriores», Lucian Hölscher, «Los fundamentos teóricos de la historia de los conceptos», en Ignacio Olábarri y Francisco Javier Caspitegui (eds.), *La «nueva» historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*. Cursos de verano de El Escorial: Editorial Complutense, 1996, p. 77.

²⁷⁸ *Ibidem*, p. 81

²⁷⁹ «La señalada “multiplicidad de significados” como criterio para caracterizar el concepto indica entonces, contra toda sonora protesta, que por “concepto” no se entiende ninguna categoría lingüística. Si la variedad de funciones de la palabra debe introducirse en un contexto, entonces “concepto” puede ser considerado una categoría intelectual o una categoría analítica del investigador». Hans Erich Bödeker, «Sobre el perfil metodológico de la historia conceptual. Temas, problemas, perspectivas». *Historia y Grafía*, México, núm. 32, 2009, p. 143.

²⁸⁰ «Los variados esfuerzos realizados en el marco de la historia conceptual para obtener una fundamentación teórica no han podido explicar con suficiencia el concepto de “significado”. Por un lado, se separan estrictamente palabra y significado; por otro, de manera contradictoria, significado y concepto se consideran por lo común de forma paralela». *Ibidem*, p. 151. «Mientras la relación entre concepto, significado y uso siga sin explicarse —escribe—, la pretensión de la historia conceptual [...] corre permanentemente el peligro de quedarse en simple historia de las ideas». *Ibidem*, p. 150.

este trabajo.²⁸¹ Con todo, asumiendo la ambigüedad de fondo y sin perder de vista las dificultades que esta cuestión entraña, trataremos de responder a la cuestión que planteábamos antes de esta digresión: ¿es todo concepto, para Koselleck, un concepto histórico?

Tal y como afirma Koselleck en *Futuro pasado*, el *tiempo histórico* se puede concebir como la determinación de la diferencia entre el pasado y el futuro, entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa. Estas dos categorías antropológicas indican los diversos modos posibles en que se pueden articular el presente, el pasado y el futuro en una unidad de sentido, una relación que se modifica en el curso histórico, y que determina la manera en la que el ser humano se organiza social y políticamente. El tiempo de la historia no puede confundirse con el tiempo de la cronología, que responde simplemente a preguntas concretas por la datación de acuerdo a los numerosos calendarios y medidas del tiempo; ni tampoco con el tiempo de la naturaleza. No cualquier experiencia del tiempo produce historia. Es histórica únicamente la temporalidad que, vinculada a unidades políticas y sociales de acción, produce un cambio en la manera en que se articulan *espacio de experiencia* y *horizonte de expectativa*.

Así, aun aceptando que el concepto como tal es condición de toda historia posible (como dijera Kant, no hay experiencia sin conceptos, ni conceptos sin experiencia) y asumiendo la ambivalencia con la que Koselleck emplea el término, nos atrevemos a afirmar que no todos los conceptos son históricos sino solo aquellos que, en su articulación semántica, recogen la experiencia social del *tiempo histórico*. En un fragmento que cita Carsten Dutt en el «Epílogo» a *Historias de conceptos*, Koselleck manifiesta que, en sentido estricto, «un concepto ya no tiene historia una vez que se ha acuñado para referirse a un determinado estado de cosas». No obstante, añade,

lo que sí existe es la historia de los efectos y de la recepción de ese concepto. La diacronía y la sincronía siempre están entrelazadas. El impulso de los conceptos plasmados se extiende a lo largo de siglos. Su carga semántica no puede eliminarse y condiciona como estímulo y limitación todos los intentos posteriores de cambio semántico o resemantización.²⁸²

²⁸¹ Para una síntesis de estas críticas, ver José Blanco Rivero. «La historia de los conceptos de Reinhart Koselleck: Conceptos fundamentales, *Sattelzeit*, temporalidad e histórica», *Politeia*, Vol. 35, Nº 49, 2012, pp. 16-33.

²⁸² Carsten Dutt, «Epílogo» a Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid: Trotta, 2012, p. 296.

La historia se deposita en los conceptos y la exploración del cambio de significado y de función que estos adquieren constituye una forma de comprender los fenómenos del pasado. Pero cuando un concepto tan solo registra un estado de cosas y ya no es capaz de articular la relación entre experiencia y expectativa, deja de jugar un papel relevante en la vida sociopolítica de una comunidad, y entonces no puede considerarse *histórico*. A pesar de esto, Koselleck no le retira el estatuto de concepto, porque a diferencia de las palabras, siempre unívocas, los conceptos constituyen concentraciones de muchos contenidos significativos que se van depositando a lo largo del tiempo. Los más nuevos se sitúan sobre los más antiguos, que se mantienen vivos, perdurando en estado de latencia. Por ello son únicamente historiables y no definibles, pues siempre son susceptibles de una resemantización, de tal suerte que puedan jugar de nuevo un papel protagonista en el contexto socio-político en el que se integra.

Alguien podría objetar que también hay palabras polisémicas. Pero responderíamos que lo son en un sentido diferente. Una palabra polisémica remite a distintos significados que, dependiendo del contexto, pueden ser asociados con la misma palabra, mientras que el concepto compendia en sí mismo una pluralidad de significados que implica que el significante y lo significado estén inevitablemente unidos. Si bien desde el enfoque koselleckiano el concepto se estudia en su función político-social y no en su función lingüística, el historiador propone como otra de las pautas metodológicas de la investigación histórico conceptual la alternancia de dos enfoques lingüísticos relativos a la relación palabras-cosas.

Por un lado, la semasiología (el estudio de los diferentes significados que tiene un mismo término, limitado en este caso a los sectores que cubren las estructuras político-sociales y sus modificaciones), y por otro, la onomasiología (el estudio de las múltiples denominaciones que existen para estados de cosas en principio idénticos). Así se registran tanto los estratos de significado de una misma palabra como los procesos de denominación mediante diferentes palabras. Si bien ambos enfoques se emplean en su uso combinado, el estudio onomasiológico pasa a veces a primer plano porque revela la transformación de estructuras históricas —contenidos extralingüísticos—, en el medio lingüístico. Por tanto, la polisemia atribuida por Koselleck a los conceptos nada tiene que ver con aquella que pueda caracterizar a algunas palabras.

Además, Koselleck afirma que no hay conceptos históricos genuinos,²⁸³ sino que, normalmente, estos surgen de numerosos préstamos procedentes de distintos ámbitos de experiencia empleados inicialmente como metáforas para describir fenómenos históricos:

El modo de hablar sobre la historia, especialmente sobre el tiempo histórico, extrajo inicialmente su terminología de la naturaleza de las personas y de su entorno. A lo que hay que añadir los numerosos préstamos procedentes de los distintos ámbitos de la experiencia que se utilizan para describir fenómenos históricos: de los mitos, de la constitución política, de la Iglesia y la teología, de la técnica y las ciencias naturales. En un principio no hay conceptos históricos genuinos, que se ocupen del tiempo histórico. Siempre se trata de metáforas. En adelante tendremos, por tanto, que tener en cuenta el contenido metafórico de nuestros conceptos para poder ponderar la fuerza histórica de su significado.²⁸⁴

Las metáforas, como premisas para la enunciación, atraviesan diacrónicamente los campos de la experiencia histórica y están sincrónicamente ligadas a cada uno de ellos. Como decía Palti, estas son el vehículo adecuado para dar expresión a ese nivel simbólico y poder seguir esos movimientos que explican los cambios semánticos. Al tratarse siempre de metáforas, Koselleck advierte:

Nuestra perspectiva histórico-conceptual no nos debería inducir a ver el entrelazamiento lingüístico de sincronía y diacronía una explicación suficiente. Debe hacerse referencia a la metafórica para aclarar la distancia existente entre la plasmación lingüística, la realidad histórica y el análisis histórico-sociológico. La metafórica se intercala necesariamente para posibilitar la transición desde la experiencia histórica a la interpretación científica.²⁸⁵

Esto pone de relieve el fructífero entrelazamiento que puede darse entre la historia de las metáforas y la historia conceptual en su versión koselleckiana,²⁸⁶ para la que las metáforas, como ya estableció Blumenberg, no son meros ornamentos del lenguaje. En virtud de la génesis metafórica de todos los conceptos históricos, estos contienen residuos irracionales que imposibilita su clausura lógica,²⁸⁷ lo cual conlleva que nunca se identifican con la estructura de sentido que se encuentra a su base. La historia conceptual

²⁸³ Reinhart Koselleck, «Revolución como concepto y como metáfora», en Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político social*, op. cit., p. 170.

²⁸⁴ Reinhart Koselleck, «Progreso y decadencia», *Ibidem.*, p. 97.

²⁸⁵ Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político social*, op. cit., p. 166.

²⁸⁶ A este respecto, véase Faustino Oncina, «Historia in/conceptual y metaforología: método y modernidad», en Faustino Oncina y Pedro García-Durán (eds.), *Hans Blumenberg: Historia in/conceptual, antropología y modernidad*, Valencia: Pre-Textos, 2015.

²⁸⁷ Elías José Palti, «Ideas, conceptos, metáforas. La tradición alemana de historia intelectual y el complejo entramado del lenguaje». *Res publica*, 25, 2001, p. 234

no es un fin en sí misma, sino una propedéutica para una empresa teórica más ambiciosa, la *Histórica*.

IV.4. Las características de los conceptos históricos fundamentales

Lo que nos ha ocupado hasta aquí no ha sido otra cosa más que la reconstrucción del marco de referencia metodológico explicitado en la «Introducción» [*Einleitung*] del *Lexikon* con vistas a la tentativa de elucidación del concepto de concepto. Con la elección de esta modalidad expositiva de los cinco conocidos principios metodológicos —el histórico-crítico, el uso combinado de la diacronía y la sincronía, la alternancia entre la semasiología y onomasiología, la distinción entre palabra y concepto, y la relación de convergencia no identitaria entre concepto e historia—, queríamos mostrar dos cosas. En primer lugar, que estos principios no solo sirven para entender la labor lexicográfica del diccionario, sino que en sí mismos albergan el proyecto filosófico genuinamente koselleckiano. En segundo lugar, que todos ellos están relacionados de algún u otro modo con su concepto de concepto. Luego, si bien surge como un método historiográfico orientado a la realización de un léxico, la obra de Koselleck constituye un largo proyecto de investigación meticulosamente articulado tanto en una dimensión teórico-metodológica como en otra metacrítica, reunidas ambas en una particular concepción del concepto.

Afín al cometido hermenéutico y desarrollando una inestimable labor dentro del grupo de historia social moderna, la investigación koselleckiana parte de una fuerte oposición a la manera en que la historia de las ideas trabajaba con los conceptos. Al adquirir estos significación en la historia, Koselleck denuncia que no pueden ser tratados como esencias metafísicas eternas capaces de estar en posesión de una vida autónoma:²⁸⁸ en la medida en que poseen estratos diacrónicos donde aprehenden experiencias y propulsan expectativas, los conceptos son siempre polívocos, y la polivocidad va aparejada, siempre, a la interpretabilidad. Pero, además de estos dos rasgos esenciales que, en general, caracterizan a todos los conceptos [*Begriffe*], hay un tipo especial cuya

²⁸⁸ Reinhart Koselleck. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós, 1993, p. 113. Sobre la diferencia entre idea y concepto, Elias Palti escribe: «Ideas cannot serve as the unit for this kind of historical comprehension since they lack, by definition, an inherent principle of historicity. An idea eventually appears (or not) in a particular context, but this is a circumstance external to it. Between an idea and its context there is a merely contingent tie. Only in concepts to semantic shifts resulting from alterations in the context of their utterance become inscribed, thus forming an integral part of their definition» (...) «As Koselleck remarked, only when a term or idea gains diverse, particular connotations does it become a concept». Elias Palti, «Reinhart Koselleck. His Concept of the Concept and Neokantianism», *Contributions to the History of Concepts*, Volume 6, Issue 2, Winter 2011, p. 4-7.

«orientación a un objetivo y la información que poseen es tan intensa que se hacen imprescindibles en el uso lingüístico común».

Koselleck los denomina «conceptos fundamentales» [*Grundbegriffe*] y son aquellos de los que no se puede prescindir para interpretar la realidad social y política. Esto último hace que en torno a ellos se desencadene una lucha por su correcta interpretación. Debido a su irremplazabilidad a la hora de comprender la realidad en la que uno vive, su articulación semántica es susceptible de desatar la disputa política. Los conceptos fundamentales son expresiones cuya importancia plantea una pretensión de exclusividad antipluralista.²⁸⁹ Por tanto, una historia conceptual normal se convierte en una historia de conceptos fundamentales una vez que se han dado dos condiciones: la insustituibilidad y el subsecuente carácter polémico.²⁹⁰

Los estratos del tiempo coexistentes en los conceptos fundamentales permiten elucidar de manera muy específica una idea de temporalidad histórica conformada por tales capas semánticas que se mueven en diferentes temporalidades y distintas velocidades. No solo son insustituibles, sino que también poseen una estructura temporal interna. «Todo concepto fundamental contiene elementos de significados pasados en estratos situados a distinta profundidad y expectativas de futuro de distinta importancia. Con ello estos conceptos generan [...] un potencial de movimiento y de modificación temporal con independencia de su contenido de realidad».²⁹¹ En la medida en que son capaces de aglutinar suficientemente las nuevas experiencias y de plasmarlas en un concepto común junto con las expectativas por cumplir,²⁹² los conceptos fundamentales encierran un potencial histórico de

²⁸⁹ Reinhart Koselleck, «Historias de conceptos y conceptos de historia», en Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje social*, op. cit., p. 35.

²⁹⁰ «Conceptos como Estado son más que simples significados; comprenden muchos significados individuales (territorio, frontera, ciudadanía, justicia, ejército, impuestos y legislación), los aglutinan en un compuesto superior y se refieren a sistemas filosóficos, formaciones políticas, situaciones históricas, dogmas religiosos, estructuras económicas, clasificaciones sociales, etc. Cuando esta clase de conceptos se vuelven insustituibles o no intercambiables, se convierten en conceptos fundamentales sin los que no es posible ninguna comunidad política y lingüística. Simultáneamente, son polémicos porque distintos hablantes quieren imponer un monopolio sobre su significado. [...] Ser insustituible y, por tanto, polémico es lo que diferencia a los conceptos fundamentales de gran complejidad del resto de conceptos». Reinhart Koselleck, *ibídem*, pp. 45-6.

²⁹¹ Reinhart Koselleck, «Historias de conceptos y conceptos de historia», en Reinhart Koselleck, *ibídem*, p. 37

²⁹² «Una palabra pierde la capacidad de representar un concepto fundamental cuando ya no es capaz de aglutinar lo suficiente las nuevas experiencias y de plasmarlas en un concepto común junto con las expectativas por cumplir. Lentamente desaparecerá de la circulación. Basta recordar que élite sustituye a aristocracia, agricultor a campesino, en ocasiones obrero a trabajador y sociedad a Estado. Es evidente que de esta forma no se solucionan los problemas expresados en los conceptos, sino que solo se reformulan y redefinen. También lo es que detrás de estos cambios de denominaciones o formación de conceptos se ocultan problemas de tipo extralingüístico. Precisamente esta diferencia entre el concepto y el estado de

transformación y como «conceptos guía del movimiento histórico» no pueden ser definidos: tan solo pueden ser contados como una narración.

Toda esta teoría sobre el concepto, no obstante, es algo vacío sin su correspondiente investigación histórica llevada a cabo en el célebre Léxico. La producción teórica koselleckiana se basa en el supuesto de que, desde mediados del siglo XVIII, en la centuria que va desde 1750 a 1850, se produjo una profunda y precipitada transformación de los significados originales de determinados *topoi* clásicos a la vez que surgieron neologismos²⁹³ que modificaron todo el ámbito experiencia y fijaron un nuevo horizonte de esperanza. Es el caso, por ejemplo, de progreso, historia o de revolución.

Como veremos a continuación, todos ellos experimentan, en sentido temporal, una disminución de su contenido experiencial, a la par que aumenta proporcionalmente la pretensión de realización que contenían, poniendo en juego un modelo social que apunta hacia el futuro. En lo que sigue, se tratará de analizar que el distanciamiento progresivo entre «espacio de experiencia» y «horizonte de expectativa» que determina la aceleración del tiempo histórico es la marca característica de la modernidad. De esta manera, la historia de los conceptos koselleckiana no solo constituye una herramienta propedéutica para una teoría científica de la historia, sino también una narración del mundo moderno como la era que, entre otras cosas, puso fin a la sujeción del tiempo a la naturaleza e inauguró una nueva temporalidad.

cosas es la que una y otra vez provoca la transformación histórica que la regula», Reinhart Koselleck. *Historias de conceptos*, op. cit., p. 38

²⁹³ Sobre todo, palabras acabadas en –ismo que sirvieron como conceptos colectivos y de movimiento para activar y reorganizar a las masas, permanentemente desarticuladas, donde destacan comunismo, fascismo, etc.

CAPÍTULO V. CRISIS DEL RÉGIMEN MODERNO DE HISTORICIDAD

V.1. Introducción. Del descubrimiento del futuro a la privatización de la utopía

En la segunda de sus *Consideraciones intempestivas*, Nietzsche comienza haciendo alusión a la desazón con la que comprensiblemente el ser humano habrá de contemplar un rebaño que pasa junto a él. Día tras día, de la mañana a la noche, el animal retoza, come, digiere, descansa y vuelve a retozar, sin llegar a saber nunca lo que es el ayer, ni el hoy, ni el mañana. Contemplar esto perturba el ánimo del ser humano, forzado a vivir con la conciencia de ser una existencia precedida por un pasado y seguida de algo por venir que, tarde o temprano, concluirá en un infinito haber sido. Pasado-futuro, antes-después, recuerdo-espera: la vida humana transcurre entre dos dimensiones temporales inasibles y asimétricas que, tal y como ha podido constatar Koselleck, guardan entre sí un equilibrio inestable dependiente de las diversas funciones y jerarquías que les son atribuidas en cada formación socio-histórica.

No siempre existió la capacidad de proyectarse socialmente en un futuro. Indudablemente, siempre hubo acontecimientos que fueron esperados por generaciones de seres humanos. Pero la idea de futuro en el sentido moderno del término, esto es, «como espacio temporal vacío que cabía llenar con los acontecimientos y las representaciones mentales que se creyera oportuno»,²⁹⁴ no fue concebida hasta el siglo XVIII, cuando el proyecto utópico ilustrado introdujo el supuesto de una racionalidad histórica universal a la cual debía someterse la realidad diaria y la suma de experiencias. Aunque esa direccionalidad a la hora de interpretar los acontecimientos como un todo relacionado ha llegado a parecernos algo natural, el estallido de la Primera Guerra Mundial, acto inaugural del denominado corto siglo XX, puso de manifiesto que la idea de un tiempo homogéneo en el que se acabarían asentando todos los hechos históricos no es ninguna constante antropológica.

²⁹⁴ Lucien Hölscher. *El descubrimiento del futuro*. Madrid: siglo XXI, 2014, p. 38

El siglo pasado llegó a su fin en 1989 con la caída del muro, vivida por quienes observaban el derrumbe como un feliz triunfo frente a un régimen tiránico. Sin embargo, junto al régimen soviético se enterraron también las utopías y los combates emancipatorios que protagonizaron el desarrollo y la historia del siglo XX. El futuro, como un horizonte abierto de posibilidades, tiene desde entonces más pasado que porvenir. Lejos de trascender el presente con proyectos ilusionantes, hoy el futuro es más bien representado en términos de catástrofe. Las grandes innovaciones técnicas, que sobrepasan sin duda nuestra capacidad de control y previsión, ya no vienen acompañadas de promesas de emancipación colectiva. Abolidas por el neoliberalismo, las utopías del siglo veinte han perdido su potencial diacrónico para pasar a convertirse en objetivos concretos de una agenda individual de consumo inagotable de mercancías.²⁹⁵ Esta sincronización y privatización de la expectativa, que en general se debe al derrumbe de la era moderna, supone una desecación de la imaginación política que mueve al hombre a mirar al pasado como un campo de futuros que no fueron.

V.2. Los conceptos de la Sattelzeit: una teoría de la Modernidad

Si por algo se caracterizó la modernidad, siguiendo a Koselleck, fue por la introducción de una nueva concepción de temporalidad [*Neuzeit*] que rompió radicalmente con la noción de tiempo que había prevalecido durante siglos en el mundo premoderno campesino-artesanal. Este, en contraposición al moderno, era un tiempo incrustado en el ciclo natural de las generaciones, en el que no se daban ni podían darse grandes diferencias socioculturales entre la experiencia consagrada y las expectativas por descubrir. Estas últimas se nutrían preminentemente de los antepasados en la misma medida en que llegaban a ser las de los descendientes. Incluso aunque algo cambiara, lo hacía de forma tan lenta y tan a largo plazo, que la ruptura entre lo vivido y lo esperado no rompía el mundo de la vida que sería heredado. En suma, la vida social premoderna estaba en gran medida determinada por procesos circulares: «circular era la sucesión de la siembra y la cosecha, la secuencia de las festividades de la Iglesia, con la fijación de usos estacionales; la sucesión de las edades de la vida y la convivencia de las generaciones; las reglas rituales del dar y tomar en el enlace matrimonial y en la herencia testamentaria [...]», etc.²⁹⁶

²⁹⁵ Enzo Traverso. *Melancolía de la izquierda. Después de las utopías*, op. cit., 2019 p. 33

²⁹⁶ «Ni siquiera en los grandes acontecimientos, contemplados desde la perspectiva de las gentes de época, se producía apenas algo nuevo cuando las cosas transcurrían con normalidad. El hijo sucedía al padre en el

Sin embargo, la irrupción de la modernidad, a la que Koselleck se refirió habitualmente como *Sattelzeit*,²⁹⁷ puso fin a esa sujeción del tiempo a la naturaleza. Aunque es un término de difícil traducción, constituye una metáfora dotada de una inmensa plasticidad. En alemán *Sattel* es la silla de montar a caballo. Como esta, colocada a horcajadas sobre los dos lomos del animal, la *Sattelzeit* es una época encabalgada en dos fechas, 1750 y 1850. Además de la acepción hipológica, *Sattel* tiene también un sentido geológico, referido al pliegue anticlinal de la corteza terrestre. En forma de uve invertida, supone un lento ascenso seguido de una bajada precipitada similar a la aceleración característica de la vida moderna, en la que el legado de las enseñanzas consagradas fue perdiendo importancia en la vida social al mismo ritmo vertiginoso en que aumentaba el anhelo por lo nuevo.

Los cambios técnicos y políticos que trajeron consigo la revolución industrial y la Revolución francesa transformaron radicalmente los cimientos sociales y culturales de Europa. Los conceptos aquí surgidos, cuya trama semántica es reconstruida por la labor metodológica del diccionario, registraron tanto como efectuaron la transición del mundo antiguo al moderno. El programa del Diccionario diferencia tres tipos de conceptos: 1) conceptos tradicionales que mantienen su significado; 2) conceptos cuyo significado debe ser reconstruido a partir de sus significados precedentes; 3) neologismos, como «fascismo» o «comunismo».

Koselleck señala cuatro rasgos que harían específicamente modernos a los conceptos.²⁹⁸ La primera característica, la democratización (*Demokratisierung*), apunta

trono; el nuevo consejo sucedía al anterior en el ejercicio del poder en las repúblicas y en las ciudades. Las guerras seguían a los tiempos de paz; las paces a la guerra; la riqueza sucedía a la pobreza; la dicha a la desgracia, y a la inversa». Lucian Hölscher. *El descubrimiento del futuro*, op. cit., pp. 26-7

²⁹⁷ Algunas de las críticas que se le han hecho a la idea de *Sattelzeit* es que, aunque resulta esclarecedora de las grandes transformaciones culturales epocales, tiene como contrapartida el que tiende a sugerir que la única gran ruptura conceptual ocurrida en Occidente es la que se produjo en la Ilustración. Para una exposición crítica del concepto véase Elías Palti, «R. Koselleck y la idea de *Sattelzeit*: un debate sobre modernidad y temporalidad», *Ayer*, 53, 2004, pp. 63-74. Además, cabe señalar que en la ya mencionada entrevista concedida a Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes el 5 de abril de 2005 durante una estancia en Madrid, el historiador alemán le restó importancia a este concepto, al que calificó de «demasiado ambiguo» a la hora de expresar con claridad la experiencia histórica de la aceleración propia de la modernidad. A la pregunta formulada de si podríamos estar en el umbral de otra *Sattelzeit* de signo inverso a la gran transformación semántica abierta en la segunda mitad del siglo XVIII, Koselleck responde que, por los motivos aludidos, «desde el punto de vista teórico, *Sattelzeit* es un término bastante débil». La entrevista puede consultarse en: <https://www.revistadelibros.com/articulos/historia-conceptual-memoria-e-identidad-i-entrevista-a-reinhart-koselleck>.

²⁹⁸ Reinhart Koselleck, «Introducción al Diccionario histórico de conceptos político sociales básicos en lengua alemana», *Anthropos*, 223, 2009, pp. 96-98. Además, en la entrevista anteriormente mencionada, Koselleck volvió a manifestar: «mi proyecto de lexicón está basado en cuatro hipótesis; a saber: en un cierto momento (1) el lenguaje se democratizó y (2) se politizó, al tiempo que se producía (3) un fuerte sesgo

al acceso de las clases populares a la participación en la vida pública. Mientras que hasta el siglo XVII el vocabulario político estaba restringido a las élites aristocráticas, a partir de la Ilustración y de los cambios que acarreó la Revolución francesa —especialmente el nacimiento de la opinión pública—, este espacio se fue ampliando, primero hasta las clases más instruidas, llevando progresivamente a la universalización del lenguaje social y político. Muchos conceptos [*Bürger, Demokratie, Freiheit, Gleichheit*] que hasta entonces se aplicaban solo a ciertos grupos privilegiados, comienzan a emplearse como si fueran aplicables a toda la ciudadanía.

El segundo rasgo, la temporalización (*Verzeitlichung*), alude al hecho de que el cambio social y político ya no se deja interpretar a través de patrones de repetición, sino que adquiere un enfoque de futuro guiado por las expectativas de cambio y mejora. La historia queda así periodizada casi siempre con carácter teleológico, esto es, como un movimiento unificado y progresivo que corre a lo largo de un esquema fijo hacia un fin social y político definitivo. En tercer lugar, los conceptos se ideologizan (*Ideologisierung*). Al incorporarse a ideologías, adquieren mayor grado de abstracción, lo que los hace utilizables de acuerdo con los intereses y objetivos de diferentes grupos y movimientos. Así, lo que en el Antiguo Régimen era más bien particular y referido a contextos sociales concretos —las libertades, los progresos, etc.—, se convierte en un singular colectivo y abstracto para su uso en la interpretación de las situaciones políticas —la libertad, el progreso, etc.—. Esto enlaza con el último rasgo, referido al uso de los conceptos como consignas de posiciones políticas y sociales a modo de eslóganes, en clave de legitimación histórica (*Politisierung*).

Todos estos criterios, en los que se plasman las nuevas experiencias que estructuran el espacio incipiente de la modernidad en su aspecto conceptual, remiten unos a otros y solo pueden comprenderse plenamente atendiendo también a los significados previos de las palabras investigadas. Por ello, en los resultados de su investigación Koselleck va dando cuenta de los mismos a partir de la historización de determinados conceptos, remontándose a su contenido semántico originario, más allá de la época de la gran revolución, hasta su institución en lo que denomina *singulares colectivos* [*Kollektivsingular*] de la modernidad, nuevos conceptos que, tras el derrocamiento del

ideológico y (4) una temporalización interna de los conceptos. Así pues, la temporalización entre el pasado y el futuro se va implantando poco a poco, mientras que se desarrolla gradualmente una nueva estructura del lenguaje político. Esta nueva estructura termina por afectar a todos los conceptos».

viejo orden feudal, absorbieron potenciales semánticos hasta entonces desconocidos y contribuyeron a la instauración de un nuevo orden. Todos ellos tienen en común que, en sentido temporal, ya no se basan solo en un conjunto de experiencias que reflejan, sino que proyectan una transformación de carácter social, político y religioso.

Un ejemplo relevante de singular colectivo es el concepto moderno de progreso,²⁹⁹ cuyo contenido de experiencia y exceso de expectativas no existía antes del siglo XVIII. En su artículo «“Progreso” y “Decadencia”. Apéndice sobre la historia de dos conceptos»³⁰⁰ Koselleck señala que, en torno a 1800, al deshacerse su significado del trasfondo natural relativo al movimiento espacial, progreso se convirtió en un concepto moderno. En efecto, en la Antigüedad clásica los progresos referían a una visión retrospectiva y relativa a sectores parciales —progresar de aquí a allá— cuya percepción quedaba estrechamente vinculada a la experiencia de una sociedad y a sus contextos materiales.³⁰¹ No fue hasta la llegada del judeocristianismo que un nuevo horizonte de futuro alteró el significado del término. La representación cristiana de la historia universal del género humano, tal y como atestigua la paradigmática *Ciudad de Dios* de Agustín de Hipona,³⁰² se sustenta en una concepción lineal, progresiva y escatológica del tiempo dividida en tres momentos esenciales que responden al plan salvífico de Dios: la creación, la redención y el juicio final. En este contexto *profectus* o *progressus* aluden a la salvación de las almas.

²⁹⁹ Para una historia detallada del concepto de progreso, también puede consultarse Reinhart Koselleck, «Fortschritt» en *Geschichtliche Grundbegriffe* 2, 351-353, 363-423. Esta entrada ha sido traducida al valenciano por Josep Monter en H. G. Gumbrecht, H. Stuke y Reinhart Koselleck, *Il·lustració, progrés i modernitat. Història dels conceptes*. Valencia: Novatores Major, 2018. El volumen recoge las voces «Ilustración», «progreso» y «modernidad», redactadas respectivamente por Horst Stuke, Reinhart Koselleck y Hans Ulrich Gumbrecht para el portentoso diccionario *Conceptos históricos fundamentales. Léxico histórico del lenguaje político-social en Alemania (1972-1992)*, así como una introducción de Faustino Oncina titulada «Què significa i per a què s'estudia la història conceptual. Una introducció a la història dels conceptes d'Il·lustració, Progrés i Modernitat».

³⁰⁰ Reinhart Koselleck, «“Progreso” y “Decadencia”. Apéndice sobre la historia de dos conceptos», en Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político social*, op. cit., pp. 95-112.

³⁰¹ «en este sentido hay numerosos ejemplos entre los griegos y los romanos que describen un progreso relativo en los distintos ámbitos especializados y campos de experiencia: propoke, epidosis, progressus, profectus», *Ibidem*, p. 99

³⁰² Escrita en el contexto del declive del Imperio romano, de cuyo desplome se responsabilizaba entonces al cristianismo, el objetivo de la obra era tanto defender al cristianismo del cargo del que se le acusaba, como refutar la creencia de que el fin de Roma sería el fin del mundo. La historia discurre entre dos alternativas opuestas en permanente conflicto: la ciudad de Dios, integrada por aquellos que aman a Dios, y la ciudad terrena, formada por quienes han renunciado al amor divino. Considerando el momento contemporáneo como la sexta y última edad del mundo, Agustín de Hipona afirma que esta habrá de durar hasta la segunda venida de Cristo, el juicio y la consiguiente separación definitiva de las dos ciudades para dirigirse cada una a su destino eterno: la primera a la salvación y la segunda a la muerte. Concha Roldán. *Entre Casandra y Clío. Una historia de la filosofía de la historia*. Madrid: Akal, 1997, pp. 40-44.

Aunque es cierto que al uso lingüístico medieval de progreso subyace la idea de un movimiento dirigido en pro del alcance de una meta que podría equipararse con el discurrir lineal del movimiento temporal que se desprende del uso moderno, existen entre ambas concepciones sustanciales diferencias.³⁰³ Por un lado, la salvación a la que apunta el progreso cristiano tiene un sentido trascendente, no intrahistórico. Por otro, al acontecimiento venidero del juicio final se le otorga el mismo grado de realidad que a los acontecimientos presentes y pasados. Mientras que el progreso moderno se diferencia de los significados religiosos originales en la sustitución de la escatología medieval por lo incierto de un futuro abierto: «puesto que contiene la idea de que, a partir de la industrialización y la tecnificación, las condiciones de nuestra experiencia anterior nunca son suficientes para anticipar las sorpresas y novedades del futuro».³⁰⁴

En la modernidad, «progreso» dejó de hacer referencia a ámbitos delimitables y pasó a convertirse en «un agente con una inevitable pretensión de universalidad: se trataba del progreso de la humanidad»,³⁰⁵ un movimiento que queda referido a sí mismo como un órgano suprapersonal que ejecuta las acciones. Se trata de un proceso que se corresponde en el ámbito político con la Revolución francesa y en el económico con la Revolución industrial y el comercio mundial,³⁰⁶ por lo que, mayormente alude a una inclinación hacia algo mejor cuyo objetivo oscila entre conseguir la inalcanzable perfección final y una permanente posposición en el tiempo. Todo ello llevó al descubrimiento de un tiempo

³⁰³ Koselleck participó en el debate en torno de la secularización protagonizado por Karl Löwith, para quien la modernidad es la secularización de la escatología cristiana, y Hans Blumenberg, que sostiene que la modernidad posee legitimidad y no vive a expensas de la intrusión de motivos teológicos. Véase Antonio Rivera, «Blumenberg y el debate sobre la secularización», *Eikasía. Revista de Filosofía*, n. 45, 2012, pp. 237-244. El debate, a la postre, versa sobre la continuidad o novedad de la filosofía de la historia respecto del pensamiento cristiano. ¿La filosofía de la historia progresista importa de la teología su núcleo filosófico, o consiste en su impugnación? Koselleck (Reinhart Koselleck, «Wie neu ist die Neuzeit?», en id., *Zeitschichten. Studien zur Historik*, Suhrkamp, Frankfurt am Main, 2000, pp. 225-239) mantendrá una postura de algún modo intermedia «en la que defiende la novedad y especificidad de la modernidad a la vez que identifica un núcleo teológico secularizado por y en la filosofía de la historia, dispositivo ideológico que permea la mentalidad moderna y supone la reemergencia de lo arcaico en el corazón del nuevo tiempo», Héctor Vizcaíno, Tesis doctoral *Historia Conceptual y crítica de la Modernidad. R. Koselleck y la historia efectiva de la Begriffsgeschichte en Italia*, pp. 153-4. Universitat de València, Valencia, 2018, dirigida por Faustino Oncina. Véase también Faustino Oncina, *Aceleración, prognosis y secularización*. Valencia: Pre-Textos, 2003.

³⁰⁴ Reinhart Koselleck, «“Progreso” y “Decadencia”. Apéndice sobre la historia de dos conceptos», en Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político social*, op. cit., p. 110

³⁰⁵ «Documentado por primera vez en Kant, fue desde entonces una palabra que de forma breve y manejable plasmó en un concepto la diversidad de progresos científicos, técnicos, industriales, así como los morales y sociales e incluso el de la historia en general», ibídem, p. 106

³⁰⁶ Ídem.

genuinamente histórico que encontró en el término «progreso» su primer concepto:³⁰⁷ «la experiencia del pasado y la expectativa del futuro se distanciaron mutuamente, se separaron de forma progresiva, y esta diferenciación se plasmó finalmente en el concepto común de progreso».³⁰⁸

Otro ejemplo de gran relevancia es «revolución»,³⁰⁹ un concepto de procedencia astronómica que antes del siglo XVIII describía el movimiento circular de los astros. En tanto que concepto premoderno, no obstante, ofrecía una fórmula paradigmática para referirse al posible retorno de sucesos acontecidos en el terreno de la auto-organización humana. En su acepción metafórica se vinculaba con disturbios violentos, sublevaciones o incluso guerras civiles que, si bien llevaban a provocar un cambio de la constitución política, nunca sobrepasaban el ámbito de lo humanamente posible,³¹⁰ es decir, este ocurría dentro de un tiempo histórico secuencial encerrado en sí mismo.

Para ilustrar su tesis, Koselleck se sirve de la Política de Aristóteles, donde el estagirita analiza las tres formas posibles de gobierno que, en continua alternancia dentro de un circuito finito de posibilidades determinadas por la naturaleza humana, existían en la Antigüedad: monarquía, aristocracia y democracia. Cuando estos gobiernos, en una de sus formas puras, se pervertían, degeneran respectivamente en tiranía, oligarquía y olocracia. Tan pronto como la monarquía declinaba en tiranía, era sustituida por la aristocracia que, al desembocar ella misma en una oligarquía, había de ser reemplazada por la democracia, siguiendo así un movimiento circular orientado al cambio de uno de los modos de gobierno dentro del cual los hombres vivían cautivos:³¹¹ «esta es la revolución natural de las constituciones de los Estados, de acuerdo con la cual se transforma una y otra vez cada situación del Estado, para retornar finalmente al punto de partida».³¹²

³⁰⁷ «El concepto de progreso es el primero genuinamente histórico que ha llevado la diferencia temporal entre la experiencia y la expectativa a un concepto único», Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, op. cit., p. 349

³⁰⁸ Reinhart Koselleck, «“Progreso” y “Decadencia”. Apéndice sobre la historia de dos conceptos», en Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político social*, op. cit., p. 105-106.

³⁰⁹ Véase Reinhart Koselleck, «Revolución como concepto y como metáfora. Sobre la semántica de una palabra en un tiempo enfática», en Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político social*, op. cit., pp. 161-170. «Revolution als Begriff und als Metapher»: *Merkur. Deutsche Zeitschrift für europäisches Denken* 39 (1985), Klett, Stuttgart, pp. 203-211

³¹⁰ Reinhart Koselleck, «Historia de los conceptos y conceptos de historia», Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político social*, op. cit., p. 33

³¹¹ Aristóteles, *Política*. Madrid. Gredos, 1988, 1279 ab.

³¹² Koselleck, «Revolución como concepto y como metáfora. Sobre la semántica de una palabra en un tiempo enfática», en Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político social*, op. cit., p. 70.

En su sentido de repetición, el concepto de «revolución» empezó a aplicarse al ámbito sociopolítico en forma de metáfora. Sin embargo, con la irrupción de la modernidad, «revolución» se reinterpretó utópicamente y empezó a hacer referencia a un único proceso de emancipación social que ya no venía a restaurar un estado de justicia anterior circunscrito en los datos previos de la experiencia histórica, sino que conducía a un futuro desconocido y superior de auto organización. A partir, sobre todo, de la Revolución Francesa, «revolución» trasciende la estrecha acepción política de rebelión para indicar una transformación estructural a largo plazo que abarca la sociedad por entero y se convierte en sujeto de la historia. Como singular colectivo, adquirió entonces el carácter de necesidad histórica y se convirtió en un título legitimador de transformaciones que no habían tenido antes lugar en el ámbito de la experiencia.³¹³

Desde entonces, el concepto aglutina estratos semánticos referidos a dos campos que, aunque distintos, pueden utilizarse de forma independiente: por un lado, en tanto que contiene experiencias premodernas, refiere «a los disturbios violentos de una sublevación que puede convertirse en guerra civil, sublevación que en cualquier caso provoca un cambio de la constitución». Por el otro, en tanto que concepto moderno, revolución indica «una transformación estructural a largo plazo que tiene su origen en el pasado y que puede afectar al futuro», trascendiendo el estrecho sentido político de rebelión para abarcar la sociedad por entero.³¹⁴ Experiencias y expectativas se condensaron así en un concepto fundamental de la modernidad cuyos entrelazamientos lingüísticos de sincronía y diacronía no solo revela una gradación de estratos temporalmente diferenciados que se utilizan de manera distinta en función de la posición política, sino la expresión de una nueva experiencia social de la temporalidad: la moderna.

Pero sin duda, el concepto moderno por excelencia es «historia».³¹⁵ Hasta el siglo XVIII, *grosso modo*, la historia había sido entendida como un conglomerado de hechos fragmentarios que se hallaba a disposición de quien quisiera hacer uso de ella, normalmente para actividades pragmáticas. Lo que se esperaba del historiador en la

³¹³ «Revolución como concepto y como metáfora. Sobre la semántica de una palabra en un tiempo enfática», en Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político social*, op. cit., p. 164.

³¹⁴ *Ibidem*, p. 16

³¹⁵ Koselleck recoge la historia de este concepto en Reinhart Koselleck, «Geschichte/Historie», en Otto Brunner, Werner Conze, y Reinhart Koselleck (eds.), *Geschichtliche Grundbegriffe: historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1972-1997 (reedición de 2005), 2, 1975, pp. 647-717. Hay traducción al español: Antonio Gómez Ramos: *historia/Historia*, Madrid, Trotta, 2004.

Antigüedad era que compusiera con destreza y talento pedagógico la narración de cosas quizá ejemplares, pero particulares y contingentes.³¹⁶ Así, Aristóteles pudo hacer esa mítica comparación entre la poesía y la historia en la que atribuía a la primera un rango más científico que a la segunda:

En efecto, el historiador y el poeta no se diferencian por decir las cosas en verso o en prosa (pues sería posible versificar las obras de Heródoto y no serían menos historia en verso que en prosa); la diferencia está en que uno dice lo que ha sucedido, y el otro lo que podría suceder. Por eso también la poesía es más filosófica y elevada que la historia; pues la poesía dice más bien lo general, y la historia lo particular.³¹⁷

En tanto que conjunto de narraciones referentes a acontecimientos pasados que podía servir de guía en la praxis, la historia era considerada por los antiguos una maestra para la vida —*historia magistra vitae*—. Tal ideal pedagógico se fundamentaba en el supuesto de la iterabilidad de los acontecimientos, es decir, en la creencia de que las mismas situaciones básicas, los mismos fenómenos, se repiten en lugares y circunstancias distintas. Esto permitiría inferir leyes generales aplicables a toda época histórica, al mismo tiempo que hacía imposible concebir la idea de una historia en singular. Lo que existían, en el contexto de esta perspectiva, eran historias en plural; situaciones que, aunque distintas, conservaban en lo esencial su mismo armazón.

Sin embargo, en el plazo de cien años (1750-1850) el futuro se desligó del pasado y la historia comenzó a concebirse como un proceso de perfeccionamiento continuo y creciente, abierto hacia un porvenir distinto del pasado y, por cierto, mejor.³¹⁸ Esta nueva noción de historia temporalizada como discurrir homogéneo, cuya traslación conceptual constituye la filosofía idealista de la historia,³¹⁹ no podía ya aprenderse como algo paradigmático. En tanto que unidad continua, cancelaba la antigua tarea de la historia, la

³¹⁶ «Generalmente, historia era un concepto de uso común para todas las experiencias recopiladas, narradas, ordenadas y transmitidas por otros o por uno mismo. La Historia ofrecía por consiguiente numerosos datos y hechos, singularidades y particularidades que eran empleados por las otras facultades y que en bastantes ocasiones podían ser generalizados», Reinhart Koselleck, *Esbozos teóricos*, op. cit., p. 86.

³¹⁷ Aristóteles, *Poética* 1451b.

³¹⁸ Reinhart Koselleck, «Espacio de experiencia, horizonte de expectativa», *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, op. cit., p. 347.

³¹⁹ Koselleck sostiene esta tesis y recoge la historia de este concepto *Geschichte/Historie*, que al español se ha traducido por *historia/Historia*. En alemán hay dos términos para la palabra castellana «historia»: *Geschichte*, que es el ámbito objetivo de los acontecimientos y las acciones (la historia con minúscula). *Historie*, que es la indagación subjetiva o ciencia de lo que acontece (Historia con mayúscula). El artículo fue publicado como entrada para el *Geschichtliche Grundbegriffe* editado por Koselleck, Brunner y Conze. Según Niklas Olsen, antes de que apareciera el primer volumen del monumental diccionario, el artículo sobre historia se publicó en un *Festschrift* (publicación de honor) de 1967 a Karl Löwith. Véase Niklas Olsen, *History in plural*, op. cit., p. 174

de ser maestra para la vida, y debía a partir de entonces ser contemplada y explicada de nuevo por cada generación, con miras a un progreso futurocéntrico que desató un tiempo de aceleración [*Beschleunigung*].

Para Koselleck es esencial que se entienda que cuando hoy hablamos de historia utilizamos una expresión cuyo contenido y extensión tuvo su origen en esa pinza temporal que va desde mediados del siglo XVIII hasta mediados del XIX, en la que se incuban los conceptos fundamentales de la modernidad europea. En el mundo premoderno se daba una oposición terminológica entre por un lado la Historia, el *historein*, cuyo cometido era explorar, investigar y narrar; y por el otro los *res gestae*, es decir, el ámbito de las acciones, afecciones y las obras de los participantes. Sin embargo, esta oposición se vio subvertida en el ámbito lingüístico alemán, durante la Ilustración,³²⁰ por medio de dos largos procesos que finalmente confluyeron en un campo de experiencia imposible de formular anteriormente: la historia en sí misma.

El primer proceso corresponde al surgimiento del singular colectivo historia, «*Geschichte*». Antes de 1780, el término alemán «*Geschichte*», en su significado de aditivo plural, nombraba la suma de acciones individuales, es decir, las historias, cuya consideración iba orientada a la instrucción de los hombres. Sin embargo, a partir del crecimiento semántico del término en la segunda mitad del siglo, se produjo el desplazamiento conceptual desde su forma aditivo plural al sustantivo colectivo singular que designa la suma de las historias individuales como un compendio coherente de todo lo sucedido en el mundo: la historia. Ya no se trata, pues, de captar un objeto, sino la historia misma convertida en condición de posibilidad de las historias plurales. La historia pasa a ser un *metaconcepto*: se convierte en el espacio de experiencia por excelencia —el de la experiencia histórica—, considerado desde entonces como un ámbito autónomo que guía la totalidad de la experiencia humana y se ocupa de que todo se incline a favor del perfeccionamiento.

Además de ascender semánticamente hasta convertirse en sujeto de sí misma, en un segundo proceso *Geschichte* se fusiona con el término *Historie*, referido a la historia entendida como ciencia o relato histórico. Al fundirse semánticamente con *Historie*, *Geschichte* adquiere tintes reflexivos que antes no tenía y obtiene tres significados que, según Koselleck, mantiene a día de hoy: la cosa sucedida, la exposición de los eventos

³²⁰ Reinhart Koselleck, *Esbozos teóricos*, op. cit., p. 43

acontecidos y la ciencia de ello. La historia menta entonces no solo el acontecer mismo, sino también el sentido de lo que acontece. El relato de lo sucedido pasa a formar parte del acontecer mismo. En la medida en que hay un sentido que está inscrito en el acontecer mismo que el relato debe expresar, la noción de historia se convierte, además de en sujeto, en objeto de sí misma.³²¹

Esta alteración que sufre la historia en la cultura europea de finales del siglo XVIII significa mucho más que la mera transformación de un corpus literario: supone el surgimiento de un concepto revolucionario cuyas condiciones semánticas posibilitan lo que conocemos por filosofía de la historia tradicional. Aunque hoy nos parezca algo evidente, a la sazón no era en absoluto obvio que la historia, que hasta ese momento había tratado de lo particular y contingente, fuera capaz de entrar en la filosofía. Es en esa comunión semántica entre *Geschichte* e *Historie* que se inicia la filosofía de la historia,³²² cuyo propósito principal era fundamentar el axioma de la unicidad de la historia sobre el que descansa el progreso, tanto en lo que atañe a su extensión en el tiempo como al modo de su movimiento, dirigido en todo caso por leyes que gobiernan en su concreción los acontecimientos históricos.

Con independencia de las variantes existentes a la hora de pensar el movimiento histórico, lo reseñable para lo que aquí nos ocupa es la pretensión de toda filosofía de la historia de llegar a comprender el curso de la historia en su conjunto, y de mostrar que, a pesar de las muchas anomalías manifiestas, puede vérsela como una unidad que encarna un plan general con un sentido histórico determinado que se irá revelando paulatinamente a través de un proceso. El hombre desempeña en todo este proceso un papel ambiguo. Por una parte, es actor, pues lo que vaya a suceder ha de ser por obra suya y en pro de su propia bienaventuranza. Pero, por otra parte, es un mero medio o instrumento para la realización de los fines universales.

En la medida en que provoca una nueva ordenación futurocéntrica de las experiencias y las expectativas, la filosofía de la historia contribuyó a la transformación del mundo

³²¹ «Lo que hasta ese momento podía ser pensado separadamente como experiencia, exploración, investigación y narración de la realidad se integra ahora en el concepto de historia, que antiguamente solo significaba la relación de acontecimientos, pero no su interpretación. [...] Desde entonces, la narración y la ciencia histórica ya no se dejan separar conceptualmente de la historia objetiva. [...] Dicho de otro modo, la historia desde entonces se transforma en otra cosa a través de la filosofía de la historia. Reinhart Koselleck, «Del sentido y el sinsentido de la historia», *Ibidem*, p. 44

³²² Este concepto de filosofía de la historia referiría, en principio, a la filosofía de la historia clásica del idealismo alemán, desde Kant hasta Hegel.

europeo y de la sociedad burguesa. La crítica de Koselleck consiste en mostrar que no es ningún sector eterno de la filosofía fundamental, sino un fenómeno cargado de connotaciones ideológicas que se puede datar. Su surgimiento es producto de la Ilustración que, debido a intereses políticos, muda la historia en un proceso de emancipación que lleva a la perfectibilidad del ser humano.³²³ No es este el primer lugar donde Koselleck se muestra muy crítico con a las grandes filosofías de la historia. El rechazo que les profesa, como vimos ya en el comentario a su tesis doctoral *Crítica y crisis*, es para algunos una de las claves interpretativas de su pensamiento.³²⁴ No hay que olvidar que la obra de Koselleck será criticada a menudo por su conservadurismo, e incluso por respaldar y dar continuidad a algunas tesis schmittianas.

A partir del análisis semántico-pragmático de estos y muchos otros conceptos,³²⁵ el autor de *Futuro pasado* revela tanto su irremplazabilidad a la hora de comprender la comunidad política y lingüística en la que se integran, como la estructura temporal interna que poseen, indiciaria de que bajo la conciencia moderna hay implícita una determinada concepción del tiempo caracterizada por la sobredimensión del horizonte de expectativas respecto del espacio de experiencias: «mi tesis es que en la época moderna va aumentando progresivamente la diferencia entre experiencia y expectativa, o, más exactamente, que solo se puede concebir la modernidad como un tiempo nuevo desde que las expectativas se han ido alejando cada vez más de las experiencias hechas».³²⁶

Las historias de los conceptos llevadas a cabo por Koselleck no solo constituyen, por tanto, una herramienta propedéutica para una teoría científica de la historia, sino también son, en sí mismas, una narración del mundo moderno³²⁷ como la emergencia de un tiempo nuevo que ya no se siente definitivo y que, al no poder orientarse en su pretérito, tiene que inventar su propio destino. Con esto procurábamos demostrar que la historia conceptual penetra la forma del tiempo histórico propia de la modernidad mediante la

³²³ Según Koselleck, el primero en establecer esto es Kant en *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita*. Véase Immanuel Kant, «Ideas para una historia universal en clave cosmopolita», en Immanuel Kant, *Ensayos sobre la paz, el progreso y el ideal cosmopolita*. Madrid: Cátedra, 2009.

³²⁴ Niklas Olsen, *History in plural, An Introduction to the Work of Reinhart Koselleck*, op cit. A propósito del libro, véase Javier Fernández Sebastián, «Contra la historia (en singular). Una interpretación de la obra de Reinhart Koselleck», *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*, 1 (2012), <http://www.ehu.es/ojs/index.php/Ariadna>, pp. 247-259.

³²⁵ El Diccionario está compuesto por nueve volúmenes, siete de los cuales son voces, de las que hay más de ciento veinte.

³²⁶ Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, op. cit., p. 343

³²⁷ Faustino Oncina, «Historia conceptual: ¿algo más que un método?», en Faustino Oncina (ed.), *Tradición e innovación en la historia intelectual. Métodos historiográficos*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013, pp. 11-38.

reconstrucción de su aprehensión conceptual. Lo que a su vez pone al descubierto que la manera en que los hombres narran la historia depende, en última instancia, de cómo viven y aprecian el tiempo. Por ello el fin último de la *Historica* es formular una teoría de la temporalidad histórica, es decir, una metahistoria orientada a alumbrar los lazos entre tiempo e historia.

V.3 La historia de los conceptos como una teoría de los tiempos históricos: la Historik

3.1. UNA METACRÍTICA DE LA MODERNIDAD

La antropología filosófica y la filosofía de la historia suelen figurar como disciplinas complementarias en los planes de estudio académicos o en las enciclopedias filosóficas, como si fuesen dos fracciones que pudieran sumarse como partes de un todo. Sin embargo, siguiendo la tesis que ha defendido el colega de Koselleck, Odo Marquard, en realidad entre las dos no puede haber una coexistencia pacífica, sino una dualidad insalvable. La tesis fundamental del filósofo es que ambas disciplinas constituyen concepciones histórico-funcionales de la modernidad. Originadas las dos en el giro ilustrado hacia el mundo de la vida, constituyen dos respuestas opuestas a uno de los problemas fundamentales asociado al proceso de racionalización y secularización que se da con el giro antropocéntrico: ¿cómo fundamentar la existencia humana y dotarla de sentido?

La filosofía de la historia, afirma Marquard, responde a la cuestión del subjetivismo y la libertad mediante la elaboración de una teoría de la emancipación y del progreso del hombre en torno a tres convicciones fundamentales: el hombre, mediante su libertad, crea su propia historia (autonomía), entendiéndola como un proceso unidireccional (teleología) y universal (el sujeto de la historia es la Humanidad, más que el individuo concreto), que se realiza en el mundo histórico de la vida de manera necesaria y progresiva. La antropología filosófica, sin embargo, desarrolla este giro precisamente como reacción a la confianza desmesurada en las expectativas de la razón humana para crear un mundo histórico por sí solas, y propone como alternativa un «retorno a la naturaleza», entendiéndolo por tal la recuperación del sentido de la *finitud mundana del hombre*.

Frente a la obsesión monista de la filosofía de la historia y a su creencia en una cultura absoluta y omnibarcante, el propósito de la antropología filosófica sería, siempre según

Marquard, liberar de esta homogeneización abriéndose a la pluralidad de historias, de culturas y de formas de vida. Si bien en un principio pensó que la antropología filosófica es el saber que siempre vuelve en el momento de crisis de la historia entendida como singular colectivo y que se constituye como antítesis de esta,³²⁸ en sus escritos de los setenta se produce una superación del nudo dialéctico ilustrado y establece que estas disciplinas son dos formas alternativas e incompatibles de modernidad. Para la antropología filosófica el ser humano es un ser finito, en cuya constitución no se da el poder de la redención, sino la indigencia, que es lo que le lleva a la creación de cultura. Tras el ocaso de la filosofía de la historia, Marquard cree que el mundo debe cuidar la pluralización de historias relativas a todas esas culturas: «el filósofo de la historia se ha limitado a transformar el mundo de diversas maneras; ahora conviene cuidarlo».³²⁹

En sintonía con esta suerte de metacrítica ilustrada, la historia conceptual koselleckiana no solo constituye, como hemos constatado, un diagnóstico de la modernidad como un tiempo nuevo y acelerado, sino también un propósito de enmienda que plantea hacerse cargo de las carencias constitutivas de la finitud humana y restituir la diversidad infinita de modos de ser borrada por las filosofías modernas de la historia. Frente al saber especulativo y las metas universales de la filosofía idealista de la historia Koselleck elabora una original teoría de los tiempos históricos que revela la existencia de estructuras iterativas de la historia desde las que contrarrestar los reclamos amnésicos del progreso por medio de una especie de recuperación de la historia como *magistra vitae*.³³⁰

Contenida en una serie de ensayos metodológicos y epistemológicos con objetivos dispares,³³¹ el objetivo fundamental y transversal a todos ellos es poner de relieve los distintos niveles temporales presentes en toda forma de experiencia histórica en la que se mueven las personas y se desarrollan e indagan los acontecimientos.³³² Su oferta teórica de los estratos del tiempo aspira a poner de manifiesto que el conjunto de acciones experimentadas como sucesiones únicas de acontecimientos no serían posibles sin las

³²⁸ Odo Marquard, «Sobre la historia del concepto filosófico de antropología desde finales del siglo XVIII», en Odo Marquard, *Las dificultades de la Filosofía de la historia*. Valencia: Pre-Textos, 2007, pp. 133-156.

³²⁹ Odo Marquard, «Dificultades con la filosofía de la historia», en Odo Marquard, *Las dificultades de la Filosofía de la historia*. Valencia: Pre-Textos, 2007, p. 19

³³⁰ Uno de los lugares donde puede encontrarse esta propuesta de forma sintética y ya meditada es en «Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt», del 17 de septiembre de 2001.

³³¹ Los ensayos están recogidos en diversas obras entre las que destacan *Futuro pasado* (1979) o *Los estratos del tiempo* (2000).

³³² Reinhart Koselleck, «Sobre la antropología de las experiencias del tiempo histórico», en Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Buenos Aires: Paidós, 2001.

estructuras de repetición y procesos de larga duración que, si bien pueden parecer estáticos, también se modifican, aunque lo hagan a una velocidad distinta de la de los acontecimientos:³³³

Tomemos el ejemplo banal de un cartero que viene una mañana y nos trae la noticia de la muerte de un pariente cercano. Puede que uno esté afectado o que tal vez se alegre de ello. En cualquier caso, es un suceso único el que se nos comunica por medio de dicha carta. Pero el hecho de que el cartero llegue por la mañana a una hora fija es un acontecimiento recurrente, posibilitado cada año por el presupuesto de la administración postal ordinaria. El cartero vuelve a aparecer regularmente cada mañana para llevar noticias únicas. Lo mismo vale para las redes de tráfico y los procedimientos de comunicación. También el hecho de que estemos congregados aquí (en el lugar del congreso), lleguemos al mismo tiempo o en el momento más oportuno, se debe a los horarios de los ferrocarriles que garantizan procesos recurrentes sobre los raíles. Sin retorno de lo mismo –al menos de lo análogo en la planificación – y sin organización es imposible realizar acontecimientos únicos (como nuestra reunión).³³⁴

Esto es, Koselleck distingue dos niveles temporales en la experiencia, ya sean de carácter personal o generacional. Por un lado, están las experiencias únicas, originarias e irrepetibles, que se instalan por sorpresa y posibilitan cambios e innovaciones: «La historia de la religión conoce el caso ejemplar de la transformación de Saulo en Pablo; la historia política conoce el cambio de 1789 o, más recientemente, el de 1989. Siempre se trata de cambios únicos que liberan los precedentes estancados».³³⁵ Por otro lado, toda historia descansa en estructuras de repetición, condiciones duraderas de la posible unicidad. Las ocurrencias, los acontecimientos, todos los actos reposan en condiciones estructurales que han de repetirse para que los acontecimientos puedan tener lugar. Sobre esto último resulta ilustrativo el ejemplo que emplea de la distinción entre el habla y el lenguaje: «para que un acto único de habla sea comprensible, todo el patrimonio lingüístico ha de permanecer a disposición como algo dado».³³⁶

La recurrencia, por tanto, es para Koselleck un presupuesto de la unicidad desde el que atenuar las consecuencias de la aceleración futurocentrista que representa el ideal moderno del progreso.³³⁷ Ahora bien, lo verdaderamente importante es que las relaciones

³³³ «la ganancia de una teoría de los estratos del tiempo consiste por tanto en poder medir distintas velocidades, aceleraciones o demoras, y hacer así visibles distintos modos de cambio que ponen de manifiesto una gran complejidad temporal». *Ibidem*, p. 38.

³³⁴ *Ibidem*, p. 37

³³⁵ *Ibidem*, pp. 36-37

³³⁶ *Ibidem*, pp. 37-38

³³⁷ Véase «Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt», *Isegoría*, 29, 2003.

entre la unicidad de los acontecimientos y las estructuras de repetición están determinadas por la finitud humana, esto es, habrán de relacionarse con las condiciones *a priori* de la inteligibilidad histórica que remiten al plano de las determinaciones antropológicas. La doctrina que se ocupa de tematizar tales categorías trascendentales de repetición establecidas como condiciones de posibilidad de las historias, la Histórica, se nutre de una serie de pares estelares, prelingüísticos y extralingüísticos, de cuya exposición nos ocuparemos en el punto que sigue.

3.2. UNA ANTROPOLOGÍA TRASCENDENTAL DE LAS HISTORIAS

Uno de los textos en los que Koselleck expone de forma manifiesta su teoría acerca de las condiciones prelingüísticas y extralingüísticas de la historia basada en ciertos supuestos antropológicos integrados por categorías formales antitéticas es su discurso *Historik und Hermeneutik* pronunciado en 1985 con ocasión del octogésimo quinto cumpleaños de Gadamer. En este, al que ya nos referimos anteriormente, Koselleck suscribía la opinión de su maestro de que sin textos es imposible dedicarse a la historia, pero le recriminaba que, en su empeño por equipararla con una especie de «filología a gran escala»,³³⁸ ignoraba que está compuesta también por fenómenos no lingüísticos. Más allá del lenguaje, sostiene Koselleck, existen otras premisas que hacen posible la ejecución de los sucesos.

El esbozo de una Histórica que dirige la atención hacia sus características prelingüísticas, señala Koselleck, puede encontrarse en la ontología fundamental contenida en *Ser y tiempo*. En esta gran obra del siglo XX, movido por la pregunta que interroga por el sentido del ser, Heidegger elaboró una analítica existencial de lo que llamó el *Dasein* a partir de dos existenciales fundamentales, la *finitud* y la *historicidad*. Sin embargo, Koselleck considera estas determinaciones insuficientes para desarrollar una Histórica que permita derivar las condiciones de posibilidad de las historias y propone, para tal fin, ampliar al catálogo de categorías. El par antitético central de Heidegger —«estar arrojado» [*Geworfenheit*] y «precursar» la muerte [*Vorlaufen zum Tode*] «se puede completar con otras determinaciones antitéticas, que definen el horizonte temporal de nuestras experiencias de finitud con mayor rigor y, en cualquier caso, también de un

³³⁸ «En efecto, Gadamer denomina la historia (Historie) en *Verdad y método* «una especie de filología a gran escala» «eine Art Philologie im Großen» una formulación asaz problemática, según creo, porque ignora el hecho de que la relación del historiador con los textos que le sirven como material para sus investigaciones es completamente distinta de la relación del filólogo con la poesía». Carsten Dutt, en «Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt», op. cit., p. 212.

modo diverso».³³⁹ Tras decretar la carestía de la oferta heideggeriana,³⁴⁰ Koselleck expone los cinco pares categoriales que tematizan la estructura temporal de posibles historias.

Para que una historia sea posible, además de tener que morir, el ser humano ha de poder matar. El verdadero riesgo del ser ahí no es tanto perecer como sobrevivir, pues la supervivencia entraña la posibilidad de que los hombres organizados, ya sea en hordas cazadoras recolectoras, ya sea en superpotencias bien armadas, se maten entre sí. En sintonía con las consideraciones freudianas —para quién, aunque en tiempos de normalidad fluyan las relaciones diplomáticas con otras soberanías nacionales, la enemistad siempre está latente y dispuesta a liberarse en circunstancias excepcionales—,³⁴¹ Koselleck haría comprensible el fenómeno de la persistencia de la guerra sobre la base de una primera consideración antropológica: el par antitético morir/matar.

El segundo es el constituido por amigo/enemigo, pareja de la que se sirve Carl Schmitt en 1932 para elaborar su definición de lo político.³⁴² Sin embargo, Koselleck indica que el modo en que él emplea estas categorías es enteramente formal, esto es, vaciado de todo sesgo político e ideológico, por lo que «permanece abierta a toda atribución de contenido; por consiguiente, se trata de una especie de categoría trascendental de posibles historias. [...] Como determinaciones existenciales, las categorías [...] no se pueden exponer si quiera a una ideologización».³⁴³ En su espacialidad histórica, amigo/enemigo se convierte en un tercer par antitético más universal al que Koselleck denomina interior/exterior. En la medida en que toda comunidad de acción organizada social, económica, política, religiosamente o de cualquier otra forma, delimita un adentro y un afuera, podrá afirmarse que toda historia puede ordenarse en función de la relación entre lo interior y lo exterior, cuya interacción, por supuesto, será dosificada cada vez de manera diferente:³⁴⁴ «Solo

³³⁹ Reinhart Koselleck, *Histórica y hermenéutica*, op. cit., p. 73.

³⁴⁰ «Muchas de estas determinaciones están hoy desvaídas, saben a rancio o se han quedado obsoletas y necesitan ya una traducción histórica para continuar siendo legibles como categorías de una ontología fundamental y pretender perdurar», *Ibidem*, p. 73.

³⁴¹ Sigmund Freud, *Por qué la guerra*. Barcelona: Minúscula, 2008.

³⁴² Carl Schmitt, *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza, 1991.

³⁴³ Reinhart Koselleck, *Histórica y hermenéutica*, op. cit., p. 77.

³⁴⁴ Una concreción particular de esta oposición sería «público/secreto», contraposición clave para la lectura de su tesis doctoral *Crítica y crisis*. Ahí sostiene que, en tanto que Hobbes introduce el Estado como aquella magnitud en la cual se ha despojado a las convicciones privadas de su repercusión política, el hombre queda escindido en dos mitades: una privada, secreta, donde descansan sus convicciones íntimas, sin responsabilidad política, un espacio espiritual interior extraestatal. Y otra pública, ocupada por la ley del Estado, quedando las consideraciones morales sustantivas relegadas al ámbito del foro interno del individuo y la conciencia se convierte entonces en una magnitud ideológica que, en lugar de ser un motivo de paz, es un explícito motivo de guerra civil.

cuando el otro o el extranjero se convierte en un enemigo, se da inicio a un proceso sangriento que termina, o, mejor dicho, que termina provisionalmente con la victoria o la derrota, con el triunfo o el exterminio [...] Desde un punto de vista antropológico, son premisas permanentes que constituyen toda historia y forman en ese sentido parte de ella». ³⁴⁵

En cuarto lugar, para fundamentar las condiciones de posibilidad de historias todavía es necesario introducir la ulterior distinción entre el antes y el después a la que en este texto Koselleck se refiere con la categoría de «generatividad». «La sucesión inevitable de generaciones [...] lleva siempre a nuevas exclusiones, a determinaciones diacrónicas de lo interno y lo externo, al antes o al después respecto a las unidades de experiencia específicas de cada generación. Sin estas exclusiones ninguna historia es pensable». Además, los reemplazos combativos de los padres por los hijos son «constitutivos por antonomasia del horizonte temporal finito, por cuyo respectivo desplazamiento y solapamiento generativo acontecen las historias». ³⁴⁶

La última oposición conceptual es la integrada por el par amo/esclavo, a saber, los vínculos de dependencia a partir de los que se crean las relaciones de dominación. Desde el punto de vista formal, se trata de relaciones jerárquicas de arriba/abajo. «También ellas pertenecen a las determinaciones de la finitud, sin las cuales, a pesar de todos los adelantos técnicos de la autoorganización política, no son posibles historias». ³⁴⁷ Amo y esclavo, señor y siervo, arriba y abajo: en las condiciones finitas de historias posibles siempre se dan nuevas relaciones de fuerza y dependencias que, a su vez, son las que posibilitan «un cambio o inversión por parte de la autoridad, los usos y costumbres o la tradición».

Estas dicotomías básicas, que constituyen un fundamento universal de las condiciones antropológicas de la existencia humana y en cuyas oposiciones conceptuales Koselleck localizó e historió conflictos latentes, influyen conjuntamente en los acontecimientos sociales, contribuyendo esto a constatar que en todas las acciones humanas intervienen elementos extralingüísticos, prelingüísticos y poslingüísticos que posibilitan y conducen una historia. La Histórica deviene así una metahistoria que se apoya preminentemente en

³⁴⁵ Reinhart Koselleck, «Conceptos de enemigo», en Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, op. cit., p. 190

³⁴⁶ Reinhart Koselleck, *Histórica y hermenéutica*, op. cit., p. 82.

³⁴⁷ *Ibidem*, p. 84

dos categorías cuya relación determina la articulación del tiempo histórico: *espacio de experiencia* (antes, pasado) y *horizonte de expectativa* (después, futuro):

La aplicación histórica de nuestras dos categorías metahistóricas nos proporcionó una clave para reconocer el tiempo histórico, especialmente el nacimiento de lo que se ha llamado modernidad como algo diferenciado de tiempos anteriores. De este modo, ha quedado claro a la vez que nuestra suposición antropológica, esto es, la asimetría entre experiencia y expectativa, era un producto específico del conocimiento de aquella época de transformación brusca en la que esa asimetría se interpretó como progreso. Por supuesto, nuestras categorías ofrecen algo más que un modelo de explicación de la génesis de una historia progresiva que solo fue conceptualizada como tiempo nuevo.³⁴⁸

«Espacio de experiencia» [*Erfahrungsraum*] y «horizonte de expectativa» [*Erwartungshorizont*], por tanto, son dos expresiones que no se investigan como conceptos del lenguaje de las fuentes, sino que constituyen categorías formales del conocimiento, polarmente tensas pero codependientes,³⁴⁹ que remiten a un dato antropológico. No se trata, pues, de simples conceptos contrarios, «sino que indican, más bien, modos de ser desiguales de cuya tensión se puede deducir algo así como el tiempo histórico».³⁵⁰ Si bien en el campo de la investigación empírica «dirigen las unidades concretas de acción en la ejecución del movimiento social o político»,³⁵¹ en tanto que determinaciones formales «remiten a la temporalidad del hombre y, si se quiere, metahistóricamente a la temporalidad de la historia».

El análisis conceptual posibilitado por estas determinaciones antropológicas supone la contribución de Koselleck más perspicaz y fecunda a la teoría historiográfica. Al permitir pensar la temporalidad de la historia entretejiendo e integrando el plano diacrónico y el sincrónico, suponen la superación de la teoría clásica del tiempo limitada a la disyunción entre la linealidad cristiano-moderna y la circularidad periódica, planteando la posibilidad de que ambas se unan en la metáfora geológica de los estratos del tiempo (*Zeitschichten*): «diferentes niveles temporales en los que se mueven las personas, se desarrollan los acontecimientos o se averiguan sus presupuestos de larga duración».³⁵²

³⁴⁸ Reinhart Koselleck, *Futuro pasado*, op. cit., p. 356

³⁴⁹ «la pareja de conceptos experiencia y expectativa es de otra naturaleza, está entrecruzada internamente, no ofrece una alternativa, más bien no se puede tener un miembro sin el otro. No hay expectativa sin experiencia, no hay experiencia sin expectativa», Reinhart Koselleck, «Espacio de experiencia, horizonte de expectativa», *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, op. cit., p. 336.

³⁵⁰ *Ibidem*, p. 340.

³⁵¹ *Ibidem*, p. 337.

³⁵² Reinhart Koselleck. *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, op. cit., p. 35.

El énfasis en los condicionamientos inherentes a los agentes es uno de los puntos principales de su lucha partisana por una Histórica que, contra la ilusión de la autodeterminación subjetiva moderna, tematiza estructuras de repetición como condiciones de posibilidad de historias. La tabla categorial de pares antitéticos que constituye la antropología histórica koselleckiana tiene un momento de aplicación: la voluntad de corregir el rumbo de la modernidad y la rehabilitación del topos *historia magistra vitae*.³⁵³ Ya que si es posible identificar estructuras de repetición con anclaje antropológico, también lo es hacer pronósticos que, aunque tal vez no autoricen a deducir acontecimientos particulares, nos permitan no predecir los detalles, pero sí anticipar lo que en general puede ocurrir.³⁵⁴

En sus últimos años, Koselleck focalizó su interés en el estudio de los fenómenos extralingüísticos como índice y factor del cambio histórico. Desde esta perspectiva debe entenderse su interés en los monumentos y en la iconología política, que le llevó a anticiparse al actual giro icónico de las ciencias del espíritu.³⁵⁵ En los años sesenta, como puede constatar en su excursus sobre la pintura de Altdorfer,³⁵⁶ Koselleck ya subrayó que el problema hermenéutico del acceso al pasado puede abordarse también investigando las imágenes. Sin embargo, su interés por una historia conceptual visual además de léxica estalló en los años noventa a propósito de los llamados monumentos berlineses dedicados al Holocausto, que suscitaron una gran controversia en el país germano —entre los más polémicos destacan la escultura de la Piedad de Käthe Kollwitz y el monumento al Holocausto de Eisenman—. En tal polémica participó el propio Koselleck, argumentando contra la gran mayoría que una conmemoración alemana no solo debería incluir a las víctimas judías, sino también a otros colectivos afectados, como homosexuales, gitanos, comunistas, etc.

³⁵³ Faustino Oncina, «Introducción a R. Koselleck», *Aceleración, prognosis y secularización*, Valencia, Pre-Textos, 2003, pp. 11-33.

³⁵⁴ Reinhart Koselleck, «Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt», *op. cit.*, p. 220

³⁵⁵ Véase Faustino Oncina, «Introducción», en Reinhart Koselleck, *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2011, pp. IX-LXV. Para el historiador de Heidelberg, que había fraternizando Max Imdahl —autor de una teoría icónica que trata de enmendar lo que él considera deficiencias de Panofsky— e impartido seminarios sobre iconología política, el interés iconológico recaía en «el escrutinio crítico de la transmisión de contenidos ideales en imágenes en dependencia de las condiciones de vida y espacios de experiencia cambiantes en cada tiempo y en cada lugar importancia del enfoque icónico en la obra del historiador», *Ibidem*, p. XXVII. Véase también Faustino Oncina, «Koselleck y el giro icónico de la historia conceptual», *Anthropos*, 223, 2009, pp. 71-82.

³⁵⁶ Nos referimos al comentario que Koselleck realizó a propósito del cuadro *La batalla de Alejandro en Issos*. «Inserto en su lección de habilitación, [...] pasó a ser el capítulo inaugural de su mejor libro, *Futuro pasado*», *ibidem*, p. XIX.

V.4. La omnipresencia del presente

Siguiendo la tesis de Koselleck de que el tiempo histórico se engendra en la tensión que existe entre el *espacio de experiencia* y el *horizonte de expectativa*, en el año 2003 el reconocido investigador francés François Hartog introdujo el esquema *régimen de historicidad*,³⁵⁷ un instrumento heurístico que ayuda a analizar las diversas experiencias temporales de la historia al revelar la manera en que se articulan las dimensiones temporales del pasado, presente y futuro, imponiéndose siempre como preponderante uno de los tres componentes temporales. Un régimen de historicidad es la expresión de un orden dominante del tiempo en un contexto histórico y sociopolítico dado entretejido a partir de sus diferentes temporalidades, esto es, «una manera de traducir y de ordenar las experiencias del tiempo [...] y de darles sentido».³⁵⁸ Cabe resaltar, no obstante, que este no posee la generalidad de las categorías metahistóricas de Koselleck, sino que se sitúa en «un camino intermedio entre lo que es una condición de posibilidad y el análisis de casos concretos».³⁵⁹

Pero el objetivo último de esta herramienta «no es censar todos los regímenes de historicidad que han estado vigentes en el transcurso de la larga historia de las sociedades humanas»,³⁶⁰ ni expresar la historia del mundo por venir, sino que pretende hacer inteligible la temporalidad que estructura u organiza los fenómenos históricos contemporáneos dominados por el presentismo,³⁶¹ así como determinar el orden del que son síntomas y la crisis del tiempo de la que son indicios: «¿estamos ante un pasado olvidado o más bien ante un pasado recordado en demasía?, ¿ante un futuro que prácticamente ha desaparecido en el horizonte o ante un porvenir más bien amenazador?, ¿ante un presente que se consume en forma ininterrumpida en la inmediatez o ante un presente casi estático e interminable [...]?».³⁶² ¿Qué caracteriza, en definitiva, el régimen de historicidad contemporáneo?

³⁵⁷ François Hartog. *Regímenes de historicidad*. México, Universidad Iberoamericana, [2003], 2007.

³⁵⁸ François Hartog. *Regímenes de historicidad*, op. cit., p. 132.

³⁵⁹ María Inés Mudrovic, «Regímenes de historicidad y regímenes historiográficos: del pasado histórico al pasado presente», *Historiografías*, 5, enero-junio, 2013, p. 15. La autora remite, asimismo, a una aseveración del mismo Hartog en François Hartog, «Sobre la noción de régimen de historicidad», en Christian Delacroix, François Dosse y Patrick Garcia, *Historicidades*. Buenos Aires: Waldhuter editors, 2010, p. 155.

³⁶⁰ François Hartog. *Regímenes de historicidad*, op. cit., p. 40.

³⁶¹ «en mi calidad de historiador que se empeña en permanecer atento a su tiempo, he observado, al igual que muchos otros, el veloz ascenso de la categoría del presente, que ha llevado a imponer la evidencia de un presente omnipresente. Esto es lo que yo llamo aquí presentismo». *Ibíd.*, p. 28.

³⁶² *Ibíd.*, p. 38.

Veíamos que, según las investigaciones histórico-conceptuales llevadas a cabo por Koselleck, la construcción temporal de la modernidad puso en juego un modelo social hacia el futuro, un tiempo revolucionario que modificó todo el ámbito de la experiencia y fijó un nuevo horizonte de esperanza. En tal coyuntura marcada por el cambio radical, el presente era mero tránsito, un tiempo para la acción política proyectada hacia un futuro mejor, mientras que el pasado, que perdió su ejemplaridad, se definía por su singularidad respecto al presente: las cosas no volverían jamás a ser como fueron. La especificidad que adquirió el pasado en la modernidad como algo singular y unívoco atravesó todo el siglo XX hasta finales de los ochenta,³⁶³ cuando el fin de la propuesta socialista de futuro convirtió el espacio de experiencia en un cruce de pasados que durante un tiempo fueron futuros posibles.³⁶⁴

Desde el último tercio del siglo XX, la primacía de la esperanza se ha visto sustituida por la omnipresencia de un presente masivo y asfixiante supeditado a las exigencias cada vez mayores de una sociedad de consumo, donde la constante y atropellada proliferación de nuevos artefactos «y la búsqueda de beneficios cada vez más vertiginosos vuelven obsoletos a los hombres y las cosas cada vez con mayor rapidez».³⁶⁵ Las nuevas tecnologías han provocado que todo pueda ser consumido en el mismo momento en el que ocurre. Al no haber más horizonte que el presente, lo contemporáneo exige ser considerado como histórico desde que acontece, a la par que el porvenir se constata como algo incierto y problemático incapaz de construir utopías futurocéntricas.³⁶⁶

Este tiempo coincide con el desvanecimiento de los ideales revolucionarios por los que los siglos XIX y XX pudieron proyectarse en un futuro progresista, ya fuera este industrial, democrático o socialista: «El siglo XXI, al contrario, se abre en un mundo sin utopías,

³⁶³ A pesar de las catástrofes de las dos guerras mundiales, el futurismo se mantuvo vivo y tomó la forma, en Europa, del impulso de reconstrucción y planeación. Con matices: «Si la catástrofe de la Primera Guerra Mundial, las crisis que le siguieron, y después de la Segunda Guerra Mundial, estremecieron, incluso hicieron retroceder al futurismo, era necesario que toda una serie de factores —retomados a menudo como eslogan— se reunieran finamente para reactivar los himnos al progreso y no solamente mantener en operación el régimen moderno de historicidad, sino para hacerlo como el único horizonte temporal. Aun cuando el futurismo, habiendo perdido su lirismo, debiera adaptarse a la amenaza nuclear y esmerarse en responderla. En Europa fueron esgrimidos los imperativos de la reconstrucción y de la modernización, acompañados de la planificación, mientras que a nivel mundial se imponían las exigencias de la competencia económica, con la Guerra Fría como telón de fondo y la carrera armamentista cada vez más rápida. Tuvimos así, entre otros, el radiante porvenir socialista, el milagro alemán, o los treinta gloriosos franceses». François Hartog. *Regímenes de historicidad*, op. cit., p. 135

³⁶⁴ Rogelio Jiménez, «François Hartog, Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo», Universidad Iberoamericana Puebla, México, 2007, p. 221.

³⁶⁵ François Hartog. *Regímenes de historicidad*, op. cit., p. 140.

³⁶⁶ Alejandro Cheirif Wolosky. «Esbozo del presentismo en la era contemporánea y en la historia del tiempo presente».

paralizado por las derrotas históricas de las revoluciones comunistas». ³⁶⁷ La confianza en el estado de bienestar se ha visto minada por el aumento masivo del desempleo y la falta de certezas económicas y laborales que impide a gran parte del conjunto social proyectarse fuera del ahora. El presente se ha convertido en el único horizonte de quienes, confinados en la inactividad y la paralización, viven en un tiempo que parece estar suspendido:

De allí quizás la experiencia contemporánea de un presente perpetuo, huidizo y casi inmóvil, que intenta a pesar de todo producir por sí mismo su propio tiempo histórico. Todo sucede como si ya no hubiera más que presente, una especie de vasta extensión de agua agitada por un incesante chapoteo. ¿Cabe entonces hablar de fin o de la salida de los tiempos modernos, es decir, de esta estructura temporal o del régimen moderno de historicidad? Todavía es pronto para saberlo. Podemos hablar de crisis, por supuesto. Este momento y esta experiencia contemporánea del tiempo constituyen lo que yo designo con el nombre de presentismo. ³⁶⁸

Si bien en *Regímenes de historicidad* Hartog no determina si la configuración temporal actual supone la conformación de un nuevo régimen de historicidad o si se trata de un cambio interno al propio régimen moderno, ni aclara si este régimen presentista es por defecto (algo provisorio causado por la pérdida de un futuro abierto) o pleno, ³⁶⁹ es decir, que constituye una nueva relación con el tiempo destinada a durar, en una entrevista concedida en 2014 señala: «hoy yo tendería a pensar que es lo segundo, es una nueva relación destinada a marcar época. Lo que implica replantearnos por completo nuestra manera de articular pasado-presente-futuro. Porque estamos en un momento en que en un sentido el pasado ha desaparecido, pero igualmente el futuro». ³⁷⁰ En lugar de dirigirnos hacia él lo más rápido posible, se trataría de impedir que llegue, sumergiéndonos en un tiempo acelerado que no se deja condensar en la metáfora moderna de la flecha, ni

³⁶⁷ Enzo Traverso, *Melancolía de la izquierda*, op. cit., pp. 115-6

³⁶⁸ François Hartog, *Regímenes de historicidad*, op. cit., p. 40

³⁶⁹ «¿Se trata de un presentismo por defecto, a falta de algo mejor, en espera de otra cosa, en particular, que el futuro reencuentre una función motora, si no es que hasta prepotente, como hace mucho tiempo la tenía? ¿Es una cuestión de un acto provisorio en el camino del tiempo? O ¿se trata, al contrario, de lineamientos de un presentismo pleno, es decir, de un nuevo orden del tiempo donde el presente se instalaría durablemente en posición dominante? La cuestión puede igualmente formularse así: ¿si el presente es el tiempo de la globalización (el del tiempo real, de la instantaneidad de los mercados y de la búsqueda del beneficio inmediato), el presentismo es una variante, una reinterpretación local o regional que sería más particularmente un hecho de la vieja Europa, en la cual toda la historia moderna se ha construido sobre una visión futurista, donde la primera función ha sido por derecho la del futuro?», ibídem, pp. 17-8.

³⁷⁰ Entrevista concedida a Pablo Aravena Núñez. «François Hartog: la historia en un tiempo catastrófico». *Cuadernos de Historia*, 41, Santiago dic. 2014. <http://dx.doi.org/10.4067/S0719-12432014000200010>

tampoco en la imagen premoderna del círculo, sino que su traducción simbólica se reflejaría más bien en el punto como expresión de un ahora absoluto.³⁷¹

En sintonía con las reflexiones de Hartog, aunque desde una postura diferente,³⁷² el hispanista y teórico literario Hans Ulrich Gumbrecht ha identificado el brote de un nuevo cronotopo, es decir, de una nueva construcción social del tiempo.³⁷³ El predominio del cronotopo historicista,³⁷⁴ que estuvo vigente desde finales del siglo XVIII hasta finales del XX y cuya penetración llegó a ser tal que dejó de verse como una posibilidad temporal entre muchas para confundirse con el tiempo en sí mismo ha entrado en un proceso de reestructuración. Entre el inicio de la Primera Guerra Mundial y el fin de la Segunda, las bases fundamentales del mundo han sido transformadas y la estructura metahistórica de la sobredimensión de la expectativa sobre la experiencia ha empezado a cambiar:³⁷⁵

el tiempo, hoy y para nosotros, parece revelar una estructura nueva y desenvolverse a un ritmo distinto de aquel del tiempo histórico que gobernó el siglo XIX y la primera parte del siglo XX. En este nuevo cronotopo, para el que aún no tenemos un nombre, pese a que vivimos en sus formas, la certeza, la capacidad de acción, y el progreso histórico de la humanidad se han desvanecido en un recuerdo distante. Nos hemos quedado solamente con deseos irredentos, incertidumbre y desorientación. Al mismo tiempo, un futuro que nunca elegimos nos amenaza. No hay escape ni tenemos mucha idea acerca de dónde estamos situados hoy y menos, acerca de dónde debiéramos estar.³⁷⁶

Si bien la Segunda Guerra Mundial superó con creces a la Primera en la extensión y la penetración de la destrucción, lo que las hace incomparables desde una perspectiva

³⁷¹ Estefanía Dávila, «La pregunta por el presente. Una genealogía del tiempo en la modernidad», *Sociología histórica*, 7, 2017, p. 132.

³⁷² Hartog reivindica la necesidad de volver a establecer fronteras entre el pasado y el futuro: «debemos tratar de comprender lo mejor posible este presentismo para tratar de sortearlo, para tratar de superar nuestra situación. Pues una perspectiva crítica del presentismo podría ayudarnos a pensar cómo podremos, o no, articular nuevamente las categorías de pasado-presente-futuro. Toda sociedad para vivir en conjunto tiene la necesidad de establecer de modo homogéneo la articulación de las tres categorías mencionadas», François Hartog, «François Hartog: la historia en un tiempo catastrófico», *Cuadernos de Historia*, 41. Mientras que Gumbrecht «desarrolla una teoría de la presencia (*Präsenz*) que se afana por un anclaje no sólo temporal, sino espacial, corporal, del sujeto, en contacto con el mundo, con un presente lleno (*erfüllten Gegenwart*)», en Faustino Oncina, «De la contracción a la dilatación del tiempo: tiempos menguantes y crecientes», *Historia y Grafía* 44, enero-junio, 2015, p. 109.

³⁷³ El término fue acuñado por Mijaíl Bajtín en «Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela. Ensayos sobre Poética Histórica» en *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus, 1989, para referirse a la comprensión narrativa del tiempo y el espacio: los elementos del tiempo se revelan en el espacio y el espacio se constituye de elementos temporales.

³⁷⁴ Así denomina Gumbrecht a la articulación moderna del tiempo: la sobredimensión de la expectativa respecto de la experiencia.

³⁷⁵ Hans Ulrich Gumbrecht. *Lento presente. Sintomatología del nuevo tiempo histórico*. Madrid: Escolar y mayo, 2010.

³⁷⁶ Hans Ulrich Gumbrecht. *Después de 1945. La latencia como origen del presente*. México, Universidad Iberoamericana, 2015, p. 41.

antropológica no es una cuestión de cuantificación de muertos. La diferencia esencial entre ambas contiendas, según Gumbrecht, está en el umbral que se cruzó cuando, al constatar que la guerra estaba perdida, Alemania y Japón contemplaron la posibilidad de una autodestrucción nacional e incluso de la extinción del género humano mediante la tecnología. El 6 de agosto de 1945 la imagen del suicidio colectivo de una nación, extendido a toda la humanidad, se volvió una posibilidad real, cuando el bombardero estadounidense Enola Gay lanzó sobre Hiroshima a *Little Boy*, el primer ataque nuclear de la historia. Tres días después, *Fat Man* devastaba Nagasaki. Desde entonces, comenzamos a vivir con la amenaza de la autoextinción, con la posibilidad de que, en cualquier momento, por cualquier circunstancia, la humanidad se destruya a sí misma.³⁷⁷

Cuarenta años después, el 26 de abril de 1986, se producía en Chernóbil el desastre tecnológico más grave del siglo XX. Si bien estalló en un pequeño lugar de Ucrania, en apenas una semana se trocó en un problema de alcance mundial que puso en tela de juicio nuestra visión del mundo y dio cabida a un nuevo escenario: el de la nada. La explosión del reactor nuclear produjo cuatrocientas veces más material radioactivo que la bomba atómica, según el Organismo Internacional de Energía Atómica Internacional (OIEA). Como especie biológica, el hombre no estaba preparado para esa nueva amenaza cósmica que podía haber fulminado la vida misma, no solo la humana, sino la de todo el planeta. La zona se convirtió en un escenario bélico, con invasión militar, deportaciones, muertes y pérdidas, pero no había un enemigo. ¿Pues qué quiere decir interior/exterior cuando ya al cuarto día las nubes de Chernóbil sobrevolaban África y China?³⁷⁸

A la amenaza de la autoextinción por medios tecnológicos se le suman hoy otros riesgos efectivos que aumentan el peligro del futuro y que impiden seguir entendiéndolo como un horizonte abierto de posibilidades. Por un lado, determinados fenómenos derivados de la actividad humana amenazan la supervivencia del planeta, como son la explosión demográfica y la escasez de recursos, o el calentamiento global y el cambio climático. Por otro, algunos hechos acontecidos durante el pasado siglo indican la crisis del *tiempo histórico* que durante siglos fue considerado por Occidente como metahistóricamente estable.³⁷⁹ Tras la caída del muro de Berlín en 1989 y tras la constatación histórica de que la técnica puede ser el horror y que las revoluciones pueden

³⁷⁷ *Ibíd.*, p. 25.

³⁷⁸ Svetlana Alexiévich, *Voces de Chernóbil. Crónica del futuro*. Barcelona: Debolsillo, 2019, p. 54.

³⁷⁹ Hans Ulrich Gumbrecht. *Lento presente. Sintomatología del nuevo tiempo histórico*, op. p. 47

engendrar poderes totalitarios, la experiencia contemporánea del tiempo ha renunciado al futuro como aquella temporalidad portadora de una esperanza susceptible de trascender el presente y permanece hoy dominada por el escenario de un miedo indeterminado.

Así pues, la temporalidad posmoderna tiene para Gumbrecht dos planos en permanente tensión: el estancamiento y la simultaneidad. El primero hace referencia al hecho de que, en tanto que el futuro es amenazante, se lo desplaza hacia un futuro lejano. Este aplazamiento del porvenir conlleva tal dilatación del presente que provoca una impresión de paralización o estancamiento que, paradójicamente, no trae consigo la sensación de disponer más tiempo. El segundo alude a la porosidad que parece caracterizar la frontera entre el pasado y el presente: hoy el presente está lleno de un sinnúmero de pasados. Esto no significa que las experiencias se recuperen como guías o reglas normativas para las acciones presentes, como ocurría en la premodernidad, sino que el pasado inunda el presente como resultado tanto de las posibilidades técnicas de recreación y almacenamiento electrónico, como del auge de la cultura de la memoria³⁸⁰ que nos impide olvidar nada de forma definitiva. «Y, puesto que al mismo tiempo tendemos por motivos plausibles a darle la espalda al futuro, ya no sabemos hacia dónde deberíamos seguir avanzando».³⁸¹

Tanto Hartog como Gumbrecht, por tanto, establecen el predominio de la experiencia temporal del presente en detrimento del pasado o del futuro. En esta encrucijada Gumbrecht diagnostica el brote de un nuevo cronotopo, un presente dilatado en el que espacio de experiencia y horizonte de expectativa parecen fusionarse,³⁸² mientras Hartog señala la existencia de un nuevo régimen de historicidad al que denomina *presentismo*. Sea como sea, cronotopo o régimen de historicidad, ambos coinciden en que el presente ya no es un momento de transición entre pasado y futuro, sino que ocupa todo el espacio de la experiencia temporal. El presente se ha impuesto como la categoría más englobante, al mismo tiempo que los futuros del pasado que quedaron sin ser realizados remarcan su insistencia constituyendo una superposición de conflictos que no pueden trascender ni mucho menos hacer pronósticos esperanzadores.

³⁸⁰ Andreas Huyssen, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de la globalización*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 18.

³⁸¹ *Ibidem*, p. 76.

³⁸² Hans Ulrich Gumbrecht. *Después de 1945. La latencia como origen del presente*, op. cit., p. 41. «El presente constituye el lapso de coincidencia y estabilidad entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa», Faustino Oncina, «De la contracción a la dilatación del tiempo: tiempos menguantes y crecientes», *Historia y Grafía*, op. cit., p. 103.

Partiendo de la aseveración koselleckiana de que la semántica histórica siempre depende de una especie de semántica trascendental que determina la comprensión del tiempo desde la que uno vive, podemos afirmar que hay regímenes temporales que subyacen a la escritura de la historia. Como el mismo Hartog reconoció en una entrevista concedida en 2008, se pueden establecer correlaciones entre regímenes de historicidad y regímenes historiográficos.³⁸³ A finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, los historiadores adoptaron el término «contemporáneo» para referirse a la historia sucedida en el período que sigue a 1789, y continuaron empleando tal término para designar la historia del siglo XX. Sin embargo, a partir de los años setenta y ochenta se produjo la emergencia de un nuevo dominio de la investigación histórica que se puede denominar «historia del presente»,³⁸⁴ una nueva forma metodológica de análisis y explicación que no cabe identificar con la contemporánea.³⁸⁵

La historia del presente nace cuando el pasado empieza a cristalizar en la memoria de un testigo vivo y se mantiene mientras ese pasado permanece como tal memoria viva. Así, cuando ya no hay supervivientes guardianes del pasado, deja de ser historia presente y pasa a ser contemporánea. Concebida de esta manera, «va unida a la memoria de los testigos vivos y sus testimonios se convierten en fuente esencial [...] para la reconstrucción de una historia [...] que analiza fenómenos inacabados o bien cerrados en un tiempo muy cercano al presente del historiador».³⁸⁶ Frente a la historia del singular colectivo que se establecía en una oposición binaria con la memoria, a la que consideraba intrínsecamente no confiable como fuente histórica, la historia del presente rehabilita epistemológicamente a la memoria como medio legítimo para la construcción del presente histórico.

Los historiadores del presente han tenido que hacer frente a numerosas objeciones metodológicas que cuestionan tanto su validez como su pretensión de historiar el presente. Las más usuales, según Alicia Alted, serían la ausencia de distanciamiento temporal entre el historiador y el objeto de estudio, la carencia de objetividad, el desconocimiento del final, la debilidad de los instrumentos epistemológicos y

³⁸³ Sobre esto, véase María Inés Mudrovic, «Regímenes de historicidad y regímenes historiográficos: del pasado histórico al pasado presente», *Historiografías*, 5 (enero-junio, 2013), pp.11-31.

³⁸⁴ El debate en torno al presente se ha insertado en el corazón mismo de la historiografía en diversos países. En Alemania nace la *Zeitgeschichte*, en Francia l'*Histoire du Temps Present* y l'*Histoire immédiate*, en EEUU y Gran Bretaña la denominada *Historia del siglo XX*, y en 1988 nace en España la *Historia actual*. Véase Miguel Gonzalo Capellán, en «Historia y "Presente"». *Berceo*, 140, 2001, pp. 293-326.

³⁸⁵ Alicia Alted Vigil, «La historia del presente o la cuadratura del círculo», en Delgado, J. M. y Andrés Cabello, S. (cords.): *La Rioja, España, Europa*. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2006, pp. 34.

³⁸⁶ *Ibidem*, p. 37

metodológicos, la limitación de las fuentes, en especial las de archivo o la reticencia de la mayoría de historiadores a ocuparse de un período cronológico que no sea el pasado, lo que hace que la historia del presente se convierta en un campo de estudios en el que convergen especialistas de diferentes disciplinas, sobre todo periodistas de investigación. Sin embargo, puesto que no estamos en condiciones de valorar todas estas cuestiones, nos ceñiremos aquí a resaltar simplemente que a este cambio historiográfico subyace la rehabilitación del presente como tiempo histórico. Desde los años ochenta la historia deja de hacerse en nombre del porvenir y la memoria comienza a ser reivindicada como una significativa potencia intelectual en cuanto a su alcance epistémico —asistimos a su rehabilitación como fuente fiable—, político —la memoria como reivindicación identitaria de colectivos— y moral —la reminiscencia de las generaciones venideras se establece como un deber cívico—. Si la cultura de la modernidad tenía la perspectiva de los futuros presentes, «la que ha traído la posmodernidad [...] se ha vertido hacia los pretéritos presentes».³⁸⁷

¿Pero cómo se explica que en un régimen donde prevalece el presente sobre las otras dimensiones temporales se registre esa obsesión memorialista? Para François Hartog, las constantes y numerosas referencias al pasado no son sino un efecto de la hegemonía del régimen presentista. Vivimos en una era altamente preocupada por la preservación —ya sea del medio ambiente, de formas de vida o de archivos públicos y privados de todo tipo—. Este culto al pasado, que coexiste con la transitoriedad, la precariedad y la fugacidad del ritmo acelerado de la vida social, respondería a una búsqueda identitaria capaz de afianzar el sentido de pertenencia a algún grupo o comunidad. Los períodos de crisis llevan a reinterpretar la memoria y cuestionar la propia identidad. Por ello, una de las palabras clave del presentismo es memoria, pero una memoria que ya no prepara para el futuro, sino una restringida al acontecimiento que supone la idea de que el pasado existe mediante su germinación en el presente.³⁸⁸

Así, del mismo modo que la aprehensión conceptual de la época ilustrada indica una temporalidad progresista y futurocéntrica, en los conceptos paradigmáticos de la cultura

³⁸⁷ Julio Aróstegui, «Retos de la memoria y trabajos de la historia», *Pasado y memoria. Revista de la Universidad de Alicante*, 3, 2004, p. 8

³⁸⁸ «Tres palabras claves resumieron y fijaron estos deslizamientos del terreno: memoria, aunque se trata de hecho de una memoria voluntaria, provocada (la de la historia oral), reconstruida (por tanto de la historia, para poder contarse su historia); patrimonio: 1980 fue decretado el año del Patrimonio [...]; conmemoración: de una conmemoración a otra podría ser el título de una crónica de los últimos veinte años: Cada uno de estos términos apunta hacia los otros dos; lo que constituye como el hogar: la identidad», François Hartog. *Regímenes de historicidad*, op. cit., p. 147.

contemporánea —como el de memoria— queda plasmada la experiencia colectiva de un tiempo que sobrecarga de pasado la conciencia, presentándose como un presente sin puertas al futuro. Acompañado de un pasado que no acaba de pasar, un futuro cuasi clausurado indica la existencia de una nueva experiencia temporal caracterizada por un doble horizonte: «por un lado, el de la retención, o sea, el relativo al eco del recuerdo inmediatamente anterior de las experiencias vividas; por otro, el de la protención, o el de la anticipación del presente», con la implicación de que dicha anticipación «siga siendo la misma que la experiencia presente». Un ejemplo clave de esto sería la aparición de los derechos humanos como quizás una última utopía que no promete un cambio revolucionario, sino la expansión de las preocupaciones actuales a escala global.

CAPÍTULO VI. HISTORIA Y MEMORIA

VI.1. Introducción. Un presente cargado de memorias

En abril de 1978 la cadena norteamericana NBC emitía la miniserie *Holocaust*. Por primera vez una producción televisiva representaba la cuestión de la persecución y el exterminio judío ocurrido en la Alemania de los años treinta y cuarenta a través de la historia de los Weiss, una familia burguesa de origen judío alemán deportada a Auschwitz. Si bien es cierto que obtuvo la desaprobación de algunos supervivientes,³⁸⁹ la emisión de la serie facilitó, conceptual y emocionalmente,³⁹⁰ el acceso popular a la dolorosa experiencia de las víctimas de Hitler, algo que, hasta entonces, solo había sido abordado en documentales y trabajos académicos centrados en cifras y análisis causales. El éxito de la ficción televisiva, dentro y fuera de los Estados Unidos (fue vista por más de ciento veinte millones de norteamericanos y, en apenas dos años, por más de doscientos veintidós millones de personas en cincuenta países distintos),³⁹¹ coincidió con la amplia cobertura mediática de una serie de aniversarios,³⁹² así como con el auge de los testimonios de los supervivientes. Estos habían adquirido tal identidad social, la de supervivientes, a partir del juicio de Adolf Eichmann celebrado en 1961 en Israel.³⁹³

³⁸⁹ Elie Wiesel, «The Trivialization of the Holocaust: Semi-Fact and Semi-Fiction», *New York Times*, 16 de abril de 1978. Puede consultarse en: <https://www.nytimes.com/1978/04/16/archives/tv-view-trivializing-the-holocaust-semifact-and-semifiction-tv-view.html>.

³⁹⁰ Tom Shales, «Holocaust», *The Washington Post*, el 16 de abril de 1978. Puede consultarse en: <https://www.washingtonpost.com/archive/lifestyle/1978/04/16/holocaust/93d367fc-01f5-4e73-84ce-806da8dad43b/?noredirect=on>.

³⁹¹ Annete Wieviorka, *The Era of Witness*, Translated from the French by Jared Stark. Ithaca: Cornell University, p. 98

³⁹² «el ascenso al poder de Hitler en 1933 y la infame quema de libros, recordados en 1983; la Kristallnacht, la Noche de los Cristales, el pogrom organizado contra los judíos alemanes en 1938, conmemorado públicamente en 1988; la conferencia de Wannsee de 1942 en la que se inició la “solución final”, recordada en 1992 con la apertura de un museo en la mansión donde tuvo lugar dicho encuentro; la invasión de Normandía en 1944, conmemorada por los aliados en 1994 con un gran espectáculo que no contó sin embargo con ninguna presencia rusa; el fin de la Segunda Guerra en 1945, evocado en 1985 con un conmovedor discurso del Presidente alemán, y también en 1995 con toda una serie de eventos internacionales en Europa y en Japón». Andreas Huyssen, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de la globalización*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 15.

³⁹³ Annete Wieviorka, *The Era of Witness*, op. cit., pp. 56-95.

Frente a lo sucedido en Núremberg, donde los testigos fueron convocados no para contar sus historias personales, sino para confirmar y complementar el contenido de los documentos de archivo en los que se basó la resolución del proceso, en el juicio del criminal de guerra alemán fue principalmente a través del testimonio de más de cien declarantes que los eventos pudieron reproducirse en la corte y transmitirse a todo el mundo. Mientras los procesos de Núremberg fueron seguidos de un largo período en el que prevaleció el silencio respecto de los crímenes perpetrados por los nazis en los *Lager*, el proceso de Jerusalén supuso la emergencia del testigo como una figura social con una función determinada: ser portador de la historia.³⁹⁴

Como ya había ocurrido tras el juicio de Eichmann, la retransmisión de *Holocaust* provocó entre los sobrevivientes residentes en los Estados Unidos el deseo de contar sus propias vivencias, muchos de ellos con el propósito de denunciar la trivialización comercial de la miniserie. La resonancia de estos testimonios se fue intensificando hasta culminar en una fiebre memorialista cuyo amplio alcance desborda hoy los contornos locales y nacionales para convertirse en un fenómeno global. La proliferación de producciones culturales orientadas a preservar la memoria, desde la literatura hasta la industria fílmica, pasando por la incesante profusión de conmemoraciones, diferencia nuestra época, la «era del testigo», de las décadas anteriores del siglo XX.

Más allá de las causas y los contextos específicos que han llevado a la memoria a instituirse en obsesión cultural,³⁹⁵ en este último capítulo trataremos la cuestión de la memoria únicamente con relación a su vinculación conceptual con la historia. No es nuestra intención, por tanto, adentrarnos en los debates en torno al *memory boom* ni abordar el alcance interdisciplinar de los mismos, sino más bien presentar las distintas vinculaciones que, en líneas generales, ambos conceptos han mantenido en diferentes momentos históricos hasta llegar al momento contemporáneo en el que sus fronteras semánticas se han desdibujado. ¿En qué medida ha contribuido la filosofía posmoderna de la historia a la crisis que afecta a la base temporal de la historia tradicional? ¿Es esto

³⁹⁴ *Ibidem*, p. 88

³⁹⁵ El temor ante la inminente desaparición de la generación que vivió el Holocausto; el fin de la guerra fría y surgimiento de una multitud de memorias nacionales y étnicas; el aumento de la multiculturalidad y la convivencia de distintos modelos históricos o versiones del pasado como consecuencia de los procesos de descolonización y los movimientos migratorios; o la relación paradójica, propia de la era digital, entre las posibilidades de un almacenamiento interminable de datos y el peligro de olvidar ante tal saturación y renovación informativa. Véase Astrid Erll, *Memoria colectiva y culturas del recuerdo. Estudio introductorio*, Universidad de los Andes, 2016, pp. 3-6.

consecuencia de la crisis fundamental de la estructura temporal que caracterizó a la modernidad y de su creencia en una historia progresiva? ¿Qué papel representan en todo ello las revelaciones en relación a la representación y la escritura de la historia realizadas a partir del estudio de acontecimientos traumáticos?

VI.2. El problema de la memoria y su relación con la historia.

2.1. DEL VÍNCULO TRADICIONAL AL ANTAGONISMO MODERNO

Aunque los conceptos memoria e historia siempre han mantenido una relación un tanto compleja, al haber devenido la memoria una categoría de época, esa complejidad ha alcanzado hoy su máximo esplendor. La obsesión cultural por ella se manifiesta no solo en la edificación de monumentos, la creación de museos y las diversas apologías del pasado de las que desde hace unas décadas somos testigos, sino también en la sinonimia que muchas veces se emplea entre el pasado —especialmente el denominado pasado reciente— y la memoria, la cual amenaza así con absorber semánticamente a la historia. Esto evidencia en qué medida el antagonismo que desde la modernidad caracterizaba la relación entre ambos conceptos ha sido puesto en cuestión.

Ahora bien, tal relación antagónica tiene también su propia historia. De hecho, antes de la emergencia de la historia académica como discurso profesionalizado en el siglo XIX, la historia era concebida como un modo de memoria, o de conservación de la misma. Asumiendo las funciones más representativas de la tradición oral, ocupada de la transmisión de hechos históricos (*res gestae*) protagonizados por héroes y reyes, los historiadores antiguos comenzaron a registrar mediante la confección de crónicas aquellos acontecimientos relevantes (batallas, guerras, etc.) para la legitimación del origen de dinastías y de su continuidad mediante la certificación de su noble pasado. La tarea principal de la historia escrita era una cuestión de producción de memoria al servicio de la autoridad en la que asentar las bases de una comunidad política.

En la conexión tradicional entre historia y memoria, el papel que ostentaba esta última era bastante más relevante en un doble sentido: no únicamente porque el objetivo del historiador era evitar que las gestas de grandes hombres quedaran privadas de gloria, sino también porque el principal material a partir del cual se confeccionaba la narración histórica era la memoria misma del historiador. De tal primacía epistémica otorgada a la percepción directa de los hechos históricos en el proceso de la narración e indagación de los mismos deja constancia la etimología del concepto historia [*ἱστορία*], del griego *histor*

[ἵστωρ], traducible por «el que sabe» o «testigo». De manera que, en términos muy generales,³⁹⁶ lo que se entiende por historia en el mundo premoderno³⁹⁷ alude a un conglomerado de hechos fragmentarios apoyado en la memoria que, bajo la consideración de una temporalidad circular donde lo que ha sido será de nuevo, estaba orientado a la reconstrucción narrativa de acontecimientos ejemplares de los que extraer aprendizaje: *historia magistra vitae*.

Pero todo esto da un vuelco a partir de la reconfiguración política, social y cultural que tuvo lugar entre los siglos XVIII y XIX, cuando la historia y la memoria se descubrieron como adversarias. Los cambios vertiginosos acontecidos a propósito del impacto de las revoluciones políticas y de la capitalización e industrialización de la producción europea, provocaron una radical perturbación del vínculo que la sociedad mantenía con su pasado. La sustancia tradicional del mundo social fue desvaluada en favor de una racionalización autónoma que estableció como epicentro del funcionamiento social la confianza en un progreso infinito del conocimiento y de un infinito mejoramiento.

El espíritu moderno, compendiado en la asociación baconiana entre saber y poder, renuncia a la inclinación natural e incondicional a la verdad³⁹⁸ y convierte el conocimiento en instrumento para la reversión de la sumisión a la naturaleza en dominio y emancipación respecto de ella. En este contexto germina la idea moderna de historia como la marcha civilizatoria hacia una dirección deseable que posibilita tanto el acontecer de la multitud de experiencias humanas contenidas en las antiguas historias, como la inclusión de las mismas en un colectivo singular trascendental. A ella asociada, como veíamos en el capítulo anterior, nace una filosofía de la historia omniabarcante y utópica, susceptible de ser empleada en la transformación de las acciones histórico políticas y sus expectativas.

Además, la intensificación de la estimulación científica lleva a la historiografía del siglo XIX a consolidarse en una disciplina sometida al imperativo metodológico de la

³⁹⁶ Para un estudio detallado sobre este asunto puede consultarse María Inés Mudrovic, *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia*. Madrid: Akal, 2005; Concha Roldán, *Entre Casandra y Clío. Una historia de la filosofía de la historia*. Madrid: Akal, 1997; Lucila Svampa, *La historia en disputa*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2017. Enzo Traverso, *El pasado. Instrucciones de uso. Historia, memoria, política*. Madrid: Marcial Pons, 2007; Enzo Traverso. *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2016.

³⁹⁷ La relativa a los asuntos humanos. Queda fuera del alcance de tales consideraciones la noción de historia introducida por el judeocristianismo, aquella que responde al plan salvífico de Dios trazado por su providencia propia.

³⁹⁸ «Todos los hombres desean por naturaleza saber», Aristóteles, *Metafísica I*, Madrid, Gredos.

objetividad. Al emerger como un discurso académico y profesional, independiente de cualquier interés que pudiera atentar contra los estandartes de verdad y autoridad discursiva, la historia renuncia a sus lazos con la memoria.³⁹⁹ Antigua aliada de la historia, la memoria es desde entonces considerada intrínsecamente no fiable como fuente para la reconstrucción rigurosa del pasado, así como infructuosa en su faceta de guía para la vida social.

Una de las primeras voces que se alzó críticamente contra la pretendida objetividad científica de la historiografía moderna fue la de Nietzsche. En la segunda consideración intempestiva, titulada «De las ventajas y desventajas de la historia para la vida» (1874), denuncia que la exigencia de una historia subordinada a la verdad científica, esto es, la imposición cultural del historicismo, constituye en realidad el designio nihilista de la cultura occidental que sofoca la vida y la despoja de entusiasmo. El cometido de la historia no ha de ser una reconstrucción objetiva de lo acaecido, sino un dotar de sentido lo pasado en función de la suprema fuerza del presente. Por ello, para Nietzsche, habrá tantas verdades sobre el pasado como percepciones, interpretaciones y perspectivas, tanto individuales como colectivas.

Si bien en el plano obvio la estrategia de la crítica nietzscheana contenida en ese texto se orienta contra la categoría epistemológica de historia propia del historicismo, en el trasfondo también lo hace contra el teleologismo progresivo de la filosofía de la historia. Frente a una concepción de la temporalidad reducida a ser un mero suceder objetivo y homogéneo guiado por una racionalidad preestablecida, Nietzsche extraerá su propuesta genealógica desde la que reclamar la irracionalidad y contingencia de una realidad dominada por el azar. Como resumiera Michel Foucault:

Lo que Nietzsche no ha cesado de criticar desde la segunda de las Intempestivas es esa forma de historia que reintroduce (y supone siempre) el punto de vista suprahistórico: una historia que tendría por

³⁹⁹ No obstante, el siglo XIX no solo fue el siglo del historicismo. Durante el mismo período también emergen los mitos nacionales que se apropian del pasado en el presente para apoyar la construcción de una identidad. En ese sentido, las investigaciones históricas académicas eran puestas con asiduidad al servicio de las construcciones nacionales de memoria, pero los problemas surgían frecuentemente en términos de tensiones y disonancias entre las narrativas nacionales y la verdad histórica. Por eso Renan dice: «Forgetting, I would even say historical error, is essential to the creation of a nation, which is why the advance of historical studies often poses a threat to nationality», cita Extraída de Aleida Assmann, *Shadows of Trauma. Memory and the Politics of Postwar Identity*. Fordham University Press, New York, 2016, p. 28. Véase para esta cuestión Nicolás Sánchez Durá, «Olvidar de memoria (tras Renan, según T. Todorov, T. Judt y más allá)», en Vicente Sanfélix y Gerardo López Sastre (coord.), *Cosmopolitismo y nacionalismo: de la Ilustración al mundo contemporáneo*, Universitat de València, Servei de Publicacions: Museu Valencià de la Il·lustració i de la Modernitat (MuVIM), 2010, pp. 209-224.

función recoger, en una totalidad bien cerrada sobre sí misma, la diversidad al fin reducida del tiempo; una historia que nos permitiría reconocernos en todo y dar a todos los desplazamientos pasados la forma de la reconciliación; una historia que lanzaría sobre lo que está detrás de ella una mirada de fin del mundo. Esta historia de los historiadores será un punto de apoyo fuera del tiempo; pretende juzgarlo todo según una objetividad apocalíptica; y es que ha supuesto una verdad eterna, un alma que no muere, una conciencia siempre idéntica a sí misma.⁴⁰⁰

Sirviéndose de la genealogía nietzscheana, en los años setenta Foucault transita de la *arqueología del saber* a la *genealogía del poder* a través del desplazamiento de la noción de episteme en favor de la de dispositivo.⁴⁰¹ El concepto de episteme que Foucault maneja hasta 1969 presupone que poder y saber son entidades independientes y, por consiguiente, considera que es posible analizar la constitución de este último en su especificidad. Sin embargo, la noción de dispositivo introduce nuevos elementos que no eran recogidos por la episteme, como son las conexiones íntimas entre saber y poder —toda relación de poder implica la constitución de un campo de saber, así como todo saber constituye determinadas relaciones de poder—, la dispersión del poder a través de una multiplicidad de redes que penetran el tejido de la vida misma —lo que supone una nueva configuración respecto al modelo clásico de poder soberano piramidal encarnado por el Estado— y la producción de procesos de subjetivación a través de los cuales el individuo se convierte en sujeto.

A partir de la modificación en la interpretación del binomio saber-poder, Foucault redefine el concepto mismo de discurso como un dispositivo institucional y social. Es decir, el discurso no es algo restringible a un campo de saber, sino que constituye un *statu quo* que se impone como un *a priori histórico*. En cada época, siguiendo la metáfora empleada por Paul Veyne, los contemporáneos están encerrados en discursos como si se tratara de peceras transparentes, cuya existencia es ignorada, pero que cartografían tanto lo que hacen como lo que piensan.⁴⁰² Tales discursos, además, no se suceden según la lógica de una dialéctica, sino por la casualidad del devenir histórico. En *Nietzsche, la genealogía y la historia* (1971) Foucault presenta el método genealógico nietzscheano como una propuesta analítica opuesta al despliegue metahistórico de las significaciones ideales y teleológicas, para después reivindicar que la tarea de un historiador, en lugar de

⁴⁰⁰ Michel Foucault. *Nietzsche, la genealogía y la historia*. Valencia: Pre-Textos, 2014, p. 43.

⁴⁰¹ Óscar Moro Abadía, «Michel Foucault: De la épistémé al dispositif», *Revista de Filosofía*, Vol. XLI, n. 104, pp. 27-37.

⁴⁰² Paul Veyne, *Foucault. Pensamiento y vida*, trad. de M. J. Furió, Paidós, Barcelona, 2014, pp. 15-45, 103-120.

remontarse en el tiempo para restablecer una gran continuidad, habría de ser «conjugar la quimera del origen»,⁴⁰³ es decir, captar los *a priori históricos* que, por debajo de continuidades engañosas, ponen de manifiesto la originalidad de una formación histórica.

Esta noción de práctica discursiva ha sido decisiva para el conjunto de tendencias historiográficas vinculadas con el giro lingüístico. A partir de que en el siglo XX se pusiera de manifiesto que el lenguaje no puede pensarse como un mero instrumento de comunicación o el medio gracias al cual es posible designar lo que pensamos sobre las cosas, sino que constituye un sistema cerrado de signos cuyas relaciones producen por sí mismas significados, la realidad pierde su condición de referencia objetiva exterior al discurso y empieza a entenderse como algo constituido por y en el lenguaje. Si bien en un principio el debate se da en el ámbito filosófico —a partir sobre todo de la hermenéutica gadameriana y la filosofía analítica— y en el campo de la lingüística —Roman Jakobson y Ferdinand de Saussure—, pronto se extiende al resto de ciencias humanas y sociales, afectando de forma especial a la ciencia historiográfica. Al desplazar la experiencia humana hacia los regímenes de lenguaje, el impacto del giro lingüístico quiebra los lazos de referencialidad entre el texto y el contexto, por lo que la vieja noción de una historia universal y unificada en su sentido comienza a desgastarse.

2.2. LA HISTORIA EN LA NUEVA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA Y SU RELACIÓN CON LA MEMORIA

Mientras que en los siglos XIX y principios del XX la discusión en la filosofía de la historia venía marcada por el esfuerzo de constituir la reflexión del pasado en una empresa científica,⁴⁰⁴ a partir de los años setenta el debate comienza a centrarse en las estrategias retóricas empleadas y en su aspecto discursivo. Los ataques contra el realismo histórico, centrados inicialmente en la importancia del papel de la subjetividad en el proceso del conocimiento histórico, llevaron a poner de relieve la naturaleza insoslayablemente lingüística de las narraciones históricas. Este giro ha dado lugar a lo que Frank Ankersmit ha denominado la nueva filosofía de la historia, que se caracteriza tanto por cuestionar los presupuestos epistemológicos de la historiografía académica —la concepción representacional del conocimiento histórico, la meta de alcanzar una interpretación

⁴⁰³ Michel Foucault. *Nietzsche, la genealogía y la historia*, op. cit., p. 23.

⁴⁰⁴ Verónica Tozzi. *La historia según la nueva filosofía de la historia*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2009, pp. 17-21.

verdadera del pasado y la concepción de la historia como ciencia—,⁴⁰⁵ como por dar prioridad, respecto de aquello que le otorga a la historia su carácter cognoscitivo, a la propia organización narrativa del discurso.

La obra más representativa de esta corriente narrativista, o al menos la que es considerada como el momento inaugural del giro lingüístico historiográfico,⁴⁰⁶ es *Metahistoria. La imaginación histórica en el siglo XIX*. Publicada en 1973, en ella Hayden White estudia la obra tanto de grandes historiadores de la historia moderna, como Ranke, Michelet o Tocqueville, como de grandes filósofos de la historia, como Hegel o Marx, con el propósito de mostrar que todas ellas contienen ficción, no porque los datos que aportan no sean ciertos, sino por las lógicas literarias de su estructura narrativa. Para revelar este componente ficcional del conocimiento histórico, el filósofo americano desentraña los recursos lingüísticos subyacentes al propio proceso de escritura de la historia que hacen posible la expresión de un discurso significativo del pasado. Tal y como manifiesta el propio White en el prefacio de *Metahistoria*:

En esa teoría considero la obra histórica como lo que más visiblemente es: una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa. Las historias (y también las filosofías de la historia) combinan cierta cantidad de «datos», conceptos teóricos para «explicar» esos datos, y una estructura narrativa para presentarlos como la representación de conjuntos de acontecimientos que supuestamente ocurrieron en tiempos pasados. Yo sostengo que además tienen un contenido estructural profundo que es en general de naturaleza poética, y lingüística de manera específica, y que sirve como paradigma precríticamente aceptado de lo que debe ser una interpretación de especie «histórica».⁴⁰⁷

Esto es, toda obra histórica constituye para White una estructura narrativa que integra elementos heterogéneos en una totalidad verosímil y significativa. Tal unidad, así como las explicaciones en ella contenidas, están condicionadas por, o se sustentan en, una infraestructura compuesta por recursos que existen en la propia actividad discursiva que empleamos preconsciente e inevitablemente a la hora de configurar la realidad. Tales recursos discursivos, a los que denomina *tropos*, que prefigurarían el mundo de la experiencia son cuatro: la metáfora, que lo hace en términos de objeto-objeto; la metonimia, en términos de parte-parte; la sinécdoque, de parte-totalidad; y la ironía,

⁴⁰⁵ *Ibidem*, p. 26.

⁴⁰⁶ María Inés Mudrovic, *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia*. op. cit., p. 10

⁴⁰⁷ Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en el siglo XIX*. México: FCE, 1992, p.5

mediante relaciones de oposición o negación. La aplicación de la tropología a la conciencia histórica es lo que White denomina metahistoria o infraestructura poética.⁴⁰⁸

Esta infraestructura poética configura el material más básico con el que trabaja el historiador, a saber, el registro documental previo al análisis y la representación al que White denomina campo histórico.⁴⁰⁹ Aunque las relaciones entre los diversos objetos presentes en el campo histórico parecen ser inherentes a los objetos mismos, en realidad son constituidos mediante el mismo lenguaje que usan los historiadores para identificarlos y describirlos.⁴¹⁰ El campo histórico, por tanto, nunca es un material bruto, sino el resultado del modo en que el uso predominante del lenguaje —metafórico, metonímico, sinecdóquico o irónico— prefigura el supuesto ámbito de ocurrencias como objeto de estudio. A su vez, las estrategias explicativas que el historiador propone se sostienen sobre la particular forma en que este delineó el campo histórico,⁴¹¹ de tal manera que, tanto la infraestructura metahistórica como el campo histórico condicionan las estrategias narrativas que aparecerán en la dimensión manifiesta de la obra. Así, según White, quedaría al descubierto un nivel pre-conceptual determinante del nivel conceptual manifiesto.

Por todo ello, en «El texto histórico como artefacto literario» (1974) White afirma que «las narrativas históricas son ficciones verbales cuyos contenidos son tanto inventados como encontrados y cuyas formas tienen más en común con sus homólogas en la literatura que con las de las ciencias».⁴¹² Lo que quiere expresar con esta polémica aseveración es que, a diferencia de la explicación científica, que subsume los acontecimientos bajo leyes causales, lo que hace la historiografía es elaborar narrativamente un conjunto de acontecimientos que, como tal, no se dan en el mundo de los hechos. Ningún conjunto dado de acontecimientos puede por sí mismo constituir un relato, es decir, el orden de las

⁴⁰⁸ *Ibidem*, p. 9

⁴⁰⁹ «He encontrado sumamente útil la terminología crítica de Kenneth Burke en mis intentos de caracterizar lo que he llamado “campo histórico” antes de su análisis y representación por el historiador». *Ibidem*, p. 25, nota 8.

⁴¹⁰ *Ibidem*, p. 40.

⁴¹¹ Habría tres tipos de estrategia utilizados por los historiadores y dentro de cada una hay a su vez cuatro modos posibles de articulación por los cuales el historiador puede conseguir un efecto explicativo específico: 1) estrategia por argumentación formal, cuyos modos son los de formismo, organicismo, mecanicismo y contextualismo; 2) estrategia de explicación por la trama, cuyos arquetipos son el romance, la comedia, la tragedia y la sátira; 3) explicación por implicación ideológica, cuyos modos son el anarquismo, el conservadurismo, el radicalismo y el liberalismo. Una combinación particular de esos modos forma el «estilo historiográfico». Miguel Ángel Cabrera, «Hayden White y la teoría del conocimiento histórico. Una aproximación crítica», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 4, 2005, p. 121.

⁴¹² Hayden White, *El texto histórico como artefacto literario*. Buenos Aires: Paidós, 2003, p. 109.

palabras no es el orden de las cosas: «La mayoría de secuencias históricas pueden ser tramadas de diferentes maneras»,⁴¹³ y tramarlas es, esencialmente, una operación literaria.

La obra de White, que ha despertado un enorme rechazo entre los historiadores,⁴¹⁴ se integra en un movimiento de reacción crítica contra la noción objetivista de conocimiento histórico predominante en la década de los sesenta. No únicamente en el sentido más insustancial de la imparcialidad, sino, sobre todo, en lo relativo a su capacidad para captar y reproducir las propiedades, relaciones y significados intrínsecos de los hechos históricos. White cuestiona que la investigación histórica pueda producir un conocimiento objetivo de la realidad, precisamente porque la relación entre el historiador y la realidad histórica está lingüísticamente mediada. Y para ello se sirve de una concepción estructuralista del lenguaje de acuerdo con la cual este constituye un sistema de signos con sistematicidad y autonomía propia cuyos significados están determinados por sus relaciones entre sí, más que por su relación con algún objeto o sujeto extralingüístico, una posición que considera que la creación del significado opera a espaldas de los usuarios del lenguaje, cuyas acciones lingüísticas pueden solamente ejemplificar las reglas y los procedimientos de los lenguajes que habitan.

La renovación de los estudios historiográficos a partir de las contribuciones de la lingüística, la semiología y las filosofías del lenguaje ha conducido a la devaluación de la creencia tradicional de que la investigación histórica pueda conllevar un conocimiento auténtico del pasado. No solo Hayden White, también en otra estela Michel De Certeau propuso por esta misma época una renovación de la reflexión epistemológica de la historia. Influenciado por supuestos psicoanalíticos y foucaultianos, en *La escritura de la historia* el filósofo jesuita analiza una serie de condicionamientos pre-discursivos que influyen en los historiadores y constituyen las leyes que organizan el espacio producido

⁴¹³ *Ibidem*, p. 114.

⁴¹⁴ Pues si el propósito del historiador no es tanto registrar acontecimientos como relacionarlos significativamente, siendo esa relación una construcción, ¿no supone esto banalizar la cuestión de la representación en sucesos límites traumáticos de la Historia, como es Auschwitz? ¿Cómo aplicar esta tesis de la representación figural del pasado a acontecimientos pasados traumáticos? Dominick LaCapra reconstruye en el primer capítulo de *Escribir la historia, escribir el trauma* la polémica entre los filósofos de la historia narrativistas (White-Ankersmit) y los realistas o simplemente historiadores que han sometido a una severa crítica el modelo narrativista, especialmente a la hora de acercarse a experiencias del pasado traumáticas, como Carlo Ginzburg, que acusó a White de negacionista. A su vez, para la polémica que mantuvo Ginzburg con White véase el capítulo 5 («AntiWhite») del libro de Justo Serna y Anacleto Pons, *Cómo se escribe la microhistoria*, disponible en el repositorio de la UV: <https://www.uv.es/jserna/AntiWhite.htm>

por un texto, sin que el discurso histórico hable de ellos. Tales condicionamientos integran la «operación historiográfica», constituida sobre la combinación del lugar social, ciertas prácticas científicas y la propia escritura.⁴¹⁵

Aunque constituye lo no-dicho del texto, el primero configura las posibilidades y los límites del discurso histórico, tanto por las instituciones que posibilitan y respaldan la práctica historiográfica, como por los pares que avalan o rechazan el producto de la investigación. Así la doble función del lugar, «vuelve posibles algunas investigaciones, gracias a coyunturas y problemáticas comunes. Pero a otras las vuelve imposibles; excluye del discurso lo que constituye su condición en un momento dado; desempeña el papel de una censura en lo referente a los postulados presentes (sociales, económicos, políticos) del análisis».⁴¹⁶ El segundo componente de la tríada se refiere a la historiografía como una práctica científica que, mediante diversas técnicas —selección y clasificación de documentos y fuentes— construye objetos a los que luego le asigna una significatividad. Este argumento lleva a De Certeau a sostener que la investigación histórica actual, en tanto que trabaja con un instrumental prestado de diversas áreas de las ciencias sociales (modelos sociológicos, económicos, psicológicos o culturales), fija de antemano una coherencia inicial que estructura no solo el proceso de búsqueda y análisis sino también a la escritura misma.⁴¹⁷

La escritura, en tanto que tercer componente, prescribe como comienzo lo que en verdad es un punto de llegada. Mientras que la investigación comienza en la actualidad de un lugar social y de un aparato institucional o conceptual, la exposición sigue un orden cronológico que toma lo antiguo como punto de partida. Además de invertir el orden, el texto supone una limitación que la investigación no tiene: «Mientras que la investigación es interminable, el texto debe tener un fin, y esta estructura de conclusión asciende hasta la introducción, ya organizada por el deber de acabar».⁴¹⁸

A pesar de todo, de Certeau no dejó de salvaguardar el carácter referencial externo del texto histórico, por lo que no limita el conocimiento histórico al ámbito discursivo, sino que posiciona a la historia como una disciplina ubicada entre la vertiente científica y la

⁴¹⁵ Michel De Certeau, «La operación historiográfica», *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana, 1985.

⁴¹⁶ «Sin duda alguna esta combinación del permiso con la prohibición es el punto ciego de la investigación histórica y la razón por la cual no es compatible con cualquier cosa», *Ibíd.*, p. 81

⁴¹⁷ «En efecto, el estudio se establece en nuestros días desde el comienzo sobre unidades que el mismo estudio define, en la medida en que es capaz y debe ser capaz de fijarse a priori objetos, niveles y taxonomías de análisis. La coherencia es inicial».

⁴¹⁸ *Ibíd.*, p. 102.

vertiente ficcional. Contra el historicismo del siglo XX, pone el énfasis en la influencia del sistema de referencias presentes sobre el acto de escritura del historiador: el pasado es una ficción del presente. Sin embargo, no entiende la ficción como algo que transgreda el imperativo de la cientificidad, sino como un elemento constitutivo de un discurso legitimado como científico que «representaría la opacidad que define a la historiografía como una ciencia que no tiene los medios para serlo».⁴¹⁹

Como ha manifestado Hartog, «por mucho tiempo la historia ha sido ese juez último delante del cual uno ganaba o perdía el juicio que determinaba el porvenir. Hoy es, por el contrario, aquello a lo que se juzga».⁴²⁰ La noción de la historia como singular colectivo ha sido cuestionada desde diversos frentes que han dejado al descubierto el carácter moldeable de la narrativa histórica así como su vínculo directo con el presente.⁴²¹ El discurso sobre la memoria y el recuerdo puede entenderse, en buena parte, como una consecuencia de todo esto, ya que la erosión de la historia como proceso de progresión teleológica ha obligado a repensar las relaciones entre el pasado histórico y el presente del historiador tomando como eje la investigación de la memoria llevada a cabo fundamentalmente en el campo de los estudios culturales.⁴²²

VI.3. Los estudios de la memoria desde una perspectiva histórica

Durante los últimos cuarenta años, la propagación social y expansión académica del interés por la memoria ha dado lugar a la consolidación de los *Memory Studies* como un potente campo de estudios interdisciplinar que atraviesa una red académica internacional bastante significativa. Aunque es cierto que los acercamientos al tema se efectúan desde diferentes áreas disciplinarias que no siempre coinciden en sus respectivas maneras de acceder al concepto fundamental de memoria —sociología, antropología social, historia, literatura—, el enfoque dominante en la investigación entiende que la memoria de una determinada sociedad se disputa en el seno de las creencias, los valores y las instituciones políticas que integran el propio cuerpo social, lo cual implica que, más que reproducir, la memoria produce o configura la realidad pasada en función de las necesidades y posibilidades del presente. Esto no puede más que afectar a la forma de escribir la historia,

⁴¹⁹ Rodrigo Castro Orellana, «Michel De Certeau: Historia y Ficción», *INGENIUM. Revista de historia del pensamiento moderno*, 4, julio-diciembre, 2010, p. 120

⁴²⁰ François Hartog, «Memoria e historia: entrevista con François Hartog», por Renán Silva en *Historia Crítica*, 48, Bogotá, septiembre-diciembre, 2012, p. 212.

⁴²¹ María Inés Mudrović, *Historia, narración y memoria*, op. cit., p. 16

⁴²² Astrid Erll, *Memoria colectiva y culturas del recuerdo. Estudio introductorio*, op. cit, p. 6

por lo que la historiografía se ha visto compelida a encarar problemas que, en realidad, no son tan nuevos.

3.1. HALBWACHS. LA NATURALEZA SOCIALMENTE CONSTRUIDA DE LA MEMORIA

Para muchos autores el *memory boom* tiene su origen en el influyente trabajo de Maurice Halbwachs, pionero en las investigaciones sobre la memoria social. Influenciado por las aportaciones de la filosofía de Bergson, el psicoanálisis y la sociología francesa, en 1925 publicó *Los marcos sociales de la memoria*,⁴²³ obra en la que sostiene que, lejos de ser producto de la propia biografía, la memoria individual se apoya primordialmente en el medio social. Según el alumno de Bergson, una persona absolutamente sola no podría formar ningún recuerdo, ya que estos se desarrollan y estabilizan en interrelación con otras memorias, es decir, en el intercambio con personas, grupos, lugares y palabras.

Podemos recordar solamente con la condición de encontrar, en los marcos de memoria colectiva, el lugar de los acontecimientos pasados que nos interese. Un recuerdo es tanto más fecundo cuando reaparece en el punto de encuentro de un gran número de esos marcos que se entrecruzan y se disimulan entre ellos. El olvido se explica por la desaparición de esos marcos o de una parte de ellos, siempre y cuando nuestra atención no sea capaz de fijarse sobre ellos, o sea fijada en otra parte [...]. Si bien el olvido o la deformación de algunos de nuestros recuerdos se explica también por el hecho de que esos marcos cambian de un periodo a otro. La sociedad, adaptándose a las circunstancias, y adaptándose a los tiempos, se representa el pasado de diversas maneras: la sociedad modifica sus convenciones.⁴²⁴

La memoria de un sujeto constituye un fenómeno social que surge dentro de un entorno delimitado por la proximidad espacial, la interacción regular con los otros y las formas de vida colectiva o experiencias compartidas. Recurrir a los marcos sociales, entre los que el lenguaje ocupa una posición destacada, es un requisito ineludible para la existencia de recuerdos individuales y para la cohesión de los mismos. Esto significa que la memoria no retiene el pasado, sino que lo reconstruye desde el presente a partir de la interacción entre sus vestigios y la comunicación social, por lo que el olvido puede explicarse como la desvinculación del entorno que nos rodeaba entonces.

Aunque tales aseveraciones ya contradecían los supuestos básicos de respetados estudios contemporáneos sobre la memoria, como los llevados a cabo por Bergson o el propio Freud, lo que causó mayor polémica de la obra de Halbwachs no fue tanto la

⁴²³ Maurice Halbwachs. *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos, 2004.

⁴²⁴ *Ibíd.*, p. 324

relación que podría mantener el recuerdo individual con el medio social, sino el de este último con la denominada memoria colectiva. Según Halbwachs, el individuo recuerda en tanto que forma parte de un marco de referencia grupal que participa de una memoria colectiva.⁴²⁵ Lo cual no significa que esta sea algo supraindividual, pues mantiene con la memoria individual una relación de dependencia recíproca: «el individuo recuerda cuando asume el punto de vista del grupo, y la memoria del grupo se manifiesta y se realiza en las memorias individuales».⁴²⁶

Esta tesis fue objeto de duras críticas. Por ello Halbwachs se propuso aclarar el concepto de memoria colectiva en un siguiente libro, *La memoria colectiva*. En esta obra, publicada incompleta y de forma póstuma debido a su trágica muerte,⁴²⁷ el sociólogo francés aclara que, en contraposición a la historia, todavía entendida por este como un saber universal y objetivo de los hechos pasados, la memoria colectiva es algo particular producido y portado por grupos sociales concretos cuya función principal es la construcción de un pasado relacionado con una identidad o imagen propia que oriente y satisfaga las necesidades e intereses del grupo en el presente. Si bien la historia es solo una y podría entenderse como la memoria universal de la especie humana, las memorias colectivas son tan numerosas como los grupos sociales que las mantienen. Por eso la memoria e historia serían para él dos conceptos que se excluyen:

la memoria colectiva no se confunde con la historia, y que la expresión «memoria histórica» no es muy afortunada, ya que asocia dos términos que se oponen en más de un aspecto. La historia es, sin duda, la recopilación de los hechos que han ocupado la mayor parte de la memoria de los hombres. Pero los acontecimientos pasados, leídos en los libros y enseñados y aprendidos en los colegios, son elegidos, acercados y clasificados, según las necesidades o reglas que no se imponían a los círculos de hombres que conservaron durante mucho tiempo su poso vivo. Sucede que, en general, la historia comienza en el punto donde termina la tradición, momento en que se apaga o se descompone la memoria social.⁴²⁸

El concepto de memoria colectiva, no obstante, ha seguido generando el rechazo de reputados historiadores. El mismo Reinhart Koselleck ha negado rotundamente la

⁴²⁵ «Es en este sentido que existiría una memoria colectiva y los marcos sociales de la memoria, y es en la medida en que nuestro pensamiento individual se reubica en estos marcos y participa en esta memoria que sería capaz de recordar», *ibidem*, p. 9.

⁴²⁶ *Ídem*.

⁴²⁷ En 1944 su autor fue deportado a Buchenwald donde, habiendo llegado al límite de la resistencia humana, en palabras de Jorge Semprún, murió el 16 de marzo 1945. Jorge Semprún. *La escritura o la vida*. Barcelona: Tusquets, 1995, p. 35

⁴²⁸ Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, p. 80.

posibilidad ontológica de la misma afirmando que, simplemente, se trata de una forma de aludir a la ideología producto de poderes totalitarios.⁴²⁹ Sin embargo, desde los años ochenta el concepto de memoria colectiva ha sido revisitado y desarrollado a partir de las investigaciones sobre los condicionamientos sociales del recuerdo, sobre el papel activo de la memoria en relación con la creación de la cultura y sobre los usos del pasado en el presente. La complejización del concepto halbwachiano ha llevado a evaluar de nuevo la diferenciación entre historia y memoria, lo cual ha dividido a los historiadores entre, por un lado, quienes sostienen (como pensara el propio Halbwachs) que constituyen realidades independientes e incluso antagónicas; para estos la historia sería un proceso intelectual objetivo frente a la actividad emocional y subjetiva que constituye la memoria.⁴³⁰ Y por otro quienes, como Marianne Hirsch,⁴³¹ consideran que son entidades con fructíferos vínculos que quedan velados cuando se suscribe acríticamente el planteamiento dicotómico.

⁴²⁹ «En cuanto a la identidad y a la memoria colectiva, yo creo que depende fuertemente de predecisiones lingüísticas de hablantes impregnados de ideología. Y mi posición personal en este tema es muy estricta en contra de la memoria colectiva, puesto que estuve sometido a la memoria colectiva de la época nazi durante doce años de mi vida. Me desagrada cualquier memoria colectiva porque sé que la memoria real es independiente de la llamada «memoria colectiva», y mi posición al respecto es que mi memoria depende de mis experiencias, y nada más. Y se diga lo que se diga, sé cuáles son mis experiencias personales y no renuncio a ninguna de ellas. Tengo derecho a mantener mi experiencia personal según la he memorizado, y los acontecimientos que guardo en mi memoria constituyen mi identidad personal. Lo de la «identidad colectiva» vino de las famosas siete «pes» alemanas: los profesores que producen las memorias colectivas, los párrocos, los políticos, los poetas, la prensa..., en fin, personas que se supone que son los guardianes de la memoria colectiva, que la pagan, que la producen, que la usan, muchas veces con el objetivo de infundir seguridad o confianza en la gente. Para mí todo eso no es más que ideología [...]. Así pues, la memoria colectiva es siempre una ideología, que en el caso de Francia fue suministrada por Durkheim y Halbwachs, los cuales, en lugar de encabezar una Iglesia nacional francesa, inventaron para la nación republicana una memoria colectiva que, en torno a 1900, proporcionó a la República francesa una forma de autoidentificación adecuada en una Europa mayoritariamente monárquica, en la que Francia constituía una excepción». Reinhart Koselleck, «Historia conceptual, memoria e identidad» (II), Entrevista a Reinhart Koselleck, realizada por Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes: https://www.revistadelibros.com/articulo_imprimible.php?art=3553&t=articulos

⁴³⁰ Incluso aun aceptando la existencia de lugares de la memoria, Pierre Nora diferencia claramente las dos realidades conceptuales. Pierre Nora, *Les Lieux de Mémoire*; 1: La République París, Gallimard, 1984, pp. XVII-XLII. Traducción para uso exclusivo de la cátedra Seminario de Historia Argentina Prof. Fernando Jumar C.U.R.Z.A. Puede verse en: [www.cholonautas.edu.pe/Módulo virtual: Memorias de la violencia](http://www.cholonautas.edu.pe/Módulo%20virtual%20Memorias%20de%20la%20violencia).

⁴³¹ «Los numerosos proyectos testimoniales y los archivos de historia oral, el importante papel de la fotografía y la performance, junto con el auge de la conmemoración y la nueva museología interactiva, reflejan la necesidad de crear estructuras institucionales y estéticas que amplíen el tradicional archivo histórico para dar cabida a un repertorio de conocimiento individualizado en el que hasta ahora no habían reparado muchos historiadores tradicionales. Para bien o para mal, estos diversos géneros e instituciones han sido agrupados bajo el término de memoria», Marianne Hirsch. *La generación de la posmemoria. Escritura y cultura visual después del Holocausto*, op. cit., p. 15.

3.2. JAN Y ALEIDA ASSMANN. MEMORIA COMUNICATIVA Y MEMORIA CULTURAL

Partiendo de la aceptación de las tesis de que la memoria es siempre social en un alto grado, tanto como lo son el lenguaje o la conciencia, Jan y Aleida Assmann⁴³² sostienen que la noción de memoria colectiva es hoy demasiado vaga para hacer distinciones adecuadas entre las diferentes formas de memoria de las que participa un sujeto en función de distintas dinámicas y horizontes temporales. El contexto de su análisis puede situarse en la década de los ochenta cuando, en un momento histórico en el que la pervivencia del recuerdo del Holocausto pasaba por su fijación colectiva debido a la inminente desaparición de quienes fueron testigos, el significado cultural de la memoria de la Shoah se convirtió en un espacio de polémica nacional. El objeto de la *Historikerstreit* no era tanto determinar lo que ocurrió, sino establecer el modo en que debía recordarse en el presente con miras a configurar la identidad nacional, es decir, establecer ya no una memoria comunicativa, sino cultural.⁴³³

Bajo el concepto de memoria cultural reunimos el inventario propio de cada sociedad y de cada época de todos los textos, imágenes y ritos que se utilizan o se practican de manera permanente, y gracias a cuya conservación se estabiliza y se transmite la imagen que el grupo tiene de sí mismo, el conocimiento del pasado, que es esencial (pero no exclusivamente) compartido de manera colectiva; se trata del conocimiento que el grupo toma como base para crear su conciencia de unidad y particularidad.⁴³⁴

Así, Jan Assmann introduce en el concepto de memoria colectiva una diferencia cualitativa entre la memoria comunicativa y la memoria cultural. La primera surge de la interacción cotidiana entre el recuerdo y el olvido. Su contenido son las experiencias históricas de los contemporáneos y se sostiene en el recuerdo vivo. Está mediada emocional y sentimentalmente, y olvidar forma parte de sus funciones tanto como recordar. Es una memoria susceptible de sufrir patologías. Un ejemplo paradigmático es lo descubierto por Freud en el curso del análisis de las memorias traumáticas de sus

⁴³² «A strictly individual memory would be something like a private language that is only understood by one person –in other words, a special case, an exception. For this reason, Aleida Assmann and I have proposed the term communicative memory to describe the social aspect of individual memory identified by Halbwachs», Jan Assmann, «Introduction: What is Cultural Memory?», en Jan Assmann, *Religion and Cultural Memory*, Stanford: Stanford University Press, p. 3.

⁴³³ Véase Roberto Navarrete Alonso, «Historia, memoria, éxodo. A propósito de Jan Assman», *Bajo Palabra. II Época*. Nº17. 2017, pp. 397-412

⁴³⁴ Jan Assmann, *Kollektives Gedächtnis und kulturelle Identität*, en Jan Assmann y Tonio Hölscher (eds.), *Kultur und Gedächtnis*, Fráncfort, Suhrkamp, 1998, p. 15. Cita extraída de Astrid Erll, *Memoria colectiva y culturas del recuerdo*. Estudio introductorio, op. cit., p. 38.

pacientes supuestamente víctimas de abusos sexuales en la infancia.⁴³⁵ La memoria cultural, por el contrario, tiene como propósito producir y salvaguardar el significado cultural por medio de recuerdos inscritos en objetivaciones fijas, donde destacan la oralidad y la escritura. Si bien esta última tiene la ventaja de transmitir más allá de lo que un individuo puede retener en su memoria, el sentido de los textos vinculantes ha de ser reinterpretado y construido en cada presente a partir del proceso cultural del comentario o la crítica:

El concepto de memoria cultural corresponde a lo que Derrida llama archivo y Berstein tradición y, como ellos, está en deuda con las ideas de Freud sobre la dimensión psichistórica y la dinámica de la transmisión cultural. La memoria cultural, en contraste con la memoria comunicativa, abarca lo antiguo, lo apartado y lo descartado; y en contraste con la vinculación afectiva de la memoria colectiva, incluye lo no instrumentalizable, lo hereje subversivo y lo repudiado.⁴³⁶

Para hacer descriptibles los procesos de activación y de olvido de los contenidos de la memoria cultural, Aleida Assmann, a su vez, introduce en el concepto de memoria cultural la diferenciación entre memoria funcional y memoria de almacenamiento.⁴³⁷ Por memoria funcional podemos entender la memoria que está activa como resultado del proceso de selección y constitución de significados para conformar una historia y dotarla de coherencia. La memoria de almacenamiento, por el contrario, es una memoria pasiva o latentes, que no tiene una relación vital con el presente. En el plano colectivo, «contiene lo que se ha vuelto inservible, obsoleto y extraño, el conocimiento objetivo neutral y abstracto en cuando a la identidad, pero también el repertorio de posibilidades que se dejaron pasar, de opciones y de oportunidades que no se aprovecharon».⁴³⁸ Que la memoria funcional se sitúe en un primer plano y la de almacenamiento en el trasfondo no quiere decir que esta sea

⁴³⁵ Jan Assmann, «Introduction: What is Cultural Memory?», Jan Assmann, *Religion and Cultural Memory*, op. cit., p.4. Otro ejemplo que pone Jan Assmann, en el mismo lugar, es el de Bruno Dössekker: «he remembers a childhood that he never experienced in order to externalize inner problems and to shift the burden of them onto society and history, but undoubtedly also because he wished to belong to the group of victims and contemporary witness who can testify to these atrocities and thus find themselves at the centre of public attention and sympathy».

⁴³⁶ La traducción nuestra: «The concept of cultural memory corresponds to what Derrida calls archive and Berstein tradition and, like them, is indebted to Freud's insights into the psychohistorical dimension and the dynamics of cultural transmission. Cultural memory, in contrast to communicative memory, encompasses the age-old, out-of-the-way, and discarded; and in contrast to collective, bonding memory, it includes the noninstrumentalizable, heretical subversive and disowned. Cultural memory, in contrast to communicative memory, encompasses the age-old, out-of-the-way, and discarded; and in contrast to collective, bonding memory, it includes the noninstrumentalizable, heretical subversive and disowned», *Ibidem*, p. 27.

⁴³⁷ Aleida Assmann, *Shadows of Trauma. Memory and the Politics of Postwar Identity*. Fordham University Press, New York, 2016, pp.

⁴³⁸ Astrid Erll, *Memoria colectiva y culturas del recuerdo. Estudio introductorio*, op. cit, p. 42

menos importante. De hecho, la memoria de almacenamiento funciona como depósito de memorias funcionales futuras, como «recurso de renovación del saber cultural» y, por tanto, como condición de posibilidad del cambio cultural.⁴³⁹

El concepto de memoria cultural de Aleida Assmann integra tanto la memoria funcional como la memoria de almacenamiento, motivo por el cual no puede equipararse en ningún caso al concepto de tradición. Apunta a un campo de estudio más amplio que el simple subconjunto de tradiciones —que quedaría equiparado con el ámbito funcional de la memoria cultural—, y revela la dinámica de las tradiciones y el cambio cultural, tanto en el sentido de la actualidad como en el de la potencialidad:

La estructura de la memoria cultural surge dentro de este campo de tensión entre la memoria funcional y la memoria de almacenamiento, entre lo que se recuerda y lo que se olvida, lo que es consciente y lo que es inconsciente, lo que se manifiesta y lo que está latente. Estas dinámicas sirven para hacer que la memoria cultural sea considerablemente más compleja y abierta al cambio, pero también más heterogénea, más precaria y más controvertida que la memoria nacional, que lucha por una unidad inequívoca. Al igual que la memoria nacional, la tarea de la memoria cultural es transmitir experiencias y conocimientos a lo largo de generaciones, desarrollando así una memoria social a largo plazo. Sin embargo, hay diferentes formaciones de memoria que se distinguen entre sí en función de cómo se reproducen. Si bien la memoria política logra su estabilidad a través de su contenido radicalmente restringido, su poderoso simbolismo, sus rituales colectivos y sus obligaciones normativas, la memoria cultural depende de la diversidad formal de textos, imágenes y artefactos tridimensionales. [...] En respuesta a posiciones críticas o escépticas que rechazan el concepto de memoria colectiva como una metáfora poco confiable, hemos argumentado que la presencia de dos criterios básicos justifica nuestro hablar de un recuerdo: el primero es una conexión con las identidades (junto con todas las emociones y afectividad asociadas), y el segundo implica una dialéctica de recordar y olvidar que, en todos los niveles, conduce a una dinámica inestable, cambiante y volátil. La crítica del concepto de memoria colectiva que yo misma he expresado no tiene nada que ver con sus premisas supuestamente místicas o metafóricas, sino únicamente con su vaguedad.⁴⁴⁰

Según Aleida Assmann, la memoria colectiva de Halbwachs constituiría un nivel intermedio entre la memoria comunicativa y la cultural. La primera es aquella que se produce en el contexto de la vida cotidiana, emotiva e interactiva, pero puede diferenciarse de la memoria colectiva en que esta última es más estable y busca perdurar en espacios temporales más prolongados convirtiendo los acontecimientos en arquetipos

⁴³⁹ *Ibidem*, p. 43.

⁴⁴⁰ Aleida Assmann, *Shadows of Trauma. Memory and the Politics of Postwar Identity*. Fordham University Press, New York, 2016, pp. 41- 42. La traducción es nuestra.

y las narraciones en mitos.⁴⁴¹ La memoria cultural, por su parte, posee la estabilidad y la duración propia de instituciones de pensamiento seguras, aunque se mantiene en movimiento a través de la comunicación social y se fortalece a través de las memorias individuales. En cualquier caso, los distintos niveles de la memoria social encuentran su anclaje en el presente y se sostienen en un tiempo estratificado caracterizado por ser un proceso dinámico de negociación y compromiso.

Los cambios generacionales son siempre cruciales para la renovación de la memoria de la sociedad y tienen un papel particularmente importante en el tratamiento de los recuerdos traumáticos, aquellos que por ser demasiado dolorosos o vergonzantes para alcanzar por ellos mismos la conciencia, tanto de quienes estuvieron directamente involucrados en el pasado traumático como de los que vinieron después, normalmente se mantienen custodiados por los procesos represivos o de olvido. Tales recuerdos, no obstante, insisten en emerger del cautiverio en busca de reconocimiento o elaboración, si bien para tal propósito necesitan de marco de memoria social. En la Alemania posterior a la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, el silencio represivo con respecto a la culpa histórica duró hasta la década de los sesenta, cuando fue roto por la generación del 68 que no solo inició el proceso de examinar críticamente la culpa nacional, sino que procedió a la construcción de monumentos, la producción de películas y la participación en otros formatos de la memoria pública sobre la gestión del pasado traumático.

La temporalidad de las memorias, por lo tanto, no es lineal, sino que entraña grietas, fracturas, momentos de aparente olvido que, a menudo, como vimos con Freud, suponen una forma clandestina de recuerdo. Sobre todo, cuando hablamos de procesos históricos ligados a memorias de pasados traumáticos o conflictivos puede suceder que, con la emergencia de nuevos actores y nuevas circunstancias en el ámbito social, un fragmento del pasado que hasta entonces subsistía privado de visibilidad en la memoria de almacenamiento sea resignificado y cobre entonces una importancia inesperada llegando incluso a provocar una mudanza en el sentido colectivo del pasado.

⁴⁴¹ «In a narrow sense, collective can alone be called a memory formation when, together with strong ties of loyalty, it generates powerfully unified collective identities. This is particularly true for national memory, which is a form of official or political memory» [...] «We can speak of political or national memory when history is put to the service of identity formation, when it is appropriated by citizens and attested to by politicians. Contrary to the plural voices of social memory, which is memory from below and which repeatedly dissolves with generational shifts, national memory is a much more unifying construction that acts on society from above: it is grounded in political institutions and invested in a longer temporal duration of survival», *Ibidem*, pp. 22-23.

La memoria, y las dinámicas de construcción del pasado a ella asociada en las que la distinción entre el pasado y el presente es obliterada, se convierte entonces en objeto de preocupación de la propia historia,⁴⁴² alterando así la relación que ambas mantienen desde hace siglos. En la medida en que aquello que obliga a reformular las relaciones entre historia y memoria en la segunda mitad del siglo XX son, principalmente, las experiencias traumáticas asociadas a los genocidios y los totalitarismos de la pasada centuria, cuyos efectos retardados en los contextos de recepción y representación colectiva alteran las premisas metodológicas y epistemológicas de la investigación sobre el pasado, se entenderá que toda investigación actual en torno a las relaciones entre memoria e historia debe tomar como modelo conceptual la experiencia histórica del trauma.

VI. 4. Conclusión. El trauma y la nueva historia

En la segunda mitad del siglo XX el concepto de trauma sale del marco teórico de la psiquiatría militar y se introduce en el terreno de lo histórico a partir, sobre todo, del trabajo de los psiquiatras con víctimas del sistema concentracionario nazi. Al explorar ciertos aspectos del impacto psicológico que los campos de concentración tuvieron sobre sus presos y también, indirectamente, sobre la población sometida al dominio nazi, se descubrió el denominado síndrome de la culpabilidad del superviviente, un fenómeno comparable a los traumas de guerra en cuanto invalidante, pero que escapa a la descripción clásica del trauma de guerra.⁴⁴³ El cuadro clínico de la culpa del superviviente se caracteriza por la recurrencia de imágenes de la muerte con incapacidad de completar el duelo; depresión asociada a una culpa profunda por haber sobrevivido; ansiedad, agitación, alteraciones psicósomáticas, trastornos del sueño; o cambios profundos de la personalidad, como incapacidad para sentir y falta de interés por la vida.

Según lo ha descrito el psicoanalista y superviviente Bruno Bettelheim, el estado mental del trauma del superviviente puede compararse al del individuo que sufre un trastorno psiquiátrico de índole depresivo paranoide. Pero existe entre ambos una diferencia básica:

La persona psicótica se viene abajo porque ha investido a figuras significativas de su entorno con la facultad de destruirle a él y a su integración. Así, mientras que la persona psicótica cree, aunque solo sea imaginariamente, que existen unas figuras todopoderosas que controlan su vida y pretenden destruirla, el prisionero del campo de

⁴⁴² Elisabeth Jelin. *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo Veintiuno, 2002, pp. 69-75.

⁴⁴³ Eric Laurent, «Hijos del trauma», *La urgencia generalizada*, op. cit., p. 26.

concentración observó acertadamente que aquellos que le tenían sometido a su poder absoluto habían destruido realmente a otros como él y estaban empeñados en destruirle también a él. [...] la diferencia crucial entre el prisionero y el psicótico es que el primero juzgó su situación de manera realista, mientras que el segundo lo hizo imaginariamente.⁴⁴⁴

El trauma, y sus secuelas sintomáticas, plantean problemas acuciantes para la representación y la comprensión de la historia. La memoria del superviviente, y también la de aquellos que sin ser supervivientes recuerdan lo traumático, no está sujeta a un recuerdo consciente, sino que retorna por medio de conductas repetitivas.⁴⁴⁵ El creciente interés por estas memorias ha contribuido a introducir una nueva fase en la consideración de las víctimas que ha posibilitado el desarrollo de nuevos modos de abordar la cuestión de la violencia en la historia, revitalizando el compromiso con una historia acompañada de sentimientos que tiene mucho más que ver con el dolor de las víctimas que con el regocijo de los vencidos o la autoglorificación.⁴⁴⁶

Para Dominick LaCapra el estudio de acontecimientos traumáticos plantea problemas particularmente espinosos para la representación y escritura de la historia o para cualquier intercambio dialógico con el pasado. Acoger las vivencias traumáticas de otros, especialmente de las víctimas, implica «un desasosiego empático, que debería tener efectos estilísticos o, más en general, efectos sobre la escritura que no pueden reducirse a fórmulas o recetas».⁴⁴⁷ Tras advertir de la esencial diferencia entre trauma estructural o transitorio (la ausencia constitutiva a toda existencia) y trauma histórico (la pérdida, el pasado, los sucesos históricos),⁴⁴⁸ así como de las consecuencias de la generalización

⁴⁴⁴ Bruno Bettelheim. *Sobrevivir: el holocausto una generación después*. Barcelona: Crítica, 1981, p. 47.

⁴⁴⁵ El trauma va adquiriendo entonces una dimensión colectiva y hereditaria. Marianne Hirsch acuña el término posmemoria para describir esa relación que la generación posterior tiene con el trauma colectivo y personal vivido por aquellos que la precedieron. «El término posmemoria describe la relación de la generación de después con el trauma personal, colectivo y cultural de la generación anterior, es decir, su relación con las experiencias que recuerdan a través de los relatos, imágenes y comportamientos en medio de los que crecieron. Pero estas experiencias les fueron transmitidas tan profunda y afectivamente que parecen constituir sus propios recuerdos [...] Haber crecido entre los recuerdos abrumadores de los demás, y estar dominado por narrativas previas al nacimiento de uno mismo o anteriores a la propia conciencia significa correr el riesgo de que las historias de nuestra vida se vean desplazadas o incluso despojadas por las de quienes nos preceden. Significa [...] estar modelados por fragmentos traumáticos de acontecimientos cuya reconstrucción narrativa supone un desafío [...] Los sucesos del pasado hacen sentir sus efectos en el presente», Marianne Hirsch, *La generación de la posmemoria*, op. cit., p. 19.

⁴⁴⁶ «trauma is the very opposite of a heroic narrative; it does not signify the mobilization and strengthening of identity but rather points to a disturbance of identity or, indeed, to its destruction», Aleida Assmann, *Shadows of Trauma*, op. cit., p. 50.

⁴⁴⁷ Dominick LaCapra, *Escribir la historia, escribir el trauma*, op. cit., p. 63.

⁴⁴⁸ Lo esencial en esta distinción es la tesis de que, si bien todos estamos expuestos al trauma estructural, no todos somos víctimas del trauma histórico: «la categoría de víctima no es una categoría psicológica. En distinta medida, es una categoría social, política y ética. Es muy probable que las víctimas de determinados acontecimientos queden traumatizadas por ellos, al punto de que el hecho de no quedar traumatizado

indiscriminada del trauma histórico para sucesos que entrañarían ausencia y no pérdida,⁴⁴⁹ LaCapra concluye que el desasosiego empático⁴⁵⁰ es un factor esencial en los intentos de entender los sucesos traumáticos y comprender a sus víctimas, que además deber tener efectos estilísticos en la manera en que uno trata o aborda ciertos problemas.

LaCapra se muestra muy crítico con algunas narrativas del trauma fetichizadas tendentes a recuperar la armonía con tramas redentoras y reconciliadoras,⁴⁵¹ como sería el caso, para el historiador de Cornell, de *La lista de Schindler*. La película de Spielberg (1993), que presenta una «historia del Holocausto con *happy end*»,⁴⁵² generó encendidas polémicas en torno a la cuestión de las narrativas escogidas para representar el acontecimiento traumático. También es el caso, como ha subrayado Bruno Bettelheim de *La vida es bella* del director italiano Roberto Benigni, a propósito de la cual manifiesta: «Existen otras formas, mucho más repugnantes, de aprovechar lo que ocurrió en los campos de exterminio. Entre ellas se encuentran las novelas y películas que se valen de los cadáveres de los campos de muerte para despertar y satisfacer una curiosidad morbosa, o como fondo de una comedia barata».⁴⁵³

Mejor recepción, en este sentido, ha tenido la agotadora *El hijo de Saúl* (2015), del húngaro László Nemes. Esta narra la historia de Saul, un preso de Auschwitz, destinado en los denominados *Sonderkommando*, prisioneros encargados de quemar los cadáveres y limpiar los hornos. Entre esos cadáveres encuentra el de un bebé, al que trata de salvar de las llamas durante toda la película. Narrada con un absoluto realismo, como

exigiría una explicación. Pero no cualquier persona traumatizada por los acontecimientos es una víctima», *ibídem*, p. 98

⁴⁴⁹ «Cuando la ausencia se convierte en pérdida, aumenta la probabilidad de que surja nostalgia por algo que no lo merece, o de que se genere una política utópica que procura hallar una nueva totalidad o una comunidad plenamente unificada. Cuando la pérdida se convierte en ausencia (o se codifica en una retórica indiscriminadamente general sobre la ausencia), se llega a un punto muerto de melancolía perpetua, duelo imposible e interminable aporía, en el que cualquier proceso de elaboración del pasado y sus pérdidas queda forcluido o abortado prematuramente», *ibídem*, p. 68.

⁴⁵⁰ «opone una barrera a la clausura del discurso y pone en entredicho las explicaciones de hechos límite [...] con las cuales intentamos tranquilizarnos o beneficiarnos». El efecto del desasosiego sería una suerte de trauma secundario», *ibídem*, pp. 63-64.

⁴⁵¹ Este tipo de narrativas «niegan el trauma que les dio origen retornando prematuramente al principio de placer, armonizando con los acontecimientos y recuperando a menudo el pasado con mensajes exaltados y optimistas escenarios que sirven a los propios intereses», *ibídem*, p. 97.

⁴⁵² Alejandro Baer, *Holocausto. Recuerdo y representación*. Buenos Aires: Losada, 2006, p. 134.

⁴⁵³ Bruno Bettelheim centra su crítica, sobre todo, en la película *Siete bellezas* por su manera de mostrar y entender lo que significaba la supervivencia en los campos de concentración nazis, como si se tratara de un desprenderse de toda coerción cultural o atisbo de moralidad, y hacer caso al cuerpo. Bettelheim sostiene precisamente la tesis contraria, y presenta una particular idea de lo que significa sobrevivir: el problema crucial del superviviente es la culpabilidad. Bruno Bettelheim, *Sobrevivir: el holocausto una generación después*, op. cit., p. 122.

espectadora no puedes más que sumergirte en esa atmósfera llena de verdadero terror, plagado de un constante y perturbador ruido. De esta forma, Nemes ha conseguido renovar el acercamiento fílmico a un tema ya manido y desgastado en la ficción.

En cualquier caso, de lo que se trata aquí es de poner de manifiesto las dificultades de abordar la representación y la escritura de la historia cuando estamos ante sucesos de índole traumático que, como sabemos, ha llevado a la reintroducción y reivindicación de la memoria como material de interés historiográfico. Desde los años ochenta, el trauma psíquico se ha convertido en lugar desde el que validar las historias particulares de las víctimas del horror y el terror. Una gran parte de los estudios sobre el trauma ha versado precisamente sobre el tipo de memorias que produce, la intensidad emocional que las caracteriza, el mecanismo del *nachtraglichkeit*, las pesadillas, y demás características que analizamos en detalle en la primera parte de la tesis. Pero no son únicamente los avances en psiquiatría y psicología donde debemos buscar la razón de esta transformación respecto del tratamiento del trauma, sino en los cambios en el orden social y los valores morales que hicieron posibles las innovaciones clínicas.⁴⁵⁴ La importancia creciente de la noción de trauma en nuestros días privilegia por primera vez a la memoria de la víctima indefensa cuyas experiencias, en casos en los que ni siquiera se libran batallas, sino que se llevan a cabo actos de persecución y exterminio, no pueden ser comprendidas utilizando representaciones heroicas. A partir de este giro en la memoria de la víctima, que ha cristalizado en torno al concepto de trauma, el recuerdo de las víctimas está destinado a entrar en la memoria de la humanidad.

Este tipo de crímenes traumáticos no se eliminan mediante el olvido, sino que se conservan en un recuerdo compartido. Si bien hay un consenso respecto de la importancia del olvido colectivo cuando se trata de relaciones simétricas, en los actos de guerra que no se basan en una reciprocidad, sino que tienen un carácter puramente asimétrico, el olvido no tiene ningún poder curativo.⁴⁵⁵ En tales condiciones, en lugar de olvidar como una forma de hacer frente al pasado, la memoria colectiva y la preservación del pasado por parte de la siguiente generación son las únicas formas de reestablecer la simetría.⁴⁵⁶ Por tanto, como sostienen Didier Fassin y Richard Rechtman, la reconfiguración de la relación entre trauma y víctima, donde esta última adquiere legitimidad histórica, tiene

⁴⁵⁴ Didier Fassin y Richard Rechtman, *The Empire of Trauma. An Inquiry into the Condition of Victimhood*. Princeton University Press, 2009, p. 29.

⁴⁵⁵ Aleida Assmann, *Shadows of Trauma*, op. cit., p. 60

⁴⁵⁶ *Ibidem*, p. 86.

una genealogía dual. Por un lado, hay una genealogía científica orientada a la definición y epistemología del trauma (Charcot, Janet, Freud); por otro, hay una genealogía moral, centrada en el reconocimiento de la víctima y que deriva de un proceso de reestructuración colectiva plasmada en una resemantización conceptual.⁴⁵⁷

El estudio de acontecimientos traumáticos y sus memorias presenta hoy serias dificultades a los presupuestos epistemológicos de la historiografía académica. No solo por los peligros que esta categoría entraña en tanto que facultad falible o en algunos casos incluso ficcionable,⁴⁵⁸ sino porque la irrupción de estas memorias y el imperativo de su recuerdo hace que la historia no pueda representarse como una reconstrucción objetiva universal, sino como una pluralidad de historias diversas sin llegar a alcanzar un ensamblaje total. El concepto la historia concebido en la Europa del siglo XVIII está siendo desafiado por una profusión de historias particulares que, además, con el auge del multiculturalismo y la pluralidad de grupos diferenciados y la reivindicación de sus respectivas historias –estudios de género, poscoloniales, etc.—, podrían llegar a propiciar la fragmentación definitiva del concepto englobante de historia.

¿Necesitamos inventar una nueva epistemología para comprender el pasado a raíz del trauma, para encontrar una noción o un concepto de historia y nuevos modelos de representación? ¿Acaso no estaremos asistiendo al nacimiento de una nueva historia, que estaría dejando de ser ese gran «colectivo singular» para fragmentarse de nuevo en una multitud de pequeñas historias particulares? Además, es posible que el caso del concepto de historia no sea un caso aislado, sino más bien el síntoma definitorio de un proceso más amplio que atañe a la disgregación de pilares tan fundamentales de la modernidad como son los conceptos de libertad, igualdad o progreso, muchos de los cuales están dejando de ser singulares colectivos y vuelven a emplearse en su forma de aditivo plural.

⁴⁵⁷ Didier Fassin y Richard Rechtman, *The Empire of Trauma. An Inquiry into the Condition of Victimhood*, op. cit, pp. 29-30

⁴⁵⁸ Conocido es el caso de Enric Marco, protagonista de la celebrada novela del escritor español Javier Cercas que se hizo pasar durante casi tres décadas por deportado y superviviente de los campos nazis, llegando incluso a presidir la Amical de Mauthausen hasta que en 2005 fue descubierto por el historiador Benito Bermejo. También es conocido el caso de Binjamin Wilkomirski, nombre ficticio con el que se hizo famoso Bruno Dössekker, otro falso sobreviviente del Holocausto ganador de diversos premios literarios judíos. O el de Tania Head, identidad falsa de Alicia Esteve Head que se hizo pasar por una superviviente de los atentados del 11 de septiembre de 2001 e incluso llegó a ser la presidenta de la Red de Supervivientes del World Trade Center. Su falso testimonio fue desmentido el 27 de septiembre de 2007 por reporteros del *New York Times*. Posteriormente el diario *La Vanguardia* descubrió su verdadera identidad y develó hechos como que las heridas que presentaba como causadas durante el atentado en Nueva York en realidad habían sido ocasionadas en otro incidente previo en España.

CONCLUSIÓN A LA SEGUNDA PARTE

UNA NUEVA SATTELZEIT: ¿UNA HISTORIA CONCEPTUAL DEL SIGLO XX?

A Reinhart Koselleck cabe atribuirle la autoría de una metodología historiográfica que, más allá de su función pragmática en el análisis de sucesos históricos concretos, puede entenderse como una investigación semántica sobre las diversas y complejas redes conceptuales en las cuales se forman los conceptos fundamentales de la modernidad. Con respecto a esto último, desarrolla su famosa tesis de la *Sattelzeit*, expresión que alude a una época en que la emancipación del *horizonte de expectativa* respecto del *espacio de experiencia* engendra un *tiempo histórico* que provoca un proceso de aceleración futurocéntrica sin precedentes. Ahora bien, ¿es la *Begriffsgeschichte* aplicable fuera de los límites temporales de 1750 y 1850? ¿Son las herramientas metodológicas de la historia conceptual, cuya exposición ha ocupado una parte significativa de nuestra investigación, útiles para excavar los sedimentos lingüísticos de las experiencias y expectativas del siglo XX? ¿Por qué Koselleck no llegó ni siquiera a plantear esta idea y asumió que las variaciones conceptuales acaecidas durante la *Sattelzeit* son las que llegan hasta nuestros días?⁴⁵⁹

Si bien es cierto tanto que el léxico cuenta con algunos conceptos cuya historia llega al siglo XX —en el último volumen, por ejemplo, aparecen publicados conceptos como *Nation*, a propósito del cual Koselleck escribe alrededor de cincuenta páginas sobre el siglo XX, dedicando incluso algunas de ellas a figuras como Hitler o Stalin—⁴⁶⁰ como que en sus últimos años se interesó en el siglo XX a través del análisis de los monumentos o de la iconología política, Koselleck no se pronunció acerca de la posibilidad de que el siglo XX constituya, él mismo, una transformación no menos drástica que la acaecida en la *Sattelzeit*.

⁴⁵⁹ «Por lo tanto, el lexicón está orientado al presente en la medida en que tiene como tema la comprensión lingüística del mundo moderno, su proceso de toma de conciencia [*Bewusstwerdung und Bewusstmachung*], conciencia a la que se llega mediante conceptos que también son los nuestros», Reinhart Koselleck, «Introducción» al *Diccionario histórico de conceptos político sociales básicos en lengua alemana*, *Anthropos*, nº 223, op. cit., p. 94.

⁴⁶⁰ Koselleck, Reinhart, 1992: Volk, Nation, Nationalismus, Masse (Unterkapitel „Einleitung“ und „Volk“, „Nation“, „Nationalismus“ und „Masse“ 1914–1945“), in: Otto Brunner, Werner Conze y Reinhart Koselleck (ed.): *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur poli-tisch-sozialen Sprache in Deutschland*, Bd. 7, Stuttgart, pp. 141–431.

Puede sorprender que siendo el creador de una suerte de subdisciplina fundamentada en la auto-reflexión sobre el tiempo histórico que subyace a la práctica de la historiografía, no se adentrara en la cuestión de la *historische Schwelle* que, presumiblemente, la ciencia histórica parece haber experimentado antes y después de la Segunda Guerra Mundial. Pero lo cierto es que, movido por el esfuerzo de comprender la relación entre la época ilustrada y el horror de las experiencias políticas del siglo XX, de las que fue testigo directo, Koselleck estableció como su principal campo de estudio el lenguaje conceptual de finales del siglo XVIII y principios del XIX, asumiendo que las estructuras semánticas que conformaron el mundo moderno todavía funcionaban en el siglo XX.

Sin embargo, muchos conceptos políticos y sociales nacidos o transformados en su sentido moderno hace doscientos años, como historia, progreso o revolución, han agotado su capacidad de generar expectativas y ya no son capaces de dar cuenta de las nuevas realidades de comienzos del siglo XXI. Justamente contra la tesis enunciada por Koselleck en la «Introducción» al *Léxico*,⁴⁶¹ el historiador Christian Geulen [*Plädoyer für eine Geschichte der Grundbegriffe des 20. Jahrhunderts*]⁴⁶² sostiene que ni los conceptos nacidos en la *Sattelzeit* son ya comprensibles sin traducción, ni los procesos de creación de conceptos son hoy los mismos. ¿Cabe, entonces, realizar una historia conceptual del siglo XX? ¿Cómo se puede llevar a cabo? Estas cuestiones, junto con la respuesta que Geulen ofrece a las mismas, han generado un intenso e interesante debate académico.⁴⁶³

El autor de *Breve historia del racismo* parte de la tesis de que a la *Sattelzeit* acontecida entre 1750 y 1850 le siguió una segunda transformación no menos radical entre finales del siglo XIX y la década de 1970 que marcó el comienzo de nuestra era actual. Los conceptos fundamentales del pensamiento histórico-político en la Alemania del siglo XX,

⁴⁶¹ «El enfoque heurístico del Lexicón se basa en la suposición de que desde mediados del siglo XVIII se ha producido una profunda transformación de *topoi* clásicos, de que palabras antiguas han obtenido nuevos significados que, según nos acercamos a nuestro presente, ya no necesitan ninguna traducción. [...] orientados hacia nosotros, han obtenido significados que, aunque pueden ser explicados, parecen ser inmediatamente comprensibles. Desde entonces, para nosotros, la conceptualización y la comprensión van unidas», Reinhart Koselleck, «Introducción» al *Diccionario histórico de conceptos político sociales básicos en lengua alemana*, *Anthropos*, nº 223, op. cit., p. 94.

⁴⁶² Christian Geulen, «Plädoyer für eine Geschichte der Grundbegriffe des 20. Jahrhunderts», *Zeithistorische Forschungen / Studies in Contemporary History*, n. 7, 1, 2010, pp. 79-97. Puede consultarse en: <https://zeithistorische-forschungen.de/1-2010/id%3D4488>

⁴⁶³ «Geschichtliche Grundbegriffe Reloaded? Writing the Conceptual History of the Twentieth Century», *Contributions to the History of Concepts*, Vol. 7, 1, Winter 2012, pp. 78-128. «Introduction» by Stefan-Ludwig Hoffmann and Kathrin Kollmeier; «Some Thoughts on the History of Twentieth-Century German Basic Concepts» by Willibald Steinmetz; «Is a History of Basic Concepts of the Twentieth Century Possible? A Polemic» by Philipp Sarasin; «History of Concepts, New Edition: Suitable for a Better Understanding of Modern Times?» by Alf Lüdtke. Véase también Falko Schmieder (ed.), *Forum Interdisziplinäre Begriffsgeschichte*, 1, 8. JG., 2019.

por tanto, no podrán reconocerse aplicando los criterios teorizados por Koselleck para identificar los procesos que estructuraron el espacio incipiente de la modernidad en su aspecto conceptual. Por ello, en analogía con los cuatro criterios elaborados por Koselleck para el *Geschichtliche Grundbegriffe*, —democratización, ideologización, politización y temporalización—, Geulen propone cuatro nuevas hipótesis para guiar la investigación de una nueva gramática temporal característica del siglo XX.

La primera de ellas sería la cientifización [*Verwissenschaftlichung*], expresión con la que Geulen señala la expansión del uso de conceptos de procedencia científica, con preeminencia del darwinismo y el psicoanálisis,⁴⁶⁴ en las ciencias sociales y políticas. Si la cientifización de lo social fue una clave fundamental del siglo XX, sugiere Geulen, parece que hoy lo que prima es una «socialización de la ciencia». El segundo proceso que establece es la popularización [*Popularisierung*] de los conceptos fundamentales. Los medios de comunicación (la televisión, internet, el cine) y los avances en las tecnologías de la información, especialmente en las últimas décadas del siglo XX, han propiciado la conversión de la cultura popular en una suerte de esfera social de acción que se presenta como un espacio de la experiencia cotidiana testigo del surgimiento de una cultura de expectativa suspendida. Un ejemplo de esto, según Geulen, sería la transformación que ha experimentado el concepto «medio ambiente» [*Umwelt*] desde el comienzo de la popularización mediática. Si hasta entonces se refería al hábitat natural de una especie en el marco de la ecología, a partir de 1960 se lo equipara con esa naturaleza no humana en peligro por la acción humana. «Medioambiente» se convirtió en un concepto con una validez casi universal para la autocomprensión moderna. Esto no solo cambió la estructura político-partidista de la mayoría de los Estados occidentales, sino que también condujo a una serie de programas ambientales que hoy en día producen una amplia variedad de estilos de vida éticos.

En tercer lugar, la espacialización [*Verräumlichung*] parece haber reemplazado, según Geulen, a la temporalización característica de los conceptos modernos. El aumento masivo de información en circulación a través de nuevas vías comunicativas —realidad virtual—, las migraciones masivas, las innovaciones en tecnología de transporte, el afianzamiento de un mercado mundial y de una economía globalizada, ... han contribuido

⁴⁶⁴ «Darwinismus und Psychoanalyse lassen sich als Agenten wie auch als Symptome der Verwissenschaftlichung sozialer Selbstbeschreibungsemantiken lesen». Puede consultarse en: <https://zeithistorische-forschungen.de/1-2010/id%3D4488>

a la consolidación espacial del mundo, perceptible en la adquisición de nuevas estructuras espaciales por parte de algunos conceptos (Estado, Nación, Cultura). Incluso conceptos que continuaron siendo utilizados como partes de un proceso se fueron concretando en una comparación geográfica entre los casos avanzados y los restantes (modernización, europeización, democratización). Además, señala Geulen, los sistemas totalitarios del siglo XX contribuyeron a espacilizar las visiones abstractas de futuro ilustradas. Así, los regímenes socialistas tradujeron el horizonte de expectativa marxista de la sociedad sin clases en programas concretos de producción, y la tesis histórico-filosófica de la lucha de clases en una máxima política de acción contra los enemigos de clase. De manera similar, el nacionalsocialismo convirtió el horizonte de expectativas del concepto darwiniano de evolución en la aniquilación de ciertas razas.

Por último, Geulen apunta a la volatilización o desintegración [*Verflüssigung*] de los conceptos fundamentales para describir el proceso por el que muchos conceptos empleados en el lenguaje socio-político, sobre todo desde mediados del siglo XX, se han vuelto tan generales que se disocian de su génesis concreta o de su contexto referencial para penetrar gran parte de las esferas sociales. A través de transferencias frecuentes entre distintos dominios o incluso naciones, el significado de los conceptos se vuelve más inestable y discutible. La pérdida de su sentido semántico específico, sin embargo, no ha de entenderse en los mismos términos en los que Koselleck explicaba la formación de los singulares colectivos de la modernidad, cuyo mayor grado de abstracción les permitía ideologizarse y ser empleados en la lucha política, esto es, politizarse. Más bien al contrario. Esta volatilización de los *Grundbegriffe* aparecidos en el transcurso del siglo XX, implica la pérdida de su carácter controvertido y es, en realidad, reflejo de la disolución de las luchas políticas e ideológicas del siglo XX.

En definitiva, lo que Geulen quiere poner de manifiesto es la irrelevancia que los cuatro rasgos de los conceptos de la *Sattelzeit* analizados por Koselleck tendrían para investigar la dinámica del cambio conceptual del siglo XX. Tal conclusión, así como las hipótesis alternativas que propone, han inspirado y alentado la actual discusión sobre el proyecto teórico de una historia conceptual del siglo XX. Aunque a ella se han sumado varios intelectuales y respetados académicos, cabe destacar la participación del profesor y sucesor de Koselleck en la Universidad de Bielefeld, Willibald Steinmetz, quien, si bien reconoce lo oportuno del debate iniciado por Geulen, considera que sus conclusiones son

un tanto precipitadas. Por ello, ofrece una revisión crítica sobre algunas de las propuestas de Geulen, a la vez que plantea otras propias.⁴⁶⁵

El profesor Steinmetz estaría de acuerdo con Geulen en que la democratización y la temporalización aluden a procesos que han caracterizado de forma específica a la *Sattelzeit*. Sin embargo, cree que los criterios ideologización y politización no deben desecharse, pues ambos constituyen fenómenos repetibles, ondulatorios, que también pueden observarse en la historia conceptual del siglo XX, si bien de una forma muy diferente a la de hace doscientos años. En relación a la politización, Steinmetz afirma que en lugar de continuar asumiéndola como un movimiento continuo cada vez mayor, deberíamos esperar encontrar una complejidad de olas de politización, despolitización y repolitización, rápidas y descoordinadas, que afectan a los conceptos en diferentes momentos.⁴⁶⁶ En este mismo sentido describe la ideologización. Si nos atenemos a lo acontecido en las primeras décadas del siglo XX, *the age of extremes*, se podría incluso decir que la ideologización se incrementó respecto de la era moderna. Sin embargo, a partir de los setenta, se puede observar la tendencia inversa. Aunque afirma que no iría tan lejos como para proclamar el fin de las ideologías, reconoce que desde finales de la década de los ochenta se ha vuelto muy complicado, tanto para los individuos como para los partidos políticos, mantener estables las relaciones semánticas entre conceptos.

Respecto a los cuatro procesos descritos por Geulen, Steinmetz rechaza, por un lado, la hipótesis de la *popularización* y, si bien la de la espacialización le parece más interesante, cree que no es un criterio suficientemente específico para un proyecto de historia conceptual del siglo XX. Por otro lado, afirma que la expansión del uso de conceptos de procedencia científica en las ciencias sociales y políticas es algo indudable, pero considera una exageración establecerlo como rasgo universal de los conceptos fundamentales. Asimismo, cree que sería útil y productivo profundizar en cómo y por qué los conceptos científicos, sobre todo aquellos con un fondo metafórico, se prestan para establecer puentes entre diferentes disciplinas, culturas o incluso entre discursos expertos y populares.⁴⁶⁷ De igual manera, suscribe la hipótesis de la volatilización, matizando que

⁴⁶⁵ Willibald Steinmetz, «Some Thoughts on the History of Twentieth-Century German Basic Concepts», *Geschichtliche Grundbegriffe Reloaded? Writing the Conceptual History of the Twentieth Century*, Contributions to the History of Concepts, Vol. 7, 1, Winter 2012, pp. 87-100.

⁴⁶⁶ *Ibidem*, p. 93.

⁴⁶⁷ *Ibidem*, p. 96.

debería plantearse en términos menos metafóricos, además de que sería aplicable tan solo a las tres últimas décadas del siglo.

A pesar de que no hay un consenso a la hora de establecer los criterios que permite identificar a los conceptos fundamentales de nuestro tiempo, lo importante de todo esto es la asunción de que, para cualquier período de tiempo, mirar a los *Grundbegriffe* permite observar movimientos semánticos en cuyas estructuras se dejan entrever las condiciones o los poderes que conforman la sociedad. No se trata simplemente de constatar un cambio gradual en los significados modernos de los conceptos históricos ni de diagnosticar el surgimiento de otros nuevos, sino de mostrar que el cambio sustancial en la estructura semántica de los conceptos del siglo XX indica un cambio en la relación expectativa y experiencia. Los nuevos conceptos ya no se refieren a un futuro alternativo, sino a una descripción del presente y su extensión en el espacio y el tiempo.

CONCLUSIONES FINALES

1. RECAPITULACIÓN

1.1. El concepto de trauma en la obra de Sigmund Freud: el propósito principal que nos ocupó en la primera parte del presente trabajo de investigación fue mostrar que, tanto a nivel teórico como a nivel clínico, el concepto de «trauma» acogió en su interior todas aquellas transformaciones que se fueron sucediendo a lo largo de la vida y obra de Sigmund Freud relativas al síntoma, el inconsciente, la vida pulsional y el proceso de constitución subjetiva. Además, quisimos destacar el decisivo papel que, para tales modificaciones, tuvieron determinados sucesos históricos, como el estallido de la Gran Guerra, la violencia de las masas en el período de entreguerras, el ascenso del nacionalsocialismo al poder tanto en Alemania como en Austria, o la persecución judía y el consiguiente exilio. Con ello, pretendíamos demostrar que el seguimiento de las alteraciones semánticas que sufre el concepto de trauma en los diferentes momentos de producción freudiana, desde los *Estudios sobre la histeria* hasta el *Moisés y la religión monoteísta*, puede adoptarse no solo como una guía del camino efectuado en la construcción de la teoría psicoanalítica, sino también como un proceso conceptual donde cristalizan experiencias históricas determinantes para el carácter trágico que se le asigna consensualmente al corto siglo XX.

Si «trauma» es un concepto que atraviesa toda la producción freudiana aprehendiendo diversos contextos epistémicos e históricos, hubimos de reconocer que en la obra de Freud el trauma *se dice de muchas maneras*. En un primer período, que situamos aproximadamente desde 1895 hasta 1900, vimos que «trauma» quedaba definido como el *recuerdo* de una experiencia sexual precoz producida en la infancia que, al activarse en el presente a raíz de alguna vivencia parangonable, adquiriría una resignificación sexual experimentada por el sujeto como si se tratase de un suceso nuevo e inasimilable a la manera de un *cuerpo extraño*, fuente de la sintomatología neurótica. Tales aportaciones freudianas, a saber, la latencia temporal entre el acontecimiento y el momento de aparición de los síntomas, así como la participación de representaciones y afectos en el proceso patógeno, supusieron el paso definitivo de una noción somática del trauma a un concepto psíquico. Pero no solo eso: al afirmar que lo traumático no es cualquier acontecimiento, sino un encuentro con lo sexual a una edad temprana, las consideraciones freudianas significaron también la sexualización de tales aspectos psicológicos.

Tan solo unos años después, el padre del psicoanálisis comenzó a dudar de que los síntomas ocurrieran a raíz de un trauma sexual efectivamente acontecido. El abandono de la teoría de la seducción como dato histórico causal llevó a Freud a estudiar la importancia de la realidad psíquica en el proceso de subjetivación. El trauma dejó entonces de aludir a un suceso necesariamente acontecido en la realidad material, presentándose como algo inherente a una posición subjetiva que condiciona la manera particular en la que se viven los acontecimientos o se entablan las relaciones. A pesar de estas modificaciones en las que el alcance etiológico del trauma va disminuyendo en favor de la sexualidad infantil, de la función subjetiva de la vida fantasmática y de las fijaciones a las diversas fases libidinales, la concepción de la temporalidad *nachträglich* se mantuvo vigente: con independencia de su procedencia, las impresiones tempranas o huellas mnémicas adquieren su sentido y eficacia en un tiempo posterior al de la primera inscripción.

Tras la propagación de las neurosis de guerra a propósito de la Primera Guerra Mundial, Freud volvió a situar en el centro de sus preocupaciones el problema del trauma. La descripción, en términos psicoanalíticos, del núcleo interno de esas terribles experiencias le llevaron a embarcarse en una reconstrucción conceptual que redefinió sus hipótesis psicopatológicas. Al incorporar sustanciales cambios teóricos relativos a los supuestos tópicos y pulsionales, como son la introducción de la pulsión de muerte y la división tripartita del psiquismo en ello, yo y superyó, Freud sustituye su modelo anterior del trauma como *cuerpo extraño* por una nueva aproximación económica. En *Más allá del principio de placer*, el trauma queda definido como el efecto de una excitación que, por su intensidad, rompe los dispositivos de protección del aparato anímico imposibilitando la trama representacional. El trauma ya no refiere aquí a una representación inasumible para el sujeto, sino que apunta directamente a la exigencia pulsional y el desborde psicoafectivo, cuya representación sintomática más reveladora es la *compulsión a la repetición*.

Aunque hay en Freud distintas aproximaciones al trauma, también sostuvimos, contrariando ciertas interpretaciones que ponen el énfasis en la referencialidad de la memoria traumática (*Trauma Theory*),⁴⁶⁸ que para Freud el trauma nunca es producto directo de una causa externa. Más que la exactitud del hecho, lo que cobra valor psíquico

⁴⁶⁸ «The term “trauma theory” first appears in Caruth’s *Unclaimed Experience*. In the following essay, I use the term to refer primarily to the work of Caruth, and to that of Felman and Laub, whose writings on trauma are showcased in Caruth’s collection *Trauma: Explorations in Memory*». Susannah Radstone, «Trauma Theory: Contexts, Politics, Ethics», *Paragraph*, op. cit., p. 10.

es la significación que este, atendiendo a la mediación autobiográfica y subjetiva que opera en el impacto del acontecimiento, cobra para el sujeto.⁴⁶⁹ Concluimos la primera parte afirmando que, desde la óptica freudiana, un trauma siempre depende de la combinación de una diacronía sustentada en huellas pretéritas de la infancia y una sincronía que opera en la producción de lo traumático.

En los últimos momentos de su vida, Freud refrenda esta idea cuando, al preguntarse en el *Moisés* por cómo una cultura puede seguir transmitiéndose a pesar de su erradicación, se sirve de un compendio de su teoría del trauma y de la idea dialéctica de la temporalidad para plantear la posibilidad de que dos tiempos pertenecientes a generaciones distintas puedan unirse a través de un trauma compartido. Del mismo modo que en la historia individual las huellas mnémicas de vivencias pretéritas pueden irrumpir en el presente como trauma forzando al suceso psíquico pasado a insertarse en una estructura actual de acontecimientos, modificando y configurando de nuevo su significado, Freud anima en esta obra tardía a reparar en la probabilidad de que también las experiencias colectivas logren ser conservadas por el grupo en un estado oscurecido y desfigurado, pudiendo mucho después irrumpir y devenir traumáticas para una nueva generación.

Con ello, Freud inauguraba una imagen del tiempo histórico de la que se nutren gran parte de los análisis históricos y memorísticos en el debate contemporáneo sobre los usos del pasado. La fractura del universo social del individuo moderno, cuyo advenimiento aparece simbólicamente durante la Primera Guerra Mundial, pero cuya culminación se debe a otros traumas que han marcado la experiencia del siglo XX (guerras totales, totalitarismos, genocidios),⁴⁷⁰ ha imposibilitado que la experiencia de la pasada centuria pueda constituirse como algo asimilable y transmisible a las siguientes generaciones. Al tiempo lineal y continuo de la historiografía tradicional, para la que el pasado constituye una experiencia definitivamente archivada, se le opone en nuestra contemporaneidad una aproximación a la investigación histórica caracterizada por las tensiones permanentes entre el pasado histórico y el presente del historiador, alterando esto los vínculos conceptuales y semánticos que hasta ahora mantenían «historia» y «memoria».

⁴⁶⁹ Ruth Leys, «El pathos de lo literal: el trauma y la crisis de la representación», en Francisco A. Ortega (ed.), *Trauma cultura e historia: reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio*, op. cit., p. 331.

⁴⁷⁰ Enzo Traverso. *El pasado. Instrucciones de uso. Historia, memoria, política*, op. cit., p. 15

En la medida en que aquello que obliga a reformular las relaciones entre historia y memoria en la segunda mitad del siglo XX son, en buena medida, las experiencias traumáticas asociadas a los genocidios y los totalitarismos, cuyos efectos prorrogados en los contextos de recepción y representación alteran las premisas metodológicas y epistemológicas de la investigación sobre el pasado, se entenderá que toda investigación actual en torno a las relaciones entre memoria e historia debe tomar como modelo conceptual la experiencia histórica del trauma. Desde que se desatara la fiebre memorialista a finales del siglo pasado, «trauma» se ha convertido en un concepto crucial en el pensamiento occidental. Así, concluíamos preguntándonos si podría considerarse un *Grundbegriff* de la era contemporánea. Con el propósito de sondear una respuesta, recurrimos a Reinhart Koselleck y los aspectos centrales de su semántica histórica.

1.2. Temporalidad y semántica histórica en Reinhart Koselleck: considerado uno de los historiadores más influyentes del siglo XX, Reinhart Koselleck es fundamentalmente conocido por ser coeditor del consagrado diccionario *Conceptos históricos fundamentales. Léxico histórico del lenguaje político-social en Alemania*, cuyo tema es la comprensión lingüística del mundo moderno y su proceso de toma de conciencia mediante el estudio de la evolución detallada de los conceptos-guía de la época prerrevolucionaria a través de las transformaciones sociales producidas desde mediados del siglo XVIII, como consecuencia de la revolución política e industrial que abarca desde mediados de 1700 hasta 1850 [*Sattelzeit*].

El objetivo del *Lexicón* es poner de manifiesto que el proceso de transformación social iniciado a propósito de la Ilustración supuso la irrupción de un tiempo nuevo [*Neuzeit*] que afectó completamente al vocabulario socio-político: los conceptos modernos fundamentales (progreso, revolución, historia, etc.) se cargaron de ideología [*Ideologisierbarkeit*], se volvieron susceptibles de ser usados como consignas de posiciones políticas y sociales a modo de eslóganes en clave de legitimación histórica [*Politisierung*]; se democratizaron [*Demokratisierung*] y se temporalizaron [*Verzeitlichung*], esto es, comenzaron a extender sus significaciones a la totalidad de la ciudadanía y adquirieron un enfoque de futuro guiado por las expectativas de cambio y mejora.

Más allá de su función pragmática en el análisis de sucesos históricos concretos, la historia conceptual de cuño koselleckiano puede concebirse como una investigación

semántica sobre las diversas y complejas redes conceptuales en las cuales se forman los conceptos fundamentales de la modernidad. Por tales cabe entender conceptos sociopolíticos cuya importancia y cuyo uso permiten comprender las estructuras y el contexto de los grandes acontecimientos ocurridos. Además de ser insustituibles y polémicos, los conceptos fundamentales modernos poseen una estratificación temporal interna capaz de aglutinar suficientemente las nuevas experiencias y de plasmarlas en un concepto común junto con las expectativas por cumplir. En tanto que las transformaciones semánticas de los conceptos expresan cambios en la experiencia y en las expectativas de su época, la historia conceptual koselleckiana constituye una narración del mundo moderno como una época en que la emancipación del *horizonte de expectativa* respecto del *espacio de experiencia* engendra un tiempo histórico que desata un proceso de aceleración futurocéntrica sin precedentes.

La concepción del tiempo imperante en cada época depende, fundamentalmente, de cómo se articulen su *espacio de experiencia* [Erfahrungsraum] y *horizonte de expectativa* [Erwartungshorizont]. Si bien es cierto que la articulación entre ambas categorías se modifica en el transcurso de las generaciones históricas y determina la manera en la que el ser humano se organiza social y políticamente, su alcance trasciende las particularidades históricas y apunta hacia una dimensión antropológica inherente a toda conceptualización. Por ello el fin último de la empresa koselleckiana es revelar la relación que mantienen el tiempo y la historia a partir del análisis de un conjunto de relaciones elementales de oposición inherentes a la naturaleza humana articuladas de manera distinta en las historias fácticas.

La semántica histórica siempre depende de una especie de semántica trascendental (*Historik*) que, si bien determina la comprensión del tiempo desde la que uno vive, no es alcanzable por la dimensión lingüística. Centrado en el estudio de lo extralingüístico como índice y factor del cambio histórico, en sus últimos años Koselleck no solo se interesó en el siglo XX a través del análisis de los monumentos, sino también a través de los sueños, ficciones humanas que, tal y como manifestó en *Futuro pasado*, no deben ser excluidas como fuente historiográfica: «ciertamente, los sueños se hallan en el extremo más alejado de una escala imaginable de racionalidad histórica. Pero en rigor, los sueños

testimonian una inevitable facticidad de lo ficticio, por lo que un historiador no debería renunciar a ocuparse de ellos». ⁴⁷¹

La plausibilidad de lo dicho la ejemplifica de manera extraordinaria el libro de Charlotte Beradt, *The Third Reich of Dreams*.⁴⁷² El libro contiene un sorprendente conjunto de sueños producidos bajo el régimen nazi que la autora se dedicó a recolectar con el objetivo de que en un futuro sirvieran de testimonio de los sentimientos, reacciones y transformaciones psíquicas que la gente iba experimentando a medida que el proyecto totalitario se iba ubicando en posición de controlar todos los actos individuales, incluido el del soñar mismo. Para todo historiador que se pregunte por el tiempo específico del Tercer Reich, dirá Koselleck, la documentación de estos sueños-testigos representa una fuente de primera categoría. Gracias a este comentario que el historiador alemán hace en *Futuro pasado*, el trabajo de Beradt sale a la luz y supone, para algunos, un verdadero cuestionamiento de las tesis freudianas acerca del mundo onírico. Pues estos sueños-testigos recogidos entre 1933 y 1939 no son realizaciones alegóricas de deseos reprimidos condenados a ser olvidados en el estado de vigilia. Estas producciones del inconsciente adquieren características particulares en una situación traumática en que el proyecto totalitario controla todos los actos y pensamientos acontecidos en la esfera pública, sin cesar su empeño, hasta llegar a conquistar la más recóndita intimidad. ⁴⁷³

Una de las verdades incontestables que nos ha legado el siglo XX ha sido la constatación de que hay experiencias, vitales e históricas, que trascienden toda acotación conceptual. La estructura de la experiencia de la generación que vivenció en sus carnes las experiencias históricas de los totalitarismos y los genocidios fue constituida a base de quiebras, fragmentos y prismas. Como hemos tratado de revelar en la segunda parte del trabajo, esto ha propiciado una semántica del tiempo histórico bastante distinta de la que se desprende de los análisis de los conceptos fundamentales de la modernidad llevados a cabo por Reinhart Koselleck. Sirviéndonos del concepto de concepto histórico fundamental elaborado por el propio Koselleck, y basándonos en la teoría de los tiempos

⁴⁷¹ Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, op. cit., p. 272.

⁴⁷² Charlotte Beradt, *The Third Reich of Dreams. The Nightmares of a Nation 1933-1939*, The Aquarian Press, 1985.

⁴⁷³ Para un estudio sobre esta cuestión véase Ana Meléndez, «El sueño como fuente historiográfica: más allá del principio de placer», Pasajes. *Revista de Pensamiento Contemporáneo*, Valencia: Universidad de Valencia, 2015, pp. 124-137. También Linda Maeding, «Sueño y terror. La vida onírica bajo el totalitarismo según Charlotte Beradt», *L'inconscio. Rivista italiana di Filosofia e Psicoanalisi*, n.º 8, se publicará en diciembre de 2019.

históricos (*Historik*) asociada al mismo, lo que nos ha ocupado ha sido mostrar que el modelo social progresista y futurocéntrico moderno parece haber llegado a su fin. Los conceptos paradigmáticos de la cultura contemporánea, como puede ser el de duelo, culpa o memoria, cristalizan la experiencia colectiva de un tiempo que sobrecarga de pasado la conciencia, presentándose como un presente sin puertas al futuro. ¿Es trauma, después de todo, uno de ellos?

2. TRAUMA. UN CONCEPTO HISTÓRICO DEL SIGLO XX

2.1 *Una nueva Sattelzeit*: parece evidente que muchos conceptos históricos, políticos y sociales, nacidos o transformados en su sentido moderno hace doscientos años han agotado su capacidad de generar expectativas y ya no son capaces de dar cuenta de las nuevas realidades de comienzos del siglo XXI. Del mismo modo, si aplicamos al siglo XX los criterios teorizados por Koselleck para identificar los procesos que estructuraron el espacio incipiente de la modernidad en su aspecto conceptual, encontramos que el número de conceptos que conservaría el estado de fundamental es bastante limitado. Así, finalizamos la segunda parte cuestionando la aplicabilidad de la *Begriffsgeschichte* koselleckiana fuera de los límites temporales de 1750 y 1850 y preguntándonos por qué Koselleck asumió que las variaciones conceptuales acaecidas durante la *Sattelzeit* son las mismas que llegan hasta nuestros días.

En este punto es menester resaltar que la Segunda Guerra Mundial, el Holocausto y el Gulag fueron experiencias realmente importantes en el desarrollo vital e intelectual de Koselleck, hasta el punto de que su obra puede ser entendida no como un estudio histórico de los siglos XVIII y XIX, sino más bien del siglo XX. Como ya sugerimos en algún momento del desarrollo de nuestra investigación, el propósito de la investigación de Koselleck es, desde un inicio, entender la relación entre las utopías generadas en la época ilustrada y el horror de las experiencias políticas del siglo XX.⁴⁷⁴ De tal suerte que no se trataría tanto de preguntarnos por la aplicación de la historia conceptual al siglo XX, sino más bien de leer su propuesta historiográfica desde la traumática experiencia del siglo XX:

Anyone who has been deluded in his expectation of victory must search for reasons, he or she did not have before, to explain the defeat. And the achievement of significant historians is to have transferred these reasons into methodological approaches. A minimum of skepticism is to say the professional disease from which a historian has to suffer.

⁴⁷⁴ Véase nota a pie 242, a propósito del comentario de su tesis doctoral, *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*.

Taking into account that condition, I would say that my experience of war determined my entire course of study. My stance was that of skepticism as a minimal condition to deconstruct utopian surplus.⁴⁷⁵

Siendo un soldado, Koselleck había oído hablar del asesinato en masa de judíos por parte de una unidad especial alemana, pero no conocía los detalles sobre el exterminio. A través de sus familiares, sabía de la existencia del campo de concentración de Buchenwald, así como que su tía, que padecía una enfermedad mental, había sido asesinada en el denominado programa de eugenesia.⁴⁷⁶ Sin embargo, durante la guerra no supo nada de la destrucción de los judíos europeos. Fue tras la derrota alemana, cuando ingresó como prisionero en un campo de concentración soviético, donde escuchó hablar sobre lo acontecido en Auschwitz.

Si bien al principio ningún prisionero alemán creía en lo que los rusos contaban sobre los campos nazis, el exterminio se convirtió para Koselleck en una convicción cuando, por no obedecer las órdenes recibidas en un escuadrón de trabajo, un vigilante polaco cogió un taburete y amenazó con arrojárselo a la cabeza mientras decía: «Quieres que te rompa el cráneo, vosotros habéis gaseado a millones».⁴⁷⁷ «De un golpe todo estuvo claro para mí. Aunque evidentemente no tuviera una constancia empírica de que se hubiera gaseado a nadie, ya sabía que era cierto. La reacción del vigilante fue para mí espontánea y convincente. [...] esa experiencia primaria que tuve de golpe es intransferible».⁴⁷⁸

La guerra, el internamiento, el Holocausto, la culpa...⁴⁷⁹

Hay experiencias que se desparraman por el cuerpo como masa de lava incandescente y se coagulan allí. Inconmoviblemente pueden volver a hacerse presentes desde entonces, en todo momento e inalterablemente. No muchas de esas experiencias pueden pasar a ser recuerdos, pero, si es así, entonces se basan en su presencia sensible. El olor, el sabor, el ruido, el sentimiento y el campo visual, en suma, todos los sentidos, con

⁴⁷⁵ Cita extraída de Niklas Olsen, *History in The Plural. An Introduction to the Work of Reinhart Koselleck*. op. cit., p. 13-14.

⁴⁷⁶ Dieter Langewiesche, «El historiador y su obra: Futuro pasado, de Reinhart Koselleck», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 14, 2015, pp. 281-297

⁴⁷⁷ Reinhart Koselleck, *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*. Madrid: Centro de estudios políticos y constitucionales, 2011, p. 40.

⁴⁷⁸ Ídem.

⁴⁷⁹ «“La mayoría de cuantos crecieron después de la época de Hitler están convencidos de la culpa moral del pueblo alemán”, explica. “Casi no hay discusión al respecto: los crímenes nazis fueron tan terribles que todo lo demás pasa necesariamente a un segundo plano, e incluso es tan fuerte la sensación de culpa que es muy difícil para nosotros hablar de otros temas de ese periodo, como del sufrimiento del pueblo alemán durante los bombardeos aliados”», véase entrevista concedida a *El País* el 11 de abril de 2005. https://elpais.com/diario/2005/04/11/cultura/1113170402_850215.html

placer o dolor, vuelven a despertarse y no necesitan de ningún trabajo de la memoria para ser y permanecer verdaderos.⁴⁸⁰

En «La discontinuidad del recuerdo».⁴⁸¹ Koselleck plantea el carácter intransferible, quebrado y discontinuo de este tipo de experiencias a las que denomina primarias. Lejos de poder constituirse en recuerdos constatados, las experiencias primarias han de hacerse una y otra vez, pues con su irrupción siempre sobrevienen nuevas verdades imbricadas en el cuerpo que requieren de una continua elaboración.⁴⁸² De modo que, si bien Koselleck no escribió sobre el trauma, en el sentido de que este no es un concepto que aparezca en el Diccionario de *Conceptos históricos fundamentales. Léxico histórico del lenguaje político-social en Alemania*, sí que escribió desde el trauma. Por ello, es posible que la drástica quiebra que las experiencias del horror significaron para Koselleck fuera lo que le llevó a analizar conceptualmente los procesos modernos como una ruptura crucial en la que se alteraron fundamentalmente las concepciones del espacio, el tiempo y la política.

2.2. *Trauma, concepto histórico*: aunque ya estaba en circulación en los círculos psiquiátricos a finales del XIX, el trauma no fue reconocido como un diagnóstico oficial hasta 1980, a propósito de las consecuencias políticas y sociales de la guerra de Vietnam y de los análisis sobre el síndrome del superviviente. A partir de entonces, la noción de trauma se ha integrado en los estudios sobre memoria social e historia del pasado reciente, para referirse a los efectos colectivos de algunas experiencias históricas donde la presencia de un pasado amenazante continúa teniendo efectos en el presente social y político. En las últimas décadas, «trauma» es cada vez más utilizado por las ciencias sociales y humanas, hasta el punto de que «uno tiene la impresión de que el número de acontecimientos traumáticos no para de aumentar, y que empleamos los términos de trauma, duelo, represión y resiliencia como si fueran portadores de su propia explicación».⁴⁸³

⁴⁸⁰ Faustino Oncina, «Necrológica del Outsider. Reinhart Koselleck: el «historiador pensante» y las polémicas de los historiadores, ISEGORÍA. Revista de Filosofía Moral y Política N.º 37, julio-diciembre, 2007, p. 52.

⁴⁸¹ Reinhart Koselleck, *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*, op. cit., pp. 39-51.

⁴⁸² «En ese sentido, para mi generación, la guerra nunca se acaba o empieza siempre, una y otra vez, en la medida en que viejas experiencias han de elaborarse de nuevo», cita de Reinhart Koselleck, extraída de Faustino Oncina, «Necrológica del Outsider. Reinhart Koselleck: el «historiador pensante» y las polémicas de los historiadores, ISEGORÍA. Revista de Filosofía Moral y Política, op. cit., p. 52, nota a pie 31.

⁴⁸³ Sabina Loriga, «Sobre el trauma histórico», *Pasajes*, op. cit., p. 103.

La expansión del uso de conceptos de procedencia científica como criterio, elaborado por Geulen, desde el que identificar los conceptos que estructuran conceptualmente el siglo XX, parece cumplirse en el caso del trauma. Asimismo, la popularización y volatilización parecerían también aplicables a nuestro concepto, pues la pérdida de su sentido semántico específico hace que su significado sea hoy más inestable y discutible que nunca. Esta volatilización asociada al trauma como concepto empleado en el análisis histórico puede también entenderse como reflejo de la disolución de las luchas políticas e ideológicas del siglo XX.

Pero lo más significativo que extraemos de la semántica histórica teorizada por Koselleck es que, para cualquier período de tiempo, mirar los *Grundbegriffe* permite observar movimientos semánticos estructurales que trascienden el plano semántico. En tanto que elementos de navegación del cambio histórico, los conceptos históricos fundamentales permiten elucidar, en el examen de su desarrollo y evolución semántica, la experiencia social de la temporalidad histórica en la que el concepto adquiere el rango de fundamental. Una investigación enfocada desde la perspectiva histórico-conceptual koselleckiana entenderá que, lo que se oculta tras esta traslación de «trauma» del campo clínico a la semántica histórica no alude tanto al retorno inesperado y literal del pasado, sino que revela, en el plano de lo metafórico, la existencia de una multiplicidad de temporalidades en pugna, donde un pasado que no se deja elaborar bloquea el futuro, llevando esto a la dilatación social del presente.

Bibliografía

1. FUENTES PRIMARIAS

1.1. Sigmund Freud

FREUD, Sigmund, «Informe sobre mis estudios en París y Berlín» (1956 [1886]), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen I, pp. 1-15.

FREUD, Sigmund, «Prólogo a la traducción de J.-M. Charcot, *Leçons sur les maladies du système nerveux*» (1886), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen I, pp. 16-22.

FREUD, Sigmund, «Prólogo a la traducción de H. Bernheim, *De la suggestion*» (1888 [1888-1889]), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen I, pp. 77-94.

FREUD, Sigmund, «Fragmentos de la correspondencia con Fliess» (1950 [1892-1899]), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen I, pp. 211-322.

FREUD, Sigmund, «Proyecto de Psicología» (1950 [1895]), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen I, pp. 323-446.

FREUD, Sigmund y BREUER, Josef, «Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos: comunicación preliminar» (1893), en FREUD, Sigmund. *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen II, pp. 27-44.

FREUD, Sigmund y BREUER, Josef, «Estudios sobre la histeria» (1893-1895), en FREUD, Sigmund. *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu, volumen II.

FREUD, Sigmund, «Charcot» (1893), en FREUD, Sigmund *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen III, pp. 7-24.

FREUD, Sigmund, «Las neuropsicosis de defensa» (Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas, y de ciertas psicosis alucinatorias) (1894), en FREUD, Sigmund, *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen III, pp. 41-61.

FREUD, Sigmund, «La herencia y la etiología de las neurosis» (1896), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen III, pp. 139-156.

FREUD, Sigmund, «Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa» (1896), en FREUD, Sigmund, *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen III, pp. 157-184.

FREUD, Sigmund, «La etiología de la histeria» (1896), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen III, pp. 185-218.

FREUD, Sigmund, «Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria» (1898), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen III, pp. 277-290.

FREUD, Sigmund, «Sobre los recuerdos encubridores» (1899), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen III, pp. 291-315.

FREUD, Sigmund, «La interpretación de los sueños» (1900 [1899]), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen IV y V.

FREUD, Sigmund, «Tres ensayos para una teoría sexual» (1905), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen VII, pp. 109-224.

FREUD, Sigmund, «Fragmento de análisis de un caso de histeria» (1905 [1901]), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen VII, pp. 1-107.

FREUD, Sigmund, «Mi tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis» (1906 [1905]), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen VII, pp. 259-272.

FREUD, Sigmund, «El chiste y su relación con lo inconsciente» (1905), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen VIII.

FREUD, Sigmund, «Acciones obsesivas y prácticas religiosas» (1907), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen IX, pp. 97-110.

FREUD, Sigmund, «Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad» (1908), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen IX, pp. 137-148.

FREUD, Sigmund, «La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna» (1908), en FREUD, Sigmund. *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu, volumen IX, pp. 159-182.

FREUD, Sigmund, «La novela familiar de los neuróticos» (1909 [1908]), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen IX, pp. 213-220.

FREUD, Sigmund, «Análisis de la fobia de un niño de cinco años» (1909), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen X, pp. 1-118.

FREUD, Sigmund, «A propósito de un caso de neurosis obsesiva» (1909), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen X, pp. 119-251.

FREUD, Sigmund, «Cinco conferencias sobre psicoanálisis» (1910 [1909]), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XI, pp. 1-52.

FREUD, Sigmund, «Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci» (1910), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XI, 53-128.

FREUD, Sigmund, «Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa» (1912), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XI, pp.169-184.

FREUD, Sigmund, «La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis» (1910), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XI, pp. 205-216.

FREUD, Sigmund, «Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente» (1911 [1910]), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XII, pp. 1-76.

FREUD, Sigmund, «Sobre la dinámica de la transferencia» (1912), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XII, pp. 93-106.

FREUD, Sigmund, «Recordar, repetir, elaborar» (1914), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XII, pp. 145-158.

FREUD, Sigmund, «Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico» (1911), *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XII, pp. 217-232.

FREUD, Sigmund, «La predisposición a la neurosis obsesiva. Contribución al problema de la elección de la neurosis» (1912), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XII, pp. 329-346.

FREUD, Sigmund, «Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos» (1913 [1912]), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XIII, pp. 1-164.

FREUD, Sigmund, «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico» (1914), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XIV, pp. 1-64.

FREUD, Sigmund, «Introducción al narcisismo» (1914), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XIV, pp. 65-98.

FREUD, Sigmund, «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XIV, pp. 105-134.

FREUD, Sigmund, «La represión» (1915), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XIV, pp. 135-152.

FREUD, Sigmund, «Lo inconsciente» (1915), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XIV, pp. 153-214.

FREUD, Sigmund, «Complemente metapsicológico a la doctrina de los sueños» (1917 [1915]), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XIV, pp. 214-234.

FREUD, Sigmund, «Duelo y melancolía» (1917 [1915]), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XIV, pp. 235-258.

FREUD, Sigmund, «De guerra y de muerte. Temas de actualidad» (1915), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XIV, pp. 273-303.

FREUD, Sigmund, «Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico» (1916), *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XIV, pp. 313-340.

FREUD, Sigmund, «De la historia de una neurosis infantil» (Caso del Hombre de los lobos) (1918) [1914]), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XVII, pp. 1-112.

FREUD, Sigmund, «Una dificultad del psicoanálisis» (1917 [1916]), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XVII, pp. 125-136.

FREUD, Sigmund, «Introducción a *Zur Psychoanalyse der Kriegsneurosen*» (1919), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XVII, pp. 201-214.

FREUD, Sigmund, «Más allá del principio de placer» (1920), *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XVIII, pp. 1-62.

FREUD, Sigmund, «Psicología de las masas y análisis del yo» (1921), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XVIII, pp. 63-136.

FREUD, Sigmund, «El yo y el ello» (1923), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XIX, pp. 1-66.

FREUD, Sigmund, «La organización genital infantil» (1923), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XIX, pp. 141-150.

FREUD, Sigmund, «Neurosis y psicosis» (1924 [1923]), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XIX, pp. 151-160.

FREUD, Sigmund, «El problema económico del masoquismo» (1924), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XIX, pp. 161-176.

FREUD, Sigmund, «El sepultamiento del complejo de Edipo» (1924), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XIX, pp. 177-187.

FREUD, Sigmund, «Breve informe sobre psicoanálisis» (1924 [1923]), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XIX, pp. 199-222.

FREUD, Sigmund, «Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos» (1925), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XIX, pp. 259-276.

FREUD, Sigmund, «Inhibición, síntoma y angustia» (1926 [1925]), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XX, pp. 71-164.

FREUD, Sigmund, «El porvenir de una ilusión» (1927), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XXI, pp. 1-56.

FREUD, Sigmund, «El malestar en la cultura» (1930 [1929]), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XXI, pp. 57-140.

FREUD, Sigmund, «Tipos libidinales» (1931), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XXI, pp. 215-222.

FREUD, Sigmund, «Sobre la sexualidad femenina» (1931), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XXI, pp. 223-243.

FREUD, Sigmund, «Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis» (1933 [1932]), *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XXII, pp. 1-168.

FREUD, Sigmund, «Moisés y la religión monoteísta» (1939 [1934-38]), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XXIII, pp. 1-132.

FREUD, Sigmund, «Esquema de psicoanálisis» (1940 [1938]), en FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2012, volumen XXIII, pp. 133-210.

FREUD, Sigmund, «El valor de la vida», entrevista concedida al periodista George Sylvester Viereck en 1926, en REIK, Theodor (ed.), *Psychoanalysis and the Future*, New-York: National Psychological Association for Psychoanalysis, 1975.

FREUD, Sigmund, *Por qué la guerra*. Barcelona: Minúscula, 2008.

1.2. Reinhart Koselleck

KOSELLECK, Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* [1979], Barcelona: Paidós, 1993.

KOSELLECK, Reinhart, *Los estratos del tiempo. Estudios sobre la historia*. Barcelona: Paidós, 2001.

KOSELLECK, Reinhart, *Aceleración, prognosis y secularización*, Valencia: Pretextos, 2003.

KOSELLECK, Reinhart, *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*. Madrid: Trotta, 2007.

KOSELLECK, Reinhart, «Introducción al Diccionario histórico de los conceptos político-sociales básicos en lengua alemana», *Revista Anthropos. Huellas del conocimiento*, n. 223, 2009, pp. 92-105.

KOSELLECK, Reinhart. *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid, Trotta, 2012.

KOSELLECK, Reinhart, *Esbozos teóricos. ¿Sigue teniendo utilidad la historia?* Madrid: Escolar y Mayo, 2013.

KOSELLECK, Reinhart, *historia/Historia*, Madrid, Trotta, 2016.

KOSELLECK, Reinhart, *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2011.

KOSELLECK, Reinhart, y DUTT, Carsten, «Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt», *Isegoría. Revista de filosofía moral y política*, n. 29, 2003, pp. 211-224.

KOSELLECK, Reinhart, FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier y FUENTES ARAGONÉS, Juan Francisco, «Historia conceptual, memoria e identidad (I). Entrevista a Reinhart Koselleck», *Revista de Libros*, n. 111, 2006, pp. 19-22. (Puede consultarse en: <https://www.revistadelibros.com/articulos/historia-conceptual-memoria-e-identidad-i-entrevista-a-reinhart-koselleck>).

KOSELLECK, Reinhart, FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier y FUENTES ARAGONÉS, Juan Francisco, «Historia conceptual, memoria e identidad (II). Entrevista a Reinhart

Koselleck», *Revista de Libros*, n. 112, 2006, 6-10. (Puede consultarse en: <https://www.revistadelibros.com/articulos/historia-conceptual-memoria-e-identidad-irrentrevista-a-reinhart-koselleck>).

KOSELLECK, Reinhart, y GADAMER, Hans-Georg, *Historia y hermenéutica*, Barcelona: Paidós, 1997.

KOSELLECK, Reinhart. «A Reponse to Comments on the Geschichtliche Grundbe-griffe», en H. Lehmann y M. Richter (eds.), *The Meaning of Historical Terms and Concepts. New Studies on «Begriffsgeschichte»*, Washington D.C., Ger-man Historical Institute, 1996, pp. 59-70.

KOSELLECK, Reinhart; BRUNNER, Otto y CONZE, Werner (eds.). *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*. Stuttgart, Klett, 1975.

2. BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA

ACHA, Omar. *Freud y el problema de la historia*. Buenos Aires, Prometeo libros, 2007.

ALEXIÉVICH, Svetlana. *Voces de Chernóbil. Crónica del futuro*. Barcelona: Debolsillo, 2019.

ALTED, Alicia. «La historia del presente o la cuadratura del círculo», en DELGADO, J. M. y ANDRÉS CABELLO, S. (cords.): *La Rioja, España, Europa*. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2006, pp. 33-44.

ÁLVAREZ, J.M., *La invención de las enfermedades mentales*. Madrid: Ediciones Dor, S.L, 1999.

ARISTÓTELES, *Política*. Madrid: Gredos, 1988.

ARÓSTEGUI, Julio. «Retos de la memoria y trabajos de la historia», *Pasado y memoria. Revista de Historia Contemporánea*, nº3., pp. 6-58.

ASSMANN, Jan. *Religion and Cultural Memory*. Standford: Standford University Press, 2006.

ASSMANN, Aleida. *Shadows of Trauma: Memory and the Politics of Postwar Identity*, Fordham University Press, Nueva York, 2016.

- ASSMANN, Aleida. «Europe's Divided Memory», in Muriel Blaive, Christian Gerbel et al (eds.) *Clashes in European Memory. The Case of Communist Repression and the Holocaust*, New York, Palgrave Macmillan, 2013, pp. 25-41.
- BAER, Alejandro. *Holocausto. Recuerdo y representación*. Buenos Aires: Losada, 2006.
- BAUTISTA Ritvo, Juan. *Una lectura de más allá del principio de placer*. Rosario: Otro Cauce, 2017.
- BECK, Humberto, «El acontecimiento entre el presente y la historia», *Desacatos* 55, septiembre-diciembre, 2017, pp. 44-59.
- BERCHERIE, Paul. *Los fundamentos de la clínica. Historia y estructura del saber psiquiátrico*. Buenos Aires: Manantial, 1986.
- BERCHERIE, Paul. *Génesis de los conceptos freudianos*. Buenos Aires, Paidós, 1983.
- BERNSTEIN, R. J. *Freud y el legado de Moisés*. Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2002.
- BETTELHEIM, Bruno. *Sobrevivir: el holocausto una generación después*. Barcelona: Crítica, 1981.
- BISSET, Emmanuel. «Conceptos, totalidad y contingencia. Una lectura de Reinhart Koselleck». *Res publica*, 23, 2010, pp. 123-143.
- BERNSTEIN, Richard J. *Freud y el legado del Moisés*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.
- BLANCO RIVERO, José Javier. «La historia de los conceptos de Reinhart Koselleck: Conceptos fundamentales, *Sattelzeit*, temporalidad e histórica», *Politeia*, Vol. 35, Nº 49, 2012, pp. 1-33.
- BLANCO RIVERO, José Javier. «Hacia una teoría operativa del significado», *Ariadna Histórica. Lenguajes, Conceptos y Metáforas*, 1, Universidad del País Vasco, 2012, pp. 41-79.
- BÖDEKER, Hans Erich. «Sobre el perfil metodológico de la historia conceptual. Temas, problemas, perspectivas». *Historia y Grafía*, núm. 32, 2009, pp. 131-168
- BOHELEBER, Werner, «Recuerdo, trauma y memoria colectiva: la batalla por la memoria en el psicoanálisis», en *Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Madrid*, 45, pp. 105-131.

BRUNETEAU, Bernard. *El siglo de los genocidios: Violencia, masacres y procesos genocidas desde Armenia a Ruanda*, Madrid: Alianza, 2006.

BRUNNER, José. «Will, Desire and Experience: Etiology and Ideology in the German and Austrian Medical Discourse on War Neuroses, 1914–1922», *Transcultural Psychiatry* 2000, 37.

BRUNNER, Otto, *Nuevos caminos de la historia social y constitucional*. Buenos Aires: Alfa, 1976. Capítulo «La casa grande y la Oeconómica de la vieja Europa», pp. 87-123, y Capítulo «Feudalismo. Una contribución a la historia del concepto», pp. 125-171.

CABRERA, Miguel Ángel, «Hayden White y la teoría del conocimiento histórico. Una aproximación crítica», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 4, 2005.

CANGA, Manuel. «Freud y el problema de la verdad histórica», *Trama y fondo: Revista de cultura*, 20, 2006, pp. 36-40.

CAPELLÁN, Miguel Gonzalo, «Historia y “Presente”». *Berceo*, 140, 2001, pp. 293-326.

CARUTH, Cathy, «Experiencias sin dueño: trauma y la posibilidad de la historia», en ORTEGA, Francisco A. (ed.), *Trauma cultura e historia: reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio*, pp. 295-310.

CARUTH, Cathy (ed.), *Trauma. Explorations in Memory*. John Hopkins University Press, Baltimore y Londres, 1995.

CASTRO ORELLANA, Rodrigo, «Michel De Certeau: Historia y Ficción», *INGENIUM. Revista de historia del pensamiento moderno*, 4, julio-diciembre, 2010, pp. 107-124.

CHARCOT, Jean Martin. «Parálisis histérico-traumática masculina» (1887-1888). En CONTI, N. y STAGNARO, J.C. *Historia de la ansiedad. Textos escogidos*. Buenos Aires: Editorial Polemos, 2007, pp. 44-45.

CHINGOLA, Sandro. «Diferencia y Repetición. Otto Brunner, Reinhart Koselleck, la historia conceptual», *Conceptos Históricos* 1 (1), 2015, pp. 18-38.

DANTO, Elizabeth Ann. «Trauma and the state with Sigmund Freud as witness», *International Journal of Law and Psychiatry*, 2016, pp. 50-56.

- DÁVILA MARTÍN, Estefanía, *Aceleración y presentismo. Un estudio genealógico de la temporalidad en las sociedades modernas*, tesis doctoral co-dirigida por J. Beriain Razquin y C. Sánchez Capdequín), Universidad Pública de Navarra, Pamplona, 2016.
- DE CASTRO, Sylvia. «La proton pseudos histeria y la verdad del síntoma», *Desde el jardín de Freud*, Número 16, p. 37-52, 2016.
- DE CERTEAU, Michel. *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana, 2006.
- DERRIDA, Jacques. *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid: Trotta, 1997.
- EISSLER, Kurt Robert. *Freud as an Expert Witness*. International University Press, 1986.
- ERLL, Astrid, *Memoria colectiva y culturas del recuerdo. Estudio introductorio*, Universidad de los Andes, 2016.
- FASSIN, Didier y RECHTMAN, Richard. *The Empire of Trauma. An Inquiry into the Condition of Victimhood*. Princeton and Oxford: Princeton University Press, 2009.
- FERENCZI, Sándor, «Dos tipos de neurosis de guerra», *Obras completas*, tomo II, Madrid, Espasa-Calpe, 1998. Lo hemos consultado en: <http://www.psicoanalisis.org/ferenczi/51-100.htm>
- FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier, «Contra la historia (en singular). Una interpretación de la obra de Reinhart Koselleck», *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*, n. 1, 2012, pp. 247-259.
- FOUCAULT, Michel. *El nacimiento de la clínica*, Madrid: Siglo XXI, 1991.
- FOUCAULT, Michel. *Historia de la locura en la época clásica*, volumen I. México: Fondo de cultura económica, 1998.
- FOUCAULT, Michel, «Las mallas del poder», *Estética, ética y política. Obras esenciales*. Vol. III. Barcelona: Paidós, 1999, pp. 235-247.
- FOUCAULT, Michel. *Nietzsche, la genealogía y la historia*. Valencia: Pre-Textos, 2014.
- FUENTES, Juan Francisco, «Totalitarismo: origen y evolución de un concepto clave», *Revista de Estudios Políticos (nueva época)*, 134, Madrid: diciembre, 2006, 195-218.

- FURET, François. «On Ernst Nolte's Interpretation of Fascism», FURET, François y NOLTE, Ernst, *Fascism and Communism*. University of Nebraska Press, Nebraska, 2004.
- GADAMER, Hans-Georg. «La historia del concepto como filosofía», *Verdad y Método*. Volumen II. Salamanca: Sígueme, [1960], 1992.
- GARCÍA, Germán. *Actualidad del trauma*. Buenos Aires: Grama Ediciones, 2005.
- GAY, Peter. *La cultura de Weimar*: Barcelona: Argos Vergara, 1984.
- GAY, Peter. *Freud. Vida y legado de un precursor*. Barcelona: Paidós, 2015.
- GEULEN, Christian, «Plädoyer für eine Geschichte der Grundbegriffe des 20. Jahrhunderts», *Zeithistorische Forschungen / Studies in Contemporary History*, n. 7, 2010, pp. 79-97.
- GEULEN, Christian, «Reply», *Contributions of the History of Concepts*, «Geschichtliche Grundbegriffe Reloaded? Writing the Conceptual History of the Twentieth Century», vol. 7, n. 2, 2012, pp. 118-128.
- GÓMEZ, Carlos. *Freud. Crítico de la ilustración. (Ensayos sobre psicoanálisis, religión y ética)*, Barcelona, Crítica, 1997.
- GÓMEZ, Carlos. *Freud y su obra. Génesis y constitución de la teoría psicoanalítica*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2008.
- GONZÁLEZ, Héctor y PÉREZ, Marino. *La invención de trastornos mentales. ¿Escuchando al fármaco o al paciente?* Madrid: Alianza Editorial, 2007.
- GREEN, André. *El tiempo fragmentado*. Buenos Aires: Amorrortu, 2001.
- GUMBRECHT, Hans Ulrich. *Lento presente. Sintomatología del nuevo tiempo histórico*. Madrid, Escolar y mayo, 2010.
- GUMBRECHT, Hans Ulrich, *Después de 1945. La latencia como origen del presente*. México, Universidad Iberoamericana, 2015.
- GUMBRECHT, Hans Ulrich, H. Stuke y Reinhart Koselleck, *Il·lustració, progres i modernitat. Història dels conceptes*. Valencia: Novatores Major, 2018.
- GUTIÉRREZ TERRAZAS, José. *Teoría psicoanalítica. Su doble eje central: la tónica psíquica y la dinámica pulsional*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1998.

- HABERMAS, Jürgen, «Modernidad: un proyecto incompleto», en BAUDRILLARD, Jean, HABERMAS, Jürgen, y SAID, Edward, et al., *La posmodernidad*. Barcelona: Kairós, 1988.
- HALBWACHS, Maurice, *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos, 2004.
- HALBWACHS, Maurice, *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004
- HARRINGTON, Ralph, «The Railway Accident: Trains, Trauma, and Technological Crisis in Nineteenth-Century Britain», en LERNER, Paul, y MICALE, Mark S. (eds.), *Traumatic Pasts. History, Psychiatry, and Trauma in the Modern Age, 1870-1930*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
- HARTOG, François, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*. México, Universidad Iberoamericana, 2007.
- HARTOG, François, «Tiempo(s) e historia(s): de la historia universal a la historia global», trad. de S. y J. M. Sánchez Prieto, *Revista Anthropos. Huellas del conocimiento*, n. 223, 2009, pp. 144-155.
- HERMAN, Judith. *Trauma and Recovery. The Aftermath of Violence. From Domestic Abuse to Political Terror*. New York: Basic Books, 2015.
- HIRSCH, Marianne. *La generación de la posmemoria. Escritura y cultura visual después del Holocausto*. Madrid: Carpe Noctem, 2015.
- HOBBSWAM, Eric. *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica, 1999.
- HOBBSAWM, Eric. «In the Era of Antifascism: 1929-45», en HOBBSAWM, Eric. *How to Change The World: Tales of Marx and Marxismp*, New Haven: Yale University Press, 2011.
- HOFFMANN, Stefan-Ludwig; KOLLMEIER, Kathrin; STEINMETZ, Willibald, et al. «Geschichtliche Grundbegriffe Reloaded? Writing the Conceptual History of the Twentieth Century», *Contributions of the History of Concepts*, vol. 7, n.º 2, 2012.
- HOLDORFF, Bernd. «The fight for ‘traumatic neurosis’, 1889–1916: Hermann Oppenheim and his opponents in Berlin», *History of Psychiatry* 22(4) 465–476.
- HÖLSCHER, Lucian, *El descubrimiento del futuro*. Madrid: Siglo XXI, 2014.

HÖLSCHER, Lucian, «Los fundamentos teóricos de la historia de los conceptos (Begriffsgeschichte)», en OLÁBARRI, Ignacio y CASPITEGUI, Francisco Javier (eds.), *La «nueva» historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinarietàad*. Cursos de verano de El Escorial: Editorial Complutense, 1996, pp. 69-82.

HUYSEN, Andreas. *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de la globalización*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.

JELIN, Elisabeth. *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo Veintiuno, 2002.

JIMÉNEZ, Rogelio, «François Hartog, Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo», Universidad Iberoamericana Puebla, México, 2007.

JONES, Edgar, «War Neuroses and Arthur Hurst: A Pioneering Medical Film about the Treatment of Psychiatric Battle Casualties», *Journal of The History of Medicine and Allied Sciences*. London: June, 2011.

JONES, Edgar y LINDEN, Stefanie Caroline, «German Battle Casualties: The Treatment of Functional Somatic Disorders during World War I», *Journal of the History of Medicine and Allied Sciences*. 2013 Oct; 68(4): 627–658.

JONES, Ernst. *Vida y obra de Sigmund Freud*, II, trad. de M. Carlisky, J. C. Tembleque, Editorial Nova, Buenos Aires, 1960.

JUDT, Tony. *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Madrid: Taurus historia, 2016.

KANT, Immanuel, *Ensayos sobre la paz, el progreso y el ideal cosmopolita*. Madrid: Cátedra, 2009.

LACAPRA, Dominick. *Escribir la historia, escribir el trauma*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2005.

LAPLANCHE, Jean. *La sexualidad*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1980.

LAPLANCHE, Jean, y PONTALIS, Jean Bertrand. *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1996.

LAURENT, Eric. «Hijos del trauma», *La urgencia generalizada: la práctica en el hospital*. Buenos Aires, Editorial Grama, 2004, pp. 23-29.

- LERNER, Paul, y MICALÉ, Mark S. *Traumatic Pasts. History, Psychiatry, and Trauma in the Modern Age, 1870-1930*. Cambridge: Cambridge University Press, 2001.
- LEYS, Ruth. *Trauma. A Genealogy*. Chicago, The University of Chicago Press, 2000.
- LEYS, Ruth. «Freud y el trauma», en ORTEGA, Francisco A. (ed.), *Trauma cultura e historia: reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, pp. 165-192.
- LÓPEZ, Frank. «El giro lingüístico de la filosofía y la historiografía contemporánea». *Revista Mañongo*, 37, vol. XIX, julio-diciembre, 2011, pp. 189-213.
- LORIGA, Sabina. «Sobre el trauma histórico», *Pasajes: Revista de Pensamiento contemporáneo*, 54, 2018, pp. 92-110.
- MARCUSE, Herbert. *Eros y civilización*. Barcelona: Ariel, 2015.
- MARQUARD, Odo. *Las dificultades de la Filosofía de la historia*. Valencia: Pre-Textos, 2007.
- MARQUARD, Odo. *Adiós a los principios. Estudios filosóficos*. Valencia: Alfons el Magnànim, 2000.
- MEDINA Amor, José Luis. *Trauma psíquico*. Madrid: Paraninfo Universidad, 2015.
- MERLO, Maurizio. «La ambivalencia de los conceptos. Observaciones acerca de algunas relaciones entre *Begriffsgeschichte* e historiografía del discurso político». *Res publica*, 1, 1998, pp. 87-101.
- MONTEJO ALONSO, Francisco Javier. Tesis doctoral: *El psicoanálisis 1919-1933: consolidación, expansión e institucionalización*, dirigida por Eduardo Chamorro Romero, Universidad Complutense de Madrid, 2009.
- MORO ABADÍA, Óscar. «Michel Foucault: De la épistémé al dispositif», *Revista de Filosofía*, Vol. XLI, n. 104, pp. 27-37.
- MUDROVIC, María Inés, *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia*. Madrid: Akal, 2005.
- MUDROVIC, María Inés, «El debate en torno a la representación de acontecimientos límite del pasado reciente: alcances del testimonio como fuente». *Diánoia*, volumen 52, n.º 59 México, noviembre, 2007, pp. 127-150.

MUDROVIC, María Inés, «Regímenes de historicidad y regímenes historiográficos: del pasado histórico al pasado presente», *Historiografías*, n.º 5, enero-junio, 2013, pp. 11-31.

NAVARRETE ALONSO, Roberto, «Historia, memoria, éxodo. A propósito de Jan Assman», *Bajo Palabra*. II Época. Nº17. 2017, pp. 397-412.

OLSEN, Niklas, *History in the Plural. An Introduction to Work of Reinhart Koselleck*, Berghahn, New York – Oxford, 2014.

ONCINA, Faustino, «Necrológica del Outsider Reinhart Koselleck: el “historiador pensante” y las polémicas de los historiadores», *Isegoría. Revista de filosofía moral y política*, nº 37, 2007, pp. 35-61.

ONCINA, Faustino, *Historia conceptual, Ilustración y Modernidad*. Barcelona: Anthropos, 2009.

ONCINA, Faustino. «Historia conceptual: ¿algo más que un método?», en ONCINA, Faustino (ed.), *Tradición e innovación en la historia intelectual. Métodos historiográficos*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013, pp. 11-38.

ONCINA, Faustino, «Koselleck y el giro icónico de la historia conceptual», *Anthropos*, n.º 223, 2009, pp. 71-82.

ONCINA, Faustino. «De la contracción a la dilatación del tiempo: tiempos menguantes y crecientes», *Historia y Grafía*, n.º 44, México, enero-junio, 2015, pp. 89-114.

ONCINA, Faustino, «Introducción» a Reinhart Koselleck, en KOSELLECK, Reinhart, *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2011, pp. XLI-XLIII.

ONCINA, Faustino y VILLACAÑAS, José Luis, «Introducción» a Reinhart Koselleck y Hans Georg Gadamer, *Histórica y hermenéutica*, Barcelona, Paidós, 1997.

ONCINA, Faustino (ed.), *Constelaciones*, Valencia, Pre-Textos, 2017.

ONCINA, Faustino (ed.), *Palabras, conceptos, ideas. Estudios sobre historia conceptual*, Herder, Barcelona, 2010.

ONCINA, Faustino (ed.), *Tradición e innovación en la historia intelectual. Métodos historiográficos*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2013.

ONCINA, Faustino. *Teorías y prácticas de la historia conceptual*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Plaza y Valdés, 2009.

ONCINA, Faustino, MIRAVET, Nerea y VIZCAÍNO, Héctor (eds.), *Conceptos nómadas: Auto-determinación*, PUV, Valencia, 2014.

ONCINA, Faustino y ROMERO, José Manuel (eds.), *La historia sedimentada en los conceptos. Estudios sobre historia conceptual y crítica de la ideología*, Comares, Granada, 2016.

ONCINA, Faustino y GARCÍA-DURÁN, Pedro (eds.), *Hans Blumenberg: Historia in/conceptual, antropología y modernidad*, Valencia: Pre-Textos, 2015.

ORTEGA, Francisco «El trauma social como campo de estudios», en ORTEGA, Francisco A. (ed.). *Trauma, cultura e historia: Reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Centro de Estudios Sociales, 2011, pp. 17-59.

PALTI, Elías, «Koselleck y la idea de Sattelzeit. Un debate sobre modernidad y temporalidad», *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, n. 53, 2004, pp. 63-74.

PALTI, Elías, «Ideas, conceptos, metáforas. La tradición alemana de historia intelectual y el complejo entramado del lenguaje», *Res publica*, n.º 25, 2011, pp. 227-248.

PALTI, Elías, «Reinhart Koselleck. His Concept of the Concept and Neo-Kantianism», *Contributions to the History of Concepts*, Volume 6, Issue 2, Winter 2011, pp. 1-20.

PANIAGUA, Cecilio y FERNÁNDEZ SORIANO, Javier «Psicología de las masas y violencia», *Ars Medica. Revista de Humanidades* 2007, 2, pp. 239-240.

PINACCHIO, Ezequiel. «Sobre el concepto de concepto en Reinhart Koselleck: entre las condiciones de la historia y la historia de las condiciones», *Conceptos Históricos* 4 (5), pp. 48-71.

PIZARRO, Francisco. «Otto Rank y la controversia sobre el trauma del nacimiento». *Tempo psicanalítico, Rio de Janeiro*, v. 44.2, 2012, pp. 423-443.

PRIETO NAVARRO, Evaristo, «Trauma, mimesis y quiebra de representación», en GÓMEZ RAMOS, Antonio y SÁNCHEZ MUÑOZ, Cristina (eds.). *Confrontando el mal. Ensayos sobre memoria, violencia y democracia*. Madrid, Plaza y Valdés, 2017, pp. 227-248.

- RABINBACH, Anson. *Begriffe aus dem Kalten Krieg: Totalitarismus, Antifaschismus, Genozid*, 2009.
- RADSTONE, Susannah, «Trauma Theory: Contexts, Politics, Ethics», *Paragraph*, 30, 1, March, 2007, Edinburgh University Press, pp. 9-29.
- RAMÍREZ, Mario Elkin. *Psicoanalistas en el frente de batalla. Las neurosis de guerra en la Primera Guerra mundial*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2007.
- REID, Fiona, «His nerves gave way: Shell shock, history and the memory of the First World War in Britain». *Endeavour*, University of South Wales, 38, No. 2.
- RICHTER, Melvin. *The History of Political and Social Concepts. A Critical Introduction*, Nueva York/Oxford, Oxford University Press, 1995.
- RICOEUR, Paul. *Freud. Una interpretación de la cultura*. Madrid: Siglo veintiuno, 1990.
- RIVERA GARCÍA, Antonio, «Blumenberg y el debate sobre la secularización», *Eikasía. Revista de Filosofía*, n. 45, 2012, pp. 237-244.
- ROAZEN, Paul. *Freud. Su pensamiento político y social*. Barcelona: Ediciones Martínez Roca.
- ROUSSEAU, Jean Jacques. *Sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*. (trad. Mauro Armíño). Madrid: Alianza Editorial.
- ROLDÁN, Concha. *Entre Casandra y Clío. Una historia de la filosofía de la historia*. Madrid, Akal, 1997.
- ROUDINESCO, Elisabeth. *Freud, en su tiempo y en el nuestro*. Barcelona: Debate, 2015.
- SÁNCHEZ DURÁ, Nicolás. «Todos muertos. La guerra total imaginada», en R. Martínez Canet (coord.), *Guerra en la Ciudad, 1936-1939*, Museo Valenciano de Etnología, Valencia, 2007.
- SÁNCHEZ DURÁ, Nicolás, «Olvidar de memoria (tras Renan, según T. Todorov, T. Judt y más allá)», en SANFÉLIX, Vicente y LÓPEZ SASTRE, Gerardo (coord.), *Cosmopolitismo y nacionalismo: de la Ilustración al mundo contemporáneo*, Universitat de València, Servei de Publicacions: Museu Valencià de la Il·lustració i de la Modernitat (MuVIM), 2010, pp. 209-224.

SÁNCHEZ PRIETO, Juan María. «Reinhart Koselleck: la interdisciplinarianidad de la historia». *Memoria y civilización*, 15, 2012, pp. 475-499.

SANFELIPPO, Luis. *Tesis doctoral El trauma en Freud y en la historiografía reciente*, entregada en diciembre de 2015 en la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, Argentina.

SANFELIPPO, Luis, «Concepciones y Tratamientos de las Neurosis de Guerra Durante la Primera Guerra Mundial», *Revista Psicología e Saúde*, volumen 9, n.º 2, maio-agosto, 2017, pp. 5-20.

SEMPRÚN, Jorge. *La escritura o la vida*. Barcelona: Tusquets, 1995.

SCHMIEDER, Falko (ed.), *Forum Interdisziplinäre Begriffsgeschichte*, 1, 8. JG., 2019.

SHALES, Tom, «Holocaust», *The Washington Post*, el 16 de abril de 1978.

SHEPARD, Ben. *A War of Nerves. Soldiers and Psychiatrist in the Twentieth Century*. Harvard University Press, Massachussets, 2001.

STAGNARO, Juan Carlos, «Introducción: En torno al origen del primer alienismo», *Asclepio*, 67 (2), 2015.

STUCCHI-PORTOCARRERO, Santiago. «La Primera Guerra Mundial y su impacto en la psiquiatría», *Revista de Neuropsiquiatría*, 77, 3, Lima, julio, 2014.

SVAMPA, Lucila. *La historia en disputa*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2017.

SVAMPA, Lucila, «El presente en suspenso. Estratos del tiempo y la pregunta por lo contemporáneo a partir de pensamiento de Reinhart Koselleck», *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, n.º 71, 2017, pp. 157-170.

TODOROV, Tzvetan. *Los abusos de la memoria*. Barcelona, Paidós, 2017.

TOZZI, Verónica. *La historia según la nueva filosofía de la historia*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2009.

TRAVERSO, Enzo. *Violencia nazi. Una genealogía europea*. Argentina: Fondo de cultura económica, 2002.

TRAVERSO, Enzo, *El pasado. Instrucciones de uso. Historia, memoria, política*. Madrid: Marcial Pons, 2007.

TRAVERSO, Enzo. *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)* [2007], trad. de M. A. Petrecca, PUV, Valencia, 2009.

TRAVERSO, Enzo. *La historia como campo de batalla*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2016.

TRAVERSO, Enzo, *Melancolía de izquierda. Después de las utopías*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2019.

VILLACAÑAS, José Luis. «Historia de los conceptos y responsabilidad política», en *Res publica*, 1, 1998.

YERUSHALMI, Yosef. *El Moisés de Freud. Judaísmo terminable e interminable*. Madrid: Trotta, 2014.

NOLTE, Ernst, «Un pasado que no quiere pasar: Una conferencia que, ya escrita, no pudo ser pronunciada». *Pasajes*, n.º. 24, 2007, pp. 71-75.

VEYNE, Paul. *Foucault. Pensamiento y vida*, trad. de M. J. Furió, Paidós, Barcelona, 2014, pp. 15-45, 103-120.

VIZCAÍNO, Héctor. Tesis doctoral *Historia Conceptual y crítica de la Modernidad. R. Koselleck y la historia efectual de la Begriffsgeschichte en Italia*, pp. 153-4. Universitat de València, Valencia, 2018, dirigida por Faustino Oncina

WIESEL, Elie, «The Trivialization of the Holocaust: Semi-Fact and Semi-Fiction», *New York Times*, 16 de abril de 1978.

WHITE, Hayden. *Metahistoria. La imaginación histórica en el siglo XIX*. México: FCE, 1992.

WIEHL, Reiner. «Arte del concepto e historia del concepto en la hermenéutica filosófica de Hans-Georg Gadamer». *ÉNDOXA: Series Filosóficas*, UNED, Madrid, n.º 20, 2005. Traducción del original de Óscar Cubo.

WIEVIORKA, Annete. *The Era of Witness*, Translated from the French by Jared Stark. Ithaca: Cornell University.

ZARESTY, Eli. *Political Freud. A History*. New York: Columbia University Press, 2015.

